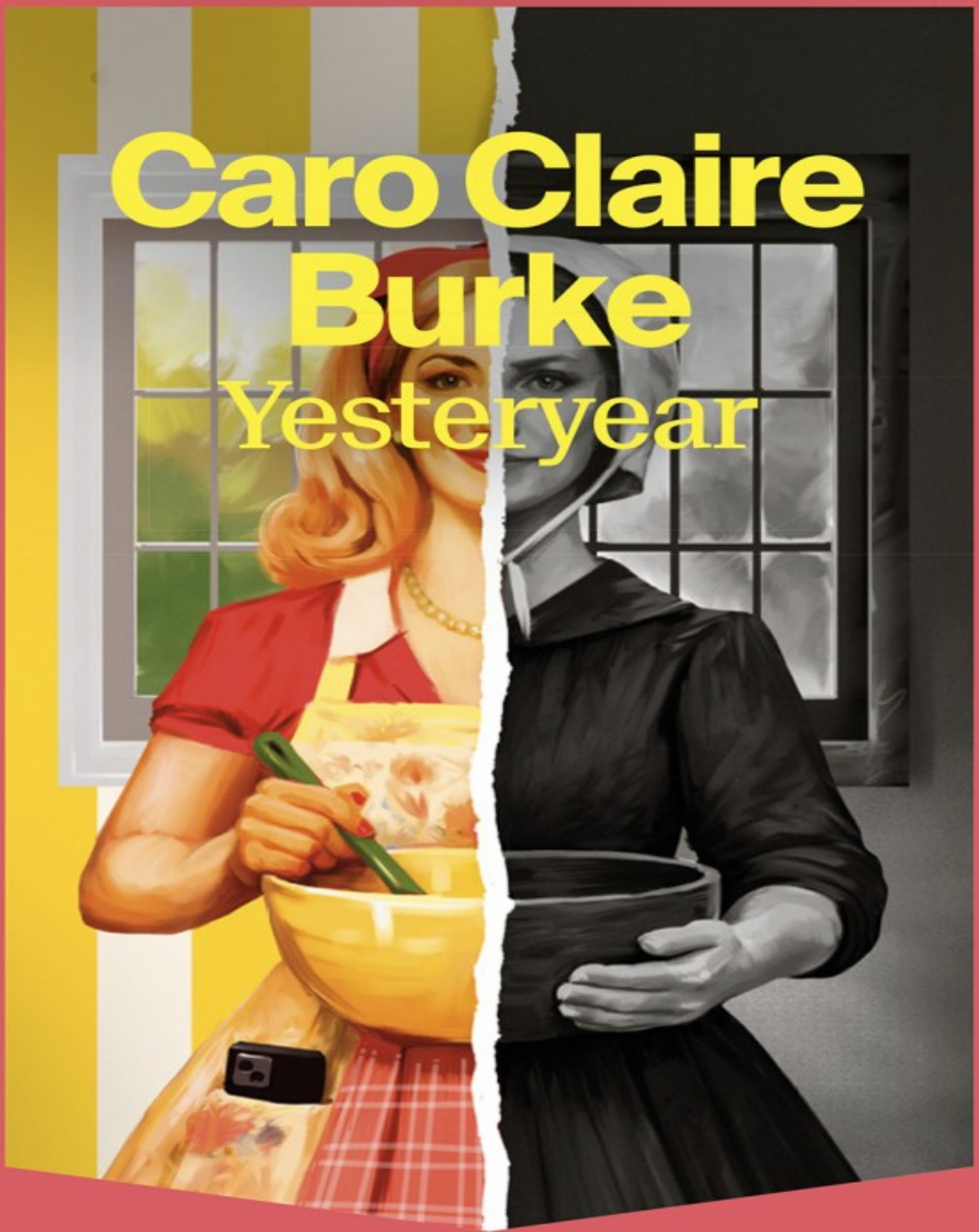



AdN

# Caro
# Claire Burke

Yesteryear

Traducido del inglés por
Mar García Puig

AdN

Parte I

# El pasado

Este es el último día de la vida que imaginé para mí.

Me desperté dos minutos antes de que sonara el despertador, como de costumbre. 5:58 y *pum:* ojos bien abiertos, lista para saludar el día. Nunca me ha costado levantarme por las mañanas. Tampoco he usado el botón de posponer ni una sola vez. La sobriedad ayuda. No bebo. La disciplina también. Nací con mucha disciplina, prácticamente reboso de ella. Por eso, creo, nunca he tenido demasiados problemas en la vida. Ni la maternidad, ni el matrimonio, ni hacer crecer un negocio, ni servirle a Él. Todo esto me parecía una serie de tareas que hay que realizar cada día, en el momento adecuado, en el orden correcto. Sé que no es tan fácil para otras personas, pero para mí sí lo es.

Por eso les caía tan bien a todos esos desconocidos.

Eso y el dinero. El dinero claramente también ayudó.

Era invierno. Enero. Un frente frío acababa de soplar a través del paso. Junto a la ventana de mi habitación, el calefactor soltaba aire caliente. El cielo estaba negro como la muerte, y así seguiría durante horas. Nuestra granja estaba enclavada entre dos cadenas montañosas de Idaho, lo que significaba que en los meses de invierno no veíamos el sol hasta las nueve o así. Estábamos a ocho kilómetros de un largo y sinuoso camino rural de grava. Ni siquiera sobrevolaban aviones.

En la oscuridad escuchaba los mugidos lejanos de Sassafras, nuestra querida vaca lechera. Por el tono y el registro de sus gemidos, sabía que mi marido, Caleb, la estaba ordeñando. Justo a tiempo. Era un buen tipo.

Mi marido no era disciplinado antes de conocerme. Era el menor de cinco hermanos, el pequeño de la camada de una típica dinastía americana. Su padre era el último senador de una larga estirpe de senadores de Estados Unidos, y ahora trataba a toda velocidad de

triunfar en una candidatura presidencial (¡a la tercera va la vencida!).

Su madre era una ama de casa que había pasado la mayor parte de su vida ahogándose en Chardonnay. Juntos, gracias a una combinación casi fatal de negligencia paterna y simpatía materna, habían criado a Caleb para que fuera tierno, mimado y dulce. Pero lo único más valioso que una persona dotada generosamente por Dios es una persona dispuesta a aprender, y mi marido, *ese hombre,* estaba dispuesto a aprender.

¿Y quién era yo?

Una mujer cristiana impecable. La *manic pixie girl* del sueño americano, que colmaba las fantasías más profundas y oscuras de esta nación. La madre que toda mujer quería ser y la esposa que todo hombre quería tener esperándolo en casa. Como una monja en una película porno, no tenía ningún sentido, pero ¡por Dios!, funcionaba.

Me llamo Natalie Heller Mills y era perfecta en el arte de vivir. En los silencios entre los gemidos de placer casi humanos de Sassafras (a veces bromeaba en internet y decía que mi marido tenía una amante bovina, ¡ja, ja!), oía el lejano parloteo del gallinero, ese cocococoococ meditativo que servía de máquina de ruido blanco de nuestra granja. Me encantaban nuestras gallinas. Eran tan domésticas como los perros, tan inofensivas como los niños pequeños. A veces iba al gallinero solo para sentarme con ellas. Me gustaba acariciar sus cuellos sedosos, dejar que picotearan suavemente el pienso de las palmas de mis manos.

Pronto las mataríamos. En la oscuridad, se me hizo la boca agua. Últimamente anhelaba el caldo de hueso fresco. Cuando ya has probado el cocinado en casa, el de la tienda sabe rancio.

A través de la rendija abierta de la puerta de mi habitación, se oyó una carcajada infantil. Los niños estaban desayunando en el salón. Cerré los ojos y sentí el ritmo de la casa como un latido. Nana Louise —*una bendición para la familia* — estaba en la cocina preparando tortitas. La productora Shannon —*mi mano derecha* —,

de pie junto al fregadero, ponía a punto el equipo de vídeo para un largo día de trabajo. Stetson y Samuel —*mis adorados hombrecitos* — estaban sentados a la mesa, empujándose torpemente y agarrándose el uno al otro en igual medida. Clementine —*mi hija mayor, la niña que me hizo madre* — estaba en la cabecera de la mesa, ignorando a sus hermanos, leyendo un libro.

Nana Aimee —*nuestra segunda al mando* — se movía por los rincones más alejados de la casa, despertando a cada uno de los niños, besando los párpados somnolientos, dirigiendo a mis dos hijas pequeñas suavemente hacia el día. Llevaría a una a la cocina, se la entregaría a Nana Louise y volvería a por la otra.

Cerré los ojos y susurré mi agradecimiento diario al Señor por todo lo que me había dado.

«Gracias, Padre, por Caleb. Gracias por la propiedad. Gracias por esta progenie. Gracias por Clementine, Samuel, Stetson, Jessa, June y el angelito al que aún no hemos puesto nombre».

Mi mano se movió instintivamente hacia el estómago, posándose a la altura de la curva. Tenía treinta y dos años y estaba embarazada de seis meses de nuestro sexto hijo. Estaba siendo el embarazo más fácil hasta la fecha, aunque todos mis embarazos habían sido relativamente tranquilos. Nací para ser madre. Nunca me sentí más conectada con Él que cuando tenía la tarea de gestar una de sus creaciones.

(¿Entiendes a lo que me refiero? Perfecto).

Bajo mi palma, mi niña rodó lentamente hacia un lado. Mi pequeña criatura marina. La quería tanto.

«Gracias por cuidar de los animales de la granja, Señor, y gracias por ayudarnos a superar los cinco millones en Instagram esta semana. Estamos a solo unas pocas almas de un millón en YouTube, Señor. Es por Tu voluntad, y solo por Tu voluntad, por lo que he llegado a tantos corazones y mentes. Es en Tu nombre que trabajo para difundir Tu verdad».

Una oleada de náuseas me sobrevoló y sufrí bajo su sombra. A veces me ponía enferma lo perfecta que era mi vida y lo bien que la

vivía.

En la mesilla de noche, mi teléfono se despertó con una vibración. Me acerqué y lo silencié, luego me quité las sábanas de encima y me levanté.

No siempre habíamos tenido tanta ayuda. Los primeros años solo estábamos nosotros, los niños y la granja. Cuando me quedé embarazada de mi cuarto hijo, contratamos a Nana Louise. Al saber que venía un quinto, contraté a Nana Aimee y, poco después, a la productora Shannon. Lo que teníamos ahora, en términos de ayuda, era más que suficiente por el momento. Me permitía estar presente tanto con mis hijos como con mis seguidores, tal como quería, en diferentes momentos del día. Es lo que tiene ser madre, esposa e influencer al mismo tiempo: es como dar el pecho a tres bebés a la vez. Como seducir a tres amantes a la vez.

*—¿Por qué nunca muestra toda la ayuda que tiene entre bastidores?*

*—Queremos a nuestros empleados como si fueran de la familia, así que hacemos todo lo posible por proteger su intimidad, tal y como nos han pedido. No me lo perdonaría si mis cuentas en redes sociales acabaran comprometiéndolos de alguna manera.*

Cuando entré en la cocina, la productora Shannon estaba en el rincón, jugueteando con un trípode, y mis cuatro hijos mayores desayunaban en la mesa, cada uno con un grueso jersey de lana. Nana Louise ayudaba a Jessa, nuestra hija de tres años y medio, a servirse zumo de naranja en el vaso.

—Puedo hacerlo yo sola —se quejaba Jessa.

Nana Louise, que también era la profesora de mis hijos, ya que estaban escolarizados en casa, asintió y dijo:

—Claro que puedes. Mira. Lo estás haciendo ahora mismo. Tú solita. Niña grande.

Jessa sonrió. La expresión verbal de su autonomía fue suficiente para hacerle olvidar que las manos de Nana Louise no dejaban de sujetar el vaso.

—Niña grande —repitió.

Nana Louise inclinó el vaso y la pequeña bebió con avidez. Observé con aprobación cómo la pulpa goteaba por su barbilla. El zumo de naranja era casero. El tutorial estaría *online* esa misma semana.

—¡Buenos días! —dije a la sala.

Cinco cabezas se giraron hacia mí. Me respondieron en coro.

—Buenos días, mami.

Me abrí paso alrededor de la mesa, besando cada mejilla perfecta, acariciando cada cabeza perfecta. Todos mis hijos, incluso los varones, llevaban el pelo largo. Las niñas se parecían a mí: pecosas, caras finas, pelo marrón oscuro como la tierra, expresiones propensas a una seriedad penetrante. Si nos pillabas a alguna en un momento de puchero, no te culparíamos por pensar en un mártir del siglo XVI en huelga de hambre. En cuanto a los chicos, se parecían a Caleb: mejillas sonrosadas, grandes sonrisas dentadas. Cuando caminaban todos en grupo (y a menudo lo hacían; los chicos adoraban a Caleb), me hacían pensar en un trío de políticos en procesión, recorriendo el país en busca de bebés a los que besar.

Rara vez prestaba atención a las diferencias entre mis hijos e hijas. Tanto ellos como ellas hablaban y reían de forma parecida. Su ropa era un arcoíris de colores neutros. El mismo montón de verdes oliva, tostados y ocres había ido descendiendo por nuestro creciente árbol genealógico durante más de una década.

«Es increíble lo que puede durar un buen algodón».

Me acerqué a mis dos hijos, Stetson y Samuel. Stetson tenía ocho años, uno menos que Samuel, pero desde el verano pasado los dos tenían la misma altura y el mismo peso. Con el pelo hasta los hombros y la forma en que parecían hacerlo todo al unísono —correr, jugar, hacer las tareas domésticas, llevarse la comida a la boca—, me recordaban a un par de ponis de doma.

Apoyé una mano en cada cabeza mientras comían los cereales con afán infantil y sentí cómo sus cráneos se movían bajo mis palmas como palancas de *bulldozer* poseídas.

—¿Qué haremos hoy, chicos?

—Necezitamoz conztruir un nuevo recinto para Zazafraz —dijo Stetson, con la boca llena.

—Mmm —contesté—. Muy importante. A papá le encantará que lo ayudéis.

—Papá dijo que podía usar la pistola de clavos.

Samuel empujó a Stetson, con lo que tiró la cuchara llena de cereales de su mano y la hizo caer al suelo.

—Me toca *a mí* usar la pistola de clavos.

—*Los dos* usaréis la pistola de clavos —dije—. ¿Nana Louise?

Ella asintió, limpió el jugo pulposo de las mejillas y la barbilla de Jessa, y luego se levantó para recoger el desorden.

La gente se negaba a creer que mis bebés fueran tan responsables como parecían *online.* ¡¡¡¡Es imposible que esta sea su vida real!!!!, escribían las Mujeres Enfadadas. (Así es como Caleb y yo las llamábamos, las Mujeres Enfadadas). A lo que yo respondía: nada, por supuesto. La principal tarea de una madre es proteger a sus hijos del mundo. No había ninguna necesidad de que alguna bruja odiosa de Manhattan viera cómo Samuel se ponía agresivo con su hermano (e incluso con sus hermanas, a veces), ninguna necesidad de que presenciara la rabieta diaria de Stetson por la aritmética (yo quería a ese chico, pero no había sido dotado con una dosis estándar de cerebro). Si las Mujeres Enfadadas se enteraran de alguno de los defectos de mis hijos, se volverían locas de sed de sangre. También se quedarían devastadas. Ellas no se daban cuenta, por supuesto, pero me necesitaban tanto como yo a ellas. Era una relación simbiótica. Yo era un tiburón, y ellas eran cinco millones de pececillos que mordisqueaban los nutrientes a lo largo de mi vientre.

Pobres idiotas. Estaban desesperadas por comerme. No tenían ni idea de que era yo quien las mantenía con vida.

*—¿Qué se siente al saber que millones de personas de todo el mundo conocen detalles íntimos de sus hijos?*

*—Solo muestro momentos muy seleccionados de la vida de mis hijos. Y, además, ninguno de ellos tiene acceso a pantallas. Por cierto, ¿has visto los estudios? De los efectos de las pantallas en el cerebro de los niños. En mi opinión, mis hijos están mucho mejor en esta casa, donde de vez en cuando aparecen en vídeos para mi cuenta, que en otro lugar, en el que estarían toda la noche mirando un iPad. De verdad. —Se oye un cacareo incomprensible—. Es una epidemia. Muy triste. Deberían investigarlo.*

—Te has levantado temprano —le comenté a la productora Shannon mientras me servía el café.

—No podía dormir —dijo.

Fruncía el ceño ante la pantalla de la cámara, girándola hacia un lado y luego hacia el otro, con una expresión malhumorada en el rostro. Cuando Shannon llegó por primera vez a la granja, tenía diecinueve años, había abandonado los estudios en la Universidad de Barnard, tenía el pelo rosa, un aro en la nariz y estaba dispuesta a hacer trabajos muy profesionales a precio de estudiante. Ahora tenía veintiuno. Seguía llevando el aro en la nariz, pero había abandonado el pelo rosa en favor de su castaño natural. No estaba segura de si eso indicaba un cambio de identidad personal o más bien una aceptación práctica de la realidad de vivir a una hora de distancia de la ciudad más próxima. No había muchas opciones en cuanto a peluqueras cualificadas cerca de una granja de doscientas hectáreas.

Hice una pausa y le dije con delicadeza:

—¿Has tenido esos sueños otra vez?

Me miró.

—¿Quién te ha hablado de eso?

En esos sueños, Shannon estaba de pie en la ladera cercana, viendo cómo la granja ardía hasta los cimientos. La casa, el gallinero, los jardines: todo en llamas. Bolas de fuego del tamaño de un coche caían del cielo violeta. Cuando el fuego se extendía por los campos,

ella corría —o intentaba correr— mientras el granero se derrumbaba y los animales gritaban entre los escombros. A veces nos veía a lo lejos, saludándola con la mano. Le decíamos algo. Y otras veces, cuando el sueño duraba más, veía rayos de luz que descendían del cielo, nos iluminaban a mis hijos, a Caleb y a mí, y nos salvaban a todos menos a ella.

—Nana Louise está preocupada por ti —le dije, lo cual era más diplomático, pensé, que «Nana Louise está harta de que la despiertes a gritos en mitad de la noche».

Todos los empleados de la granja vivían en las habitaciones situadas encima de los establos, junto al aula de educación de los niños.

—Estoy bien —contestó Shannon—. No es nada.

Se inclinó a mi lado para enchufar un cargador de batería. Por un momento nos quedamos en silencio, una al lado de la otra en el pequeño rincón de la casa donde pasamos casi todas nuestras horas de vigilia juntas.

*—Quizá tenga la cocina más querida de Estados Unidos. ¿Puede hablarnos un poco de ella?*

*—Dios mío, ¿por dónde empiezo?*

A través del ojo perspicaz de la cámara, el espacio para cocinar se veía perfectamente desordenado: un vaso de agua medio lleno por aquí, un derrame de harina por allá, unos cuantos tallos de flores olvidados esparcidos por una tabla de cortar de aspecto desgastado. Parecía el típico lugar donde trabajaba una madre; como una cocina del mundo real, solo que obviamente mejor que cualquier cosa que el mundo real pudiera ofrecer. La gente cree que quiere minimalismo, que quiere una casa sin cosas, cuando en realidad una casa perfectamente ordenada da ganas de suicidarse. Un espacio siempre debe parecer habitado para que alguien quiera vivir en él. Es algo obvio, si te paras un momento a pensar, pero la mayoría de

la gente no se para un momento a pensar en nada. La mayoría de la gente es idiota.

Otra ventaja de esta zona de la cocina era que estaba justo al lado de una larga hilera de ventanas, por lo que la luz, una vez que salía el sol, era suave y perfecta a cualquier hora del día. El mero hecho de estar cerca de ese rincón me hacía parecer y sentir seis años más joven. Cirugía plástica divina, lo llamaba en privado, aunque ni se me ocurriría decir algo así en internet. Las Mujeres Enfadadas me comerían viva.

*—¿Se ha operado alguna vez?*

*Risas, risas, risas.*

*—Dios, no. Lo siento, no quiero ofender a otras que sí lo han hecho, pero ¿yo? ¿Personalmente? Nunca lo haría.*

Shannon tenía la mirada perdida en las ventanas, que en esas mañanas de invierno parecían ofrecer un portal a un mundo envuelto en negro. Sabía que estaba pensando en sus sueños. Estaba claro que no tenía ni la más remota idea de lo que significaban. ¿Cómo podía ser tan tonta? Claramente, Dios estaba tratando de llegar a ella de la manera más directa posible, le enviaba señales de humo y palomas mensajeras y le escribía mensajes en el cielo, y ella lo ignoraba todo. Probablemente programaría una llamada con algún intérprete de sueños estafador antes de siquiera considerar que su cerebro podría estar ofreciéndole una visión no metafórica. Era una pena verla pasar totalmente por alto la revelación, pero no del todo sorprendente. El cerebro de Shannon, parcialmente educado en Barnard, era un instrumento romo, secular y simple; era una herramienta tan adecuada para hablar directamente con Dios como un par de espátulas de goma para una operación a corazón abierto.

¿Y por qué el Señor quería llegar a Shannon con tanta urgencia?

Bueno, Shannon se había portado mal.

Shannon me miró y nuestros ojos se cruzaron. Mis mejillas se sonrojaron por haber sido sorprendida mirándola fijamente con una expresión tan abiertamente sentenciosa.

—Por cierto —me dijo—, mi nuevo teléfono ha llegado hoy. Gracias, de nuevo, por permitirme la opción de envío urgente.

—Faltaría más.

Al parecer, hacía una semana uno de los niños había tirado el teléfono de Shannon a un charco. Y, como yo era tan buena jefa, le había puesto remedio de inmediato, así que le entregué la tarjeta de crédito de la compañía para que pidiera uno nuevo, mientras dejaba ir una pequeña broma desenfadada: «No querría que te quedaras aquí sin acceso al mundo real».

—¿No ibas a ponerte hoy el delantal morado?

—¡Ah! —dije, y me reí—. ¡Uy! Cerebro de embarazada.

Odiaba esa expresión, «cerebro de embarazada», pero era una forma excelente de parecer cercana. El delantal que llevaba era azul marino oscuro. Usaríamos estos vídeos para anunciar una nueva variedad de color para los delantales de nuestra tienda *online* (35,99 dólares, cien por cien algodón, botones de plástico reciclado, hecho en España).

—Ahora voy a buscarlo.

Cuando salí de la cocina, Nana Aimee entró con mi hija pequeña, June. Jessa se levantó de la mesa, con el vaso ya vacío, y me siguió caprichosamente como una brizna de diente de león. Cogió a June de la mano al pasar y pronto las dos niñeras se pusieron a llamar a las niñas mientras ellas me seguían escaleras arriba.

—Está bien —grité por encima del hombro—. Pueden venir conmigo.

Era un regalo muy especial de nuestro Creador haber sido bendecidos con tres niñas seguidas. Todos los niños eran regalos de Dios, por supuesto, pero *¿un grupito de niñitas,* un conjunto de joyas de dos y tres? Eso era algo totalmente distinto. Una niña era encantadora, un niño era bonito, pero las niñas, en plural, eran la fantasía y la ternura personificadas. Radiantes bolas de deleite.

Criaturas tan orientadas a la comunidad. Con la incorporación de cada nueva damita a su tribu de damitas, todas parecían crecer un poco más, brillar un poco más. Se llevaban las unas a las otras como muñecas. Se trenzaban el pelo. Se cogían y acicalaban y tocaban con obsesión maternal.

Me gustaba decir que los chicos nos alimentarían cuando fuéramos viejos y débiles, pero ¿las chicas? Bailarían alrededor de nuestras sillas de ruedas, arrojarían pétalos de rosa sobre nuestras tumbas. Además, lo admito: eran más fáciles de entrenar. Los chicos a veces se resistían, se frustraban o se aburrían, pero las chicas no. Podían actuar durante horas sin quejarse, igual que su madre.

—Mamá.

Hice una mueca de desagrado instintiva, luego cambié mi expresión por una más suave.

—¿Sí, cariño?

Estaba de pie frente al espejo de mi habitación, poniéndome el delantal nuevo, y mi hija mayor, Clementine, me miraba desde la puerta. Había cumplido doce años en verano y a los pocos días dejó de llamarme «mami». Entornaba los ojos cada vez que la oía decir «mamá»: odiaba esa palabra. Era un sonido tan feo y masculino, mucho menos musical que mi alternativa preferida. Pero no me resistía. Clementine era una preadolescente, lo que significaba que me estaba poniendo a prueba. Lo peor que podía hacer era oponerme.

Vi a través del espejo cómo Clementine cruzaba la habitación y se sentaba junto a las niñas en mi cama.

—¿Qué significa «*tradwife*»?

Rasca y gana.

—¿Quién te ha dicho esa palabra?

—¿Qué? ¿Es malo?

—*Tradwife* —dijo Jessa, y soltó una risita. Echó la cabeza hacia atrás y volvió a decirlo—. *¡Traaaaadwife!*

Casi parecía posible que Clementine oyera los ruidos mecánicos de mi cerebro mientras este giraba a velocidad de vértigo, valorando

quinientas respuestas posibles a su pregunta. Mi hija mayor era como yo, no solo por su aspecto, sino también por su carácter: guardaba su inteligencia como un cuchillo a la espalda. Ahora que se acercaba sigilosamente a la edad adulta, nuestras similitudes me parecían un poco desconcertantes. Era como ver a un clon de mí misma caminando lentamente hacia mí desde un punto lejano: ¿Qué pasaría cuando llegara?

Soy consciente de que este no es el tipo de cosas que se supone que debes sentir por tu propia hija. Pero la maternidad es como esto de ser una estrella en las redes sociales. Es decir: todas las mujeres que conozco me mintieron sobre cómo sería antes de que yo misma me convirtiera en una.

*—Si sus hijos se convirtieran en influencers algún día, ¿estaría orgullosa de ellos?*

*—Solo quiero que mis hijos sean felices.*

*Gran sonrisa hasta las encías.*

Opté por una ambivalencia casual. Lo peor que puedes hacer es que un niño sepa que algo te preocupa.

—Sé que *trad* es la abreviatura de tradicional. Algunas personas llaman a las mujeres como yo *tradwife,* o sea, esposa tradicional. Por razones obvias.

Por algunas personas me refería a las Mujeres Enfadadas. Eran ellas las que me llamaban *tradwife,* las que decían *trad* como si fuera la abreviatura de algo malvado, como si *tradicional* no fuera algo bueno en el universo de cualquier persona cuerda. Pero estas mujeres no estaban cuerdas, ni eran felices, ni creían demasiado en la responsabilidad individual. En lugar de preguntarse por qué pasaban tanto tiempo de su preciada existencia en la Tierra husmeando en las vidas de otras personas cuando podrían estar cocinando sus propias comidas caseras, o incluso ofreciendo contacto visual a sus hijos —en lugar de preguntarse por qué pasaban tanto tiempo bañándose en sus celos rancios cuando

podrían estar construyendo algo de lo que sentirse orgullosas—, aparentemente estaban mucho más interesadas en beberse una botella de vino cada noche y escribir sin parar sobre mí en un chat. Supongo que estoy asumiendo que estas mujeres eran unas borrachas, pero, a juzgar por el número de errores tipográficos que había en cada uno de sus mensajes, yo lo llamaría una suposición basada en pruebas. Las *tradwives* estaban *arrunando* el país por permanecer casadas *consus* maridos, al parecer. Las esposas tradicionales *estban desturyendo* América porque les gustaba pasar tiempo con sus *hjios.*

A lo que yo contestaba, en una de las seis cuentas anónimas temporales que usaba *online:* Oh, Dios mío, ¡que el cielo no lo permita!

Antes de que estas mujeres me llamaran *tradwife,* me habían llamado *fanática religiosa, líder de una secta* o *coneja.* Comparado con esos nombres, *tradwife* parecía amable.

—Personalmente, no creo que celebrar las tradiciones sea malo —dije—. ¿Y tú?

Las dos pequeñas negaron con la cabeza. «No. mami. Te queremos, mami». Pero Clementine se quedó mirándome.

—¿Así que reconoces que eres una *tradwife?*

Me sentí, de repente, como si me estuvieran tomando declaración en un juicio.

—Cle-men-tine, ¿por qué no me dices quién te dijo que yo era una *tradwife?*

—Nadie —respondió. Y en un momento, parecía ya aburrida con el tema—. Solo te estaba haciendo una pregunta. ¡Por Dios!

Mientras se ponía de pie, volví a enfrentarme a mi reflejo y me coloqué bien el lazo del delantal. Ya no sonreía.

—Dile a Nana Louise que mire la previsión del tiempo —le pedí a Clementine—. Puede que hoy llueva. Los niños deberían llevar botas.

Pero no respondió y, cuando me volví, ya se había ido.

Las niñeras. Tenían que ser las niñeras. Dejaban constantemente sus teléfonos en las encimeras y en el sofá, no importaba cuántas veces les dijera que no lo hicieran. Proteger a tu hija del mundo era

una tarea abrumadora. Jessa y June eran todavía tan pequeñas, tan impresionables, pero ¿Clementine? Prácticamente una mujer ya. No se podía confiar en ella.

*—¿A sus hijos les gusta que los filmen?*
*—¡Oh! Les encanta.*

El plan para este Día de Creación de Contenido era hacer un panecillo con mi famosa masa madre y representar un belén en él con hierbas que había recogido personalmente de nuestro jardín. Este era, con perdón por el juego de palabras, mi pan de cada día. Además, la temporada navideña siempre suponía un gran auge para nuestra tienda *online* (tabla de cortar de cerezo Rancho Los Viejos Tiempos, 120 $, fabricada en Brasil; mezcla de sal francesa Rancho Los Viejos Tiempos, 45 $, fabricada en Francia; pintura patentada para interiores Rancho Los Viejos Tiempos en tonos Granja, Pionero y Vaquera, todo fabricado en Estados Unidos, 80 $ bote de cuatro litros). El bollo no era tanto la atracción principal como la droga de entrada: El Niño Jesús de lavanda en un pesebre de romero, los Reyes Magos de tomillo, tra-la-la y los seguidores hacían clic-clic-clic, hasta que sus corazones —y sus carritos de la compra *online* — estaban llenos. Suplicarían, siempre suplicaban, por más.

El panecillo con hierbas me llevó cuatro horas. Una cantidad de tiempo estándar, que Shannon recortaría y condensaría en un lapso de treinta segundos, con mis dedos girando vertiginosamente alrededor de la pantalla, amasando, acariciando y dando forma a un bulto de masa pálida. La segunda mitad del día la dedicamos a la Cena Natural. Iba a preparar un asado tradicional de domingo («¿o debería decir un asado trad de domingo?». Pensaba escribirlo en la descripción con un guiño; eso sí que llenaría de rabia a las Mujeres Enfadadas). Todos los ingredientes procederían de nuestra propia granja, excepto la ternera, que técnicamente procedía del supermercado al otro lado del paso de montaña.

A primera hora de la tarde nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado sin huevos frescos, así que decidimos ir al gallinero. El cielo y las montañas se portaron de maravilla con nosotros. Fui alegremente hacia el gallinero, con Jessa y Junebug aferradas a mi falda mientras caminábamos por el barro y saludábamos a las señoritas, que es como yo llamaba a las gallinas siempre que me grababan. «Las señoritas».

—Hola, señoritas —declamé—. ¿Cómo estáis hoy?

Detrás de mí, Shannon tropezó con el cable de la cámara y soltó un taco.

—Lo siento —dijo—. ¿Puedes repetir esa parte?

Claro que sí. Podía hacer cualquier cosa que se me ordenara, un millón de veces, en un millón de variaciones de ese saludo jovial.

—¡Hola, señoritas! ¿Cómo estáis hoy?

—Perfecto. Pasemos a la toma de la recogida de huevos.

—¡Oh! —dijo alguien desde atrás—. ¿Es esa Marilyn Monroe en un gallinero?

*¡Podría ser!* Puse los ojos en blanco y me reí. Me alisé la falda y recé para que Shannon siguiera filmando cómo Caleb entraba en el gallinero, me cogía por la cintura y me inclinaba como si bailáramos. Me besó mientras nuestras hijas aplaudían. Luego me levantó de nuevo y sonrió cuando le di una palmada juguetona en el hombro.

—¡Me has ensuciado las botas!

—No te vas a morir por un poco de suciedad.

Movió ligeramente su sombrero de vaquero en forma de saludo y me guiñó un ojo.

Me reí y volví a poner los ojos en blanco.

—Estamos *filmando,* Caleb.

Como si no lo supiera.

—En realidad no —dijo Shannon—. Hice una pausa justo antes de que Caleb hablara. Así que todo bien. Si queréis hacer un descanso rápido, puedo ir a tomar un café.

—Oh —dije, cabizbaja—. Vale. Bueno, en realidad no tenemos que…

Pero Shannon ya se estaba alejando con la cámara, caminando rápidamente hacia la casa.

Caleb me dio dos palmaditas suaves en el trasero. Mientras veíamos a Shannon abrir la puerta principal con una fuerza innecesaria, dijo:

—¿Sigue enfadada?

Me invadió una oleada de emoción.

—Sí, Caleb. Sigue disgustada.

—Bueno. Pronto se sentirá mejor. Cuando…

Lo miré y se quedó callado.

—No entiendes nada a las mujeres.

Estaba a punto de replicar, y yo estaba a punto de cortarle con una afirmación aún más afilada, pero entonces ambos nos dimos cuenta, exactamente al mismo tiempo, de que nos estaban observando.

Jessa, Junebug. Criaturitas, dulces, mirándonos. Observando, siempre. ¿Dónde diablos estaba Nana Aimee?

No importaba. Era una buena práctica, de todos modos. Eso era lo que me decía a mí misma cuando me encontraba vigilada por una niña que debería haber estado vigilada por otra persona: «¡Es una buena práctica!». Una actuación impecable, después de todo, no llega de la noche a la mañana. Lleva años —y más y más años— de práctica.

Me puse de puntillas y besé a Caleb dos veces seguidas.

—Vuelve al trabajo, vaquero.

Las niñas rieron y aplaudieron, y yo me sonrojé ante ese premio. Caleb se quitó el sombrero frente a nosotras tres y se encaminó hacia el granero, donde probablemente pasaría una o dos horas organizando las balas de heno. Caleb era muy bueno manteniéndose ocupado. También se le daba muy bien hacer solo las tareas de la granja con las que realmente disfrutaba: ordeñar a Sassafras, conducir el gran tractor John Deere en círculos bien pequeños, pasar la noche en vela con una cerda de parto. En cuanto a las tareas que

no le gustaban —limpiar, plantar, recolectar, quitar el estiércol de los establos—, se las dejaba a los jornaleros.

*—Espera un momento. ¿Tenéis jornaleros también?*

*Pausa.*

*—¿No los mencioné antes?*

*Mierda. Considera mencionar el cerebro de embarazada.*

*—Tenemos dos o tres, normalmente. Solo trabajo estacional. Dependiendo de lo que pasa en la granja. ¡Necesitamos tanta ayuda como podamos conseguir!*

*—Pero ¿por qué no…?*

*—¡Cerebro de embarazada!*

Íbamos tarde para el rodaje de la Cena Natural. En toda la casa los ánimos se agriaron. Shannon y yo empezamos a discutir sobre cómo tomar un plano en picado, y luego, gracias a esa discusión, desperdiciamos diez preciosos minutos de luz, lo que nos obligó a tener que hacerlo todo con prisas, lo que provocó más discusiones. Después, la lección de los niños mayores terminó quince minutos antes de lo habitual porque Nana Louise aparentemente no tenía ganas de proporcionar una educación integral ese día, y de repente la cocina se llenó de quejas constantes, los niños discutían con Clementine sobre a qué jugar antes de cenar, y las niñeras —que, según nos habían asegurado en la agencia, eran lo mejor de lo mejor, pero que a veces me hacían sentir como si estuviera pagando a tiempo completo por un trabajo a tiempo parcial— estaban sentadas en el sofá mirando el móvil mientras se libraba una guerra mundial por la ficha del perro Scottie del Monopoly. (El único juego de mesa permitido en casa, por petición explícita de mi suegro. Era importante, según Doug, que los niños aprendieran cuanto antes el valor del libre mercado).

Las niñeras. ¡Oh, las niñeras! Ese momento del día les daba por virar hacia la inutilidad. No esperaba menos de Nana Aimee. Era la típica tontita de Los Ángeles, con una cara perfectamente simétrica,

capaz de mantener a los niños con vida y poco más. Pero de Nana Louise, que era cinco años mayor que Nana Aimee y tenía un máster en Educación, esperaba algo más. Era como de la familia.

*—¿Acabas de decir que tus niñeras son como de la familia?*

*Silencio.*

*—Estoy segura de que sabes que hay una larga y controvertida historia de mujeres blancas llamando «familia» a la gente que trabajaba para ellas.*

*Pausa más larga. Leve sonrisa cómplice.*

*No. Eso no está bien.*

*Leve sonrisa ingenua.*

*Mejor.*

*—¡Siguiente pregunta, por favor!*

—Chicas, ¿puedo hablar con vosotras un momento?

Las niñeras levantaron la vista del móvil.

—Clementine ha usado el teléfono de alguien sin supervisión —dije—. Hoy me ha preguntado qué es una *tradwife.*

—Bueno —dijo Nana Aimee, e hizo una pausa.

Dirigí mi sonrisa hacia ella.

—¿Qué?

—Quiero decir…

Otra pausa. Parecía un Teleñeco con la mandíbula pegada. Resistí el impulso de dar un paso adelante y abrirle la boca yo misma.

—Tendremos más cuidado —dijo Nana Louise.

Lanzó una mirada penetrante a Aimee, el equivalente visual de una patada por debajo de la mesa, y Aimee asintió.

—Sí —dijo—. No volverá a ocurrir.

Respiré hondo y exhalé mi enfado.

—¿Podéis encargaros de preparar la cena esta noche? Estaba pensando en hacer una pequeña excursión a Target.

Vi por el rabillo del ojo que Clementine se incorporaba.

*En el momento exacto.*

Llevar a las niñas a Target, que estaba a unos treinta minutos de casa, era una especie de pequeño regalo decadente. En el Starbucks de dentro de la tienda, Clementine pidió un Frappuccino con nata montada extra. Me estremecí al pensar en tanta cafeína y azúcar a esas horas de la tarde. Les compré a Jessa y a Junebug un *cake pop* y un zumo de manzana, y pedí un capuchino descafeinado con leche de avena para mí. Intentaba limitar los viajes a Target a una vez al mes. Nana Aimee era quien solía hacer las compras de comida. Pero era agradable, incluso para mí, venir aquí de vez en cuando y flotar bajo la fluorescencia que adormece la mente. He de decir que me sorprendía que tanta gente viniera semanalmente. Pasar más de treinta minutos allí me hacía sentir como si tuviera una caries.

Mientras empujaba el carrito lentamente por el pasillo principal, las niñas trotaban delante y detrás de mí en bucles desordenados, saltando de una maravillosa distracción a otra. Los puestos de joyería. Los percheros con ropa. Los estantes de lociones corporales en envases de colores, mandarina y caqui y rosa chicle. «¿Veis lo bien que sientan las pequeñas cosas, chicas? ¿Veis lo emocionante que puede ser un subidón de azúcar si lo eliges conscientemente, después de tantos días de cuidado…?».

—¿Natalie?

Hice una pausa, miré a mi alrededor. Fingí estar confundida, cuando en realidad estaba pensando, Oh, Dios. Tú, no.

Vanessa y yo habíamos ido juntas al instituto. También hacía atletismo, pero solo llegó al primer equipo en nuestro último año, así que no habíamos pasado mucho tiempo juntas. Ahora vestía bata de enfermera, y estaba de pie junto a dos carros de la compra desbordados, con su hija preadolescente mirándola con la misma expresión de profunda decepción que Vanessa mostraba en todas las competiciones de atletismo. Eché un vistazo al carrito que tenía más cerca. Maquinillas de afeitar desechables, cajas de pañuelos desechables, media docena de lonchas de jamón químicamente hinchadas y envueltas en tres capas de plástico. Prácticamente podía oler el hedor del vertedero donde todas esas cosas, todos esos

productos diseñados para ser basura, acabarían dentro de un mes. Entonces volví a mirar a Vanessa, que ahora me fruncía el ceño con la misma expresión agria que su hija, y mi corazón se ablandó por la nostalgia. *Pobrecita.* No había ganado una carrera en su vida.

—¡Qué alegría verte! —le dije—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una década?

Respiró ruidosamente por la nariz y miró mi carrito vacío.

—No sabía que venías a Target.

—Claro que sí. Soy humana, ¿no? —Volví mi sonrisa hacia su hija—. ¿Y ella es…?

Vanessa miró a su propia hija con una expresión extraña, como si intentara ver cómo era a través de mis ojos.

—Esta es Zoe.

Zoe parecía tener unos años menos que Clementine. Si reconocía su propio nombre, no lo demostraba. Se quedó mirándome, con una mueca de infelicidad contenida.

—¿Y ellas, supongo, son las tuyas?

Seguí la mirada de Vanessa hasta que vi a Clementine agachada en el pasillo de delante, hojeando un libro de ilustraciones mientras las niñas pequeñas miraban ansiosas por encima de su hombro. Me recorrió un rubor de placer, más fuerte que cualquier subidón de azúcar artificial.

—Sí, son mis hijas. La mayor es Clementine, y las pequeñas son Jessa y Junebug.

Cuando me volví hacia Vanessa, vi una sonrisa burlona en su cara. ¿Cuándo fue la última vez que vi sonreír así a una mujer adulta?

—¿Sabes? Realmente admiro tu compromiso con los viejos tiempos con esos nombres.

Mi sonrisa desapareció. *Allá vamos.*

Vanessa había crecido en una familia estricta y devota, mucho más estricta y devota que la mía, pero desde entonces se había emancipado de sus padres y ahora le gustaba escribir largas diatribas sobre su *terrible educación* en sus estados de Facebook,

que obtenían, de media, entre tres y cinco «me gusta». Vanessa quería que el mundo supiera que ahora era moderna. Que había cambiado. Comía productos ecológicos (¡excepto cuando compraba en Target, por lo visto!). Las mujeres autoproclamadas progresistas como Vanessa eran químicamente adictas a odiar a las mujeres como yo. Yo lo sabía. Sabía que esta mujer se agarraba una buena borrachera en las fiestas familiares y entraba en mi Instagram, y le decía a cualquiera lo suficientemente estúpido como para acercarse a ella que «conocía a esta mujer personalmente, que la conocía del instituto», antes de lanzar un discurso reciclado sobre cómo todas las personas que aman las tradiciones son idiotas, todas las personas religiosas son idiotas, todas las personas que eligen vivir un estilo de vida diferente al suyo son idiotas, cuando lo que realmente quería decir era: «estoy tan nauseabundamente celosa de esta mujer que conocí que creo que podría morir de envidia».

¿Mujeres como Vanessa, con sus frentes de látex de lujo y sus pegatinas de Hillary Clinton? No sabían lo que querían. No tendrían principios propios aunque se los inyectaran directamente en la cara. Dios sabe que no podían asumir la responsabilidad que tenían en sus propias vidas, así que me echaban la culpa a mí de su infelicidad. La tonta, ignorante y retrógrada *tradwife.* No importaba que me hubiera graduado entre los tres mejores de mi escuela secundaria. No importaba que sacara sobresalientes en Harvard, que estudiara Historia de la religión mundial mientras Vanessa iba de habitación en habitación de la casa donde vivían los jugadores del club de rugby de Michigan. (Sí, lo admito: yo también miraba su Instagram de vez en cuando). No importaba que yo viviera mi vida de acuerdo a todos los principios que a ellas les encantaba difundir en Instagram. «¡Come productos de proximidad! ¡Apoya a las pequeñas empresas! ¡Reduce residuos!».

Las Mujeres Enfadadas podían decir lo que quisieran, pero los hechos eran los hechos. Yo era una mujer de principios. Una mujer *definida* por principios. Ni por todo el dinero del mundo habría probado ni un bocado del jamón cancerígeno de aquel carrito

abarrotado al estilo Tetris. Ni por toda la validación social de mundo le habría puesto a mi hija un nombre tan ridículamente de moda —que gritaba a los cuatro vientos *elígeme* — como Zoe.

*Zorra.*

Perdóname, Señor. Esos días mi ira estaba sacando lo mejor de mí. Era un problema que había que solucionar, y planeé —de verdad— solucionarlo. Si hubiera tenido un poco más de tiempo, juro que lo habría arreglado.

—Me alegro de verte —dije delicadamente—. ¡Deberías traer a los niños a la granja alguna vez! —Miré al ogro huraño de la hija de Vanessa—. Seguro que te encantaría ver de dónde viene el jamón, ¿verdad?

Vanessa dejó escapar un pequeño gemido. Tan íntimo y vergonzoso como un pedo accidental en público. Su rostro adquirió un tono brillante de color rosa. Sabía que era el tipo de ofrecimiento que se le quedaría atrapado en las muelas. Se daría cuenta sin duda de que la invitación era poco sincera, pero consideraría la posibilidad de todos modos, porque Vanessa probablemente deseaba ver mi pintoresca granja en persona más que cualquier otra cosa en su vida. Las gallinas, «las señoritas». El gran granero rojo, que quedaba tan bien en las fotos, con cualquier tipo de luz. Los jardines, ¡oh, los jardines! La fantasía seudoerótica de hornear juntas mi emblemática tarta de piel de limón, las dos riéndonos de alguna estupidez, nuestras hijas jugando pacíficamente juntas al fondo. Nada de eso ocurriría nunca y, sin embargo, la idea de ese día imposible se quedaría atorada ahí, criando bacterias en el fondo de su garganta, durante esa semana, ese mes o un año entero. Un deseo profundamente humillante, tan fuerte y confuso y animal como los que la inspiraban a ver porno lésbico a bajo volumen mientras su marido dormía a su lado. (Definitivamente, era el tipo de mujer que veía porno lésbico a bajo volumen mientras su marido dormía a su lado).

«Dale, Vanessa —pensé, sonriendo beatíficamente—. A por ello. Que te dé hasta migraña de tanto pensar en mí». Una idea tan

placentera que valía la pena la culpa que implicaba, como un caramelo de un céntimo. Pensaría en mi famosa granja durante un año, y luego mordería el anzuelo y compraría uno de mis juegos de cocottes de marca (doscientos cincuenta dólares; fabricado en Taiwán), y haría que se lo enviaran a casa de un amigo, uno cuyo nombre yo no reconociera, para que nunca me enterara de que me había dado dinero personalmente. Así me odiaba esta mujer. Así es como se odiaba a sí misma.

—Prométeme que vendréis un día —dije una última vez, con una amplia sonrisa—. Por favor.

—Gracias —dijo Vanessa brevemente—. Iremos.

Parecía que se había tragado un bote de antinflamatorios. Le respondí con una sonrisa.

Dijimos algunas cosas más sin importancia, pero durante el tiempo suficiente para que Vanessa echara unas cuantas miradas más a mi cuerpo (dándose cuenta, sin duda, de que la falda que me colgaba de las caderas era la misma que había llevado en el colegio una década antes) y el tiempo suficiente para que yo ignorara su cuerpo por completo (¿es necesario decirlo?). Nos despedimos. Cuando doblé la esquina con mis niñas, Vanessa me mostró el dedo corazón a la espalda. No la *vi* hacerlo, pero lo sentí. Juro que lo hice. ¿Y quién podía culparla? Yo tenía la vida que ella siempre quiso, la vida que *aún* quería, pero ya no podía admitirlo. Vanessa estaba liberada, sí, pero yo era feliz. Y era una pena, ¿no? La forma en que algunas mujeres se obcecaban en construirse una vida que no disfrutaban.

Volví a cruzarme con Vanessa en la cola de la caja y la saludé con la mano, pero no me vio. Estaba discutiendo con su hija por algo que había en el carrito. Para entonces, ya había recuperado la compostura y volví a sentir lástima por ella.

*—¿Qué piensan sus amigos de su éxito en internet?*

*—Se alegran por mí. ¿Por qué no iban a alegrarse?*

Lástima. Sentí lástima por ella.

Pero también: «Que se joda. Lo siento. Señor, pero de verdad, que se joda…».

Cuando llegamos al coche, ya había oscurecido y yo estaba prácticamente escupiendo de furia. Vanessa, esa zorra, seguro que iría corriendo a casa para escribir sobre mí en uno de esos estúpidos foros de internet —¡Apuesto a que nunca habríais imaginado que alguien como Natalie comprara en Target!—. Y entonces tendría que aguantar una semana entera de ataques *online*. ¡Y Shannon! ¡Qué cara dura! ¡La absoluta e increíble cara dura de esa mimada, inculta, inmoral hija de la gran…!

«Respira, Natalie. Solo respira».

Clementine estaba en la parte de atrás, abrochando a las niñas en sus asientos. Yo estaba sentada en el asiento del conductor, con la mirada fija hacia delante y las manos apretadas contra el volante. Miré el teléfono en el salpicadero. Mi temperamento se calmó.

Sí. Eso estaría bien. Podría compartir el momento yo misma y quitarle todo el poder a Vanessa.

Cogí el teléfono y pulsé grabar, justo cuando Clementine se sentaba en el asiento del copiloto.

—Chicas —dije, sonriendo a la pantalla iluminada—, ¿qué habéis comprado hoy en nuestra visita *especial* a Target?

Jessa y Junebug chillaron.

—¡Un peluche!

—¡Body milk con purpurina!

—¿Y tú, Clementine?

Giré la cámara para que se me viera a mí, sonriente, y a Clementine en el asiento de al lado. Clementine se había comprado un esmalte de uñas. Pero no contestó. Estaba de espaldas a mí.

—Clementine, ¿qué te has…?

—Deja de filmarme.

Me quedé paralizada. La cara me empezó a arder. Nunca había hecho eso. Ni una sola vez.

Miré rápidamente por el retrovisor: Jessa jugaba con una pulsera en la muñeca de Junebug, que balbuceaba en voz baja a su nuevo peluche. Pulsé el botón para detener la grabación y coloqué el teléfono boca abajo sobre mi regazo. Me temblaban las manos. Puse el coche en marcha y fuimos hacia la salida del aparcamiento.

—No sabía que no te gustara que te grabaran, Clementine —dije, mientras nos adentrábamos en la tranquila carretera de montaña que nos llevaba a casa—. Siempre te he dicho que me lo dijeras si te sentías así. ¿Verdad?

Era mentira.

Clementine apoyó la frente en la ventanilla.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Me parece bien —dije.

Ninguna de las niñas me miraba ya y, sin embargo, por alguna razón, estaba sonriendo. «Basta —me dije tajantemente—. Deja de sonreír así». Pero no podía. No pude hacerlo.

*—Cuando se trata de dar su consentimiento, ¿crees que los niños son capaces de…?*

*—Oh, por favor.*

*Pausa.*

*—¿Puedo terminar la pregunta?*

*Pausa más larga.*

*—Sí, por supuesto.*

*—Cuando se trata de dar su consentimiento y el uso de imágenes de niños en las redes sociales…*

*—Necesito hacer un breve descanso para ir al baño. ¿Va bien?*

Esa misma noche, Caleb entró en nuestro dormitorio y dijo:

—Hoy he vuelto a hablar con mi padre.

—¿Y?

Estaba leyendo mis correos electrónicos, borrando en masa los mensajes de *spam,* mientras las niñeras preparaban a los niños para irse a la cama. En ese momento, un nuevo correo electrónico hizo

ping en mi bandeja de entrada. Era de Shannon. El asunto decía: dimisión formal.

Hice una pausa. Me quedé mirando el asunto unos instantes. Luego hice clic.

> Natalie,
>
> Te escribo para hacerte saber que no voy a trabajar más para ti. Entre lo que pasó el verano y todas las pesadillas, está claro que este trabajo ya no es bueno para mi salud mental. Tengo un billete de autobús para esta noche. No necesito que me llevéis; Nana Aimee me llevará a la estación.
>
> Para que quede constancia: No creo que seas una mala persona.
>
> Creo que solo estás confundida.
>
> Por favor, diles a los niños que los quiero.
>
> Shannon
>
> P.D. Siento haber estropeado tu calendario con la planificación de contenidos.

—¿Natalie? *Holaaaaa,* ¿hay alguien ahí?

—Lo siento —dije—. Necesito mirar algo rápidamente. Dame un segundo.

Leí el correo electrónico una segunda vez, luego una tercera. Entonces miré a Caleb.

—¿Qué decías?

—¿Va todo bien?

Me reí, quizá de forma demasiado exagerada.

—Solo estúpidos correos publicitarios. A ver, *por favor,* soy toda oídos: háblame de tu padre.

—Bueno —dijo. Hizo una pausa dramática. *Redoble de tambores,* por favor—. Cree que ahora es el momento.

Asentí con impaciencia —ya sabía lo que iba a decir— antes de recordar que se suponía que era la gran revelación. «Sigue con la actuación, Natalie. Di tus líneas».

—¿Ahora es el momento de qué, cariño?

Sabía perfectamente lo que vendría. De hecho, lo había visto venir *todo:* la presión política de mi suegro en favor de Caleb, la dimisión de Shannon… Podría decirse que yo misma lo había

orquestado, pero, aun así, me sorprendió increíblemente que por fin estuviera ocurriendo. «Allá vamos. Las fichas de dominó están empezando a caer». Y, sin embargo: ¡cómo se atreve! Supongo que fue el tono del mensaje lo que me irritó, más que el mensaje en sí. Qué falsa madurez. Rebosante de condescendencia inmerecida. Exactamente el tipo de carta que uno esperaría de una veinteañera. Exactamente el tipo de carta que habría esperado de Shannon en particular, ese corderito perdido, esa estúpida zorra.

«Lo siento. Señor. Lo siento, lo siento, lo siento».

—Ahora es el momento de presentarme… —dijo Caleb—. A las elecciones.

—Dios mío. Guau.

El padre de Caleb no era solo un senador. Era un icono político de raza. Llevaba cuatro décadas en el cargo, presentándose sin oposición cada seis años. Era un veterano de guerra, un tradicionalista de los valores familiares, el tipo de hombre que la gente describía con total sinceridad como «un John Wayne de la vida real». Y no se equivocaban. Doug Mills era un hombre capaz de asumir responsabilidades y seguro de sí mismo. El patriarca definitivo. Casi todos los comentarios que hacía a otro hombre iban acompañados de una palmada en el hombro. Y, si las encuestas iban bien encaminadas, estaba a punto de convertirse en el próximo presidente de los Estados Unidos. También era mi mejor aliado. Lo que mi suegro y yo sabíamos: no había otra manera. Solo existía ese plan, muy delicado, en el que dos variables —mi productora y mi marido— se resolvían de un plumazo.

*—Última pregunta, Sra. Heller Mills: ¿Le gustaría comentar algo sobre esas horribles acusaciones de agresión en el Rancho Los Viejos Tiempos?*

*—Desafortunadamente, no puedo comentar sobre una investigación legal en curso.*

Me gustaría hacer una pausa aquí y decir: otra mujer se habría quebrado hace años.

«No creo que seas una mala persona».

Bastante valiente soltarle eso a la esposa del hombre al que te has estado tirando. Esa era la palabra que estaba buscando: «valiente». Todo el correo electrónico era tan espeluznantemente atrevido que podría haber provocado a otra mujer menos fuerte un ataque de nervios, que lanzara su teléfono al otro lado de la habitación y que gritara a su estúpido e inútil marido, ese hombre incapaz de mantener la polla dentro de los pantalones: «Mira lo que has hecho». Pero yo era diferente. Mientras miraba fijamente al imbécil mujeriego de mi marido, me di una palmadita mental en la espalda por todo el trabajo que había hecho a lo largo de los años para endurecerme contra el mundo. Nos enfrentábamos a nuestro primer desastre de relaciones públicas. Ya podía ver los titulares: «Acusaciones sacuden a una famosa familia de Instagram». Peor aún: «¿Es Natalie Heller Mills la líder de una especie de secta? Su antigua productora habla claro».

¿Arruinaría un titular así una incipiente carrera política? Seguramente no. A América no le importaba un ápice la moralidad cuando se trataba de políticos. Al contrario, ya esperábamos que fueran un poco sórdidos. Podría mejorar las posibilidades de mi mimado marido en el corazón del país. Incluso podría darme un impulso en seguidores, también. *Esa pobre mujer embarazada, haciendo todo lo posible para mantener a su familia unida.* En serio, si lo piensas, toda esta situación daría para un *post* de Instagram cojonudo.

Pero me estaba adelantando. No había necesidad de pensar en eso ahora. Ni siquiera era necesario contarle a Caleb lo del correo electrónico. Este no era el tipo de cosas con las que mi marido era capaz de lidiar. No era el tipo de cosa que él —que, a pesar de todos sus esfuerzos, seguía llevando su masculinidad de forma tan tosca y poco natural como un jersey de la talla equivocada que yo le hubiese

puesto por la cabeza a la fuerza— pudiese solucionar. Si lo supiera, empeoraría las cosas. Haría algo completamente estúpido, como conducir hasta la parada del autobús y pedir perdón a Shannon delante de una multitud de extraños.

—Creo que es una gran idea —dije, exactamente como había practicado—. Apuesto a que algún día serás presidente. Como tu padre.

La cara de Caleb se iluminó de alivio. Nunca lo admitiría, se había pasado media vida huyendo de ello, pero eso era lo único que había deseado de verdad: ser igual que el viejo y querido papá.

—Ahora —le dije— vamos a rezar por ello.

Nos arrodillamos juntos a los pies del sofá. Apoyé la frente en las manos entrelazadas e intenté exhalar la rabia, pero no pude. Era como un germen. No dejaba de reproducirse en mi estómago. Normalmente los errores de mi marido eran fáciles de perdonar, pero esta noche quería matarlo. Prácticamente podía ver sus insípidas oraciones flotar a mi lado, en pequeños bocadillos de pensamiento escritos en Comic Sans. «Por favor, Señor, te pido que mis hijos estén bien, y las gallinas. Ayuda a mi mujer a seguir queriéndome. Una mamada estaría bien. Señor, y si no es demasiado, me gustaría tener fuerzas para convertirme en algo memorable. Me gustaría convertirme en una leyenda».

Todos los hombres querían convertirse en leyendas. Daban vergüenza ajena.

¿Y qué quería yo? Esa respuesta es fácil. Quería más de lo que ya tenía. Quería que el mundo entero se viera a través de mis ojos. Un nuevo nivel de influencia. Pero eso no se pide directamente, así que me conformé con algo más sencillo.

«Por favor, que este plan funcione. Señor. Por favor, no dejes que sea ella quien gane. Y, por favor, dale algo de agallas a mi marido. Estoy cansada de tener que prestarle las mías».

Amén.

Parte II

# El presente

# 1

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Un día, una semana, un mes?

Lo único que sé es esto: Me despierto una mañana y pienso: «Me cago en Dios, qué frío».

Entonces: «Lo siento, Señor».

Blasfemar como un adolescente asqueroso no es la mejor forma de empezar el día. Aun así: *hace* frío. Más frío de lo normal.

¿Y está más oscuro de lo normal?

«Cálmate, Natalie. Un poco de frío nunca ha matado a nadie».

Cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, era una tradición de Nochebuena que mi madre nos contara historias sobre nuestros antepasados, cómo llegaron a América a través de Ellis Island, luego cruzaron el Oeste a caballo y en carruaje, apropiándose de las tierras más fértiles que encontraron.

—Los días de antaño no eran para los débiles de corazón —decía mi madre con una mirada distante y romántica—. Piensa en lo *valientes* que tenían que ser tus tatarabuelos. Imagina enfrentarte a los indios con flechas. Defender al ganado de los lobos. Coger el pescado del arroyo. Beber leche directamente de la ubre. Imaginaos, chicas, intentar seguir vivas durante los inviernos más fríos, largos y oscuros que podáis imaginar, sin ni siquiera el sueño de la electricidad para manteneros calientes.

Yo también había empezado a hacer eso con mis propios hijos. Hablar de los viejos tiempos como si fuera algo de lo que pudiera hablar, cuando la verdad es que yo no había pasado frío de verdad ni un solo día en mi vida.

Hasta ahora.

Se ha ido la luz. ¿Por qué no se enciende el generador?

«Tranquilízate».

Pero no puedo. Mis pensamientos fluyen rápidamente. Estoy totalmente despierta por el frío, haciendo una rápida lista mental de los manitas a los que podríamos llamar para arreglar la luz y en los que podría apoyarme en este percance —«Debería investigar la garantía del generador, solo tiene cinco años»— y finalmente vuelvo a recordarme a mí misma «Para, Natalie, respira». No es el momento del día para pensar en las tareas domésticas. Es el momento del día para enraizar mis pensamientos en la gratitud espiritual, para centrarme antes del bendito caos de otra jornada.

Sacudo un poco la cabeza e intento empezar de nuevo.

«Gracias, Padre, por Caleb. Gracias por la propiedad. Gracias por Clementine, Samuel, Stetson…».

Agarro el edredón para envolverme en él. Entonces me paralizo.

No es mi edredón. Mis dedos no agarran el edredón híbrido de franela y lino que compré el verano anterior. En su lugar, estoy temblando bajo una colcha rígida y fina. Con cautela, saco una mano de debajo de las mantas y paso los dedos por la superficie, sintiendo lo que parecen ser gruesos trazos de diseños tejidos a mano. Siento el primer estremecimiento de miedo.

—Caleb —susurro.

No obtengo respuesta.

Si el reloj de mi cuerpo es correcto —y siempre lo ha sido, cada día de mi vida—, son casi las seis de la mañana. Seguro que Caleb ya se ha levantado y está en el establo, ordeñando. Seguro que esta colcha irreconocible no es más que un trapo del armario de la ropa blanca que la asistenta ha decidido utilizar hasta que nuestro edredón habitual esté limpio.

«Pero ¿por qué no ha sonado aún mi alarma?».

El pánico se apodera de mí. Me abalanzo sobre la mesilla de noche, donde dejo el móvil cargando cada noche. Mis manos golpean el aire en lugar de la suave madera de nogal. Caigo de la cama, y las rodillas chocan dolorosamente contra el suelo duro de

madera. Grito en la oscuridad y luego me tapo la boca con una mano, aterrorizada de repente por la idea de hacer ruido.

«Joder. Joder. Joder».

Esta vez no me detengo a pedir disculpas al Señor. No hay tiempo para disculparse. Por mi cerebro corren pensamientos afilados como cuchillos, cada uno de los cuales me hace jadear un poco en el silencio refrigerado.

«Me han raptado.

Secuestrada.

Debe de haber alguien aquí conmigo.

Alguien va a matarme.

Soy demasiado joven para morir.

Demasiado hermosa para morir.

Siempre mueren las jóvenes y hermosas».

Justo cuando estoy a punto de desmayarme del susto, oigo algo familiar: un murmullo de risas infantiles.

Hago una pausa. Inclino la cabeza hacia el sonido.

Más risas. Varios niños. Parece que son niñas. «¿Mis niñas?». Luego hay otro susurro, una voz más alta, que las hace callar severamente.

«¿Clementine? ¿Eres tú?».

Luego: otra risa brillante. Una década de maternidad sitúa esa voz en cuatro años, tal vez cinco.

«¿Jessa? ¿Junebug?».

Me siento en el suelo y miro fijamente en la dirección de las risas. Poco a poco mis ojos se adaptan a la oscuridad. Pronto puedo ver la débil silueta de una puerta.

«Habla —me digo—. Di algo».

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Hay una respuesta inmediata desde la otra habitación.

—¡Mami, estamos desayunando!

Una corriente de alivio me recorre. Me levanto, ignorando toda la información sensorial que mis pies gritan a mi cerebro —«este suelo helado, nudoso y lleno de bultos no es tu madera importada de

Brasil»— y camino hacia el sonido, tocando la pared con los dedos hasta que llego a la puerta y encuentro el pomo, *mi pomo,* en la oscuridad.

Abro la puerta, y ante mí se abre el negro pasillo.

«Este es mi pomo, y ese era mi edredón, y esta es mi casa. Hace frío porque ha habido tormenta y se ha ido la luz. Las cosas se sienten diferentes porque está oscuro y tienes miedo, y todo se siente diferente en la oscuridad cuando tienes miedo».

Avanzo por el pasillo, que está oscuro, pero no tanto como el dormitorio. Me muevo deprisa, confiando en mi conocimiento instintivo de la casa. He pasado tantas noches despierta en medio de la noche en esta casa, tan ida y agotada por la lactancia materna ininterrumpida que bien podría haber sido un auténtico muerto viviente. Conozco esta casa como a mí misma. Y con cada paso bien dado, me siento más aliviada y camino un poco más deprisa. «Qué manera más extraña de despertar —pienso con una felicidad creciente—. Qué sueño tan terrible». Mientras doy los últimos pasos antes de girar hacia la cocina, pienso que esto daría para un buen vídeo más tarde. «Buenas tardes, gente. Tuve la experiencia más extraña esta mañana, estoy segura de que todas las mamis trabajadoras lo entenderán…».

Giro, entro en la cálida luz de la cocina y me detengo en seco.

Esta es mi casa.

Esta no es mi casa.

Miro mi cocina, que tampoco es mi cocina. El tamaño, la distribución y la decoración son casi idénticos —la misma mesa de comedor, las mismas sillas, las mismas encimeras de madera—, pero las lamas del suelo son más anchas y desiguales, y no hay luces en el techo. No hay ninguna luz, me doy cuenta lentamente, excepto la de la chimenea. En mi casa, la chimenea de la cocina no funciona. En esta casa, las llamas estallan y crepitan en el frío, proporcionando la única luz de la habitación. Iluminando a los demás.

Sentados junto al fuego están mis hijos, que tampoco son mis hijos. Son cuatro. Dos niñas, dos niños, todos con ropas harapientas que me recuerdan a una recreación de la época de los pioneros. La mayor, una chica de ojos oscuros, parece una adolescente. Pelo recogido en una trenza. Se parece a Clementine, pero no es Clementine. También es la única que no me mira directamente. Está haciéndole una trenza a la niña con perfecta e inquebrantable concentración.

Todos estos niños parecen mis hijos. Ninguno de ellos es realmente mi hijo.

Doy un paso atrás, luego otro. Una tabla del suelo cruje bajo mis pies.

La niña mayor levanta los ojos y se cruza con los míos.

Sé lo que es el miedo. En más de una ocasión en mi vida lo he sentido con tanta fuerza que me ha paralizado.

Una semana antes de dejar mi casa por primera vez para ir a la universidad, nací de nuevo en mi iglesia. Justo antes de que el pastor me sumergiera la cabeza en el agua caliente de la piscina, se me doblaron las rodillas del susto. Ahí estaba, inundando mi cuerpo mientras el sacerdote me sujetaba por las axilas: un asfixiante sentimiento de incapacidad humana. Un terror absoluto ante lo que sería de este mundo si no fuera por la gracia salvadora que Él nos ofrece. Durante esos tres segundos antes de sumergirme, sentí una claridad total y absoluta de lo roto que estaba todo. Mi vida, mi familia, mi país, mi planeta. Nosotros, toda la humanidad, estábamos solos, ¿verdad? ¿Venía Él a salvarnos? ¿O estábamos desamparados, atrapados en esta roca abandonada, girando vertiginosamente por la oscuridad hacia la nada?

Entonces me sumergí en el agua, el miedo desapareció y el calor —el amor— se abrió paso.

Volví a sentir miedo cuando di a luz por primera vez. Tenía veinte años, estaba en el hospital y las enfermeras no paraban de soltar banalidades disfrazadas de consuelo y que yo apenas podía oír por

encima del sonido de mis jadeos de pánico: «Eres muy fuerte, solo tienes que empujar un poco más, puedes hacerlo, mami…».

Justo en el instante antes de que mi hija viniera gritando al mundo, sentí, por segunda vez en mi vida, la angustiante certeza de que todo estaba mal. «Mami —pensé—, ¿quién es mami? Soy Natalie. Me llamo Natalie». No estaba preparada para ser madre. Sentía esa evidencia en lo más profundo de mi cuerpo, por lo que parecía inevitable que Él interviniera antes de que ese error de ser madre avanzara aún más. «La niña saldrá azul». O tal vez Él me castigaría de otra manera: Caleb se resbalaría, caería y se golpearía la cabeza con la esquina de la cama, mi madre sufriría un accidente de coche mortal de camino al hospital. «Debe producirse un intercambio para que esta vida entre al mundo». Mientras mi cuerpo se abría lentamente por la mitad como un melocotón, me di cuenta de que era yo quien perdía la vida; yo quien desaparecería del mundo para hacer sitio a este nuevo niño.

«Nunca volveré a ser Natalie. Solo seré mami».

Por un momento, deseé que el bebé desapareciera. No solo fuera de mí, sino de este mundo. Borrado. Entonces la habitación se llenó de sus gritos, el miedo desapareció y el amor —o algo parecido— volvió a abrirse paso.

Creía que conocía el verdadero miedo. Pero esto, lo que siento ahora, no es un miedo que haya conocido antes. Lo que experimento dentro de mí es grande, negro y sin fin. Es como caer en picado al Infierno.

—Mami —dice la niña más pequeña.

Es menuda y pecosa, con la mitad del cabello trenzado y la otra mitad largo y revuelto, colgando hasta la cintura. No la había visto en mi vida y, sin embargo, repite esa llamada sagrada.

—¿Mami?

Ella es la que se ha reído, y la que luego me ha llamado. La miro fijamente, con las náuseas revolviéndome por dentro. Es mía y no es mía. Tan cercana, tan parecida, *y, sin embargo.* La disonancia hace

que mi mente se descontrole. Pienso en muñecas de plástico. Pienso en alienígenas y trajes de piel. Pienso —oh, Dios— en mis propios hijos, quitándose la cara y dándosela a extraños para que se la pongan como máscaras de plástico. Suelto un ruido. Suena como un gemido, se siente como un grito ahogado, y finalmente pienso en decir: «¿Quién eres?».

Los niños se miran.

—Mami —vuelve a decir la pequeña.

Mi voz sube de tono.

*—¿Dónde estoy?*

—Ups —dice un niño pequeño.

Ocho años, quizá nueve. Se parece a mi Samuel, a mi Stetson, pero no es ninguno de los dos.

—Somos nosotros, por supuesto —dice el chico mayor.

Parece tener unos trece años.

—Granero —dice la niña mayor.

Me mira a mí, pero sus manos trabajan como si tuvieran voluntad propia, trenzando la melena de la más joven con una fuerza que hace que me duela el cuero cabelludo. La niña pequeña no dice nada, solo me mira con grandes ojos de niña mientras le tiran de la cabeza a la izquierda y luego a la derecha.

*—Ve al granero* —vuelve a decir la mayor.

Atravieso la habitación a trompicones hasta la puerta principal. Tengo la mano en el pomo cuando veo algo y me quedo paralizada.

Hay muescas y garabatos tallados en el marco de la puerta principal. Docenas de ellos. Nombres y números, colocados en línea vertical. Una lista. No, un registro.

A la altura del pomo, una serie de marcas especialmente claras: MAEVE, 1852; MAEVE 1853; MAEVE, 1854. Marcas de altura. Lo que significa, lo que *no puede significar…*

Sigo la línea de las marcas, la mirada viaja inquieta hacia arriba. A la altura del primer cristal de la ventana: NOAH, 1853; luego, por el segundo cristal: ABEL, 1854. Y exactamente, exactamente a la altura de mi vista: una inscripción recién entallada.

*MAMI*, reza la inscripción. 1855.

No. No, no, no, no, no…

Abro la puerta de golpe y salgo al porche, bajando las escaleras a trompicones y dando pasos en la oscuridad antes de detenerme en seco. Ahí está de nuevo: una escena que reconozco bien, pero que lentamente se desintegra en la extrañeza. Como una versión perversa de la nostalgia. Ahí está el gran granero rojo, el gallinero y el camino en pendiente que desaparece en la ladera de una colina. Ahí está el mundo que construí para mí, cada detalle, estudiando minuciosamente los planos; tardé años en hacerlo bien, excepto, excepto, *excepto que*: no hay luces en el camino de entrada. Tampoco hay luz sobre la puerta del granero. Todo está bañado en sombras bajo el cielo aún negro. Cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad, veo que el granero parece viejo, deteriorado y olvidado. El tejado está combado. El gallinero no es la maravilla tecnológica de treinta mil dólares que compramos años antes, con una puerta automática que se abre y se cierra al amanecer y al atardecer para proteger a las gallinas de los zorros, los pumas y los osos. En lugar de eso, es un pequeño cobertizo con un alero de paja. Incluso las gallinas parecen diferentes a la tenue luz de la luna. Más delgadas. Menos amistosas.

«Hola, señoritas».

Mi cuerpo está tan inundado de cortisol que me siento paralizada.

«Ay, Dios. Ayúdame».

—Natalie.

Me doy la vuelta. Una figura está de pie junto al granero, el granero que es mío y no es mío. Empieza a caminar hacia mí y, de repente, la luz de la luna ilumina su rostro.

Es Caleb. A diferencia de los niños, que parecen versiones de cera de los míos, este es mi marido, con la cara suave y la camisa a cuadros y esos tiernos…

Ojos.

Doy un paso atrás. Él se para. Los dos nos quedamos ahí, en silencio, a unos tres metros de distancia.

Los ojos de este hombre no son los ojos de mi marido. Los ojos de este hombre son negros, fríos y muertos. Cuanto más lo miro, más extraño me resulta. Es Caleb, luego es un pariente lejano de Caleb y luego es un extraño, un hombre mayor que me mira fijamente en la oscuridad de la noche. Noto el frío en mi cuerpo. Me miro, observo el extraño camisón que llevo puesto. Una cosa de flores y algodón que no había visto en mi vida.

—Natalie —vuelve a decir.

Pienso en correr. Mis piernas no se mueven.

«Despierta, Natalie. Es hora de despertarse».

—¿Qué está pasando? —digo—. ¿Dónde estoy?

—Dios —murmura el hombre. Pone los ojos en blanco y tira el sombrero al suelo, haciéndome saltar y lanzando una pequeña nube de polvo al aire frío—. Estás en casa, Natalie —dice—. Ahora, por el amor de Dios, entra antes de que cojas un resfriado.

—¿Quie… quién eres?

—Soy tu marido, joder —suelta—. Soy Caleb.

Quizá sea un sueño. Es ilógico como un sueño, es aterrador como una pesadilla…, pero, si está pasando en mi cabeza, ¿por qué me duelen tanto las rodillas de la caída? ¿Por qué siento los pulmones agitándose en mi pecho, el terror vibrando por todo mi cuerpo atrapado y a la vez desesperado por escapar?

—Llévame a casa. Te daré lo que quieras. Tengo dinero. Mucho dinero. Seguramente lo sabes, ¿no? ¿Por eso me trajiste aquí? ¿Quieres dinero?

—Natalie…

Algo se rompe dentro de mí.

—¡Deja de decir mi nombre!

Suelta un gruñido de fastidio y empieza a caminar hacia mí de nuevo.

—Si vas a ponerte a gritar así…

Por fin, mi sistema nervioso se pone en marcha. Empiezo a correr.

Mientras vuelo por el camino, noto la tensión quejumbrosa de unos músculos reblandecidos, pero no me importa. No es el

momento de preocuparse por los tirones. No es el momento de pensar en otra cosa que no sea huir. Esprinto a través de la oscuridad, sintiendo muy de lejos el dolor en las plantas de los pies cuando la grava me desgarra la piel. Justo cuando empiezo a pensar en el futuro —si la casa vecina más cercana está a ocho o a diez kilómetros, si sería más inteligente correr por la carretera en busca de un coche que pase o desaparecer en el bosque—, tropiezo, me inclino hacia delante y…

Mi cuerpo patina y rueda.

«Solo rasguños. Levántate, Natalie. Puedes hacerlo. Levántate y corre».

Al otro lado de mi miedo: zapatos sobre grava, acercándose.

Jadeo y me revuelvo por el suelo, intentando encontrar mi centro de gravedad, intentando colocar las palmas de las manos sobre la grava para poder impulsarme y seguir corriendo, pero el cielo nocturno es tan negro que parece tierra, y la tierra es tan negra que parece el espacio exterior, y continúo dando manotazos al aire, y el aire se llena de polvo, y todo da vueltas, y pienso para mí misma: «Levántate», y lo estoy intentando —«Señor, lo estoy intentando»—, pero no puedo, no puedo, no puedo.

Los pasos desaparecen.

Silencio.

Ruedo sobre un costado, jadeando, agarrándome. Entonces veo al hombre de pie a unos metros, observándome con una expresión pasiva y de poco interés. Los brazos cruzados.

—Levántate —dice, haciéndose eco de mis pensamientos.

«Corre, Natalie. Lucha».

Me pongo de lado y grito. Me ordeno a mí misma que grite *socorro,* pero no estoy segura de si lo hago. El ruido de mi propia voz es demasiado fuerte en mis oídos para distinguir ninguna palabra.

Veo con el rabillo del ojo al hombre arrodillarse. Me invade una nueva corriente de pánico. Intenta cogerme entre sus brazos. Agito los míos y las piernas. Se inclina hacia delante y me inmoviliza los

brazos con facilidad, luego me agarra las muñecas de tal forma que aún le queda una mano libre. En un instante, sin ningún pensamiento consciente, le escupo en la cara. Se sobresalta. Me mira fijamente, con las mejillas brillando a la luz de la luna, mientras yo me retuerzo desesperadamente debajo de él.

—*Que te jodan* —gruño.

Es la primera vez en mi vida que digo esa frase en voz alta.

El hombre se limpia la cara con el dorso de la manga. Luego dice:

—Una buena esposa no le habla así a su marido.

Se echa hacia atrás y me pega una bofetada tan fuerte que el mundo entero se vuelve negro.

# 2

Tenía diecisiete años cuando dejé a mi familia por primera vez. Iba a la universidad en Boston. Universidad de Harvard. ¿Recuerdas lo que dije sobre ser disciplinado? Sí. A los doce años, prácticamente llevaba yo las clases de la escuela dominical semanal mientras el profesor —un padre del barrio que apestaba a alcohol y al que le gustaba ligarse a las chicas de la clase de Confirmación de arriba— dormía la mona en la parte de atrás. «Más lista que el hambre», solía decir mi padre de mí. «Ten cuidado, o se te comerá». Y luego se reía, se reía y se reía.

Eso es todo lo que recuerdo de mi padre. Murió cuando yo tenía diez años. Al menos eso es lo que mi madre nos dijo a mi hermana y a mí que dijéramos cuando nos mudamos a otro pueblo en el extremo suroeste de Idaho, a cuatro horas de donde nos habíamos criado. «Decid a los profesores que vuestro padre ya no está con nosotros». Había que hacerlo con ese juego de manos retórico: no mentía, no había cometido ningún pecado, él —¡técnicamente!— ya no estaba con nosotras. Con esa frase, mis maestros sacarían sus propias conclusiones, y la conclusión no sería que el marido de Eliza Heller se había fugado a otro estado con una mujer del torneo de bolos.

«Manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicación, inmundicia, lascivia…».

Ya a una edad temprana dejé de aplicar la lógica de mi madre. «Papi está muerto». ¡Qué tristeza! Que descanse en paz, amén. Mi padre era el tipo de hombre que solo llamaba inteligente a una mujer si funcionaba como un chiste para sus compañeros de cañas.

Mentiría si dijera que lo echaba de menos, pero hice lo que me dijo mi madre porque ese era el mundo en el que había nacido: un mundo en el que las buenas cristianas tenían un empleo extra como gestoras de crisis para sus maridos, también buenos cristianos. Las reglas se establecían en el servicio religioso, en la escuela dominical y en la mesa cada noche: el trabajo de una mujer era triple. Ser madre, ser esposa y mantener limpio el hogar. Y no te olvides de *sonreír.*

Y así llegué a la mayoría de edad en un pequeño pueblo de montaña, sin abuelos ni primos de los que hablar, con una madre soltera que se negaba en redondo a que otras mujeres de la iglesia le propusieran citas, porque técnicamente ya estaba casada. De día era secretaria en un bufete de abogados. Por la noche, tejía jerséis, calcetines y gorros para las mujeres de nuestro barrio. Como las familias de nuestra iglesia tenían una media de cinco a nueve hijos, el negocio estaba siempre en auge. Las facturas se pagaban a tiempo. El síndrome del túnel carpiano de mi madre se agudizaba cada mes, pero el dolor, decía, merecía la pena por disfrutar de una infancia americana tan buena. Aun así, no éramos el tipo de hogar que podía permitirse lujos mundanos como una matrícula universitaria; por eso, cuando llegó por correo la oferta de una beca completa, mi madre no pudo decir otra cosa que «Madre mía».

A mi madre le sorprendió que yo no quisiera ir al programa de excelencia académica de la universidad de nuestro estado. Resultaba sorprendente, en términos más generales, que quisiera aventurarme en el mundo, cuando el mundo había perdido tan claramente su rumbo. En las ciudades costeras, las familias nucleares eran una especie en peligro de extinción. Los niños corrían descalzos por las calles mientras sus padres se aventuraban a tener sexo en esos pisos cutres sin ascensor y sus madres fumaban crack en las escaleras. Algunas mujeres ya no sabían que eran mujeres. Algunos hombres no sabían que eran hombres. La natalidad caía en picado. La humanidad inmolándose. La raza blanca se extinguía.

Estas eran las oraciones que mi madre enviaba al Señor cada noche mientras yo preparaba la maleta para ir a la universidad al final del pasillo: «Mantenla a salvo, Señor. Apártala de la tentación. Líbrala del mal. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

En el aeropuerto, mi madre y mi hermana se despidieron de mí con un abrazo.

—No tomes cocaína —dijo temerosa mi hermana Abigail.

Era dos años mayor que yo, tenía la cara en forma de corazón, ojos de Bambi y un anillo con un minidiamante en el dedo. Estaba prometida con su novio del instituto, un joven con la cara llena de granos, como un *hot dog* rebozado en cebolla, y mal carácter. Bryce. Ambos iban a la universidad local. Abigail no tenía intención de salir de nuestra ciudad ni de leer un libro escrito por alguien que no se llamara Paul, David o John.

—Recuerda, Nattie —me conminó mi madre—, *recuerda* ser simpática.

Su expresión estaba llena de devoción, casi rebosaba de ella. No dejaba de mirar a las otras familias de Idaho que estaban en la zona de salidas, casi todas ellas vestidas como nosotros, con largos vestidos *cottagecore* y el pelo en una trenza a la espalda. Prácticamente todas esas familias tenían dos o tres miembros más que la nuestra. Cerca de allí, una mujer conducía a una fila de ocho niños hacia la zona del *check in,* con una gran pila de pasaportes en las manos y una expresión de beatífica extenuación en la cara. Mi madre los miraba pasar, con el pesar supurando de su rostro. En nuestra comunidad, una familia con solo dos hijos era sospechosamente pequeña. Lo contrario de bendita. Bueno, ¿qué se le iba a hacer? «Su marido ya no estaba entre nosotros».

—Todo el mundo cree en algo —dijo, sin dejar de observar a la familia—. Puedes llegar a cualquiera si muestras simpatía.

—Lo sé, madre.

Su atención volvió a centrarse en mí.

—Hablo en serio, Nattie. *Sé simpática.*

Tragué saliva. No quería discutir, pero era un golpe bajo que terminara la despedida con este tema, la mayor vergüenza de nuestras vidas: yo no era, y nunca había sido, una chica muy sociable. Era educada y tenía buenos modales, era de fiar, trabajadora e inteligente —*demasiado,* incluso, decía mi madre a las mujeres en la iglesia, cuando pensaba que yo no podía oírla—, pero ¿extrovertida? No tanto. ¿Amigos? Técnicamente, ninguno.

—Eso no va a ser problema —dije.

Lo decía en serio, aunque no de la forma en que sabía que ella lo tomaría. Esta era, en secreto, la razón por la que iba a Boston: iba a una escuela y a una ciudad donde el intelecto importaría mucho más que ser *simpático.* Los bostonianos, por lo que había leído en el ordenador de casa, eran famosos por su inteligencia y por su falta de interés en las cortesías. Ese tipo de mundo era, sin duda, al que yo pertenecía.

Abracé a mi hermana y a mi madre una vez más, recogí las maletas y me dirigí al control de seguridad. Mientras avanzaba, sentí el impulso de darme la vuelta y decirle adiós a mi familia una vez más. Pero entonces pensé en Gomorra, en lo que les ocurre a las mujeres que miran por detrás del hombro el mundo que dejan atrás.

«… Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra… Destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra. Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal.

No mires atrás, no mires atrás».

Pero ¿qué pasó con las mujeres de la Biblia que miraron hacia adelante? ¿Qué fue de ellas?

No podía recordarlo, pero había algo en esa idea que me parecía instintivamente erróneo. Olía a codicia y me resultaba preocupantemente cercana a la brujería.

«No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos».

Mejor no arriesgarse. Así que me senté en la puerta de embarque y me quedé mirando fijamente la alfombra, decidida a no mirar hacia delante ni hacia atrás hasta que las azafatas llamaron a mi número de grupo y comenzó el resto de mi vida.

# 3

Después de que Caleb y yo compráramos la granja, nos reunimos con varios arquitectos y contratistas para hablar de la reforma. La mayoría no daban crédito a nuestras exigencias. La casa era de finales del siglo XIX, pero había sido totalmente renovada hacía pocos años. Las ventanas eran nuevas, los electrodomésticos eran nuevos, el tejado, la iluminación y los suelos eran nuevos. Y ahora queríamos reformarla… ¿otra vez?

—¿Se dan cuenta de que costará medio millón? —dijo el primer arquitecto.

—¿Son conscientes de que el valor de reventa se reducirá a la mitad? —preguntó el primer contratista.

—¿Están ustedes dos completamente locos? —se asombraron el segundo, tercer y cuarto arquitectos.

—Quiero que parezca que hemos entrado en una máquina del tiempo —repetía yo en cada reunión—. Quiero que parezca auténtico.

(—¿Auténtico respecto a *qué?* —preguntó uno de los arquitectos).

Luego yo añadía las cinco palabras más importantes en cualquier reunión de negocios.

—El dinero no es problema.

Decidimos trabajar con el sexto hombre con el que hablamos. No intentó disuadirnos de ninguno de nuestros planes, ni enarcó las cejas cuando enumeré mis peticiones: quería que el lavavajillas, el microondas y todos los electrodomésticos modernos de la cocina estuvieran ocultos a la vista; quería una bañera con patas inundada de luz natural; quería suelos de tablones anchos que parecieran

arrancados directamente del Mayflower. Quería toda la estética de los viejos tiempos y todas las comodidades de la modernidad, y quería que este conjunto de deseos aparentemente irreconciliables se acoplara de algún modo mediante una serie de decisiones de diseño impecables. Mientras yo hablaba, este contratista, un hombre mayor que llevaba décadas trabajando en la zona, tomaba notas con prodigio. A cada una de mis peticiones, asentía con la cabeza y decía en un tono tranquilo y monótono:

—Por supuesto que podemos hacerlo, señora.

Justo antes de terminar la reunión, el contratista me miró con cara totalmente seria y me dijo:

—¿Va a querer aseos en el interior de la casa, señora, o fuera?

Solté una risa forzada.

—Los aseos en el interior van bien.

—Estupendo. —Cerró el cuaderno y nos miró—. Vamos a construir una máquina del tiempo.

«Bienvenidos a la máquina del tiempo».

Estoy tumbada bajo las mantas de esa colcha espantosa, acurrucada en posición fetal. No tengo ni idea de qué hora es. Me he despertado de lo que parecía menos una siesta y más una operación con anestesia general. La cuenca de mi ojo izquierdo palpita sin cesar. La piel de las palmas de las manos, los antebrazos y las piernas me escuece horrores. Los pies, más que dolerme, me arden de una manera extraña, como hinchados de sangre. Mi cabeza zumba y da vueltas de tal forma que me pregunto si tengo una conmoción cerebral.

«Despierta, Natalie».

«Mami, estamos desayunando».

«Ve al granero».

«Una buena esposa no le habla así a su marido».

«Ups».

«Somos nosotros, por supuesto».

«Soy tu marido, joder».

«MAMI, 1855».

Es difícil pensar ahora. Literalmente. Puedo sentir, realmente *sentir,* el esfuerzo muscular de conjurar pensamientos, como si cada palabra fuera una roca que debo encontrar y luego sacar del fango.

Debe de haber sido ese hombre, que me llevó de vuelta a la cama después de dejarme inconsciente. *Caleb,* supuestamente. Una versión más antigua de mi Caleb. *El antiguo Caleb.* Mientras estoy tumbada de lado, me lo imagino llevándome: tocándome la piel, metiéndome en la cama, haciendo Dios sabe qué más mientras yo estaba desmayada. Me dan ganas de vomitar. Pero es improbable que vomite, porque mi estómago gruñe y se queja.

Me tumbo de lado, con una mueca de dolor mientras mi cuerpo se activa en diez puntos distintos. No son solo las heridas. Mi cuerpo se siente viejo y gastado.

Hago una pausa. Parpadeo lentamente. Estudio las partes de mi cuerpo que puedo ver con facilidad. El dorso de las manos, los antebrazos. Es difícil considerar el estado de la piel cuando mi cuerpo está manchado de mugre y tierra. No hay espejos en esta habitación, no hay forma de ver mi propio reflejo. Ni siquiera puedo comprobar si soy yo misma. Increíble, las cosas que una persona puede dar por sentadas. Nunca me he parado a pensar en el milagro que es un espejo. Jamás me había planteado que podría llegar un día en que estuviera desesperada por verme a mí misma y me diera cuenta de que carecía de las herramientas necesarias para hacerlo.

Cierro los ojos, intento frenar los pensamientos acelerados.

«Cálmate, Natalie. Céntrate. Piensa. ¡Piensa!».

Mi mente libera pequeñas punzadas de pánico como respuesta.

—¿Mami?

Me estremezco al oírlo. Levanto la cabeza de la almohada. ¡Au! Un dolor me atraviesa la parte posterior del cráneo como una aguja quirúrgica.

Ahí está la niña, de pie junto a la puerta. La misma que me ha llamado antes. Lleva uno de esos extraños trajes de pionera, el pelo completamente trenzado. El corazón se me encoge en una especie

de repulsión enfermiza, la que sentí en los primeros días del posparto de Clementine. Ese instinto innato de querer a un niño, especialmente a uno que se parece a ti, unido al deseo abrumador de matar al necesitado, de partirle la cabeza y salir corriendo.

La niña se mueve dentro de la habitación, su manita sigue el rastro de la pared.

—Soy Maeve, mami —dice tímidamente—. Soy yo.

—Maeve —repito medio grogui, como una cavernícola demente.

Me encanta ese nombre. Siempre ha estado en nuestra lista, desde la primera niña. Con cada una de nuestras hijas pensamos en Maeve, pero nunca encontramos un alma que pareciera encajar del todo. Esta niña, sin embargo, es una Maeve perfecta. Delicada, atenta y dulce.

Cierro los ojos. Hurgo en mis pensamientos.

—Te repito, ¿dónde estoy? —murmuro

—En casa —dice inmediatamente. Ahora mira al suelo.

Parece disgustada, o quizá decepcionada. Como si estuviera jugando a un juego al que no quiere jugar.

Una punzada de miedo me recorre. Un nuevo pensamiento aflora a la superficie, cargado de paranoia: «La han entrenado para responder a estas preguntas».

—¿Qué día es hoy?

Se arrastra lentamente por la pared hacia mí mientras hablamos, en un movimiento que parece menos intencionado que instintivo, como si un imán la uniera a mí. Como si me quisiera. Como si yo fuera —el corazón me da un vuelco— su madre.

Le da una suave patada a la mesita de noche, desvía la mirada en mi dirección y la aparta cuando nuestros ojos se encuentran.

—Miércoles.

Mi cerebro capta la información con un alivio tan rápido e inmediato —«es una palabra que conozco, es un día de la semana que existe en el lugar de donde vengo»— que tardo unos instantes en darme cuenta de que no recuerdo cuál fue mi último día en casa.

¿Qué recuerdo?

Es una pregunta tan sencilla y, sin embargo, parece imposible de responder.

Recuerdo a mi madre y a mi hermana. Recuerdo casarme con Caleb, recuerdo dar a luz. Recuerdo el correo electrónico de Shannon. Para que quede constancia: No creo que seas una mala persona. Ah, y esa mirada esperanzada de mi esposo cuando dijo: «Ahora es el momento de presentarme…».

—Tu ojo, mami —dice Maeve.

Está junto a la cama. Duda, se acerca y dirige su mano a mi cara hinchada. Me encojo y cierro los ojos, preparándome para el estremecimiento de dolor. Cuando no pasa nada, abro los ojos. Su dedo flota sobre mi piel. Sabe lo que es un moratón. No quiere hacerme daño.

—¿Tienes hambre, mami?

Mi estómago ruge en respuesta.

—Sí —admito—. Mucha.

—Ven a la cocina. Ven a comer una galleta.

Dudo.

—¿Dónde está… —«¿tu padre?, ¿tu amo?»— … ese hombre?

—Fuera, trabajando —dice—. Con Abel y Noah.

Abel, Noah. Los nombres más bíblicos que existen. ¿Qué edad tiene esta niña? Parece de seis o siete años, pero habla como si tuviera tres o cuatro. Por un vergonzoso momento, quiero agarrarla por los hombros y sacudir su cuerpecito hasta que la verdad salga de su boca como un vómito.

«¿Cuándo me sacaron de casa?».

«¿Cuánto tiempo ha pasado?».

«¿Qué me ha pasado?».

«¿Me están buscando mis hijos y mi marido?».

«¿Están bien los niños?».

«¿Llora el bebé reclamándome?».

El bebé. Me llevo la mano al estómago.

«Mi criaturita marina».

El bebé se ha ido. Ya no estoy embarazada de seis meses.

Mi boca se abre en un grito silencioso.

A lo largo de mi vida, en tantas ocasiones diferentes, me he preguntado con auténtica curiosidad cómo la gente era capaz de moverse por el mundo sin fe. En la universidad, veía a las chicas de mi clase emanciparse con orgullo de todas las instituciones que las habían formado: sus familias, su país, su Creador. Insistían en cortar hasta la última de sus ataduras al universo mortal. La idea de flotar por el mundo sin que nada las sostuviera me resultaba inconcebible. ¿Qué te impedía caer en picado?

Mientras Maeve me guía por el pasillo y de vuelta a la cocina, con su manita agarrando con fuerza la mía, me recuerdo a mí misma que no estoy sola, por mucho que lo parezca.

«Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento».

Me recuerdo a mí misma, con no poca inquietud, que nada es accidental. Nada de lo que ocurre en este mundo es ajeno a Su plan. (En mi mente danzan visiones de mártires: mujeres quemadas vivas, niños que pierden la cabeza para que algún hombre recupere la fe). Me vuelvo a llevar la mano al estómago y me recorre otra oleada de mareos. «¿Soy una especie de sacrificio, Señor?».

La cocina está ahora más tranquila. Los dos chicos y el hombre no están, como me prometió Maeve. La chica mayor está inclinada sobre la mesa, de espaldas a nosotras. Cuando nos acercamos, la veo remover algo que parece masa de pastel. Coge el cuenco y lo vierte con cuidado sobre una rejilla de madera, llenando una docena de moldes rectangulares.

Jabón. La chica está haciendo jabón.

Yo también lo hacía. De hecho, fue uno de los primeros tutoriales que compartí en internet, apenas una semana después del (¡bendito!) día en que mi cuenta se hizo viral. Ese vídeo era chapucero y aburrido; lo grabé en una sola toma larga, escribí un texto trilladísimo —¡La limpieza está cerca de la divinidad!— y lo

subí, para luego ver con horror abyecto cómo todos mis nuevos seguidores lo destrozaban.

Por qué es tan famosa esta tía?

el vídeo está tan desenfocado lol.

Alguien ha lobotomizado accidentalmente a Martha Stewart?

Durante el año siguiente a ese momento, hice una docena de vídeos más relacionados con el jabón, cada vez más limpios —*¡ja!* — y mejor ejecutados. Al poco tiempo, los elogios superaron a los enfados, y los enfados cambiaron de tono, pasando de criticar la ejecución —en plan por qué es tan famosa?— a criticar los conceptos inherentes al vídeo —tipo quién tiene tiempo para hacer jabón????—.

Entonces supe que había ganado.

Maeve me suelta la mano y corre hacia la mesa. Se sube a la silla junto a su hermana.

—Mami quiere una galleta —dice.

—Mami puede esperar hasta la cena —responde la mayor.

Maeve está distraída con los materiales que hay en la mesa, así que no contesta. Toma un pequeño cuenco de madera lleno de ramitas de lavanda. Coge un puñado y vierte las flores sin miramientos sobre el centro de la rejilla, de modo que la mitad de los moldes quedan completamente cubiertos de púrpura y los otros intactos.

—Tienes que esparcirlas uniformemente —dice la niña mayor—. Deja que te enseñe.

Toma su propio puñado de ramitas y las coloca perfectamente por el resto de los moldes de jabón.

Señalo las ramitas de lavanda.

—¿Quién te enseñó a añadir las hierbas?

La chica se vuelve hacia mí.

—Tú —dice tranquilamente—. Me enseñaste tú.

# 4

—Bebe esto —me ordenó mi nueva compañera de cuarto y me puso un vaso de plástico en las manos.

Se llamaba Reena Magliotti. De pie ante mí, con sus vaqueros de marca, su diadema de marca, sus zapatillas de marca y su camiseta de marca, parecía un directorio andante y parlante del centro comercial de lujo más cercano. Era la primera noche de universidad. Habíamos organizado una reunión previa antes de ir a una fiesta, de lo que me había enterado solo unos quince minutos antes.

Levanté el vaso y alcé la voz para que se me oyera por encima de la música rap que sonaba en los altavoces de la mesa de Reena.

—¿Esto lleva alcohol?

—No te preocupes —dijo Reena con desdén mientras llenaba otro vaso—. No notarás el sabor.

Olí el vaso —«mermelada de fresa»— y me sonrojé al oír una carcajada. Unas cuantas chicas estaban sentadas en la cama de Reena. Eran idénticas al póster de modelos enmarcado en la pared: modernas, arregladas y un poco ariscas.

—Es básicamente zumo —dijo una de ellas.

La otra volvió a reírse disimuladamente. Ninguna de las dos había optado por sentarse en mi cama. Ni siquiera se habían acercado a mi mitad de la habitación, donde estaban las cuatro cosas que me había traído de casa: una colcha cosida a mano, una foto enmarcada de mi familia, un ordenador de sobremesa pagado con mi beca. En mi lado no había pósteres.

Asentí cortésmente, aunque empezaba a molestarme la forma en que aquellas mujeres se negaban a responder a las preguntas que

les hacía y fingían escuchar las preguntas que no les hacía. Aun así, la voz de mi madre resonaba por los pasillos de mi cerebro: *¡Sé simpática!*

¿Era más importante para el Señor que me abstuviera de beber alcohol o que me llevara bien con los desconocidos? Tomé un sorbo. Era sorprendentemente dulce, menos parecido a un zumo y más a un jarabe, no muy distinto del falso vino que ofrecían en el servicio religioso cada domingo.

Cerré los ojos, luego bebí otro trago, esta vez más grande, y luego otro, ignorando a las chicas cuando volvieron a reírse, ignorando el grito de apoyo de Reena —«¡Claro que sí, compañera!»—, mientras el zumo me chorreaba por la barbilla y goteaba sobre el cuello de encaje de mi vestido, dejando una salpicadura de manchas de sangre que nunca se quitaría.

La música estaba alta. Más que alta. ¿Cómo eran capaces de caber tantas jóvenes en una habitación tan pequeña? Peor aún: todas hablaban por encima, alrededor y más allá de mí. Por lo que pude deducir, todas esas chicas ya se conocían de alguna manera.

«Amigas de amigas».

«De campamentos de verano».

«Internado».

«¿Tu padre fue a…?».

«¡No puede ser! ¡Mi madre era de la hermandad…!».

Al otro lado de la habitación, Reena estaba de pie en medio de un semicírculo de mujeres que parecían versiones de arcilla deformes de ella y que estaban igualmente cubiertas de esas tipografías vacías de las grandes corporaciones. Así juntas, parecían un grupo de vacas marcadas, recién escapadas del hierro candente. Reían o gritaban. La música estaba muy alta. Y el suelo… no podía verlo, solo podía ver docenas de pies escurridizos, moviéndose y desplazándose como zarpas, el suelo estaba lleno de zarpas, esa gente eran todo zarpas…

No. Tonta. Zapas. No zarpas. Zapatillas.

¿Esto era lo que se sentía al estar borracho?

No estaba borracha. No, borracha no. Bueno, tal vez un poco borracha. La habitación tenía la atmósfera de una jungla. De vez en cuando pasaba una ráfaga de aire caliente y rancio. No parecía que estuviéramos en un dormitorio universitario, sino más bien en el interior de las horribles fauces de una fiera.

«Fieras. Fauces».

«Se apartaron los impíos desde la matriz. Se descarriaron hablando mentira desde que nacieron. Veneno tienen como veneno de serpiente…».

Ahí estaba: la sacudida del pánico. Una lágrima rodó por mi mejilla. Me encontraba en (¿alrededor de?, ¿junto a?) un grupo de chicas que hablaban entre sí simultáneamente, un extraño simulacro de conversación que impedía claramente cualquier verdadero intercambio de información. Una de ellas me hizo una señal, se inclinó hacia delante y me dijo:

—¡Me gusta tu pelo! —Señaló mi trenza con gesto de aprobación—. Es muy *largo.*

Al instante, cesaron los monólogos torrenciales. Ahora todas las chicas me miraban. Esa presión de su atención colectiva se sentía como una fuerza gravitatoria. Resistí el impulso de caer de rodillas.

—Se ve tan sano —dijo otra chica.

Ahora todas me sonreían. Era desconcertante: todas las personas que había conocido en la universidad tenían los dientes tan rectos y blancos que apenas parecían dientes.

—¿Te lo has cortado alguna vez? —dijo una tercera, imitando con las manos unas tijeras—. ¿Alguna vez te has cortado el pelo?

Oh. Eso era lo que estaba pasando: estas chicas pensaban que yo era tonta. ¿Pero cómo? Apenas había hablado con ellas lo suficiente como para que me identificaran en una rueda de reconocimiento, y mucho menos para incriminar mi intelecto. Recorrí con la mirada el grupo y vi a una chica que fruncía el ceño contemplando la blusa manchada de zumo de mi vestido. Se sobresaltó al notar mi atención y apartó rápidamente la mirada.

Así que era eso. Mi pelo y mi vestido significaban estupidez para ellas. Aunque ya era demasiado tarde, me limpié la mejilla manchada de lágrimas con el dorso de una palma y dije brevemente:

—No, nunca me lo he cortado.

—Guauuu —dijeron todos al unísono.

Me invadió una soledad infantil y desesperada. Mi mano libre se cerró en un puño. Lo que habría dado por sentir la tela de la falda de mi madre en mi puño, por levantar la vista y ver su expresión amable y autoritaria mirándome desde arriba. «¿Lista para volver a casa, Nattie?».«Sí, madre. Estoy lista para irme a casa».

—Me gustaría irme, ahora —anuncié, a pesar de que ese era mi dormitorio.

—Claro —dijo una chica en tono consolador—. Puedes irte.

Mientras me alejaba, comenzó una nueva conversación superpuesta:

—Es Amish, ¿no?

—Creo que judía ortodoxa…

—… las mormonas son totalmente…

—¿Pero has conocido alguna vez a un evangélico?

Durante una hora, me senté en una silla tapizada de flores en la sala de estar, escuchando las reuniones antes de salir de fiesta que tenían lugar arriba y abajo del pasillo. Cuando el último hilo de risas desapareció tras la puerta de entrada del edificio de la residencia, me levanté, volví a mi habitación y empecé a limpiar el desorden.

«Esto es el infierno», pensé tranquilamente mientras trataba de limpiar las pegajosas manchas rojas del teclado de mi flamante nuevo ordenador.

No, *esto* era el infierno: cuatro horas más tarde, me desperté con el ruido de Reena entrando a trompicones en la habitación con un chico, hablando alto, pero de tal manera que daba a entender que en realidad estaba susurrando.

—Eres tan sexi. Aquí. *Aquí.* ¡Silencio! Mi compañera de habitación está durmiendo.

Se oyó el lento crujido de su colchón al hundirse bajo el peso de dos cuerpos. El chico no hablaba, pero lo sentía en la habitación con nosotros. Le oía respirar.

—Ven aquí —susurró ella, y él fue.

Pronto, los sonidos que venían del otro lado de la habitación eran tan intelectualmente incomprensibles como instintivamente horribles. Risas y gruñidos. Crujidos de sábanas. Piel contra piel. Un deslizamiento espeso y húmedo. Una terrible succión mecánica. Un sonido largo, ahogado y gutural, como el agua moviéndose por un desagüe atascado. Luego: un jadeo apresurado, no muy distinto de la primera bocanada de aire que se toma tras salir a la superficie de un lago.

Reena murmuró:

—No me ha gustado eso.

—Oh —fue lo primero que dijo el chico—. No te preocupes.

—Me siento mal.

Pausa.

—¿Quieres que me vaya?

Rezaba tan fuerte en mi cabeza que parecía posible que ellos también me oyeran. «Por favor, mándalo a casa, por favor, mándalo a casa, por favor, mándalo a casa…».

—No —dijo ella—. Todo bien.

Avanzaron. Un minuto después, él estaba empujando dentro de ella —«más despacio», dijo ella—, pero sentía como si estuviera empujando dentro de mí. El dolor era insoportable. Quería gritar *no,* decirles que pararan, por favor, *parad,* que no quería, que no podía soportarlo, pero el dolor, el miedo y la humillación me habían arrebatado el sonido de la boca, así que me quedé tumbada bajo las sábanas —con el corazón inmóvil, la sangre helada, la boca abierta en un jadeo de cadáver sin aliento— y dejé que hicieran lo que quisieran conmigo.

«Y los diez cuernos que viste en la bestia, estos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego».

Toda una vida después, el chico se fue. Reena se levantó y recorrió lentamente nuestro dormitorio en la oscuridad, vistiéndose. Luego abrió la puerta y la cerró en silencio. Escuché sus pasos por el pasillo hasta el cuarto de baño de la residencia, y luego me incliné sobre el borde de la cama y vomité mermelada de fresa.

# 5

Con la luz del día es más fácil ver lo destartalada que está esta casa. Las tablas del suelo están viejas y podridas. A través de las grietas del techo de la cocina puedo ver retazos de cielo. En cuanto a la cocina, es tan sencilla como la de mi casa: una larga encimera de madera, un gran fregadero de hierro fundido, una serie de estantes abiertos con grandes recipientes, en cada uno de los cuales miro e inspecciono. Reconozco algunos de sus contenidos: harina, manteca animal, patatas, melocotones, cerezas y peras en conserva. También hay recipientes con semillas, jarabes y sustancias de colores extraños que no puedo ni nombrar.

—Para el dolor —me dijo la mayor cuando me vio examinar un tarro que contenía un jarabe de color escarlata. Me miró con el ceño fruncido, repentinamente atenta—. ¿Te duele la cabeza?

Sí, pero no iba a decírselo a *ella.*

En esta cocina no hay una despensa oculta con un enorme frigorífico, dos lavavajillas y un microondas. No hay lavadero con una estantería de detergentes sin químicos, sin perfume y sin colorantes. Tampoco hay cuarto de baño. A través de la ventana de la cocina puedo ver un pequeño cobertizo junto al gallinero, sin duda un retrete. (En este momento estoy ignorando activamente las neuronas que gritan a mi cerebro lo mucho que me gustaría usarlo).

La planta de esta casa es idéntica a la mía: una pequeña casa de un solo piso, con una gran cocina y sala de estar, y cuatro dormitorios al fondo del pasillo. Las habitaciones están en la misma ubicación, pero en lugar de literas y aparadores de Pottery Barn[1], las de los niños tienen colchones de paja y estanterías de madera a la

vista, cada una de las cuales contiene unos cuantos montoncitos de ropa de aspecto raído.

«Como en una máquina del tiempo —pienso mientras meto la cabeza en cada habitación—. Como una versión magullada y golpeada de mi vida».

Finalmente, ya no puedo más. Me acerco a las chicas de la mesa y les digo con formalidad:

—Necesito ir al baño.

—Pues ve —dice la mayor, sin volverse siquiera.

La cabeza me martilleaba en silencio, un recordatorio a tambor batiente de lo sucedido esta mañana. «Una buena esposa no le habla así a su marido». Salgo al porche. La repentina claridad manda una bengala de aviso de dolor agudo en el cráneo, que ilumina momentáneamente todos los pensamientos que he tenido y luego, con la misma rapidez, los sumerge en la oscuridad. Una brisa me levanta el pelo y me refresca el cuello. Cuando mis ojos se adaptan a la luz del día y
el dolor va disminuyendo, veo que estamos en otoño. Las hojas de los árboles son de un dorado intenso y las montañas apenas están cubiertas de nieve. A mediados de noviembre estarán blancas.

Contemplo las montañas y mi mirada se desplaza lentamente hacia el rancho, a través de las ondulaciones de miles de hectáreas del agreste Idaho, salpicadas de matorrales de artemisa y poco más, hasta que por fin llego a la valla de los terrenos secos y abandonados junto al establo. Unas tristes y cutres cercas que ni hacen su función, nada que ver con las mías, que pinto cada verano de un cegador blanco iglesia.

De repente, uno de los chicos —«en el marco de la puerta, el más bajo, ¡Noah!»— sale del granero con un caballo y lo guía hasta los prados. Nuestro caballo. *Snickers.* Mi amada bestia marrón y blanca. Solo que…

No. No es nuestro caballo.

Siento como si estuviera mirando el mundo a través de una película de aceite.

Las manchas del caballo están en un lugar ligeramente diferente. La franja blanca en la nariz es más ancha que la de Snickers, y hay una mancha blanca extra junto a su vientre.

Para empezar, nunca deberíamos haber comprado un caballo. Ninguno de nosotros era jinete, y yo no paraba de decirle a Caleb que fuera razonable, que se lo pensara, que considerara por un segundo el trabajo que supondría un caballo, pero Caleb insistía en que aprenderíamos, insistía en que era *esencial,* cuando era pequeño…, cuando era pequeño…

Una repentina agorafobia me invade. Los campos, los bosques, las montañas. Una extensión infinita de tierra. *El Salvaje, Salvaje Oeste.* La fiebre del oro. Indios y vaqueros. Montañas de búfalos muertos[2]. *Destino manifiesto.* Mantas infectadas de viruela[3]. Fusiles y vagones cubiertos y la era del Dust Bowl[4] y manadas de caballos salvajes y el Área 51 y naves espaciales y extraterrestres, menos como el Planeta Tierra y más como el Planeta Marte…

De repente estoy medio caminando, medio trotando por el claro hacia el retrete. Abro la puerta de golpe y entro. El hedor me deja sin aliento, pero aun así cierro la puerta con fuerza. Vuelvo a sentirme como una niña, siguiendo la lógica de los sueños: si me mantengo oculta bajo las sábanas, los monstruos no me verán.

Hablando de niños y de lógica onírica, es una tontería, es imposible que funcione, pero… ¿y si funcionara?

«Perdóname, Señor, tengo que intentarlo».

Cuando termino de mear, me enderezo, cierro los ojos, organizo mis pensamientos y golpeo los zapatos tres veces».

«No hay lugar como el hogar».

«No hay lugar como el hogar».

«No hay lugar como el hogar».

Abro la puerta de golpe y digo:

—Mierda.

[1] Marca y tiendas de muebles estadounidenses de un característico estilo rústico chic. *(N. de la T.).*

[2] Referencia a la matanza de millones de bisontes por parte de los colonos blancos en el siglo XIX. *(N. de la T.).*

[3] Referencia al episodio histórico en el que los colonos entregaron mantas infectadas con el virus de la viruela a pueblos indígenas para propagar la enfermedad. *(N. de la T.).*

[4] Serie de fuertes tormentas de arena que tuvo lugar entre 1932 y 1939 y que afectó especialmente a las Grandes Llanuras de Estados Unidos. *(N. de la T.).*

# 6

Cada lunes por la tarde, mi madre llamaba a la línea de teléfono del dormitorio a las siete en punto para preguntarme cómo había ido la semana. Cómo iba mi vida social. ¿Había conocido a alguna francesa? ¿E irlandesas? ¿Había chicas —respiración profunda— judías o musulmanas en el edificio? ¿Rezaban delante de mí? ¿Olían como yo, o el olor era diferente?

Mi madre había dado a luz a mi hermana a los dieciocho años y a mí a los veinte. La universidad no fue una opción. Los viajes por el mundo no fueron una opción. Lo más lejos que había viajado era a Arizona para una boda. En el aeropuerto, su ansiedad por mi decisión de ir a la universidad había sido palpable, pero ahora —quizá porque nunca había tenido la oportunidad de hacerlo ella misma o quizá como medio de redirigir sus ansiedades por el hecho de que su hija viviera tan lejos— hablaba sin parar de lo emocionante que era para mí estar allí. «¡No puedo ni imaginarme a cuánta gente interesante estarás conociendo!».

En respuesta, por primera vez en la vida, mentí a mi madre. Le dije que era exactamente como se lo imaginaba, porque pensé que, si le decía la verdad, le daría un ataque de nervios.

No, la universidad no era el oasis intelectual que yo esperaba. No había combates dialécticos en las aulas como los de Sócrates y Platón, ni debates apasionados sobre el libre albedrío, la creación y la luz divina e intelectual del hombre. Pero tampoco era Gomorra, como les preocupaba a mi hermana y a mi madre. O, al menos, no como la habían imaginado. Más bien me encontré en un claustrofóbico búnker para niños ricos. Un Edén artificialmente

inteligente: un paisaje cálido e incubado para mantener a salvo a los peores chicos de América, calentitos y bien alimentados hasta que maduraran y se les pasaran las ganas de sacarse los ojos unos a otros.

Al principio pensé que los problemas con las compañeras de habitación serían mi mayor reto, pero Reena no había vuelto a traer a nadie desde aquella primera noche, y entonces empezaron las clases y se reveló mi verdadera pesadilla. Durante las primeras semanas me sentaba congelada en la primera fila de cada clase mientras chicos de Chicago y Los Ángeles y Darien hablaban a gritos, sin que se les entendiera ni papa, desde la última fila. Se quejaban de las hegemonías del poder y de las intervenciones militares en el extranjero. Agitaban esas manos suaves sin el menor rastro de haber trabajado, con uñas inquietantemente limpias. En cuanto a las chicas, proclamaban su horror ante la diferencia salarial entre sexos y, aunque al principio pensé que muchas de ellas tenían el mismo problema médico, pronto me di cuenta de que sus dedos, manos y antebrazos estaban teñidos de un sombrío tono naranja por el autobronceador que se intercambiaban por los pasillos de la residencia como si fuera un tótem espiritual.

Las noches entre semana, las chicas de mi residencia se amontonaban en una habitación y bebían vodka Smirnoff mezclado con zumo de pomelo sin azúcar mientras se quejaban de sus padres, de sus internados, de sus novios del instituto. Ninguna se sentía agradecida de poder estar allí. Pronto me di cuenta de que no estaban agradecidas por nada en absoluto. Todas planeaban ser esposas y madres, pero odiaban a los hombres y a los niños. Hablaban de la familia nuclear igual que de la bomba nuclear. Era una fuerza destructiva, sexista, militarista y heteronormativa diseñada para arruinar el mundo. Al final de cada afirmación añadían «literalmente», aunque sus palabras no pudieran funcionar de ningún modo en sentido literal. «Li-te-ral-mente». Cuando hablaban de las madres que se quedan en casa —específicamente de *sus* madres que se quedan en casa—, sus ojos no se empañaban de

gratitud. Al contrario, sostenían con valentía que la feminidad de la vieja escuela era una lacra. Cualquier mujer que eligiera quedarse en casa en lugar de trabajar en el mundo exterior era cómplice. Cualquier mujer que se identificara como ama de casa era a la vez víctima y culpable.

—¿De qué? —cometí el error de preguntar uno de los primeros días.

Las chicas intercambiaron una serie de miradas.

—¡La chica amish ha hablado!

Entonces Reena —que, durante los primeros días de clase, se había sentido visiblemente decepcionada al darse cuenta de que no iba a ascender tan alto en la escala social como había planeado, y que obviamente me consideraba al menos parcialmente responsable de ese hecho— se aclaró la garganta y dijo con aire fatigado:

—Del patriarcado, Natalie.

«Vaya».

Siempre había alguien que tenía una hermana que había dejado su trabajo para cuidar de los niños porque no podía permitirse pagar la guardería con su salario. Otra tenía una prima cuyos pezones, horarios de sueño y vida sexual habían sido destruidos por la lactancia materna. Otra, una madre que bebía hasta reventarse el hígado en un barrio residencial mientras el padre estaba en la ciudad haciéndole juegos de manos a alguna camarera. Una noche, una de las chicas dijo (no bromeo, cito textualmente): «Pues yo me programaré una cesárea y así la cabeza del bebé no estará toda abultada cuando salga». Otra noche, Reena les contó a todas lo que había pasado la primera noche, esa que llegó a la habitación con aquel chico. Era un «depredador», insistió. Daba «vibras de violador». La tiró en la cama y la aplastó, dijo —«¡Apenas podía respirar!»—, y luego presionó para tener relaciones sexuales, y todo el mundo debería apuntar su nombre, deberían recordarlo y «no irse nunca a casa con él», porque no se podía confiar en hombres como él, «nunca».

Me senté en la cama de enfrente, muda de horror, mientras ella seguía hablando. Ya era consciente de que a estas jóvenes les gustaba desdibujar la línea que separa la realidad de la ficción: «¿Las familias nucleares son destructivas? ¿Las cesáreas, deseables? Díganme, señoras, ¿en qué mundo?». Pero allí, justo en ese momento, se estaba divulgando un error periodístico flagrante, una reclamación falsa al seguro sobre un atropello con fuga que nunca ocurrió, y yo era la única testigo.

«Sé simpática», me advirtió mi madre.

Me quedé mirando el vaso de agua con gas que tenía en el regazo.

Cada noche, después de dos o tres horas de este tipo de discusiones en grupo, las chicas me daban las buenas noches y yo me ponía lentamente el camisón, mareada y un poco enferma. Me sentía como si la modernidad me estuviera matando con la técnica del ahogamiento simulado. Cuando me metía en la cama —me temblaban tanto los dedos que apenas podía apartar las sábanas—, mi mente buscaba a tientas a mi madre, como una planta moribunda que se retuerce hacia la luz. Me venían a la mente las batas que nos bordó a mano a mi hermana y a mí, con nuestros nombres en perfecta cursiva rosa en el bolsillo del pecho, y me mordía la lengua hasta que me sangraba. Me resultaba doloroso admitirlo, pero echaba de menos estar rodeada de mujeres agradables.

Era desolador. Había conseguido exactamente lo que quería: una escuela donde todo el mundo era profunda y asombrosamente antipático. Prácticamente podía oír al Señor susurrándome al oído: «Ten cuidado con lo que deseas, corderito. Porque puede hacerse realidad».

La situación era insostenible. Pero cada vez que solicitaba una habitación individual en otro edificio, me la denegaban.

—¿Estás en una situación de inseguridad? —me preguntó un día la supervisora de los alojamientos universitarios.

Después de mi séptima solicitud formal de traslado, me hizo una visita mientras Reena estaba en clase.

—Bueno —le dije—. *Físicamente* no, pero ¿espiritualmente? —Asentí enérgicamente—. Muchísimo.

Pero la respuesta a mi solicitud ya estaba tomada.

—Lo siento, pero no van a considerarlo una razón.

Y entonces, una noche, el Señor me salvó de la manera más inesperada.

Fue un jueves por la noche. Reena se estaba preparando para acoger otra reunión previa salir de fiesta en nuestra habitación. Iba a ser una gran noche para Reena, había deducido a través de las conversaciones que había tenido con otras chicas en mi presencia. Creía que se enrollaría con un chico con el que llevaba semanas hablando. Por el rabillo del ojo, vi a Reena tomarse su cuarto chupito de vodka en veinte minutos. «Depredador», pensé, desde el cómodo refugio de mi cama. Hacía tiempo que había abandonado la pretensión de beber en estos eventos. Estaba en pijama, bajo las sábanas, con un libro de texto abierto en el regazo.

Llegaron tres chicas, que miraron con ciertos nervios a nuestro dormitorio vacío. Sin duda pensaban que habría más gente.

—¿Hemos llegado demasiado pronto?

—¡No! ¡Hola! —dijo Reena con tono alegre, tratando de ignorar la incomodidad que se sentía—. Pasad, pasad, pasad. Justo os estaba sirviendo las bebidas.

Dos de las chicas tenían sus habitaciones en el mismo pasillo que nosotras, y ya las primeras semanas habían aprendido que era mejor no hablarme. «¡Esa chica católica es rarita!». Pero una de las chicas era de otro edificio.

—Hola —me dijo—. Natalie, ¿verdad? —Cuando la miré, añadió—: Estamos en la misma clase de estudios de género.

Reena frunció el ceño.

—¿No es una clase como de cuatrocientas personas?

—Bueno, sí, pero Natalie se enzarzó el otro día en un intenso debate con el profesor sobre las diferencias biológicas.
Tenía todos esos estudios en su arsenal, como que, *pum,* las mujeres son físicamente más débiles, *pum,* los hombres no son buenos en las tareas domésticas porque su vista está diseñada para tareas de depredador, *pum,* el cuerpo femenino está diseñado para cuidar, y ¿qué te parece? El profesor estaba *taaaan* cabreado —dijo la chica, y se rio—. Fue realmente divertidísimo.

No dije nada. En su momento pensé que el profesor disfrutó con aquel debate. Un pensamiento terriblemente solitario se apoderó de mí: todo el mundo aquí, incluso el profesorado, parecía odiarme.

—Da igual —dijo Reena—. A Natalie no le importa lo que piensen los demás. ¿Verdad, Natalie?

Lo hacía de vez en cuando los primeros días de clase, hablar en mi nombre, pero ahora me utilizaba más a menudo como accesorio o chiste para su propia vida social. Yo era una paloma y ella una aprendiz de maga, de pie frente a un auditorio de asientos casi vacíos, buscando a tientas mis plumas en el fondo de su gran sombrero negro.

—Lo que los demás piensen de mí no es asunto mío —dije en voz baja.

—Dios, Natalie. —Reena me dirigió una mirada altiva a la vez que se servía más vodka—. Eres tan tierna. ¿Te ha dicho tu madre que digas eso?

Mientras las chicas se reían con desenfado, una flor de calor se abrió en mi pecho. Era una broma fuera de lugar. Seguro que Reena no esperaba que yo respondiera —¿acaso la paloma dice algo cuando el mago chasquea los dedos?—, y probablemente por eso pareció tan sobresaltada cuando dije:

—Que tú odies a tu madre no significa que yo odie a la mía.

Un silencio llenó la habitación. Reena dejó la botella de vodka.

—Nunca he dicho que odie a mi madre. —Miró a las chicas—. ¿Cuándo he dicho yo que odie a mi madre?

Volví a prestar atención a mi libro.

—¡En serio! Yo quiero a mi madre.

—Claro que la quieres. —Una de las chicas trató de calmar a Reena, pero no debió de funcionar porque, cuando volvió a hablar, su voz estaba impregnada de furia.

—¿Sabes qué pienso, Natalie?

«No, Reena, no sé qué piensas. De hecho, me sorprende saber que tienes algo de vida interior».

—Pienso que te crees mejor que todas nosotras. —Pasé la página—. ¿Me estás escuchando siquiera?

Sin levantar la vista, dije:

—¿Es otra pregunta retórica? ¿O de verdad te interesa escuchar una perspectiva del mundo diferente a la tuya?

Las chicas que estaban detrás de ella soltaron una exclamación de sorpresa. ¡La chica ultrarreligiosa piensa!

—Eres mala, Natalie —dijo Reena.

Arrastraba un poco las palabras, con la lengua anestesiada por el vodka. Esta conversación nunca habría ocurrido si no estuviera borracha.

—Pones los ojos en blanco cuando hablamos. Haces comentarios en voz baja. Crees que no nos damos cuenta, pero lo vemos. Pero con quién eres *más* mala es conmigo. Ignoras la mitad de las cosas que te digo, y creo que es porque estás celosa de mí, porque tengo amigos y novio —incluso en ese momento, tuve que reconocerle cierto mérito, estaba siendo valiente o quizá solo iba borracha—. Y *tú,* en cambio, estás sola con tus amigos imaginarios, Jesús, María y el puto Espíritu Santo.

Me quedé mirando la página, con el cerebro procesándolo todo mientras las chicas se reían. Pensé, por millonésima vez aquel otoño, en mi madre. ¿Qué estaría haciendo ahora? Probablemente limpiando la encimera, guardando las sobras de la cena. Tarareando uno de los himnos religiosos que siempre tenía en la cabeza. En toda mi vida, nunca había visto a mi madre odiar a nadie, pero estaba segura de que odiaría a esas chicas. Como mínimo, le horrorizaría saber en qué pensaban todo el día. «Te equivocas, mami. No todo el

mundo cree en algo. En la universidad hay un asombroso número de personas que no creen en absolutamente nada».

Mi madre siempre me había animado a ser una luz brillante para los demás. Ahora estaba segura de que ningún nivel de iluminación salvaría a esas mujeres del horror de sí mismas. En todo caso, parecían deleitarse en esa oscurísima falta de rumbo de sus vidas. Estaban orgullosas. Felices de vagar ciegamente hacia una vida de egoísmo. Era profundamente inquietante. Y lo que me resultaba más perturbador era que esas chicas, perdidas y llenas de odio, pensaran que era lógico que alguien como yo estuviera celosa de alguien como ellas.

«Ni de puta coña».

«(Lo siento, Señor)».

—No estoy celosa de ti, Reena —dije. Cerré el libro con el dedo dentro para guardar la página y luego la miré—. En todo caso, siento pena por ti, porque eres poco inteligente y te falta creatividad. Pero, sobre todo, me sabe mal porque nunca sabrás lo que es el verdadero asombro, ni una sola vez en tu vida.

Se quedó boquiabierta.

—¡Eres una zorra!

—Bueno. —Golpeé ligeramente con el dedo la cruz bordada en oro de la cubierta del libro—. No me preocupan las opiniones de las putas.

—¿Qué me acabas de llamar?

—Ya me has oído. —Miré más allá de Reena hacia sus amigas—. ¿Sabéis? Os mintió. ¿Ese chico que se fue a casa con ella el primer día de clase? No le hizo daño. Ni por asomo. De hecho, fue ella quien *le pidió* que se acostaran. Prácticamente se lo suplicó, y ahora le dice a cualquiera que quiera escucharla que la amenazó, cuando no hizo nada de eso. En mi opinión… —me encogí de hombros— … la depredadora es ella, no él.

Se oyó un ruido de otro mundo, un chillido que partió el planeta en dos. En el instante en que volví a concentrarme en Reena, sus dedos ya estaban en mi pelo.

Reena, la pobre, no recordaría ninguno de los detalles de aquella noche. A la mañana siguiente se despertaría con la camisa cubierta de vómito, los nudillos magullados y una nota del comité disciplinario pegada en la puerta. En cuanto a mí, lo recordaría sobre todo como la noche en que aprendí que aquel viejo dicho no podía ser más cierto: el Señor obra de maneras misteriosas. Después de meses de solicitudes y negativas, por fin me aprobaron el traslado a una habitación individual. Resultó que lo único que necesitaba era que mi compañera de piso me diera un puñetazo en la cara.

Al día siguiente, me mudé a una pequeña habitación individual en el lado opuesto del campus. Limpia, tranquila y mía. Por fin podía levantarme cada mañana y susurrar mi oración diaria de gratitud sin preocuparme de que se burlaran de mí. Podía leer tranquilamente por la noche con la puerta bien cerrada, en lugar de sufrir las miradas de compasión de las amigas de Reena mientras entraban y salían para pedir maquillaje y ropa en preparación para su excursión semanal a la fraternidad local, donde, si tenían suerte, se deleitarían en unos diez o treinta minutos de insultos y humillaciones por parte del objeto de sus afectos antes de que él se aburriera y decidiera tirarse a otra.

Por la noche, mientras mis nuevas vecinas se reían y gritaban en una de las habitaciones del pasillo, yo metía una toalla por debajo de la rendija de la puerta. Hacía mis deberes y todas las tareas pendientes. Luego me sentaba frente al ordenador de sobremesa y me desplazaba por una serie de foros de internet algo rudimentarios en los que buscaba respuesta a las preguntas que me perseguían desde que llegué a la universidad.

«¿Por qué las mujeres modernas odian tanto a los hombres?».

«¿Por qué las mujeres modernas odian tanto a los niños?».

«¿Por qué las mujeres modernas se odian tanto a sí mismas?».

«¿Cómo se puede tener un trabajo a tiempo completo y dar el pecho al mismo tiempo?».

Pero en lugar de respuestas solo encontré historias, así como más preguntas. «¿Por qué cada vez siento más rabia?», preguntaban las mujeres modernas en los foros. «¿Por qué no estoy preparada para tener hijos?». «¿De dónde viene esta infelicidad?». «¿Por qué no me acuerdo de qué pensaba hacer en un principio con este título universitario?».

Al final del primer semestre, me encontré con una chica que había conocido en la orientación. Era del mismo curso que yo y pertenecía a un grupo religioso que atendía a estudiantes cristianos de colegios de toda la ciudad. Yo había ido una vez, al principio del semestre. No me había entusiasmado.

—Deberías volver a venir a una reunión —me dijo—. Tenemos un gran grupo de habituales.

—No es lo mío —le dije.

Pensé que era mejor decir eso que la verdad: «Las chicas de tu grupo son tontas como piedras, y la idea de compartir la comunión espiritual con ellas probablemente sería como recibir una lapidación intelectual hasta la muerte».

Su expresión vaciló.

—Para ser sincera, Natalie, estoy preocupada por ti. No tienes buen aspecto.

Sonreí rígidamente a esta chica que solo me había visto de pasada.

—¿Cómo dices?

—Tienes el pelo grasiento y ojeras. ¿Comes bien? ¿Duermes? ¿Quieres hablar?

Era el tipo de comentario patológicamente invasivo que estaba acostumbrada a recibir de mi madre y de las otras mujeres en la misa de la iglesia de mi pueblo; el tipo de cosa que le dirías a una desconocida solo si te hubieran educado para creer que el hecho de que una mujer no mantenga las apariencias afecta al resto de mujeres. Alguien como Reena le habría dicho inmediatamente a esa chica que sus palabras eran groseras, inapropiadas y sexistas. «¡Vete

a la mierda!». Pero ni esa chica ni yo éramos como Reena, y ella lo sabía. De repente, sentí tanta nostalgia que rompí a llorar. Al poco rato, la chica me decía, mientras me abrazaba:

—Te entiendo, de verdad. —Y yo le llenaba la camisa de mocos.

A la semana siguiente empecé a ir al grupo de la iglesia. Se celebraba en una de las salas del sótano de la biblioteca principal de Harvard. Me sentaba entre esas chicas tontas, sufría sus pequeños gemidos y suspiros de *gloria a Dios,* y me sentía bien. Al menos las de ese grupo sabían que el cielo era azul. Al menos no escupían la palabra «madre» como si sus letras fueran contracciones de embarazo. Al menos eran amables conmigo. Seguía sintiéndome sola, pero ahora la soledad me parecía manejable, algo a lo que podía sobrevivir.

Entonces, una fría tarde de invierno, en las primeras semanas del segundo semestre, conocí a Caleb.

# 7

«¿Sabéis, niñas, cómo era la vida en los viejos tiempos en los nuevos territorios? ¿En la gran extensión del Oeste? Algunas personas vivían en pequeñas ciudades, más pequeñas que cualquier ciudad que hayáis visto. Imaginad un puñado de edificios desperdigados por un camino de tierra. Una iglesia, una posada, un almacén, una cantina. Con algo de suerte, la iglesia igual tenía un órgano y la cantina un piano, y crecías acompañada de música, comunidad y Dios. Pero algunas familias ni siquiera tenían eso, chicas. Algunas personas vivían solas, en medio de la nada, acurrucadas contra los elementos en praderas, montañas o bosques sin fin. Sin cantinas ni tiendas. Sin música ni vecinos ni cultos celestiales de los que hablar. Comían de forma sencilla, pero vivían con honor. Durante el día, pescaban, cocinaban y limpiaban. Por la noche, se sentaban alrededor del fuego para calentarse y los adultos entretenían a los niños con cuentos sobre grandes batallas en tierras lejanas. ¿Qué os parece, chicas? ¿Os gustaría una vida así?».

El sol se está poniendo. Estoy sentada en una silla en la mesa de la cocina. A través de la ventana que hay sobre el fregadero veo cómo el sol se oculta tras los árboles. La luz naranja se cuela por los paneles de vidrio abombados bañando la habitación con un resplandor rayado y radiactivo.

Mi mente se mueve sin control, como una atracción rota de un parque de atracciones. «No soy, no seré, no puedo ser…, creo que podría ser…, no, no… soy tu marido… ¿Mami? ¡Mami!».

A unos metros de mí, esa chica está agazapada junto al hogar, su falda metida cuidadosamente entre los muslos para no prenderse

fuego. Es la única cuyo nombre no está grabado en la entrada. Miro cómo le da la vuelta a cada mitad de patata, una a una, revelando la piel perfectamente crujiente, y pienso en las marcas de madera, talladas con tanto esmero, y entonces sé, lo sé, que ella es la encargada de esos registros.

—Perdona —le digo.

No responde.

—*Perdona*. ¿Cómo te lla…?

La chica se levanta y se vuelve hacia mí, y al ver su cara —como la mía, como la de Clementine, «Dios me perdone»— pierdo el hilo de mis pensamientos. Su expresión no es de decepción, como la de Maeve antes. En cambio, parece molesta.

—Mary —dice—. Me llamo Mary. ¿Puedes ir a por más leña, por favor?

Miro fijamente a la chica, que ahora luce asqueada.

—Mary —repito.

Ella asiente, impaciente.

Durante horas, mis pensamientos han vagado y volado sin cesar a mi alrededor y por encima de mi cabeza. Ahora se detienen en seco y caen del cielo, uno a uno, hasta que solo queda uno.

—¿Quiere saber el género? —dijo el técnico con jovialidad.

—Sexo —respondí, distraída.

Era verano, unos meses antes de que Shannon se fuera. Sujetaba el teléfono con firmeza mientras grababa un vídeo de la pantalla de la ecografía; a las Mujeres Enfadadas les encantaba cualquier oportunidad de meterse dentro de mí. Miré al técnico y añadí:

—Quiere decir el sexo del bebé.

—Eso es lo que he dicho.

—Ha dicho género, no sexo.

El técnico miró impotente a Caleb, que dijo:

—Sí, queremos saberlo.

—De acuerdo entonces, veamos qué encontramos…

El aparato del técnico se movió lentamente sobre mi estómago, como uno de esos drones que exploran el fondo del océano en busca de posibles señales de vida. Me quedé mirando la cosa esa gris, imaginando a mi bebé como una medusa, una nutria marina, un veloz pececillo plateado.

—Enhorabuena, señor y señora Mills, van a tener una niña.

—¿Qué te parece el nombre de *Mary?* —susurró Caleb mientras salíamos de la consulta.

En ese momento, sentí un pequeño golpe sordo en el estómago. Su primera patada.

—Ese es su nombre, Mary.

*Mary.*

Mi mente, que hasta ese momento parecía una colmena, zumbando, enfadada y bulliciosa, ahora se siente vacía, mi cerebro no es un cerebro, sino una cáscara, una réplica de plástico.

—Es un nombre precioso —digo sin emoción.

¿Le dijo Caleb a alguien que íbamos a llamar Mary al bebé? Es muy posible. Habíamos estado llamando Mary a la niña en voz alta; quizás se lo había dicho a sus padres, o a sus hermanos, o a algún vecino del pueblo. Pero, aunque lo hubiera hecho…

Me cuesta pensar con claridad por el dolor de cabeza, que ha vuelto con toda su fuerza. Parpadeo, aturdida.

No había compartido el nombre en internet, ¿no? No, desde luego que no. Solo lo hice una vez, cuando estaba embarazada de Junebug, y la experiencia fue tan miserable que juré que nunca más. Me pasé el último mes de ese embarazo viendo cómo miles de personas llenaban a diario la sección de comentarios de mis entradas, destrozando la identidad de mi hija con regocijo, profanando su existencia antes incluso de que viniera al mundo.

dios mío, los nombres son cada vez peores

futura zorra ignorante alerta ni-nooo ni-n oo

Pero, aunque yo no hubiera dicho el nombre, alguien podría haberlo imaginado. Muchos seguidores han adivinado correctamente los nombres de nuestros futuros hijos en el pasado. Cuando tienes miles de comentarios en una foto de tu barriga hinchada, se convierte en una cuestión de probabilidades y, además, solo hay un reducido número de nombres que encajan razonablemente en nuestro estilo. Lo sé.

Un escalofrío me recorre. Tal vez el antiguo Caleb es en realidad uno de mis seguidores. Tal vez sea un acosador psicótico, un hombre cuyas sorprendentes similitudes con mi marido le han convencido de que tiene derecho a mí, y que ha diseñado todo esto como una elaborada forma de *cosplay.*

Sin embargo, incluso antes de que este pensamiento esté completamente formado, lo desecho. Esto, lo que está pasando aquí, llevaría demasiado trabajo, demasiada planificación, para que una sola persona lo llevara a cabo. No. Este es un trabajo de varias personas. Estas personas, sean quienes sean, son astutas. Son astutas, coléricas y peligrosas. Son…

—¿Holaaaaa? ¿La madera?

Mary me mira fijamente, agitando una mano delante de mi cara, «un gesto claramente moderno», pienso con suspicacia, antes de darme cuenta de que no tengo pruebas reales para ese argumento.

Esta vez ignoro las tallas del marco de la puerta. La abro, salgo rápidamente al porche y la cierro tras de mí. La leña está apilada en el mismo lugar que en casa. Me agacho y empiezo a cargar un montón. Cuando he conseguido ponerme seis piezas en los brazos, me levanto y miro, por segunda vez en el día, los escarpados picos de las montañas iluminados por la luz mortecina.

Esta es mi propiedad. Esta es mi tierra. Estas son mis montañas.

Y, sin embargo, esta no es mi casa ni mi familia. Estas no son mis gallinas. Este no es mi camisón.

Algo está atorado dolorosamente en mi garganta. Una piedra, o tal vez un recuerdo. Intento tragar, pero no puedo. El dolor de

cabeza se agudiza y hago una mueca de dolor. Siento como si me hubieran cortado el cerebro a trocitos con un cuchillo de carnicero.

Respiro hondo, temblando. Con la madera apoyada en el pliegue de un codo, mi mano libre se dirige instintivamente al estómago, buscando un lugar donde descansar, donde consolarme, y entonces se congela.

*Mary.*

Aquí está pasando algo horrible. Este lugar, *esta gente,* este…

Miro a través de los campos. El sol ya casi ha desaparecido. Pronto oscurecerá.

En un instante, la frase adquiere un nuevo peso: «Pronto oscurecerá. Oscuridad».

Y no podré ver nada.

«Huye».

Y de repente, me he ido. Para cuando percibo el sonido de la madera cayendo en el suelo del porche, ya he bajado las escaleras, y corro por la hierba helada, corro, corro, corro, «ahora más rápido, ahora más pausada, deja atrás el camino y llega hasta el bosque…».

Detrás de mí una puerta se abre de golpe, alguien grita *mami,* el granero es un borrón rojo a un lado, y luego está detrás de mí, y vuelo en dirección a la línea de árboles.

—¡Mami!

No miro atrás. Llego a los árboles y entonces…, sí…, estoy ya en el bosque y las hojas me golpean, el corazón me late al ritmo de las piernas, los fantasmales abedules pasan volando, y el mundo se vuelve blanco.

«Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse. Mas los impíos caerán en el mal».

Un segundo estoy corriendo y al siguiente estoy en el suelo, retorciéndome, intentando comprender.

«¿Qué es esto…?».

«¿Por qué…?».

Veo el dolor antes de sentirlo: una trampa de acero alrededor de mi tobillo. Dientes de metal hundidos completamente en la carne.

«No —pienso tratando de razonar—. No puede ser».

Y entonces las señales nerviosas llegan por fin a mi cerebro y de mi boca sale un ruido terrible, un agudo gemido.

Estoy sentada de lado. Trato de abrir las fauces de metal con las manos, y fracaso repetidamente. De repente, veo en la distancia: El antiguo Caleb corre por los campos hacia mí. Grito, o lo intento, y los ojos se me ponen en blanco.

Dios mío, *perdóname…*

Y entonces el antiguo Caleb está aquí, de rodillas. Presiona algo y la trampa se abre.

—Relájate, mujer —grita por encima de mis gritos de dolor—. *Cálmate.*

*—Mi tobillo* —bramo—. *Mi tobillo, mi tobillo…*

Estoy entre las hojas, jadeando de dolor, y luego el antiguo Caleb me lleva de vuelta a la casa, con el cuerpo echado sobre el hombro, como si fuera un saco de patatas, y después estoy en la cocina, junto al fuego, con Mary aplicándome ungüento por los dentados cañones fluviales de la piel mientras grito y me retuerzo de agonía. A pesar del dolor, el miedo y la conmoción, no puedo evitar darme cuenta de que la pomada huele a grasa de tocino.

—¡Necesito puntos! ¡Un médico! Llama a una ambulancia, ¡ahora mismo!

Los dos chicos están sentados en la mesa de la cocina, mirándose las manos. Maeve está en el pasillo, sollozando detrás de una puerta cerrada. *Mami, mami, mami.* Como si ella misma sintiera el dolor.

Y luego está Mary, sacando algo de una bolsa de cuero doblada. Una aguja, sí, y un hilo tan grueso que casi parece cuerda.

—Mantenla quieta —le dice al antiguo Caleb—. Esto va a doler.

# 8

La noche en que conocí a Caleb Mills, él estaba sentado en una silla plegable del grupo de la iglesia. Con una mano sujetaba un plato de papel endeble y con la otra toqueteaba una porción de queso blando. Me miró. Era guapo. El tipo de hombre que parece el hijo de un granjero, aunque esté sentado en el sótano de una iglesia de Cambridge, con camisa abotonada y pantalones caqui. Hicimos contacto visual, luego me senté y no volvimos a mirarnos.

En la siguiente reunión me preguntó cómo me llamaba.

En la siguiente, de dónde era.

En la cuarta, si quería tomar un café alguna vez.

Así de lenta fue nuestra relación al principio. En mi religión, las citas funcionan así: es como si estuvieras rodando muy despacio por una pista de aterrizaje muy larga; entonces, justo cuando crees que vas a morir por falta de impulso, te encuentras elevándote, elevándote, elevándote, girando salvajemente hacia el sol en un repentino ascenso aéreo.

En nuestra primera cita, Caleb me compró un panecillo. Me habló de su familia, de su padre, un distinguido político, y de sus hermanos, que pronto serían distinguidos políticos, todos ellos senadores en ciernes, como una pequeña fila de príncipes.

Jack, John, George, Henry, Caleb. Una lista tan perfectamente americana que más tarde me preguntaría si su padre se había

dejado aconsejar por uno de sus asesores políticos acerca de los nombres con mayor índice de elegibilidad. Su madre siempre había querido una hija, me dijo Caleb, pero en su lugar tuvo cinco varones. Sonrió con amargura y pensó: «Yo sería feliz con cinco como esos».

Yo, en cambio, le hablé de mi padre muerto, de mi familia de tres patas. Supo de Abigail y su prometido. Hizo una mueca cuando dije *Bryce,* y eso me arrancó algo insólito en mí: una risa genuina. Luego le hablé de la cadena montañosa que rodeaba mi ciudad, de lo enrarecido que era el aire a tanta altitud. No puedes evitar sentir que vives más cerca del cielo.

—Así que no quieres quedarte en la Costa Este después de graduarte.

Caleb era de las zonas áridas de California. Como yo, pensaba que el estilo de vida inherente a una ciudad era antinatural. Un mundo hecho para jerbos, no para personas.

—¿Dónde quieres ir, entonces?

Hice una pausa. ¿Adónde quiero ir?

—Quiero una granja. Con gallinas. Quiero vivir cerca de mi madre. Quiero vistas a las montañas desde la ventana de mi habitación, y me gustaría estudiar teología. A tiempo parcial, por supuesto, y solo cuando los niños hayan crecido.

Era más o menos lo mismo que decían querer todas las chicas cristianas de mi pueblo, excepto lo de la teología. Esa parte era mía.

Caleb no dijo nada. Solo ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa extrañamente melancólica, como si ya sintiera nostalgia por el momento en el que estábamos.

—¿Y tú? —dije, ansiosa de repente—. ¿Qué quieres?

Miró tímidamente su taza de capuchino.

—No lo sé. —Se encogió de hombros y me miró pensativo—. Lo que has dicho suena bien.

En nuestra segunda cita, Caleb me llevó a cenar a un restaurante italiano en el North End, y me di cuenta de que era un chico muy

rico. Ante platos de ochenta dólares de pasta con trufa y vasos de limonada fría, me dijo:

—No he dejado de pensar en esa granja desde que nos conocimos.

Era una afirmación inocua, pero su cara se puso roja de repente.

Bebí un poco de agua. No sabía si me gustaba el sabor a trufa o lo odiaba.

—¿Qué granja?

—La que quieres. Con las gallinas. Y las montañas.

—Oh —dije, con los dedos paralizados alrededor del vaso helado—. Por supuesto. ¿Qué pasa con la granja?

Ahora que sabía más de Caleb, la idea de una granja parecía un sueño a lo grande nivel principiante. Y, además, las chicas de mi pueblo hablaban de granjas solo porque era de mal gusto decir lo que realmente querían: ser como Caleb. O sea, ricas.

—No puedo dejar de pensarlo —dijo—. Podrías enseñarme todo lo que sabes, y yo…, bueno. Aprendo rápido.

Se estaba sonrojando tanto que podría incluso haberme preocupado por si era una reacción alérgica, eso si no hubiera estado tan preocupada por el tema que tenía entre manos.

Enseñarle. ¿Qué quería decir Caleb con enseñarle? Nunca dije que supiera cultivar, y ya estábamos hablando de vivir en medio de la nada, enseñándonos mutuamente a… ¿qué? ¿A rastrillar la tierra? ¿Ordeñar una vaca? ¿Cortarle la cabeza a un gallo? Por la forma en que Caleb me miraba, con esa expresión intensa y de sufrimiento en el rostro, estaba claro que necesitaba una respuesta, pero ¿una respuesta a qué?

«Relájate —me dije—. Es solo una fase. No tiene importancia».

Lo que sí importaba era que era joven, guapo y rico. Y lo más importante de todo: yo le gustaba. Le gustaba de verdad. Dijo que yo era fascinante, divertida y hermosa. Nadie había pensado nunca que yo fuera ninguna de esas cosas. Me había pasado toda la vida sola, flotando como un espectro en los confines de la amistad de la escuela primaria, luego mirando con odio a los grupitos cerrados que

me ignoraban en la escuela secundaria y luego criticándolos abiertamente en el instituto. Y aquí, de repente, había una persona fundamentalmente simpática que, de alguna manera, me gustaba.

¿Es una elección si solo hay una opción?

«Fíate de Jehová de todo tu corazón,
Y no te apoyes en tu propia prudencia.
Reconócelo en todos tus caminos,
Y él enderezará tus veredas».

Me incliné sobre la mesa y puse mi mano sobre la Suya.

Perdón, quiero decir la suya. La de Caleb. Y al hacerlo, soltó una gran bocanada de aire, y me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Esperando a que yo decidiera.

En la tercera cita, hablamos de matrimonio.

En la cuarta cita, Caleb se quedó inmóvil cuando me incliné hacia delante y presioné mis labios, apenas, sobre los suyos. Sentí los latidos de su corazón vibrando en mi boca. El beso fue seco. Duró un segundo. Cuando me separé, me imaginé su lengua, su tamaño. Me recorrió un escalofrío.

Caleb me tocó el brazo.

—Tienes la piel de gallina.

Parecía asombrado de ser capaz de causar ese efecto en mí.

No supe qué decir. Sentí que el calor me subía por la cara como vapor. Nunca había entendido lo que era *desear.* Di un paso hacia delante y apreté la cara contra el pecho de Caleb, de pronto desesperada por sentir la compresión contra mi piel. Me rodeó con los brazos y nos quedamos así un rato, los dos respirando fuerte. Entonces sentí que algo largo y firme me apretaba el muslo y retrocedí rápidamente.

El fin de semana de nuestro compromiso, los padres de Caleb volaron a la ciudad para celebrarlo y pagaron el viaje de mi madre. El padre de Caleb alquiló el reservado de un asador de cuatro estrellas en Back Bay. Yo llevaba un vestido blanco de tela de lino

tipo crepé. La madre de Caleb me lo había comprado y enviado a la residencia. También me había animado por teléfono a invitar a amigos a la fiesta, y yo me había negado con mucho tacto, alegando mi interés en que fuera un asunto familiar.

—Pareces Jackie Kennedy —susurró mi madre cuando me vio en el restaurante.

Ella llevaba un sencillo vestido azul marino, un patrón que había cosido ella misma, y miraba la tela de mi vestido con una expresión de asombro nervioso.

—Déjame ver el anillo.

Extendí la mano, tan orgullosa que parecía que la cabeza se me iba a despegar del cuello y a dar vueltas por el techo.

—Es una antigüedad —dije mientras mi madre me giraba el dedo de un lado a otro, dejando que el diamante captara la luz. Parecía tan asombrada por el espectáculo como yo—. Tiene un poco más de cuatro quilates.

—Natalie —suspiró mi madre—, es enorme.

—Lo sé —dije, igualando su tono—. Le dije a Caleb que era demasiado grande.

Me lanzó una mirada de aprobación. Así funcionaban las mujeres en mi entorno: si querías ser una mujer cristiana rica y mantener una buena posición, tenías que renegar públicamente de tus lujos para poder seguir poseyéndolos. Era un extraño tira y afloja del que había sido testigo toda mi vida. La única sorpresa era que por fin me estaba ocurriendo a mí. Me estaba convirtiendo en el tipo de mujer de la que otras mujeres estaban celosas. Cada vez que miraba el anillo, sentía una embriagadora combinación de vergüenza y regocijo. Era una joya rica y decadente. Si lo miraba durante demasiado tiempo, empezaba a sentirme mal. Era demasiado, era una vergonzosa ostentación de riqueza, debía devolverlo y exigir que encontráramos algo más pequeño, pero: provocaría una guerra santa antes de desprenderme de él.

En cuanto a Caleb, insistió en que era un diamante perfecto para una mujer como yo. Yo era una mujer sin defectos, dijo. Una pieza

de decoración atemporal.

La fiesta de compromiso estaba llena de amigos de la familia de Caleb, así como de algunos donantes importantes de la campaña a senador de Doug de ese momento. (Lo que aprendería rápidamente: Doug siempre estaba implicado en campañas: preparándolas, en medio de, o evaluando cómo habían ido). Durante la mayor parte de la velada, me senté en una mesa con mi madre mientras Caleb, sus hermanos mayores y su padre, Doug, charlaban entre la multitud, riendo a carcajadas y dándose palmadas en la espalda. Ya había perdido la noción de cuál era cada hermano, se parecían tanto. El que se dedicaba a *cosas tecnológicas,* pensé con firmeza, mirando a David… ¿o era Henry? No, *John* era el de finanzas, sí, Henry era el de tecnología y George y Jack eran los asesores políticos.

Amelia flotaba en silencio detrás de los hombres, sonriendo alegremente a su sombra, tirando de vez en cuando de su falda rosa de Chanel y su americana, como una Barbie presidencial de edición especial. Cuando la conocí esa misma noche, me dijo en un suave falsete que la llamara «mami». Pensé que sus dientes eran tan blancos que casi parecían morados. Luego vi cuánto vino bebía y me di cuenta de que en realidad eran morados.

Vi cómo mi madre observaba a Amelia desde el otro lado de la habitación. Sabía que pensábamos lo mismo. Entonces mi madre se volvió y me miró. Se entabló una conversación silenciosa.

«¿Esto es lo que quieres?».

Parecía realmente sorprendida. Aún no conocía a Caleb ni a su familia, pero había visto lo suficiente como para entender qué estaba pasando. Cuando hablaba de mi futuro, siempre era «Natalie la profesora, Natalie la académica». Por supuesto, la idea de tener hijos y ser ama de casa también estaba ahí, flotando en el espacio en blanco entre todas esas hipotéticas carreras. Mi madre, sostén de la familia, era progresista, pero solo parcialmente: no creía en el divorcio, pero creía sinceramente que su hija más lista lo tendría

todo: un buen trabajo y una buena familia, en el nombre de Dios, amén.

«Si te casas con este hombre —me dijo, esta vez con sus ojos parpadeantes—, te convertirás en su sombra sonriente».

Un año antes, no habría querido algo así. Pero los últimos seis meses me habían cambiado. Parpadeé para responder. «Creía que quería el mundo, mami. Pero ahora he visto el mundo y no quiero formar parte de él».

En el otro extremo de la habitación, el padre de Caleb levantó su copa.

—¿Puede la feliz pareja subir al escenario?

La multitud se dividió como el mar Rojo ante mí. No dudé.

# 9

Es de noche. Estoy encorvada en una silla que se tambalea, antigua, una mierda, en la esquina de esta cocina que se tambalea, antigua, una mierda, sosteniendo un gran trozo de hielo envuelto en un paño de cocina en el ojo. Sí, el ojo. ¿Recuerdas cuando mi cara era el problema, hace unas horas? ¿Recuerdas cuando lo peor que me había pasado era recibir una bofetada?

Bueno. Bueno, bueno, bueno.

Nunca pensé que recordaría con cariño un bofetón.

Tengo el pie vendado —Dios mío— y elevado en una silla frente a mí. Ya me he desmayado dos veces: una por el dolor de la aguja pinchando el músculo y otra cuando me he despertado y he visto el aspecto de mi piel cosida. Ahora incluso mirar el vendaje bien apretado me hace gemir de pena.

El dolor. ¿Cómo describirlo? Seré valiente y diré que se ha reducido a un murmullo ensordecido. Es como si mi cuerpo hubiera agotado la energía de un mes por la mera traducción de tantas señales nerviosas que gritan EMERGENCIA a mi cerebro.

Y no es solo el pie. Cada parte de mí se siente rota. Mi cerebro es un disco duro de ordenador destrozado, mi memoria, mi lógica y mi intelecto han sido reducidos a pedacitos brillantes e inútiles a la tenue luz del fuego. Enfatizo lo de *tenue:* la luz del fuego apenas ilumina una mitad de la cocina, dejando el resto de la habitación en penumbra. Me siento allí, frente a la luz parpadeante. Las niñas se mueven a mi alrededor y desaparecen confiadas en las sombras y reaparecen con la misma rapidez a la luz mientras caminan por la

habitación preparando la cena. Pequeñas amas de casa perfectas. Putas gordas.

«Lo siento, Señor, pero…».

—Perdonad —digo débilmente.

Mary ordena con brusquedad:

—No le contestes.

Pero justo a la vez Maeve grita:

—¿Sí, mami?

Sacudo suavemente la cabeza. Los ojos me arden por las lágrimas.

—Quiero irme a casa —susurro—. Por favor, llévame a casa.

—Pero, mami… —empieza Maeve.

Mary la interrumpe.

—¿Quieres ir a por leña, Maevie?

Maeve vacila, con sus grandes ojos brillantes fijos en mí con tristeza, y luego asiente y se dirige a la puerta.

En cuanto Maeve sale, Mary cruza la habitación en cuatro pasos cortos y se agacha junto a mi silla, de modo que quedamos cara a cara.

—Voy a decírtelo una vez —me advierte, con una voz mucho menos amistosa que la que ha usado con Maeve—. Escúchame bien: tú eres mi madre.

«No soy tu madre», casi gruño, pero aprieto los dientes.

—Esta es tu casa —continúa Mary—. Esta es tu vida. Te estás comportando como una niña, y no eres una niña. Eres una mujer adulta, con hijos a los que cuidar, ¿y sabes qué? Tus hijos no soportan que actúes así. Especialmente Maeve. Les molesta mucho.

Me quedo con la boca abierta, a punto de protestar —«esta no es mi vida, vosotros no sois mis hijos»—, pero ella avanza a toda velocidad, sin dejarme espacio para hablar.

—Eres una mujer adulta —repite—. Deberías saber que no puedes pasear por el bosque a lo loco durante la temporada de caza. Así que, en realidad, solo puedes culparte a ti misma. *Ahora* —dice y da una palmada, como si quisiera sacarme de la hipnosis—

voy a darte dos opciones. Puedes recomponerte para cenar o puedes volver a tu habitación y cerrar la puerta. ¿Qué prefieres? ¿La cama o la cena?

Hago un rápido inventario de mis necesidades: Tengo un dolor de cabeza terrible, un pie que está unido al resto de mi cuerpo por medio metro de cuerda y me muero de hambre. Uno de esos problemas tiene arreglo.

—Me quedaré a cenar —murmuro.

—Maravilloso —dice Mary, en un tono que indica lo contrario.

Pronto los dos niños entran en la casa, gritando y golpeando las botas contra el suelo. Inmediatamente los sigue el antiguo Caleb, que se quita el sombrero de vaquero y lo cuelga de un gancho. Se acerca a Mary y le da un gran saco que ella coge y deja sobre la encimera. Observo cómo saca tres peces de la bolsa, cada uno de la longitud de su antebrazo y del color del azogue.

—Hermosos —dice, y le pide a Abel que los filetee.

Sale a la noche con el pescado y regresa diez minutos después con un puñado de largas tiras blancas, que Mary echa en una olla hirviendo.

—Puedes poner la mesa para la cena —me dice por detrás del hombro.

Como no me muevo, Maeve y Noah hacen la tarea por mí.

Y entonces nos sentamos a la mesa, yo más cerca de la luz del fuego y el antiguo Caleb en el extremo opuesto, apenas visible en la oscuridad. Mary camina de un lado a otro, sirviéndonos sopa en cuencos. La cena no se parece en nada a las comidas que he preparado para nuestra serie de Cenas Naturales. En los vídeos, mostraba pan de maíz casero, zanahorias al horno, finas tiras de cerdo con mermelada casera de cerezas emplatadas en apetitosas espirales. En la mesa que tengo delante hay una olla humeante de sopa aguada con algunas verduras y trozos de pescado blanco flotando en la superficie, y un pequeño plato de galletas. La comida parece, francamente, una mierda.

—¿Te encuentras mejor, mami?

Levanto la vista. Es Abel quien me habla. Me mira fijamente desde el extremo opuesto de la mesa. Apenas una sombra mansamente iluminada por el fuego, y aun a través de la oscuridad puedo ver que es la viva imagen de Caleb. Mejillas rojizas, ojos de una inocencia deslumbrante. Su voz es suave y ligera, aún no se ha quebrado, pero se comporta como si tuviera previsto quebrarse muy pronto.

—¿Y? —dice el antiguo Caleb en voz alta desde la oscuridad, sobresaltándome—. Responde al chico.

—Sí —susurro.

—Bien —dice Abel—. No deberías andar sola por el bosque o te cazarán los salvajes. ¿Verdad, papá?

—¡Sí! —interviene Noah—. Ten cuidado, o te clavarán una flecha en la barriga, *¡así!* —Hace la mímica de clavarse una flecha en el estómago y luego se echa hacia atrás en la silla con un gemido, los ojos muy abiertos, la viva imagen de un soldado conmocionado y moribundo.

—Mary —dice el antiguo Caleb, ignorando a los chicos—. Bendice la mesa.

La hilaridad se disipa de inmediato. Noah se sienta en la silla, Mary se aclara la garganta y todos inclinan la cabeza a la vez.

Los observo comer durante un largo minuto. Los niños se meten cucharadas enormes de sopa en la boca. Mary se sienta con las manos en el regazo y observa a sus hermanos con evidente desdén. Maeve remueve el caldo con la cuchara, hablando en voz baja a los trozos de zanahoria, apio y pescado que se mecen en la superficie, hasta que Mary le dice que deje de jugar con la comida, y Maeve se lleva una cucharada a la boca, con cara de pesar por tener que matar a tan preciados amigos.

Dudo y luego cojo la galleta que parece menos probable que esté envenenada. Una esponjosa y dorada en el centro del montón. Si es posible que una galleta parezca alegre, es esta. Está untada de

mantequilla, que noto caliente en los dedos. Le doy un pequeño mordisco, masticando despacio. *¡Oh!* Está deliciosa. La mantequilla es tan fresca como cualquier cosa que haya cocinado yo, y la galleta tiene una textura perfecta. Suave y esponjosa y un poco desmenuzable. Por un momento, dejo de pensar. Doy otro bocado, luego otro, y de repente la galleta se ha acabado y estoy deseando coger otra.

Después de cenar, mientras el fuego se apaga y el mundo se vuelve lentamente negro, Mary y el antiguo Caleb me acompañan a la cama. Tengo náuseas. Mis mejillas están calientes al tacto.

—Me has envenenado —murmuro mientras Mary me arropa en la cama, la habitación apenas unos tonos más clara que la oscuridad total—. Esas galletas. Tú…

—Tranquila —me dice—. Solo tienes fiebre. Tienes suerte de que no sea peor, después de todo lo que has hecho. —Sale del dormitorio y vuelve—. Toma —dice, y me mete bruscamente una cuchara en la boca antes de que pueda protestar.

No me da en la boca y me cae un líquido espeso por la barbilla. Me trago la cantidad que sí me ha entrado, haciendo una mueca. Sabe a cerezas rancias.

—Esto te ayudará —afirma—. De nada.

Y se va.

Me vuelvo hacia el otro lado y, de repente, miro fijamente a los ojos de Maeve. Como un pequeño búho. Ujú. Debe de haberse metido en la cama mientras Mary me traía.

—Hola, mami —dice, apenas visible.

—Hola, Maeve —le respondo entre dientes. Nunca me había sentido tan débil.

—Siento lo de tu pupa.

—Gracias, Maeve.

Permanecemos así un buen rato. Mi respiración se vuelve ronca y entrecortada. Mis dientes empiezan a castañear. Me pregunto si moriré esta noche.

—Maeve —le digo suavemente—, ¿dónde estamos *realmente*?

—En casa —me susurra—. En casa. Casa, casa.

No tiene sentido. Esto no tiene sentido. Como meter monedas en una máquina de chicles vacía.

—¿Hay otra palabra para «casa»? ¿Cómo llamas a tu hogar, Maevie?

—Oh —dice, mientras me alejo lentamente de ella—. ¡Los Viejos Tiempos, mami! Eso es lo que llamamos hogar.

# 10

A nuestra boda asistieron cuatrocientos invitados. Se celebró en la finca de los padres de Caleb, en California, el verano siguiente a mi primer año de universidad. Yo llevaba un vestido palabra de honor con un collar de perlas. Caleb vestía un traje azul marino. A la sombra de un olivo escuché al pastor pronunciar las palabras mágicas que había estado esperando toda mi vida: «Os declaro marido y mujer». El público se puso en pie en una impresionante ovación. Las últimas palabras del pastor, su profecía de nuestro futuro, desaparecieron bajo las olas de aplausos. Caleb me tomó en sus brazos, dio media vuelta y me bajó hasta que mi pelo rozó el suelo. Luego me susurró al oído:

—Estoy deseando probarte.

En el banquete, una banda formada por doce personas tocaba una famosa canción de Cher mientras yo estaba sentada en una de las sillas de la mesa principal, bebiendo un vaso de agua, disfrutando de un momento a solas después de tantas rondas de charlas con donantes multimillonarios calvos y llenos de bótox —¡Vota Mills!—. Mi hermana se dejó caer en la silla de al lado y dijo:

—Creo que podría estar embarazada.

Aquella noche tenía veintiún años y llevaba un vestido de dama de honor de gasa color esmeralda que había elegido Amelia. El vestido era precioso en el catálogo, pero tenía el desafortunado efecto de hacer que mi hermana —que en general se entendía que era la más guapa de las dos— pareciera un vegetal poco apreciado. Bryce y ella se habían casado unos meses antes, en una ceremonia en el patio trasero de la casa de los padres de él. Se había pasado el

día llorando, e insistía en que eran lágrimas de felicidad. Bryce se había caído al suelo desmayado, ya sin camiseta, bastante antes de que se hiciera de noche.

Ahora enmendaba su declaración:

—Me he hecho dos pruebas y las dos han dado positivo. Así que lo más probable es que esté embarazada.

—Bueno. —Dejé el vaso vacío en la mesa—. Me alegro mucho por ti.

Ella suspiró.

—Ojalá Bryce no estuviera tan borracho ahora.

Traté de canalizar la paciencia de mi madre.

—¿Bryce no está siempre borracho?

No contestó, solo miró con nostalgia a la pista de baile, donde Bryce movía la cabeza alocadamente, con la corbata en la frente a modo de cinta hippy. Hizo la mímica de una guitarra eléctrica, luego se arrodilló y lamió la longitud del mástil invisible.

—Últimamente está muy temperamental.

«Temperamental —pensé— era una forma especialmente digna de describir a un hombre que, ese mismo día, había acusado a gritos al conserje del hotel de cuatro estrellas donde se alojaban (cortesía de la familia Mills) de rebuscar en su bolsa de deporte del instituto para robarle la tarjeta Visa de su cartera».

—Ve a decírselo —le dije, repentinamente ansiosa por que se fueran—. ¡Dile que estás embarazada ahora mismo!

—Tienes razón. Eso lo hará muy feliz, ¿no?

—¡Claro que sí! Un hijo siempre es un regalo.

Entonces apareció mi marido, ¡mi marido!, con su traje impecablemente confeccionado, y todos los malos sentimientos se desvanecieron.

—No quiero interrumpir —empezó Caleb, pero yo ya me había levantado de un salto y le había cogido la mano.

Era medianoche cuando dejamos la fiesta. Nos alojábamos en la casa de carruajes, en el lado opuesto de la finca. En un momento

estábamos tropezando con la puerta abierta, besándonos y tirando de botones, y al siguiente estábamos desnudos en la cama, congelados en poses griegas de desesperación.

Los dos éramos vírgenes. Me di cuenta entonces de que el comentario que Caleb me había hecho antes en el altar no había sido, como yo pensaba en un principio, una indicación de puro instinto erótico, sino más bien un acto de profundo coraje, un último esfuerzo para convocar su propia destreza sexual antes de enfrentarse a la visión más intimidante de su vida: el cuerpo desnudo de su esposa.

Los dedos de Caleb se pusieron sobre mis pechos y luego los apretaron con firmeza, con las manos abiertas como un guante de béisbol. Ambos soltamos un ruido, un par de gruñidos. Nunca había visto el cuerpo de una mujer adulta, me dijo aquella noche. (Más tarde me enteraría de que técnicamente era mentira, pues su madre tenía tendencia a bañarse con sus hijos hasta bien entrada la adolescencia y él se había magreado con una prima segunda en una reunión familiar).

Para tratar de calentar la cosa, me agaché y le rodeé el pene con la mano. Así era como se sentía. Suave, como la piel de un cordero, pero ¿en serio? Un cincuenta por ciento menos hinchado de lo que esperaba. Caleb soltó otro gruñido y balanceó las caderas contra mí. Sentía náuseas y excitación a partes iguales. Podía sentir los latidos de su corazón palpitando en mi mano. Caleb tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta en una expresión de placer.

—Quizá —murmuró— podrías, ya sabes a que me refiero…

Un hilo de irritación me cosió el pecho.

—No, Caleb, no lo sé.

—Bueno, podrías escupir en la mano, o tal vez usar la boca, ya sabes, para…

—¡No! —grité—. No, gracias. Hagámoslo de la forma normal, por favor.

Suspiró y abrió los ojos.

Tardó varios minutos en maniobrar hasta la mitad de mi interior. Ayudó que estuviera mojada. No ayudó que estuviera tan poco duro como una masa a medio levantar. No me lo podía creer. Toda mi vida había imaginado una salchicha o un pepino, algo que me llenara por completo. No estaba preparada para que el sexo se sintiera y se viera como el pene de Caleb, que estaba bien en grosor y longitud, pero carecía de la fortaleza para entrar en mí por sí solo. Me sentí como si tuviera que ponerle un paño de cocina sobre el pene y esperar una hora a que subiera.

El lado positivo de la suavidad de Caleb era que perder la virginidad no me dolió. Sentí más bien como si una esponja se moviera cerca de mi estómago; como si alguien me estuviera limpiando muy suavemente desde dentro hacia fuera.

—Te quiero —susurré mientras él respiraba con fuerza en mi oído—. Te amo, Dios, te amo, Dios…

Caleb recibió su primera eyaculación en la posición del misionero con un pánico absoluto.

—Mierda —jadeó—. ¿Qué demonios?

Un año después, en la primavera de mi segundo año, me dirigía a una clase de repaso para un examen final cuando me encontré con Reena por primera vez en mucho tiempo. A la pobre no le iba nada bien. Por aquel entonces yo vivía fuera del campus, en un apartamento que nos habían alquilado los padres de Caleb, así que el hecho del que me hubiera enterado por los pasillos ponía de manifiesto la magnitud de la historia: el chico con el que Reena salía había practicado sexo anal sin protección con otra. En consecuencia, Reena tenía que hacerse la prueba del sida y se había enfurecido tanto por la humillación que se vengó haciéndole una mamada al hermano de él, un estudiante de instituto que había estado de visita el fin de semana, y en respuesta a eso, su enamorado la había llamado puta gorda y fea en medio de una pista de baile abarrotada. Que Dios se apiade de sus almas. Ahora tenía un aspecto horrible, hinchada, sudorosa y hambrienta, como una lata de cerveza

humana. Estaba fumando un cigarrillo fuera del edificio donde yo tenía que entrar. Cuando me vio, se quedó con la boca abierta.

—Natalie. Dios mío.

Estaba embarazada de seis meses. Se quedó mirando mi barriga de una manera que evocaba una palabra en la que no había pensado desde mi infancia: «pasmada». Se había quedado pasmada.

—Estás radiante —dijo, con evidente decepción.

Señalé el cigarrillo que tenía en los dedos.

—¿Te importa?

Apagó el cigarrillo sin dejar de mirarme sorprendida. Sabía lo que estaba pensando: estaba el doble de guapa de lo que había estado nunca. En realidad nunca había sido fea, pero tenía una expresión afilada, y la mirada alerta, lo que me impedía ser atractiva. Al principio pensé que el embarazo me había añadido algo de grasa en la cara, un poco de la suavidad que tanto necesitaba. Con el tiempo, me di cuenta de qué era lo que me hacía parecer tan diferente: por primera vez en mi vida era feliz.

—Me casé el verano pasado —dije—. Con un chico llamado Caleb Mills. Está en el último curso. ¿Lo conoces?

Nos sonreímos con cautela.

—Claro que lo conozco —contestó ella—. Bueno, no lo conozco, pero sé de su padre. Obviamente. —Su mirada llegó hasta mi anillo—. Felicidades. —Como si estuviera tragando una bocanada de sangre.

—¿Dónde vas este verano? —le pregunté.

Miró con nostalgia el cigarrillo aplastado junto a su bota.

—De prácticas en McKinsey.

Era exactamente el tipo de oportunidad que las chicas como Reena decían querer: competitiva, respetable y bien pagada. Y después de todo el tiempo que había pasado en internet en esos meses solitarios del primer semestre —todas esas horas de medianoche hojeando hilos de chats llenos de pánico y editoriales que gritaban la difícil situación de la mujer trabajadora que se

atrevía a rebelarse—, sabía exactamente lo que vendría después. Siempre y cuando Reena no metiera la pata hasta el fondo en los siguientes veranos, recibiría una oferta de trabajo de la empresa después de la graduación, seis cifras nada más empezar. *¡Un sueño hecho realidad!* Empezaría a trabajar setenta u ochenta horas a la semana, subsistiendo principalmente a base de cocaína y Red Bull. Sus compañeros de trabajo serían un porrón hombres, que además se follarían sin parar, personal y profesionalmente, al pequeño puñado de mujeres de la oficina. De ahí en adelante, la vida de Reena iba a ser dura. Tendría que trabajar duro para conseguir el trabajo, y duro para conservarlo, y aún más duro pa-
ra que la ascendieran, y cualquier ascenso que recibiera solo conduciría a más trabajo, más responsabilidades, más tiempo en la oficina, y mientras tanto tendría que sacar unas pocas horas libres a la semana para hacer todo lo demás: salir con chicos, mantenerse en forma, ir al supermercado, ver a los amigos. Si era una de las afortunadas, seguiría recibiendo pequeños aumentos de sueldo, menores, por supuesto, que los que recibían sus colegas masculinos, pero no importaba. «¡Ningún problema!». Reena se acostumbraría rápidamente al simple hecho de recibir menos de lo que quería al mismo tiempo que veía cómo otra persona recibía más de lo que ella podía esperar.

De los veinte a los treinta, estaría en un estado permanente de decepción, pero la calificaría de gratitud, y luego se convencería a sí misma de que era una forma de iluminación budista: sé feliz con lo que tienes. Esto es lo que se diría a sí misma cada vez que se enfrentara al hecho de que, una vez más, había recibido menos dinero, menos elogios e incluso una raya más pequeña que sus compañeros de trabajo hombres. «¡No te olvides de dar las gracias!». Pequeños baches, pequeños baches. Durante este periodo de *crecimiento profesional,* Reena también haría todo lo posible por enamorarse y casarse, y si lo conseguía, años más tarde, cuando por fin se decidiera a tener hijos, se quedaría totalmente sorprendida cuando su médico le informara de que era una candidata geriátrica y

de que sería una ardua batalla quedarse embarazada. Si tenía suerte (y por lo que había visto, Reena nunca había tenido demasiada suerte), solo tendría que someterse a uno o dos tratamientos de fecundación *in vitro,* y solo habría un puñado de meses en los que se encontraría bromeando en voz alta sobre prender fuego al dinero mientras su marido le ponía una inyección en la grasa del culo (su mente empezaba a volar lejos de su miserable y anciana esposa hasta la joven y divertida secretaria de la oficina, esa que era fácil, y *ligera* y graciosa, esa que empezaba a parecerle inconscientemente, que tenía la edad adecuada para quedarse embarazada). Y, cuando llegara el momento, cuando Reena por fin diera a luz, cuando por fin mirara a su alrededor y se diera cuenta de que lo había conseguido —estaba en la cima de la montaña, *¡lo tenía todo!* —,
el paisaje se vería así: su marido ya no quería tocarla, y su jefe ya no quería ascenderla, y sus amigos sin hijos ya no querían pasar tiempo con ella, y sus amigos *con* hijos ya no tenían tiempo para verla, y Reena, la dulce y preciosa Reena, no se quejaría de nada de eso, ni de la desaparición de su mari-
do, ni de su tambaleante carrera, ni de su aplastante soledad, no le diría una palabra a nadie, porque técnicamente sería una de las afortunadas, con una cuenta de jubilación abundante y cuatro meses de baja por maternidad, en el nombre del Pa-
dre, amén, y en el mundo en el que Reena pronto viviría, no puedes quejarte de ese tipo de problemas. No puedes quejarte de tus privilegios.

Estaba claro que Reena le tenía pavor, no solo a las prácticas, sino al resto de su vida. Como si la hubiera atravesado una maldición de cuento de hadas. Como si no fuera una de las personas más mimadas del planeta, libre de hacer lo que quisiera. Pero no tenía ni el cerebro ni el valor de considerar otro camino más allá del que el feminismo, esa bruja repugnante, le había ofrecido. La tonta y estúpida Reena había mordido la manzana envenenada hasta el corazón. Aquel día, allí de pie, parecía tan abatida ante la

perspectiva de su propio futuro empoderado que estuve a punto de echarme a reír a carcajadas.

—Bueno —le dije con una sonrisa—, ¡enhorabuena a ti también! Sé que esas prácticas son *muy* difíciles de conseguir.

Prácticamente me ahogaba de satisfacción en ese momento. La euforia de mi victoria me nublaba la vista. «¡Gané, gané, gané! Maldita zorra estúpida (lo siento, Señor), ¡he ganado!».

—Bueno —dijo Reena—, supongo que te veré por ahí o algo.

—¡No! En realidad, no. —No pude resistirme. Simplemente no pude—. He decidido dejar la universidad. Caleb se gradúa esta primavera y siempre puedo terminar la carrera *online.* Queremos pasar un tiempo en París antes de que nazca el bebé, nos morimos de ganas. Es una niña, por cierto. ¿Te lo he dicho? Voy a tener una niña.

Cómo me habría gustado terminar la frase con un buen puñetazo en esa carita miserable. Qué perfecta sincronía con nuestra corta e infeliz relación. En lugar de eso, le dije adiós con la mano, haciendo un gesto con los dedos para que el diamante captara la luz, me alejé de ella, la primera Mujer Enfadada de mi vida, y salté hacia el futuro.

# 11

Soñé que daba a luz en una granja en medio de la nada.

No, no es correcto.

Soñé que daba a luz a muchos bebés —todos los bebés de mi vida— a la vez.

Un médico, un marido y una comadrona estaban encima de mí. Gritaban: «EMPUJA».

Yo estaba aterrorizada y tranquila y eufórica y arrepentida. El bebé no salía, y luego se me escapó. Sentí el horror estremecedor de la primera vez —tumbada, con la mirada perdida en un techo antiséptico— y el vendaval químico de las tres siguientes, y el rugiente triunfo a cuatro patas de la quinta —por fin en casa, por fin al mando— y entonces docenas de bebés salieron de mí, uno tras otro, tras otro, tras otro, llorando y gritando en un suelo de madera sucia, con manchas de sangre en los muslos, años de ellas, apelmazadas en capas sedimentarias sobre mi piel…

El médico, el marido y la comadrona tenían boca, pero no ojos. Ninguno de los bebés tenía pies. «¡MAMI!», gritaban todos.

# 12

El cuarto día de una ola de calor sin precedentes en agosto, conocí a nuestra primera hija, una niña de dos kilos con los ojos negros como el carbón. Clementine.

Caleb pensó que era mi clon. Yo pensé que no se parecía en nada a mí. De hecho, no se parecía a ningún bebé que hubiera visto. Sus ojos eran tan oscuros que parecían acuáticos, e incluso cuando lloraba, sus labios permanecían congelados en una O perfecta, de modo que casi parecía una muñeca de cera con una máquina de sonido en su interior. ¿Y qué decir de cómo me miraba cuando la tenía en los brazos? ¿De qué otra forma podría describir la expresión de esta niña, si no era malévola?

Por supuesto, no se lo dije a nadie. Delante de mi madre, de mi marido, de mis suegros y de las enfermeras, la arrullaba, lloraba y decía: «¿No es perfecta?». Pero cuando me quedaba a solas con el bebé, lo sostenía a cierta distancia y le susurraba: «¿Quién eres?».

No ayudaba que estuviera agotada. Tampoco que hubiera querido dar a luz en casa, que en el último momento me asustara el dolor y le dijera a Caleb que llamara a una ambulancia, aunque ya estaba a cuatro patas en una piscina hinchable rosa, con la comadrona rogándome que lo reconsiderara. No ayudaba que jamás hubiera *pensado* en la parte práctica de dar a luz, del mismo modo que nunca me había planteado ninguna de las partes de mi vida para las que estaba predestinada: la maternidad, el matrimonio, el más allá. ¿Por qué preocuparse por lo inevitable? Toda mi vida había comprendido y aceptado que me habían traído a este mundo con el propósito explícito de traer otras vidas a este mundo, como un

interminable pase de testigo, un relevo infinito de la gloria de Dios. Supuse que asumiría el papel con naturalidad, ya que el papel en sí era natural, era la *naturaleza.* Pero esto no tenía nada de natural.

—Me siento como un experimento —le dije a mi madre—. No soporto todos estos pitidos y pinchazos.

Era lo más cerca que estuve de decirle lo que sentía; lo más cerca que estuve de decirle: «¿Estás segura de que el bebé es mío?».

—Te sentirás mejor cuando llegues a casa —me contestó—. El parto es agotador.

Era media mañana del segundo día.

Mi madre revoloteaba por la habitación, arreglando la media docena de ramos de flores que me habían regalado, mullendo la almohada decorativa de la silla del hospital.

—Nadie dijo que el parto fuera fácil, cariño —me dijo sin ni siquiera volverse mientras jugueteaba con las persianas—. Solo dijeron que valdría la pena.

Me quedé mirando malhumorada a la nada. Nadie me había dicho ninguna de esas cosas y nadie, absolutamente *nadie,* había mencionado lo feo que podía ser el parto, lo horripilante y sucio. Si fuera solo un pelín más tonta, habría esperado que la cigüeña dejara un bebé en la puerta de casa, horneado a la perfección. Por supuesto que sabía, en cierto sentido práctico, que mi cuerpo tendría que abrirse para que un niño saliera de él, pero no estaba ni remotamente preparada para el terror; no sabía que mi parte de piel más suave y privada se desgarraría unos centímetros; no sabía que la sala de partos olería a hierro por la pérdida de sangre, por no hablar de los excrementos humanos. Me sentía como uno de esos adolescentes enviados a Normandía para el Día D. Desde mi posición en la cama del hospital, miraba fijamente a mi alrededor con ojos brillantes que no veían, con una mitad del cerebro segura de que alguien iba a venir y salvarme, curarme, despertarme de este terrible sueño, y la otra mitad segura de que ya estaba muerta.

—No quiero volver a casa.

No quería decirlo en voz alta, pero lo acababa de hacer. Mis verdaderos pensamientos flotaban en el espacio lleno de aire acondicionado que nos dividía.

Mi madre dejó de jugar con las persianas. Sus ojos se dirigieron a mí, mostrando una atención repentina.

—¿Es Caleb?

La enfermera del rincón estaba de repente muy ocupada con el portapapeles.

La única advertencia que mi madre me había dado para este período fue que Caleb podría no encontrarme atractiva después del nacimiento el bebé.

—Es natural —añadió—, ya se le pasará.

Era la última versión de un consejo que nos había dado a mi hermana y a mí durante años. «Los hombres son como los bebés: sus necesidades no son negociables».

—No tiene nada que ver con Caleb —le dije—. Es que creo…, me parece… que ha habido un error.

Mi madre ladeó la cabeza.

Cuando volvió a hablar, su voz tenía un brillo artificial.

—¿Qué clase de error?

La enfermera dejó el portapapeles.

—El bebé no se parece a mí, mami. ¿De verdad crees que se parece a mí? Y la forma en que me mira…

Nunca diría en voz alta la palabra que quería usar para describir la sensación que me producía mi bebé: maldad. No era un término que se usara mucho en mi familia. Pero lo sentía claramente cuando estaba con ella, una sensación profunda y oscura, como si toda la alegría hubiera sido borrada del mundo.

Mi madre me miraba fijamente.

—Deja de mirarme así —le espeté—. Soy perfectamente consciente de lo asquerosa que soy.

Había engordado doce kilos durante el embarazo.

Cuatro estaban ya fuera de mí. Pero los ocho que aún conservaba se sentían como un segundo traje de piel. Me picaba y me quedaba

mal.

—Volverás a sentirte como antes —me dijo mi madre. Se sentó en la cama y me acarició las piernas—. ¿Sabes qué podría hacerte sentir mejor? ¿Y si sales a correr por los alrededores del hospital? Para subir las endorfinas. Nunca te ha gustado estar tumbada.

La sugerencia me pareció al mismo tiempo una completa locura y la primera cosa racional que una persona me había dicho en días. A mi antiguo yo le encantaba correr. Mi viejo yo odiaba estar tumbada.

La enfermera miró a mi madre.

—Ahora mismo no puede salir a correr.

Mi madre hizo un ruido como si hubiera olvidado mencionar lo más importante.

—Hacía atletismo en el instituto.

—Pero igualmente necesita tiempo para curarse. —La enfermera le dirigió a mi madre una mirada que lo decía todo—. Y, en mi opinión, debería ver a un psicólogo…

—¿Sabes? —dije, ignorando por completo a la enfermera—. Creo que me vendría bien hacer *running.*

Mi madre me miró con sorpresa, como si no me lo acabara de proponer ella. «¡Esa sí que es una idea interesante!».

—Ahora mismo no vas a hacer *running* —contestó la enfermera con firmeza.

Mi madre puso los ojos en blanco a espaldas de la enfermera. Por primera vez en días, sonreí.

Esperé diez minutos hasta el cambio de turno de enfermeras para aprovechar el alboroto y escabullirme por el pasillo sin más ropa que una bata de hospital y las zapatillas de deporte de mi madre. Tardé quince minutos en correr/andar por el perímetro del aparcamiento de urgencias. Para cuando cerré el círculo en la entrada del hospital, me sentía como si estuviera experimentando las primeras fases de un fallo orgánico. El corazón me latía desbocado en el pecho, el apéndice amenazaba a gritos con desgarrarse y, a cada paso que daba, podía sentir, literalmente, ese trozo de piel de allá abajo

abriéndose de nuevo, aunque los puntos del médico no eran rival para la voz de mi madre en mi cabeza.

«Así se hace. Natalie, ¡sube, sube, sube esas endorfinas!».

La sangre corría en ríos resbaladizos por mis muslos. Me desplomé sobre una enfermera mientras entraba de nuevo al hospital. La enfermera me llevó como pudo hasta mi habitación y me ayudó a caer en brazos de mi madre.

—¿Qué es todo esto? —me dijo mi madre cariñosamente mientras yo lloraba en su regazo.

Como si fuera un perro de la familia que vuelve a casa de un paseo por el barrio con el pelaje lleno de abrojos.

—No puedo, mami —sollocé—. No puedo.

Me costaba respirar por el pánico que corría por mis venas.

—Oh, Nattie. —Mi madre me frotó la espalda dibujando grandes círculos—. Claro que puedes.

—¿Cómo lo sabes? —me lamenté.

—Sé que puedes —dijo con suavidad— porque tienes que poder.

Siguió frotándome la espalda, silbando un alegre himno sobre Su amor y gloria mientras yo temblaba y sollozaba en su regazo. Cuando terminó la canción, cantó otra. Cantó toda una misa a la vez que mi cuerpo se iba quedando inmóvil.

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormida, Clementine empezó a llorar. Mi madre se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Levántate.

# 13

«Levántate, Natalie —me susurra mi madre al oído—. Vamos. Es hora de despertarse».

«No puedo, mami. No puedo».

«Claro que puedes».

«¿Cómo lo sabes?».

«Sé que puedes porque tienes que poder. Ahora».

«Levántate».

«Levántate, Natalie».

«NATALIE, LEVÁNTATE».

Me despierto sobresaltada. Clementine está sentada a los pies de la cama, mirándome.

No, Clementine no. Mary. Frunce el ceño y me observa con interés. Entre sus trenzas bien tirantes y su vestido abotonado de color azul marino, parece en todos los sentidos la cuidadora más severa del planeta.

—Es hora de levantarse —vuelve a decir.

—No. —La palabra parece un sollozo.

—Sí —dice con firmeza—. Has estado en cama demasiado tiempo. Te ha bajado la fiebre y te vendrá bien moverte.

Cuanto más parpadeo despierta, más consciente soy de mi pierna. Dios mío, me duele. Cierro los ojos, desesperada por dormirme y despertarme en otro sitio.

—Vamos. —Me sacude la pierna buena y gimo lastimosamente—. Tienes que levantarte. No puedo seguir descuidando el resto del trabajo que tengo que hacer para atender tus estados de ánimo violentos.

Abro los ojos y la miro incrédula.

—¿Así es como llamarías a lo que me ha pasado? ¿Un *estado de ánimo violento?*

Pone los ojos en blanco, se alisa las arrugas del regazo y se levanta.

—Sois unos criminales —afirmo con furia—. Os pudriréis en la cárcel por lo que me habéis hecho.

Por un momento, creo que va a salir por la puerta sin contestarme. Pero entonces me señala con el dedo y suelta:

—Si no te levantas en cinco minutos, volveré aquí y te cortaré el pie yo misma.

Se va de la habitación antes de que pueda responder.

Me siento como si estuviera viviendo las secuelas de un chiste fallido.

Mientras me incorporo lentamente, con un dolor punzante en la pierna, me viene un recuerdo lejano: Mary, inclinada sobre mí, con su voz como un eco lejano y su rostro como un reflejo ondulante: «Tiene suerte de no haberse partido el hueso en dos».

Y luego el antiguo Caleb, corrigiéndola con enfado desde el otro lado de la habitación: «No es suerte, es ciencia. Esa trampa está hecha para atrapar hurones, ardillas y marmotas, ¡no tiene la fuerza necesaria para aplastar un hueso humano!».

Y los bebés, todos esos bebés…, qué sueño tan extraño y terrible. Parecía eterno. Toda una vida atrapada en una sola pesadilla, con el médico y la comadrona y mi marido de pie junto a mí…

Mi marido.

Espera.

El antiguo Caleb. ¿Dónde ha estado durmiendo si no es aquí, en esta habitación? Aparece otra extraña visión, mitad recuerdo, mitad sueño febril: el antiguo Caleb caminando por la habitación en la oscuridad. Arrastrándose hasta la cama conmigo.

Y yo, clavada a la cama por mi propio terror, gimiendo de dolor y miedo. ¿Sucedió o lo soñé? ¿Nosotros, tumbados ahí, uno al lado del

otro en la más absoluta oscuridad? Lo que recuerdo: sentir cada uno de sus latidos como si fueran míos. Los dos, como un par de zorros acurrucados en lo alto de una colina. Y entonces se volvió hacia mí y me dijo con la voz de mi madre: «TODO ESTÁ EN TU CABEZA, NATALIE…».

No. Esto no puede ser. «De hecho —pienso agitada, mirando alrededor de la habitación—, nada de esto puede ser».

—¿Mami?

Miro bruscamente hacia la puerta. Ahí está Maeve otra vez. Dulce cosita. Mi frágil corazón se ablanda al ver su cara. Pienso en mis propias hijas. Jessa, Junebug; en cómo Caleb entraba a veces en el dormitorio y me veía acurrucada con ellas bajo las sábanas. Cómo se reía y las llamaba mis pequeñas sombras. Volverían a meterse dentro de ti si pudieran.

«Sí —pienso amargamente—. Las pequeñas me adoran. Son las mayores las que me dan problemas».

Bueno… Si Mary va a seguir odiándome, me voy a hacer amiga de Maeve.

—Buenos días, cariño.

La cara de Maeve se ilumina. Antes de que pueda decir nada más, cruza la habitación y se mete en la cama conmigo, sus dedos enredándose en mi pelo, su aliento calentándome la oreja. Me pregunto si me quiere como una niña quiere a su madre o como una niña quiere a su nueva mascota.

—¿Cómo está tu pie, mami?

—Está… —Se me escapa un gemido—. La verdad es que me duele mucho.

—Pobre mami.

Me acaricia suavemente la cara, su carita arrugada por una preocupación que le hace parecer adulta.

—Pobre pobre mami.

Es como un gatito, que ronronea en cuanto lo empiezas a acariciar. Mientras estamos tumbadas, me cuenta sus sueños, uno a uno. Era una princesa, luego un poni, luego una princesa poni.

Volaba por el cielo. *¡Fiu!* Tenía el mundo entero entre sus manos, y lo sentía frío y suave como una canica, y en la canica me había visto a mí, pequeña como una gallina, saludándola. «¡Hola, Gran Maeve! ¡Co-co-co!».

—Maeve —le digo—. Mary quiere que salga de la cama. Pero, en nombre del Señor, ¿qué se supone que debo hacer?

—Gallinas —dice ella inmediatamente—. Las señoritas.

Siento un escalofrío.

—Sí. Vamos a ver a las señoritas. Primero tengo que vestirme.

Pero mi pie. ¿Cómo voy a andar? Y entonces lo veo, colocado cuidadosamente junto a la puerta: un bastón tallado a mano.

Le pido a Maeve que me ayude a elegir mi atuendo para el día, y ella se emociona con la idea. Espero que la actividad me lleve al menos cuarenta y cinco minutos; no pueden ser más de las siete de la mañana, y la promesa del día se cierne sobre mí y me resulta insoportable. Cada minuto que paso con Maeve, aquí dentro, es un minuto menos que tengo que estar fuera. «Me pondré mona —me digo algo abatida mientras salimos de la cama—. Puedes probarte un montón de trajes diferentes, como en un montaje de comedia romántica. ¿Ves, Natalie? ¿Ves cómo puedes crear diversión estés donde estés?».

Todo lo contrario. Desafortunadamente, parece que todo lo que tengo para elegir está en una cómoda, pequeña e increíblemente triste, con tres cajones, cada uno de los cuales contiene el mismo tipo de ropa horrible que lleva el resto de los habitantes de la casa. Las camisas y las faldas son tan anticuadas que parecen disfraces históricos. Moda de la guerra civil. La tela resulta deprimente, incolora y rígida a la vez. Siento una añoranza punzante por mi armario en casa. Las fundas para los vestidos, la plancha a vapor vertical. Mis jerséis, esponjosos, entallados y *oversize,* cada uno de ellos escogido para que coincida a la perfección con mi color exacto, Verano Claro, según la experta en colorimetría que visité años atrás. Me quedan mejor los lilas y los chocolates, y los cremas más puros

de tono vainilla. Y aunque la ropa que estoy viendo ahora técnicamente *tiene* colores, de algún modo la tela sigue pareciendo incolora, como si estuviera diseñada para combinar con el tono de piel de un cadáver.

El primer cajón contiene tres vestidos *cottagecore,* cuidadosamente doblados en una hilera de lo que yo describiría amablemente como tonos tierra descoloridos, oliva y topo y gris, así como dos camisones, ambos del tono blanco que me hace pensar en dientes que necesitan un buen blanqueamiento. (Quizá el aprendizaje más valioso de la universidad: que los dientes pueden, y deben, blanquearse). Saco el vestido color oliva. «Esto servirá».

Siguiente cajón: jerséis, todos de un azul oscuro y gris insulso. Dios mío, ¿todo es algodón almidonado? Siento una añoranza casi romántica por el lino y las mezclas de franela. ¡Lana! ¿Cómo he podido apreciar tan poco la lana? Solo
de pensar en la cachemira se me hace un nudo en la garganta. Incluso una terrible mezcla con poliéster me haría llorar de alivio. Respiro hondo y trato de sacar toda mi frustración. Cojo un deprimente jersey gris de la pila de deprimentes prendas grises dobladas. Luego le lanzo a Maeve una mirada alegre forzada, porque empiezo a sentirme un poco suicida. Me pongo un trozo de tela que parece un saco de arpillera y después encuentro un triste par de botas con cordones junto a la cómoda. Me pongo una y me queda ajustada al pie. Prácticamente hechas a medida. Dejo libre el pie vendado.

¿Y bien? —le digo a Maeve, una vez vestida—. ¿Qué te parece?

Doy una pequeña vuelta sobre mí misma, y ella se ríe y me aplaude. No necesito un espejo para saber que me queda fatal. Me siento como una muñeca de American Girl de época. Me abrocho los botones del jersey y le digo a Maeve:

—¿Gallinas?

—Gallinas —asiente, y me coge la mano.

Cuando salimos, el cielo es de color morado claro. Es temprano. Maeve me guía escaleras abajo hacia el gallinero. Avanzo cojeando lentamente, apoyando cada medio paso todo mi peso en el mango tallado del bastón. La sangre ha corrido hacia abajo; ahora me late la pierna con un calor casi insoportable. Es como si me hirviera por dentro.

Miro a las montañas, cuyos picos y riscos están iluminados por el sol naciente, y siento un repentino y abrumador impulso de golpearme la cabeza contra algo duro. La noche anterior (o tal vez *la noche anterior a la noche anterior, o la noche anterior a la noche anterior a la noche anterior)*, cuando estaba tumbada en la cama sola, delirando de dolor y pánico, intenté convencerme de que las cosas que había visto no estaban realmente allí; de que, en mi miedo, había confundido cartón piedra con algo real. «Estás en un plató —me dije mientras temblaba, gemía y lloraba bajo ese edredón que me mataba—. Estás en Universal Studios, a miles de kilómetros de tu casa. Todo es una gran ilusión, lujosa y cara. Incluso la trampa de acero, incluso el dolor, todo es un truco de magia, un juego de manos milagroso».

Mientras salgo al aire gélido de la montaña, las palabras que tan bien habían funcionado para consolarme suenan ahora huecas e infantiles. La gran herida de tiburón que tengo en el tobillo no es falsa. El dolor no es imaginario. Esas montañas a lo lejos no son de cartón piedra. Este aire, fresco y poco denso, no está siendo bombeado a través de un respiradero. Sigo exactamente donde siempre he estado. Si acaso, son las personas y las cosas de mi vida las que se han ido, mi verdadera familia, mi verdadera casa y mi verdadera ropa. Todo mi mundo ha hecho las maletas y se ha largado. Todo, reemplazado por imitaciones baratas. Como uno de esos pueblos de pioneros de mentira que se anuncian en las vallas publicitarias a lo largo de la Ruta 66.

En ese momento, Mary sale al porche con una alfombra y la golpea contra la barandilla. Observo el polvo que se lleva el aire. Es

un momento que parece tan ensayado, como sacado de una película, que pienso de repente: «Demasiado perfecto».

Un segundo después, Maeve me arrastra, dando los buenos días al sol naciente y a la luna menguante y al gran cielo púrpura. Tropiezo con algo con el pie bueno y grito.

Miro hacia abajo y veo una cosa junto a mi bota. Allí, enterrado hasta la mitad en la tierra, hay algo pequeño y negro.

—Mami —grita Maeve.

—Espera —murmuro.

Me pongo en cuclillas con una sola pierna y hurgo suavemente alrededor de la cosa esa hasta que consigo sacarla de la tierra compacta. Rueda suavemente por la palma de mi mano, dejando un rastro de polvo, y se detiene en el centro de las líneas de la vida y el amor.

Es de plástico. Parece un trozo roto de micrófono de solapa, de los que se enganchan al cuello de la camisa o se guardan junto al alféizar de la ventana. Los he usado miles de veces.

Escudriño el pequeño objeto negro. No me han llevado a un lejano plató de cine, pero quizá el plató ha venido a mí.

—¡Mami! —dice Maeve, más impaciente ahora.

—¡Ya voy!

Miro rápidamente hacia la casa y luego vuelvo la mirada hacia los campos. Me meto el objeto en el bolsillo de la falda y me levanto.

# 14

El día del alta, estaba sentada en una silla de ruedas a la entrada del hospital, con mi hija retorciéndose enfadada en mis brazos y las manos de mi madre apoyadas firmemente en mis hombros. Esperábamos a que mi marido volviera del cajero automático del aparcamiento. Me tragué el impulso de dejar que el bebé rodara por mi regazo, de levantar la manta envuelta sobre mi cabeza y lanzarla tan lejos como pudiera.

—Hace un día precioso —dijo mi madre.

—Sí —respondí.

A lo lejos sonó la alarma de un coche. Mientras mi madre tarareaba la melodía de «Cordero de Dios», yo miraba al cielo y rezaba furiosamente por la muerte.

En casa, salí del coche, dejé al bebé en la sillita y subí las escaleras hasta el dormitorio de mi infancia. En algún punto indeterminado, entre el momento en que le dije a mi madre que no creía que la niña fuera mía y el momento en que me dieron el alta, se decidió que nos quedaríamos en su casa hasta un futuro indefinido.

Me metí en la cama mientras mi madre subía a Clementine detrás de mí y se dirigía al cambiador que había en un rincón.

—Ya, ya —repetía mientras se escuchaba el sonido del velcro despegándose—. Buena niña.

No tenía muy claro a quién le hablaba. Me tapé con las mantas y esperé a que se fueran.

El tiempo no pasaba. Permanecí tumbada bajo el edredón, congelada por el gélido rayo de Su furia, mirando fijamente una capa vaporosa de tela púrpura que funcionaba como un párpado

móvil, reduciendo el mundo a una serie de luces y sombras. Me sentía como un bebé, flotando en el espacio amniótico. También me sentía como si estuviera muerta, esperando a que el Señor arrancara el espíritu de mi endurecido cuerpo. Mi madre debió de percibir la dirección general de mi desesperanza, porque me repetía una vieja frase de la escuela dominical cada vez que subía a cambiar un pañal o a traerme la comida o a ayudarme a comer:

—Duda de tus dudas antes de dudar de tu fe, cariño.

Yo no respondía.

Duerme, da el pecho.

Da el pecho, duerme.

Duerme, duerme, duerme.

Da el pecho. Llora.

Da el pecho. Duerme.

Mátate.

No. Lo siento.

Duerme.

En un momento dado, mi hermana vino a visitarme. Abigail ya era madre de dos hijos: había dado a luz unos meses después de mi boda; enseguida se había vuelto a quedar embarazada y ahora tenía un bebé de un mes además de uno de catorce meses. Dos niños: Branden y Brady. (A ella le parecían bonitos los nombres con *b,* a juego. Aunque no se lo decía, a mi madre le preocupaba esta estrategia: si, Dios mediante, Abigail tenía una familia de cinco, seis o siete hijos, ¿realmente elegiría todos los nombres que empezaran por *b?* ¿No nos cansaríamos de ese sonido?). Mientras Abigail se acercaba a los pies de mi cama, me tensé, esperando alguna versión del discurso de mi madre. Duda de tus dudas, etcétera. Sin embargo, cuando por fin habló, su voz era tan baja que casi se confundía con el zumbido del ventilador giratorio.

—Es horrible, ¿verdad?

No dije nada. Ni siquiera me permití exhalar, porque estaba convencida de que se me escaparía un «sí» con el aliento.

—Los bebés no. Los bebés son perfectos. —Soltó un rápido suspiro—. Pero estoy tan cansada. Y Bryce… —Otra pausa—. Siempre quiere tener sexo. Y yo… y los niños son tan…

Cerré los ojos. ¿Dónde estaban los niños? Probablemente abajo, con mi madre, la única mujer de la casa que parecía realmente interesada en cuidar de ellos.

—Creo que podría estar embarazada otra vez. ¿Te imaginas? Tres bebés en tres años. No me lo puedo creer. Nunca pensé que… que *sucedería* tan rápido.

Un sentimiento estaba naciendo en mi corazón, una profunda agitación. Mi hermana y yo no hablábamos así. Nunca lo habíamos hecho. Nuestra relación siempre había sido un poco como la de una reina y un peón en el tablero de ajedrez: bailábamos una alrededor de la otra, a veces como aliadas, a veces como rivales, pero nunca, en ningún sentido, como iguales. La idea de que por fin pudiéramos encontrarnos en pie de igualdad en este momento —como dos fracasadas de la maternidad— no era algo que yo estuviera preparada para manejar.

—He estado pensando, ¿sabes? —susurró—. En tomar anticonceptivos. Bryce no quiere, pero he oído que puedes ir al médico y que te los den. Sin que ellos lo sepan, quiero decir.

Este fue mi límite. Me incorporé, sobresaltándola, y espeté:

—¿Anticonceptivos? ¿Mentir a tu marido? Son pecados, Abigail.

—Pero…

—Siento que lo estés pasando mal, pero no es justo que proyectes tus problemas en mi vida.

Por un momento pareció inevitable que Abigail, la llorona de la familia, se derrumbara en sollozos, pero no. En cambio, sus ojos, de una suavidad líquida, parecieron endurecerse y secarse.

—Por supuesto que no. Solo quería que supieras que si lo estás pasando mal…

—No lo estoy pasando mal. Solo estoy cansada, y me gusta dormir cuando duerme el bebé. Por eso intentaba echarme una siesta antes de que se despertara.

Me volví a tumbar en la cama y me tapé con las sábanas. En ese momento se oyó un gorgoteo en el piso de abajo. Sin duda, era Clementine.

—Te dejaré dormir, entonces —dijo mi hermana—. Antes de que se despierte.

Pero se quedó allí sentada durante un buen rato, inmóvil a los pies de mi cama, con las manos en mis pies, hasta que por fin susurró algo sobre ir a casa a preparar la cena, y me quedé sola de nuevo.

La siguiente vez que vi a Caleb, me dijo:

—Tu madre me ha dicho que a lo mejor necesitabas que te levantara el ánimo.

Hacía diez días que habíamos abandonado el hospital. Me había duchado una vez. Mi joven y jovial marido estaba sentado a los pies de mi cama por primera vez en días, con un puñado de regalos en el regazo. Me entregó el primero, una cajita. La abrí y encontré un pequeño teléfono plegable plateado.

—Así podré llamarte estés donde estés.

Lo miré.

—Pero yo no voy a ninguna parte.

—Eso me lleva al regalo número dos.

Abrí la caja más grande. Dentro había un par de zapatillas de running turquesa nuevas, junto con una nota escrita a mano. Mientras la leía, prácticamente podía oír a mi madre dándole instrucciones a Caleb, palabra por palabra: «Un nuevo par de zapatillas para correr lejos de la tristeza».

—La señora de la tienda dijo que esta marca es la favorita de todo el mundo —comentó Caleb. Señaló el tacón de espuma—. Los corredores famosos usan este estilo.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y cogió otra bolsa, de la que sacó algo negro lleno de cintas desordenadas.

—También tengo esto —dijo, levantándolo para que las correas colgaran en el aire. Era un portabebés—. Así el bebé puede ir contigo cuando corras y tú puedes llevar el teléfono por si necesitas localizarme. Genial, ¿eh?

Ese fue el momento en que la crisis se hizo evidente para mí, el momento en que me di cuenta de que mi marido era un auténtico idiota: cuando sugirió con toda la sinceridad del mundo que tal vez me gustaría llevar a nuestro recién nacido de dos semanas conmigo a correr. Me imaginé el cerebrito de Clementine rebotando como una fruta magullada en su cráneo de plastilina mientras yo lidiaba con un ataque de asma en alguna acera cercana, con el teléfono en la oreja, esperando a que alguien de casa me fuera a recoger. En una de nuestras primeras citas, Caleb había dicho que no era muy intelectual, pero esa no era toda la verdad, ¿no? La verdad era que era completamente bobo. Era un niño rico bueno y tonto. ¿Y en qué me convertía eso? En una idiota. Una vergüenza de mujer. En el momento más importante de mi vida había cometido un error crítico de juicio: Había confundido la riqueza de un hombre con su intelecto. Había supuesto que la presencia de Caleb en Harvard demostraba algún tipo de éxito en su capacidad de pensamiento crítico, pero no había considerado hasta ahora que había entrado solo por el valor de su apellido. Al darme cuenta, se me llenó la boca de un sabor ácido y vibrante. Como si hubiera tragado algún tipo de desinfectante con aroma a limón. Parpadeé rápidamente, con los ojos escocidos.

Una chica como Reena nunca habría cometido un error así.

Mi marido era idiota. Peor aún, no había absolutamente nada que hacer al respecto. En el mundo del que yo procedía, «divorcio» era una palabra germana que se traducía vagamente como «una vida de indigencia y miseria seguida de una eternidad en el infierno». No dejabas a tu marido si te daba una bofetada, o tenía una aventura, o te daba una paga semanal tan escasa que gritabas a tus hijos

cuando derramaban un vaso de leche, y desde luego no dejabas a tu marido si no era más que un ricachón bobo.

La decepción era tan grande que me costaba verla con claridad. Me sentí retroceder, y luego retroceder de nuevo, en un esfuerzo por ver la imagen más completa.

La cita del café. La elegante cena italiana. La fiesta de compromiso. La boda. Todas nuestras tardes soleadas sentados en las terrazas de París, sonriendo levemente por nada.

*¿De qué hablábamos?*

No recordaba ni una sola conversación sustancial.

Ahí estaba, ahora no podía evitar reconocerlo: la creciente y espinosa sensación de que conocía a mi marido tan bien como conocía a la vieja cajera que embolsaba la compra en mi ciudad natal.

Me mareé un poco. De repente me sentí abrumada por la comprensión de que aquel hombre no era ni de lejos tan guapo como yo misma me había hecho creer. Quizá fueran las náuseas. Pero no…, *no,* sus ojos estaban más juntos de lo que pensaba. Y la punta de su nariz, ¿siempre había sido tan prominente? ¿Y el acné de la barbilla? ¿Tenía mi marido cara de pizza el día de la boda?

Caleb se dio cuenta de la intensidad con que lo miraba.

—¿Va todo bien, Nattie?

Al oír mi propio nombre, volví a ser consciente de mí misma. Me sacudí la miseria con la fuerza temblorosa de un perro mojado.

—Dime —le dije—. ¿Crees que me conoces bien?

Dibujó una amplia sonrisa. Me besó. Me ayudó a salir de la cama para que pudiera ajustar las cintas del portabebés.

Llevaba poco más de dos semanas de posparto. No podía correr, ni siquiera trotar, sin que se me rompieran los puntos y se desatara un torrente de sangre coagulada. Pero podía caminar. Y tanto que podía. Y así empecé un ritual diario de caminar durante horas por mi barrio a última hora de la tarde. Al principio, dejaba el móvil, el portabebés y el bebé en casa, y pronto se convirtió en mi momento

favorito del día. Me gustaba ver el flujo constante de coches que rodaban por la carretera, saliendo de uno en uno hacia los distintos accesos. Veía a los maridos salir de camionetas, todoterrenos y pequeñas y elegantes berlinas. Miraba por las ventanas de las cocinas y veía a mujeres con delantales morados, azules y rosas sacando pollos asados del horno, colocando las bandejas en la mesa y llamando a sus hijos para que bajaran a cenar. Las cocinas relucían. El césped era exuberante y vibrante. Este era el mundo que las chicas de la universidad encontraban tan repugnante; estas eran las casas que en sus rezos suplicaban que nunca fueran suyas; estas esposas, maridos e hijos eran visiblemente más felices que cualquiera de mis compañeros de escuela. Las familias funcionaban como una cadena de montaje. Los matrimonios estaban pegados con superglue.

La epifanía llegó lentamente. Con cada casa que pasaba —cada marido que salía del coche con alegría; cada esposa sacando con júbilo una bandeja del horno— la comprensión se iba haciendo más y más clara hasta que completé el bucle del vecindario y me encontré de nuevo frente a la casa de mi madre, justo donde había empezado.

Dentro, mi madre sostenía a Clementine en la isla de la cocina.

—Yo la llevaré —le dije.

Transfirió con cuidado el fular de color rosa a mis brazos, parpadeando para que no se le saltaran las lágrimas mientras daba un paso atrás y me veía convertirme en madre.

Mi hija me miró con ojos fríos y poco impresionados. Caleb tenía razón. Se parecía a mí. Le sostuve la mirada, intentando comunicarme en silencio. «Hemos tenido un comienzo difícil, ¿verdad? Permíteme que vuelva a preséntame. Soy Natalie. Soy tu madre. Y voy a estar al mando de aquí en adelante. No tienes que fingir que te gusto, pero voy a fingir que me gustas. Fingiré las emociones hasta que las sienta de verdad. Es una promesa, ¿vale?».

Parpadeó dos veces y luego resopló su aprobación a regañadientes. Llevé su cabeza a mis labios y besé su frente suave como un pañuelo de papel.

—Creo que la llevaré a pasear mañana —dije.

—Muy bien —contestó mi madre con dulzura.

Luego entré en el salón, donde Caleb estaba viendo el fútbol.

—Caleb —dije, colocándome entre mi marido y la pantalla. Cuando su mirada se dirigió lentamente hacia mí, le dije con una sonrisa—: ¿Cuándo vas a conseguir un trabajo?

# 15

Mientras voy cojeando hacia el gallinero, con la mano de Maeve, pequeña y cálida, entre la mía, apenas puedo sentir el pequeño bultito rebotando suavemente en el bolsillo de la falda contra mi muslo.

Por fuera, creo y espero, parezco tranquila.

Por dentro, estoy gritando.

Maeve me suelta la mano, abre la puerta de alambre del gallinero y corre hacia las gallinas, que la saludan. Cococococo.

—Hola, señoritas —dice con grandilocuencia.

Se da la vuelta y me mira con esa expresión infantil que conozco tan bien, la mirada que una niña dirige a su madre cuando quiere aprobación.

Repito la misma declaración al gallinero.

—Hola, señoritas.

Creo que voy a vomitar.

Maeve acaricia a cada gallina en la cabeza al pasar. Tiene un nombre para todas. Taza de té y Panecillo y Señora Princesa del Jersey. Antes de que me dé cuenta, está sentada con las piernas cruzadas entre las señoritas, charlando alegremente con cada una de ellas como si estuviera en una fiesta de té, olvidándose por el momento de la tarea de recoger los huevos.

Permanezco de pie junto a la entrada, con la mano en el bolsillo, el objeto sujeto con fuerza en el puño, pequeño y duro como una bala.

Alguien me observa. Lo sé. De hecho, no solo *lo sé,* también *lo siento,* en lo más profundo de mis entrañas. Cada movimiento que

hago se registra en alguna parte, cada acción se graba, cada palabra se transcribe. Hay un artificio en este mundo, un sutil destello de irrealidad en los bordes.

Se parece menos a la vida real y más a una *idea* de la vida real, menos a la realidad y más a un *show…*

Un *show.*

¿Un *reality show?*

Reproduzco los dos últimos días como si fuera un episodio piloto al revés. El micrófono, la ropa, la trampa metálica, los moldes de jabón, la bofetada…

—Sed muy amables con mami hoy —dice Maeve con severidad a las cabezas de gallina que se mueven de arriba abajo como idiotas, y su voz y gestos parecen los de una pequeña maestra de escuela—. Tiene una pupa muy grande. No se encuentra bien.

—¿Qué estáis haciendo? —Mary está de pie en el porche, llamándonos—. Daos prisa.

—Ya voy —responde Maeve, se levanta y se limpia el polvo del vestido.

¿Qué clase de *reality show* permitiría a un hombre abofetear a una mujer? ¿Qué clase de gente se quedaría de brazos cruzados mientras ella se mete en una trampa metálica y casi se corta el pie?

Ninguno, me digo a mí misma a la vez que Maeve deja caer los huevos, de uno en uno, en la cesta, con el pequeño objeto negro caliente en mi puño.

Luego hago una pausa y me lo pienso.

Ya desde la Universidad devoro los *realities.* Empecé a ver programas de esos que se repiten en serie en Boston y nunca he conseguido dejarlo. Un *reality* de citas, otro de boda-a-primera-vista, otro de extraños-viviendo-juntos. Llevo viendo programas de este tipo desde hace una década, así que sé que siempre hay algún tipo de refriega en el penúltimo episodio de la temporada, alguna discusión de borrachos, con bofetón incluido, para echar leña al fuego. De acuerdo, esas peleas casi siempre tienen lugar entre

miembros del mismo sexo, pero aun así. No se puede negar que cada año son peores, cada vez hay escenas más degradantes y extravagantes. Al principio —en los tiempos en que me quedaba sola en la salita de la residencia, la única persona que permanecía en el edificio un viernes a las diez de la noche—, los *reality shows* de citas estaban llenos de mujeres idiotas y despreocupadas capaces de convencerse a sí mismas de que esa experiencia sería un hito agradable en sus vidas. Una década después, ninguna mujer con dos neuronas y pulso es capaz de pensar así. La nueva multitud de mujeres jóvenes sabe que el mundo que tanto dice amarlas en realidad no quiere otra cosa que verlas desangrarse poco a poco. Devorarlas vivas. Estas chicas no son lo suficientemente disciplinadas ni educadas como para elegir un camino vital como el mío, pobrecitas, así que tienen que hacerse valer de otra manera. Tienen que perder la dignidad. Revienta el cristal y agarra el capital. No es un camino ideal, pero tampoco es el más estúpido ni mucho menos. El camino más estúpido es el de Reena: aceptar un trabajo en una industria diseñada, ocupada y dirigida por hombres.

La verdad es que prostituirte puede llevarte muy lejos, si lo haces con intención. Mira a María Magdalena. Esta mujer sí que entendió lo que pasaba.

Cuando pienso en las últimas temporadas de mis *realities* de citas favoritos —incluso los más elegantes y para todos los públicos han empezado a obligar a las chicas a hacer confesiones mientras están groguis y medio bizcas por haberse pasado el día bebiendo como cosacas—, siento una extraña y relajante sensación de alivio.

Estados Unidos odia a las mujeres. Es un alivio recordarlo.

Es perfectamente posible que un *reality show* que se estrene en los próximos años permita a un hombre golpear a una mujer y dejarla inconsciente; igualmente posible es que permitan a esa misma mujer deambular por un campo minado de arcaicas trampas explosivas y casi volarse un pie en el proceso. De hecho —esto me anima mucho— es más que posible. Es probable. Quizá inevitable. ¡Prácticamente necesario! Las Mujeres Enfadadas, después de todo,

se definen por esa capacidad infinita de inquietarse. Si quieres mantenerlas entretenidas, debes estar dispuesto a subir constantemente la apuesta.

No es tan grave, me imagino a los productores diciéndose unos a otros en una sala de conferencias muy iluminada, entre zumos verdes dorados y ensaladas cubiertas de caviar. «Solo un pequeño golpe. Nada que pueda hacerle daño de verdad y, además, tendremos a los paramédicos en el lugar por si algo sale mal». Los observo mentalmente, dándole vueltas al ángulo exacto del disparo, la velocidad correcta de la bofetada, la precisión de la trampa metálica que se cierra alrededor de mi tobillo. «Lo bastante fuerte para provocar un desmayo, lo bastante suave para evitar daños cerebrales. Tenemos que hilar fino aquí, chicos. Debemos asegurarnos de que la trampa tenga la fuerza adecuada para romper la piel, pero no el hueso. De lo contrario tendremos que sacarla de allí por aire». Floto sobre ellos mientras salen de alguna oficina de producción en Culver City, dándose palmaditas en la espalda por el trabajo bien hecho. «Quizá este año nos den un Emmy». Los sigo mientras vuelven a casa en coches eléctricos llenos de pegatinas rosas —«Salvemos nuestros océanos», «¡Hermana, yo sí te creo!»— y suelto un largo suspiro de alivio ante la hipocresía de las élites costeras modernas.

¿Y el embarazo que ha desaparecido?

No me gusta pensar en ello. Incluso ahora, mientras Maeve deja caer el último huevo en la cesta —este mundo extrañamente fraudulento tan *real,* tan *nítido* a mi alrededor, que hace que mi cerebro parpadee de incomodidad—, me cuesta aceptar el hecho de que no estoy embarazada.

De hecho, querría dejar de pensar en eso ahora mismo.

Contemplo la propiedad. El granero. Los campos más allá, la hierba larga ondulando bajo la brisa.

«Cabrones, masoquistas, lobos con piel de cordero: ¿dónde estáis?».

—Este *reality* es una mierda —digo en voz alta mientras Maeve me empuja de vuelta a la casa.

El viento silba en respuesta.

# 16

Al principio Caleb dijo que no necesitaba un trabajo.

—Tenemos dinero —manifestó—. ¿Qué prisa tienes?

Iría a la escuela de posgrado en un año, dijo. O al año siguiente. O podríamos viajar. «¡Llevemos al bebé a Roma!». Comeríamos raviolis hechos a mano en una mesa en una terraza escondida en una callejuela adoquinada mientras Clementine dormía plácidamente en el regazo de uno de nosotros. Con el tiempo conseguiría un trabajo —finanzas, quizá, o derecho; podría dar clases, o montar un negocio; siempre le había fascinado el mundo de las inversiones bursátiles, o quizá podría abrir un bar—, pero no había necesidad de precipitarse. ¿Por qué no disfrutar de este periodo especial de nuestras vidas, recién casados y con una hija recién nacida?

Al final de esta argumentación, que me había soltado ya por lo menos una docena de veces, yo sentía los dientes tan apretados que la mandíbula parecía inmovilizada con alambres, y tenía que respirar hondo varias veces antes de poder responder, con la mayor frialdad posible, que la idea de llevarme a nuestra hija de un mes a Europa me daba ganas de meter la cabeza en el horno y darle al gas.

—Vale —decía con ligereza— Pues fuera la idea de Europa. Nada de viajes. Compremos esa granja.

En ese momento yo sacudía la cabeza y decía exasperada:

—¿Sabes cuánto trabajo da una granja? No puedo hacerlo con una recién nacida.

—Creo que sería divertido. Podríamos tener gallinas y vacas. Siempre he querido montar a caballo.

—No vamos a comprar una granja ahora, Caleb.

—Vale, entonces compremos una casa. Así nos asentamos. Echemos raíces.

—¿Comprar una casa *dónde?*

Señaló por la ventana de la cocina.

—¿Qué tal aquí?

Me imaginé comprando una casa en la calle de mi madre. El padre de Caleb sin duda nos daría el dinero. Podríamos pagar en efectivo. Nuestros gastos serían insignificantes. Y cada día, mientras todos los maridos volvían a casa con sus familias, al menos un hombre echaría un vistazo a nuestra casa, donde el coche ya estaría aparcado, el partido de fútbol ya en la tele y, poco a poco, se correría la voz: la nueva pareja del pueblo era un desastre.

Había que reconocerle el mérito a mi marido, ese sueño febril de cuento de hadas con el que me había casado me dibujaba el único futuro que me producía más vergüenza que llevar a un bebé llorando a gritos por toda Italia.

Era difícil mantener la calma durante estas conversaciones; difícil, incluso, pensar con claridad cuando sentía una desesperación tan abrumadora que rayaba en la autolesión. La falta de ambición de mi marido era asombrosa, imposible de comprender para mí. Nunca había conocido a un hombre que no quisiera trabajar. Por otra parte, nunca había conocido a un hombre rico. ¿Era esto lo que sucedía cuando nacías con tal riqueza y poder preestablecido? ¿O era esta la única forma en que mi marido, el padre de mi hija, era especial?

—La gente no trabaja solo por dinero —intenté convencerlo—. Lo hacen para dar un sentido a sus vidas. Para establecer un *orden.*

Ante esto, sonreía ampliamente, mostrando unos dientes más amarillos de lo que recordaba.

—¿Por qué no puedo quedarme en casa y ayudarte con el bebé?

«Porque tu idea de ayudar con el bebé es decir "Ay, ¿a que es mona?"». —Lo pensé, pero no lo dije—. Porque no eres ni remotamente útil con el bebé, no puedes cortarle las uñas o ponerle crema en el culito o darle un biberón en la oscuridad sin hacer que se despierte, y porque no necesito que seas una niñera, necesito

que hagas las cosas que yo no puedo hacer y que seas las cosas que yo no puedo ser. Necesito que encuentres un trabajo, querido esposo. Necesito que seas un hombre».

—¡Porque no es sano no hacer nada! —grité en su lugar.

Estas conversaciones siempre terminaban en algún lugar relativamente aceptable, donde Caleb prometía *buscar* en internet *algo que le pudiera encajar.* Y luego pasaban cinco días, y yo le preguntaba cómo iba la búsqueda, y él me lanzaba una mirada vacía pero llena de vergüenza, la mirada de un perro que ha olvidado que no se puede mear dentro de casa, y entonces yo tenía que entrar en el baño, cerrar la puerta, echar el pestillo, abrir la ducha y el grifo del lavabo, y gritar en una de las toallas de mano bordadas con cariño por mi madre.

«¡Que Dios bendiga esta casa!».

Y una tarde, Caleb llegó a casa con la compra semanal y una esterilla de yoga nueva.

—Para hacer ejercicio —dijo, cuando mi madre le preguntó nerviosa qué pensaba hacer con eso.

—¡Ah! —dijo ella—. Por supuesto.

Pero no dejaba de mirarla con una expresión de auténtico terror, como si pudiera convertirse en un arma homicida si no la vigilaba. Después de cenar, mi madre cogió la esterilla de yoga y desapareció por el pasillo. Cuando volvió, la esterilla ya no estaba. Me miró y me guiñó un ojo.

Sin embargo, mi marido tenía otros planes. Al día siguiente se paseó por la casa, silbando distraídamente, abriendo cajones y puertas de armarios hasta que encontró la esterilla enrollada detrás del paragüero. La cogió, salió, la desenrolló en el porche y se dejó caer boca abajo al sol de primera hora de la mañana. Observé por la ventana de la cocina, impresionada, cómo una fila aparentemente infinita de coches pasaba frente a nuestra casa en su trayecto matutino, una larga procesión de hombres trajeados que miraban con recelo al joven padre que se congelaba en el perro mirando hacia abajo un martes a las 8 de la mañana.

Ese fue el momento en que perdí la paciencia. Así que hice lo que cualquier buena mujer cristiana haría cuando ya no puede soportar no hacer nada: acudí a mi madre llorando, y ella me indicó que llamara a su madre llorando, y entonces su madre lo llamó a él en un huracán de humillación y furia.

Hicimos el viaje a California en silencio. Caleb condujo todo el tiempo. Estaba enfadado conmigo, obviamente, pero creo que también estaba conmocionado por lo que yo había hecho. ¿Y sabes qué? Me resultaba extrañamente gratificante verlo sentado en el asiento del conductor, rechinando los dientes de ansiedad, mirándome de vez en cuando y apartando la vista con la misma rapidez cuando me veía. Llevaba un mes horrorizándome poco a poco por ciertos aspectos del carácter de mi marido, rasgos que habían surgido mucho después de que se me presentara la oportunidad de cambiar de opinión sobre su elección, así que me pareció inevitable que él se horrorizara también ante mí. Prácticamente podía observar cómo su cerebro daba saltos lentos y reflexivos hacia grandes conclusiones: Natalie, la esposa perfectamente agradable, era capaz de ir y quejarse a su madre a sus espaldas. Natalie, la chica primorosa y fiel, no tenía miedo de tirarse al cuello de su marido. Puede que incluso: Natalie no era tan guapa como él recordaba. (¿Era cosa de él, o su cara estaba un poco más… *angulosa,* tal vez, de lo que parecía en la boda? ¿Su barbilla siempre había sido tan puntiaguda? ¿Sus ojos siempre tan apagados, tan fríos?). Oh, qué pena, qué pena más grande. El pobre Caleb había sido estafado, embaucado, engañado. Su joven esposa, hermosa y fértil, había estado tan relajada el primer año de matrimonio. Tan despreocupada. Tan tranquila. No le había exigido nada. Y ahora —aquí sonaría la banda sonora de una peli de terror en la cabeza *Tiiiiriiiiiiiriiiiiii* — había empezado a hablar. Había empezado a exigir.

Mientras conducíamos en silencio por las llanuras, prácticamente podía oír… oír nuestras mentes quejándose al unísono: «No es

justo».

Cuando llevábamos seis horas de viaje, Caleb se aclaró la garganta y dijo:

—No sabía que…

—Baja el volumen —susurré aterrorizada. Estaba prácticamente sentada de lado en el asiento del copiloto, mirando hacia atrás cada treinta segundos. Clementine dormía una siesta irregular; cada gritito que soltaba me ponía la espalda rígida de miedo. Le eché un vistazo y le susurré con insistencia, en el volumen que quería que igualara—: ¿Qué es lo que no sabías?

—Que no eras feliz —dijo (para mi alivio, en voz bastante baja)—. No lo sabía. No me lo habías dicho.

Fruncí el ceño. «Feliz» no era una palabra que hubiera considerado en esta situación.

—No es que sea infeliz. Solo quiero que nos instalemos, Caleb.

—Y por eso llamaste a mi madre.

Esto, el tono tranquilo y apagado que Caleb estaba usando, era nuevo. Me sentí como si estuviera viendo a una mascota hacer un truco travieso que no le había enseñado. Un periquito desenredando un rollo de papel higiénico. ¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Deberías decírmelo —dijo—. Si eres infeliz, debería ser una obligación que me lo dijeras.

—No soy infeliz —repetí.

Los dos mirábamos fijamente la larga cinta de la autopista, las salinas estériles a nuestro alrededor. Por el rabillo del ojo, observé con interés casi académico cómo Caleb agarraba el volante con las dos manos. «Así que este es el aspecto de un marido enfadado».

—¿Sabes? —dijo Caleb—. En realidad, no es tan raro no saber qué quieres hacer con tu vida nada más salir de la universidad.

—Claro que no. Pero…

—No es tan raro. De verdad que no.

No contesté. La aclaración que había querido hacer —«pero lo ideal es que un hombre tenga algún propósito antes de decidir traer

otra vida al mundo»— me parecía ahora demasiado combativa.

—Solo pensaba —dijo Caleb—. Pensé que serías…

El silencio se prolongó demasiado.

—¿Qué? ¿Pensaste que sería qué?

—No importa.

No volvimos a hablar durante el resto del trayecto.

Los padres de Caleb vivían a las afueras del valle de Napa, en una antigua finca española con vigilancia las veinticuatro horas del día y un viñedo en activo. La propiedad había pertenecido a la familia durante cuatro generaciones. Era casi tan antigua como la herencia más preciada de la familia: su historia de ambición política. Cuando entramos en el camino de entrada a la finca de los Mills, una carretera larga y sinuosa rodeada de robles —y, más allá de los robles, de cientos de trabajadores inmigrantes sudando bajo el sol de la tarde—, respiré aliviada. «Gracias, Señor, por la propiedad».

Doug y Amelia nos esperaban cuando llegamos a la gran entrada circular, Doug con una camisa remangada hasta los codos y Amelia con un vestido camisero. Ni una arruga entre los dos. Como un par de figuritas de época, el Sr. y la Sra. América se colocaron justo delante de las enormes puertas de roble de la entrada. El coche se detuvo y se acercaron a nosotros esbozando sendas sonrisas a juego. Doug abrió la puerta del copiloto para que saliera y me volví hacia él con la sonrisa más grande y falsa que pude esbozar.

—¡Mira quién ha venido! —rugió Doug.

—¿Dónde está mi preciosa nietecita? —exclamó Amelia.

Clementine estaba medio despierta cuando abrí la puerta del asiento trasero.

La desabroché y la saqué de la sillita con todo el cuidado y la precisión de un experto en desactivar bombas. Para mi asombro, se comportó perfectamente en ese momento y miró a sus abuelos con un leve brillo en sus ojos oscuros, normalmente tristes. Miré a mi hija con un nuevo grado de respeto.

—Tú sí que sabes hacer bebés preciosos, Natalie —dijo Doug.

Antes de que pudiera replicar, Amelia me quitó a Clementine de los brazos.

—Es una niña encantadora, *sí,* señora. —Luego me miró, con apariencia de anfitriona perfecta. Labios pintados de rosa, cejas depiladas en un arco impecable—. Debes de estar agotada, Natalie. Te traeré un vaso de agua fría y le diré a María que te prepare un capuchino. Te va a encantar María. Es una bendición.

(Al final, nunca llegué a conocer a María. Los empleados de la finca de los Mills estaban entrenados para ser *discretos,* lo que significaba que optimizaban sus horarios de trabajo de tal manera que eran prácticamente invisibles para mí durante todo el día).

Caleb cerró la puerta del coche de un portazo. Los tres lo miramos.

—Hola, madre —dijo formalmente—. Hola, padre.

Rodeó el coche y se quedó de pie, con los brazos flácidos a los lados, mientras Doug le daba un abrazo de oso. Me clavó la mirada por encima del hombro de su padre, como diciendo: «¿Ya estás contenta?».

Pero a los padres de Caleb parecía no importarles su pesadumbre. Entramos, me quedé unos pasos detrás de los tres y observé cómo Doug y Amelia le hablaban simultáneamente, su madre transmitiéndole los últimos cotilleos de los vecinos mientras su padre rebuznaba sobre lo vagos que eran los nuevos jardineros.

—… de verdad que no puedo entender por qué mandan al pequeño Richard a un internado siendo tan niño…

—… los pillé durmiendo *la siesta* a la hora de comer, roncando, ¿puedes creerlo?

Prácticamente podía ver a Caleb marchitarse con cada paso que daba hacia el interior de la casa. Parecía una planta de interior torturada con un secador de pelo.

—Habéis hecho un viaje *muy* largo —nos dijo Amelia. Llevaba a Clementine en brazos—. ¿Por qué no le pedimos a Luis que os suba las maletas?

Posó la mano con duda sobre el hombro de Caleb. Él se la quitó de encima y dijo:

—Puedo llevar mis propias maletas.

—De acuerdo —respondió ella con suavidad—. Mientras tanto, ¿os traigo algo de beber? ¿Un refresco o un café?

Doug intervino.

—¿Una pinta de cerveza?

La cara de Caleb era una mueca de furia, pero aun así murmuró:

—Un vaso de leche estaría bien.

Mi expresión se congeló en un elegante grito. Leche. Mi marido quería leche. Debajo de la alegría forzada, yo era toda amargura. Me inundó la enervante sensación de que, sin saberlo, me había casado con un niño de prescolar y me había quedado embarazada de él.

En el preciso momento en que se me cayó la máscara, mi suegro me miró. Su mirada era tan curiosa como hostil era la de su hijo. Prácticamente podía oír lo que estaba pensando: «¿Por qué te casaste con mi hijo?».

Cómo responder a esa pregunta.

«Natalie es como un *border collie* —solía decir mi madre a las otras mujeres en la iglesia—. Necesita un proyecto, de lo contrario empieza a morder las esquinas del armario».

«¿Estás diciendo que mi hijo es un proyecto?», me imaginé que decía Doug.

«No —me imaginé que respondía mi madre—. Estoy diciendo que él es la esquina del armario».

La finca de los Mills era grande, muy vacía y fría. Los pasillos eran tan anchos que parecían propios de una universidad solemne, nada que ver con los estrechos pasillos, no más anchos de un metro, de uso exclusivo de María y Luis y todos los demás trabajadores *como-de-la-familia* que servían en la finca y que serpenteaban junto a los pasillos principales. Todas las habitaciones estaban pintadas en tonos tierra y contenían unos tres muebles menos de los que requería el espacio. Amelia afirmaba que el desorden le producía

ansiedad. También decía que el exceso de compañía a la vez (otra forma de desorden, supuse) le producía ansiedad, lo que significaba que solo veríamos a los hermanos de Caleb y a sus familias en vacaciones, durante unos pocos días cada vez, e incluso entonces casi todo el mundo excepto nosotros se retiraba por las noches a uno de los hoteles de cuatro estrellas cercanos, aunque había habitaciones más que suficientes para alojar a todo el mundo en la finca. Otro giro inesperado en mi matrimonio: pensaba que me casaba con una gran y bulliciosa familia americana, pero en realidad nunca llegaría a conocer a los hermanos de Caleb, ni a sus esposas o hijos, y ellos nunca se interesarían por mí. Años después de casarnos, me enteré por casualidad, durante una celebración de Año Nuevo, de que las otras cuatro familias se iban de vacaciones juntas, y fue entonces cuando me di cuenta de que la extraña y penetrante ansiedad que irradiaba la familia Mills no era un hedor universal, sino que estaba exclusivamente asociada a Caleb y su madre. Después de eso, en las raras ocasiones en que todas las familias *estaban* juntas, observaba cómo los cuatro hermanos mayores se agrupaban instintivamente alejándose de Caleb, dándole la espalda como cachorros dejando de lado al cachorrito enfermo, y me preguntaba si esta dinámica animal se había dado la noche de mi fiesta de compromiso también. Entonces, como un puñetazo, venía a mi mente un pequeño y extraño detalle de nuestra boda: Caleb no había tenido padrino. Sus hermanos se habían sentado en primera fila con todos los demás invitados.

Ese primer día, sin embargo, nada de eso se me reveló tan claramente. Llevé a Clementine al dormitorio donde nos alojaríamos. Era la habitación de niño de Caleb, dijo Amelia, pero bien podría haber sido una suite del Ritz-Carlton, tan decadente e impersonal.

—Bienvenida a casa —le susurré a mi hija cuando cerramos la puerta y nos quedamos solas.

Le dediqué una sonrisa esperanzada. Se echó a llorar.

Reena pronto entraría en el penúltimo curso de la universidad. Pensaba en eso mientras sostenía a mi llorosa hija en brazos. Esa

semana —quizá incluso hoy— empezaría el semestre de otoño. «De vuelta a clase», pensé distante.

Nunca terminaría la carrera.

# 17

Maeve y yo llevamos la cesta con huevos a casa. Me quedo de pie, sosteniéndola en la mano, mientras ella recorre la cocina, coge un cuenco y me guía hasta la mesa. Se sube a una silla, rompe los huevos uno a uno y empieza a removerlos. Mary está junto al fuego, empujando con cuidado una olla tapada hacia las brasas, colocándola hasta que está rodeada de llamas, pero sin llegar a tocarlas. Galletas. Me gruñe el estómago. Desde los veinte años hasta los treinta, aproximadamente, nunca pensaba en comida. Era una mujer de disciplina, no de antojos. Ahora tengo hambre constantemente.

Mientras Maeve lleva el bol de huevos batidos a Mary, me siento a la mesa de la cocina, agotada.

—Necesitamos la sartén —le dice Mary a Maeve—. Voy a por ella. —Cruza la habitación y me mira mal al pasar—. Vaya, se te ve muy a gusto aquí plantada.

—¿Cómo? ¿Que no vamos ya a desayunar?

—El desayuno no será hasta dentro de una hora.

Coge la sartén de la encimera y vuelve a la chimenea.

—¿Qué hago hasta entonces?

Mary me devuelve la mirada con una madurez inquietante. Quince años, que podrían ser cincuenta.

—Deberías ponerte a trabajar.

Echo un vistazo a la cocina y mi mirada se posa en un recipiente medio lleno de harina que hay en la estantería.

—¿Necesitamos pan?

Harina, sal, agua. Un tarro de fermento natural. Al ver esos sencillos ingredientes alineados en la encimera, siento una presión desconocida detrás de los ojos. Nunca he sido de las que lloran, pero ahora podría.

«Hola, viejos amigos».

El tarro de fermento natural está sorprendentemente bien conservado. No hay costra en el borde, y parece brillante y aireado, no del color oscuro de la ictericia que se produce incluso con una semana de abandono. No es de extrañar, supongo, dado lo militante que es Mary con la limpieza. Ella debe de estar vigilando esta pequeña bola de masa, junto con todo lo demás en esta casa. No me sorprendería si la chica hace tareas domésticas mientras el resto de nosotros dormimos.

En cuanto hundo los dedos en el tarro mojado, me invade la calma. Raspo todo lo que puedo del burbujeante fermento y lo dejo caer en el bol. Vierto tres tazas de harina por encima y añado una pizca de sal marina. Entonces empiezo a amasar, hundiendo los dedos en la mezcla de forma rápida e inquieta.

El truco para hornear una buena barra de pan es crear tensión. Hay que doblar y presionar la masa sobre sí misma, lo *justo* para que quede aire entre las capas de harina. Si se amasa demasiado, se convierte en una roca. Si no se amasa lo suficiente, sale harinosa. Mientras trabajo la masa hasta formar una bola compacta y elástica, me recuerdo a mí misma que me están vigilando. Doy golpecitos con cariño a la bola de masa, la coloco en un cuenco y extiendo una toalla sobre ella para que suba, justo cuando el antiguo Caleb entra y le entrega a Mary un gran cubo de acero. Ella lo coge con cuidado. Parece pesado. Mientras se acerca al fregadero, poniendo atención en no derramar el líquido, echo un vistazo al cubo. Es leche cruda. «Un manjar», solía decirles a mis seguidores, una maravilla médica, capaz de curar cualquier dolencia conocida, salvo que este cubo está embadurnado de mierda de vaca. Mary saca un trapo gris y limpia los lados del cubo con aire serio, después lo coge y empieza a verter

su contenido con cuidado en dos recipientes parecidos a jarras. Luego se vuelve hacia mí.

—Creo que deberíamos cambiarte el vendaje.

Siento que mi rostro se pone pálido.

—No, gracias, creo que estoy bien…

Dos minutos después estoy sentada en una silla de cocina, con el pie en el regazo de Mary mientras ella desenvuelve cuidadosamente el vendaje, revelando algo que se parece más a una pata de pollo encurtida que a cualquier pierna que haya visto nunca. La piel está amarilla, arrugada y manchada de sangre seca; las costuras parecen las de un proyecto de ganchillo para principiantes que ha salido mal y, Dios mío, los trocitos de músculo endurecido que han quedado atrapados en el lado equivocado de las costuras…

Miro rápidamente al techo.

El monstruo de Frankenstein. Así es como me siento. Cierro los ojos cuando Mary empieza a aplicarme la pomada. Me retuerzo al tacto y ella dice:

—Oh, deja de comportarte como un bebé. Mira cómo ha empezado a cicatrizar.

No, gracias. Ya he terminado con la parte de mirar. En lugar de eso, mantengo los ojos fijos en la ventana de la cocina, que, desde donde estoy sentada, ofrece un portal a un limpio cuadrado de cielo azul.

Mi pie vuelve a dar una sacudida incontrolable.

—¡Deja de moverte!

Busco el pequeño micrófono en el bolsillo y lo agarro con fuerza.

«Hola, América.

¿Me estáis viendo?

¿Os divertís?».

# 18

Hay un momento en cada matrimonio en el que una mujer se da cuenta de que el hombre con el que se casó es un friki. Esto es inevitable. No se puede hacer nada. La única cuestión real es qué tipo de friki será tu marido: *si tienes suerte,* descubrirás que a tu marido le encantan los trenes antiguos para niños y, *si no,* descubrirás que tu marido paga a las animadoras del instituto por sexo. Eso es lo mejor a lo que podemos aspirar las amas de casa en esta vida: un hombre cuya rareza no sea incalificablemente violenta o técnicamente ilegal, y por lo tanto sea algo que podamos soportar.

Esto es lo que me decía mi madre en nuestras llamadas telefónicas diarias durante las primeras semanas de mi estancia en la finca de los Mills, cada vez que yo mencionaba los *comportamientos* peculiares de mi marido: su negativa a buscar trabajo, sus quejidos adolescentes a sus padres cuando ellos simplemente intentaban ser amables. Le contaba a mi madre acerca de esos momentos mientras empujaba a Clementine en un cochecito por el largo camino de entrada arbolado, y ella me escuchaba pacientemente antes de recordarme que el trabajo de una mujer era animar a su marido a ser normal.

—El problema, madre —le decía yo en ese momento—, es que él no lo *intenta.*

—Bueno —respondía ella—. Seguro que pronto lo hará.

Y entonces la conversación telefónica se perdía en una silenciosa deflación de incertidumbre mutua.

Esperaba que los padres de Caleb lo pusieran en su sitio a su llegada, que Doug pronunciara una especie de grito de guerra a

favor de los principios de la masculinidad tradicional o que Amelia agarrara a su hijo por la muñeca y la apretara con fuerza, mientras le decía con el menor número de palabras posibles que no «avergonzara a la familia». Pero hasta ahora no habían hecho nada de eso. Apenas le habían dicho nada, solo lo habían reprendido levemente cada vez que se arrastraba por la cocina en ropa de estar por casa a primera hora de la tarde.

Llevábamos aquí semanas —*semanas* — y no había mejorado nada. En todo caso, había empeorado. Ahora Caleb se pasaba todo el tiempo en nuestro dormitorio, con el resplandor de la pantalla del ordenador tiñéndole la cara de un azul sobrenatural mientras jugaba a videojuegos, leía blogs de cultura de nicho o veía porno.

Sí. Porno.

Esto no se lo había contado a mi madre: una tarde entré en nuestro dormitorio y encontré el portátil de Caleb abierto en su escritorio. Miré hacia la puerta del cuarto de baño y la vi firmemente cerrada, con una franja de luz amarillenta en el suelo. Me acerqué a su escritorio, con la esperanza de encontrar el navegador abierto en una oferta de empleo. En su lugar, encontré una grotesca foto fija de una pareja, desnuda y congelada en plena faena. Antes de que mi cerebro sufriera un cortocircuito, me fijé en la larga fila de pestañas abiertas en la parte superior del navegador — Marido y mujer (pareja REAL) follan apasionadamente durante una hora entera; Besos intensos desembocan en un ¡orgasmo con squirting!; Pareja amateur tiene una ardiente sesión de sexo íntimo (con comida de coño) —, entonces di un paso adelante y cerré de golpe la pantalla del portátil.

Mi camino estaba atado al de un pervertido sexual.

Una noche por fin llegó el momento que tanto esperaba, deseaba y por el que rezaba.

Era tarde. Finales de octubre. Llevábamos ya un mes en la finca de los Mills. Iba de camino al cuarto de la lavadora cuando me encontré con Amelia y Doug sentados en la isla de la cocina, bajo la tenue luz de las lámparas colgantes, con una botella de vino blanco, perlada por el frío, sobre la encimera. Doug estaba a punto de irse

una semana a Washington. Una maleta negra con ruedas yacía a sus pies como un perro de familia. Llevaba la corbata, de color rojo carmín, aflojada. Era una escena informal, algo nostálgica. Como un cuadro de Norman Rockwell: una copa compartida entre un viajante de comercio y su esposa ama de casa. Pero algo en sus rostros expectantes me inquietó —no esperaba encontrarme con la mirada de ninguno de los dos tan rápidamente, ni que esas miradas contuvieran una urgencia tan silenciosa—, y de repente me sentí desestabilizada, como si estuviera flotando en el medio segundo en el que el sueño se convierte en pesadilla. El momento en que te das cuenta de que se va a producir una intervención y de que la persona a la que va dirigida eres tú.

—Natalie —dijo Amelia—, ¿podríamos charlar un momento?

—Por supuesto —dije, aunque mi corazón se hundió.

Clementine estaba empezando a dormir toda la noche, lo que significaba que *yo* estaba empezando a dormir toda la noche. Pero nada amenazaba más que pudiera acostarme a las nueve, mi hora de sueño, que Amelia con una botella de Pinot Grigio.

—Sabes lo mucho que nos gusta teneros aquí… —dijo Amelia, con la respiración entrecortada.

Era claramente un *comienzo,* la primera parte de una frase que ya había ensayado, y, sin embargo, hizo una pausa poco natural, como si el *teleprompter* se hubiera congelado. Miró impotente a Doug.

—Natalie —dijo Doug—, ¿podemos tener una conversación honesta?

Me miró con simpatía, como si fuéramos amigos. Sentado allí, con la camisa blanca almidonada y un pin de la bandera americana bien sujeto en el bolsillo del pecho, de repente me lo imaginé perfectamente en un acto de campaña en Virginia Occidental, sentado en un cubículo atestado de mineros del carbón, pidiendo una ronda de pintas para la mesa, soltando algún discurso enjundioso compuesto enteramente de palabras de una o dos sílabas, cerrado con un buen remate sobre Dios, la familia y la cerveza.

—Se trata de Caleb —dijo.

—¿Sí?

—Cuando nos dijo que se había prometido —añadió Amelia— nos hizo *tanta* ilusión. Pensamos que era justo lo que… lo *ayudaría,* pero no fue así…, supongo…

—Pensamos que una esposa y un bebé lo harían madurar —dijo Doug—. Ayudarlo a convertirse en un hombre. Pero nos equivocamos.

Hizo girar su copa, aireándola, con los ojos fijos en mí.

Un grito de miedo me recorrió por dentro. Todo el tiempo que había estado esperando que los padres de Caleb curaran a su hijo, ellos esperaban lo mismo de mí, y todo el tiempo que me había estado preguntando por qué no hacían más, ellos se preguntaban lo mismo de mí.

—Queremos ayudarte, por supuesto —dijo Doug—. Ahora somos una familia.

—Por supuesto. —Amelia cogió su copa de vino—. *Trabajo en equipo.*

Estaba muy borracha.

Mi ánimo se quebró. Susurré:

—No sé qué hacer.

—Bueno, lo primero es lo primero: tenemos que encontrarle un trabajo a Caleb, por supuesto.

—Un buen trabajo, respetable, pero uno que pueda manejar. —Doug hizo una pausa dramática, y en el silencio pensé en todos los trabajos que Doug probablemente le había conseguido a su hijo a lo largo de los años y que no habían funcionado—. La escuela de negocios habría sido ideal, una buena pérdida de tiempo, si no hubiera metido la pata en la entrevista.

Entrevista. ¿Qué entrevista? Me mordí el labio para mantener mi rostro inexpresivo. No sabía nada del plan de la escuela de negocios. Me preguntaba cuándo se había tramado el plan y cuándo se había venido abajo. Doug me observaba atentamente. Intentaba averiguar, sin duda, si yo sabía de qué estaba hablando.

—Bueno —dije finalmente—. No sería el designio del Señor.

Amelia alzó su copa hacia mí en un brindis torpe.

—Amen. Siempre fue un soñador nuestro Caleb. Un alma generosa. Escribió un poema precioso sobre el jardín del Edén cuando estaba en primaria. Estoy segura de que todavía lo tengo en alguna parte. ¿Recuerdas ese poema, Dougie? ¿Cómo rimaba *Eva* con *eleva?*

—Podría ser perfecto para la política algún día —dijo Doug, ignorando por completo a su mujer—. En realidad, es uno de los pocos puestos de poder en los que te beneficia no pensar demasiado. Si no piensas demasiado, nunca te pones nervioso.

—Hubo aquel lío absurdo con el conejo de la clase —continuó Amelia, frunciendo el ceño sin mirar a nadie—. Pero fue un accidente. No fue su intención.

—Me lo imagino como senador del estado…

—… *múltiples testigos dijeron que el conejo le mordió primero…*

No dije nada. Me costaba procesar tanta información a la vez. Mi marido, un antiguo poeta, un futuro político, un asesino de conejos convicto, un hombre actualmente desempleado.

—Le pondríamos los asesores adecuados, por supuesto —dijo Doug, percibiendo mi pánico y diagnosticándolo incorrectamente—. Pero me estoy adelantando. Ahora mismo creo que deberíamos conseguirle un trabajo estable, mantenerlo ocupado y trabajando, y luego ya pensaremos algo a partir de ahí.

Doug me dedicó una sonrisa que era a la vez condescendiente y alentadora, y por un momento me sentí de nuevo en aquel cubículo, con un par de cervezas frías en la mesa. Yo era un minero del carbón, un mozo de almacén, un sindicalista, y él era el hombre que salvaría mi trabajo, alimentaría a mi familia y resucitaría mi ciudad. Entonces parpadeé y recordé quién era, y la habitación empezó a dar vueltas. Apoyé una mano en la barra para estabilizarme.

—¿Qué me pedís que haga, exactamente?

—Bueno, Natalie: a todos los efectos, ahora mismo eres el hombre de la casa. —Gran sonrisa afilada—. Puedo conseguirle un

trabajo, claro, pero *tú tienes* que obligarlo. —Hizo una pausa, solo entonces pareció darse cuenta de que yo estaba de pie mientras ellos estaban sentados—. ¿Quieres ponerte cómoda?

Caminé alrededor de la isla y saqué un taburete, como la buena perrita —quiero decir esposa— que era. *Guau, guau.*

Al parecer, había unas viñas al final de la carretera. Doug era buen amigo del dueño. Había un puesto de dirección disponible para Caleb. Nada especial, pero lo mantendría ocupado todo el día, y supervisaría a los trabajadores agrícolas de la propiedad. Si algún día conseguía un empleo en el mundo empresarial, *técnicamente* podría describir este trabajo como «experiencia de gestión» en el currículum, y si optaba por una carrera política, podría decir que tenía experiencia trabajando «junto a personas de toda condición». Si lo despidieran, bueno, nadie se enteraría.

Mientras Doug seguía describiendo un puesto de trabajo que básicamente equivalía al de conserje de un viñedo, yo asentía como uno de esos muñecos que cuelgan del retrovisor. Era lo contrario de lo que había esperado, y aun así me oí decir, como si Doug me hubiera metido una moneda en la nuca y hubiera puesto en marcha algún mecanismo oculto:

—Qué idea tan perfecta.

Cuando volví arriba con la colada, Caleb estaba de pie junto al moisés, mirando a nuestra hija en la oscuridad. Me detuve en el umbral de la puerta. Caleb me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, *aún dormida,* y suspiré aliviada. Dejé la colada junto a la cama y me acerqué a él.

—Ojalá hubiera un trabajo que fuera jugar con bebés —susurró Caleb—. Sería bueno en eso.

No dije nada. El pánico que había sentido antes en la cocina había desaparecido, sustituido por una palpitación, dulce y sorda a la vez, en mi pecho. Se le daba bien jugar con bebés. Nunca se aburría ni se irritaba con Clementine. La encontraba infinitamente entretenida.

De hecho, ese era el problema, ¿no? No tenía ganas de hacer otra cosa.

Mi marido aspiraba a demasiado poco en la vida. ¿Y yo? Yo a demasiado.

De repente era tan obvio: Caleb debería haber nacido mujer, y yo debería haber nacido hombre. La tristeza me revolvió el estómago. Estábamos igual de rotos en ese sentido.

—Escucha —dijo Caleb en voz baja—. Sé que esto no ha sido fácil. Solo necesito averiguar cuál es mi propósito. Lo que quiero ser. Y lo haré, Natalie. Te lo prometo.

Miré a mi marido en la oscuridad. Entonces se produjo un milagro: la belleza de su voluntad divina irrumpió en mí. Me sentí como en el juego de la infancia al que las niñas de la clase jugaban entre ellas, pero nunca conmigo: *Sube la arañita…, baja la arañita…*

Me estremecí, repentinamente viva con Su presencia.

Casarme con Caleb no había sido un error ni un acto de ignorancia. No. Todo lo contrario: había sido el principio de una *misión divina.* Fuimos puestos en esta tierra para enseñarnos mutuamente a *ser.* Para darnos un propósito. Yo ayudaría a Caleb a ser mejor hombre y él me ayudaría a ser mejor mujer. A través de mi ejemplo, Caleb se haría más fuerte, más ambicioso, y, a través de su ejemplo, yo me volvería más tierna, más cariñosa con nuestros hijos. Como un equilibrio de líquidos: él tomaría y yo daría, hasta que nos encontráramos en el medio. Sería el trabajo de toda una vida para ambos. Éramos una pareja hecha en el infierno, quiero decir, en el cielo. Ahora me daba cuenta.

Incliné la cara hacia él en la oscuridad y, por primera vez desde que nació el bebé, nos besamos con lengua.

—Hazme el amor —susurré con valentía.

Caímos de espaldas en la cama y practicamos sexo sin aliento, en la postura del misionero y con la polla blanda. Después, en la oscuridad, mientras Caleb roncaba a mi lado, lloré en silencio ante la belleza de la generosidad del Señor.

Al día siguiente, a media tarde, desperté a Clementine de su siesta y se la llevé a Caleb.

—Ahora estoy ocupado —me dijo, sosteniendo a nuestra hija entre los dos como si fuera una bolsa de comida que gotea.

—Durante la próxima hora, no. Vas a pasear a la niña.

Me quedé en la puerta, saludando con alegría a mi marido mientras empujaba el cochecito por el camino de entrada. Cuando estuvo lo bastante lejos, cerré la puerta y crucé la casa hasta el estudio de Doug.

—Dile a tu amigo que gracias, pero no —le dije a Doug cuando me recibió—. Encontraré algo mejor para Caleb.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es mi trabajo. Soy su mujer. —Luego añadí, antes de perder los nervios—: Te equivocas con Caleb, ¿sabes? Todavía no es un hombre, pero lo será.

Doug soltó una carcajada de sorpresa.

—Parece que está haciendo una apuesta, señorita Natalie.

Le tendí la mano.

—Que gane el mejor.

# 19

Ha pasado lo peor que podía pasar, peor incluso que tener un pie atrapado en una trampa metálica.

El pan que hice estaba malo.

En realidad, malo es un eufemismo. Era completamente incomible. Duro como una roca en algunas partes, harinoso y blando en otras. No tenía sabor alguno, aunque recuerdo —*¡lo recuerdo!* — haber espolvoreado la cantidad habitual de sal en el cuenco.

Mary me dijo que hiciera otro. Dijo que no importaba, que «la comida es comida» y que debía superarlo. Y, como respuesta, le dije —a un nivel de decibelios que ahora lamento— que algo está mal, mal, mal, *algo está terrible y absolutamente mal.* De verdad, ¿cuántas veces tengo que explicárselo para que lo entienda? Entonces me gritó que me fuera a mi habitación hasta que pudiera controlar mi temperamento, y yo le grité «QUE ME DEJES EN PAZ, NIÑITA ESTÚPIDA», y entonces ella me gritó «VETE DE ESTA CASA AHORA MISMO».

Así que ahora estoy de pie en el porche, luchando contra las lágrimas, sintiendo lástima de mí misma, cuando de repente se abre la puerta principal y las dos niñas salen.

Las miro sin apenas girarme. Llevan abrigos desgastados, manchados y llenos de remiendos. Mary le pone a Maeve un gorro tejido a mano. Maeve dice:

—¡Vamos a buscar flores, mami!

Me doy la vuelta para mirar hacia las montañas.

—Volveremos dentro de una hora —me dice Mary a la espalda—. Mientras tanto, ¿por qué no te echas una siesta dentro?

Pongo los ojos en blanco y digo por detrás del hombro:

—Seguro que eso te encantaría.

Mary suspira con fuerza.

—Vamos, Maevie.

Miro fijamente hacia las montañas, escuchando el tap tap de sus pasos bajando las escaleras. La voz parlanchina de Maeve suena cada vez más lejos. Me doy la vuelta justo cuando sus figuras desaparecen por la ladera más cercana. Ahora todo está en silencio, salvo por el ocasional piqueteo en el granero. Los niños y el antiguo Caleb llevan allí toda la mañana.

Miro más allá del granero. Incluso los animales de la granja parecen distraídos hoy. Las gallinas están acurrucadas en silencio en un rincón, todas con la mirada perdida en una dirección; el caballo se aleja lentamente de mí, subiendo por la ladera sombría hacia el trozo de prado iluminado por el sol.

El aire es fresco, pero no hay brisa. El sol sigue saliendo.

«Vamos. Corre. Ahora mismo».

Miro fijamente los campos, considerando este pensamiento intrusivo. Me pregunto de dónde viene, si la voz en mi cabeza que me dice que corra es el Señor, o mi instinto visceral, o un subproducto de una conmoción cerebral no diagnosticada. Es una locura, de todos modos. Una idea terrible. Ya lo he intentado dos veces, y siempre he recibido una leche como castigo. Y, además: correr ya no es una opción. Lo máximo que puedo hacer es arrastrarme lentamente.

«No hay razón para intentar escapar ahora —pienso, apoyándome en mi bastón—. Mejor… me quedo aquí».

Me balanceo hacia delante y hacia atrás sobre mi único talón sano. Sí, debería quedarme aquí. Eso es lo que haría una buena mujer cristiana: hornear otra hogaza de pan, y luego tal vez fregar el suelo, y empezar a preparar la cena, y después esparcir más pienso por el gallinero, y revisar las patas y las plumas de las gallinas para ver si tienen algún tipo de enfermedad, y preguntarles si están aburridas, y darle a la vaca un baño de burbujas, y luego…

Esperar, supongo. Eso es lo que debo hacer. Esperar aquí en este porche día tras día, hasta que alguien —o algo— me salve.

Y, sin embargo.

En este preciso momento siento que mi mente repele la casa, empujándome hacia atrás, como un imán con fuerza incompatible.

No hay necesidad de huir, pero siempre puedo ir a dar un paseo, ¿no?

Bajo cojeando las escaleras del porche.

Esta vez mi paso es tranquilo, pausado, el tipo de movimiento que no hace saltar ningún sensor. También voy por el camino, nada de esa tontería de adentrarme en el bosque y ser abatida como un estúpido animalillo. No. Soy un ser *humano,* y los *humanos* están hechos para caminar por los *caminos,* y por allí voy andando cuando una voz me detiene desde el granero.

—¿Adónde vas?

Me quedo inmóvil. Me giro lentamente para ver a uno de los niños de pie en la entrada del granero. Noah.

—¡A ninguna parte! —Miro al camino, gesticulando alegremente con mi bastón hacia la nada—. Pensé en tomar un poco de aire fresco.

Noah mira al camino. Conozco esa expresión en la cara de un niño pequeño: está considerando la emoción de una aventura así.

—¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto —digo, aunque de repente me siento desanimada.

No tengo ningún plan. Está claro que no tengo plan. Soy una mujer con una sola pierna y un compañero de ocho años que va a un ritmo de un kilómetro por hora. A pesar de todo, caminamos juntos por el sendero durante varios minutos. No le digo nada a Noah y él no me dice nada a mí. No me sorprende; mi Samuel y mi Stetson son iguales.

Eran iguales.

Son iguales.

Envío una pequeña oración al Señor por mis niños justo cuando Noah empieza a silbar. No parece importarle caminar a este ritmo. Sostiene un palo largo, lo agita en el aire de vez en cuando, pero sobre todo lo arrastra por la tierra detrás de nosotros mientras yo avanzo cojeando. En un momento dado, miro hacia la casa para ver cuánto hemos avanzado y veo una línea larga y temblorosa en el suelo, como si el chico llevara una cuerda desde la granja y la desenrollara lentamente mientras caminamos.

Pronto estamos al pie de la colina, bajo los árboles. Es lo más lejos que he estado de la casa. El silbido de Noah se apaga lentamente. Mira a su alrededor con interés. Se me ocurre un extraño pensamiento: ¿Esto también es lo más lejos que ha estado *él* de la casa? ¿O está actuando? ¿Intenta engañarme?

—¿Vienes aquí con papá? —le digo con toda la calma que puedo—. ¿Por este camino, hacia la autopista?

—Autopista —repite, frunciendo el ceño. Luego me mira y asiente rápidamente—. Mmm. Por supuesto.

Miente. Me recorre una descarga de adrenalina.

—¿Qué más haces con papi estos días?

—Muchas cosas.

—¿Muchas cosas como qué?

—Todas las tareas masculinas. Trabajar en la cerca, cortar leña, limpiar establos y cosas así. Estoy creciendo, ya sabes. Pronto seré un hombre.

Miro sus pequeños brazos.

—¿Cortar leña?

—Bueno. —Se encoge de hombros avergonzado—. Eso solo miro cómo lo hacen. Pero yo me encargo del caballo, de todo. Lo cepillo, le afeito los cascos y lo mantengo sano.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El caballo.

Resopla.

—Los caballos no tienen nombre, mami. No seas tonta.

—Ah —digo después de un momento—. Por supuesto. Qué tonta soy.

—*Muy* tonta —dice Noah alegremente—. Pero sí. El caballo es mi trabajo. Y es un trabajo muy grande, si lo piensas. Tengo que darle de comer dos veces al día, y comprobar si tiene arañazos o heridas, y mantenerlo ocupado para que no muerda la valla por aburrimiento.

—¿Y Abel?

—Abel es mejor que yo cortando leña —admite—. Papá dice que Abel ya casi tiene edad para salir con él a los bosques que están lejos. A los trece años es cuando pasa. Yo no puedo ir todavía porque no soy lo bastante mayor.

—¿Adónde van?

Se encoge de hombros.

—A todas partes. Por todas partes.

—¿Por todas partes dónde?

Súbitamente, mis oídos resuenan con el silencio, la repentina ausencia de sonido. Como si hubieran apagado una radio. Me doy la vuelta y veo a Noah parado tres metros más atrás, con el palo apoyado en la tierra. El carrete, al parecer, se ha quedado sin hilo.

—No podemos ir más lejos —dice.

—¿Por qué no? —Me río un poco, con un sonido débil.

Se queda mirando detrás de mí, hacia la carretera.

—Hay maldad ahí fuera —dice con la extraña calma de un niño que apenas entiende lo que dicen—. Lobos, indios y otras almas que están empeñadas en destruirnos espiritualmente.

Sopla una brisa. Las hojas susurran en lo alto. Miro fijamente a este niño y pienso que el mal de *ahí fuera* no tiene nada que envidiar al mal de aquí, de pie frente a mí, que dice ser mi hijo.

—Soy tu madre y te digo que no pasa nada. Así que venga. Vámonos.

Noah no se mueve. Solo me mira con cara de escepticismo.

—Será divertido —trato de persuadirlo—. ¡Una aventura!

Nada.

—Ven —le digo—. *Ven aquí.*

—¡No! —grita.

Suelta el palo y vuelve corriendo hacia la casa. Dejo escapar un grito mientras él se aleja corriendo, con sus botas levantando pequeñas nubes de polvo a lo largo del camino. Sube la colina, llega a la cima y desaparece en el granero.

Uno, dos, tres: el antiguo Caleb sale disparado.

*Corre.*

No lo hago, porque sé que es un fallo de un comando, un instinto neurológico que ya no aplica a mi situación actual. No puedo huir. No puedo esconderme. Así que me quedo ahí de pie, apoyada en mi bastón, prácticamente temblando por el miedo, la tristeza y la furia, mientras mi marido se dirige hacia mí con la cara torcida por la furia. «No hay nada de lo que avergonzarse —me digo—. Solo vas a dar un paseo. No te disculpes por salir a pasear».

Y, sin embargo, justo cuando me alcanza, un instinto diferente se apodera de mí: dejo caer el bastón y me arrodillo con los dedos entrelazados en señal de oración.

—Lo siento, lo siento, lo siento —grito a sus botas ensangrentadas y manchadas de tierra—. Perdóname, querido esposo, y líbrame del mal…

# 20

Al alba.

Despiértate con un ronquido quejumbroso. Avanza a tientas por la oscuridad hasta que tus dedos rodeen el borde de madera fría de la cuna. Cambia el pañal. Da de mamar, da de mamar, da de mamar. Mece, mece, mece. Vuelve a dormir al bebé. Pasa junto al marido que ronca y ve hasta el dormitorio de invitados en la entrada; en el pasillo, enciende la luz, siéntate en el escritorio, abre el portátil y haz clic en el archivo «CV_CALEB». Teclea, teclea, teclea. Borra, borra, borra.

3,4 de nota media, antes redondeada a la baja a 3,3, ahora redondeada al alza a 3,5. Presenta su currículo a por lo menos cinco ofertas de trabajo, optimizado para un trabajo respetable pero relativamente poco exigente. Asómate a la ventana. Mira cómo sale el sol. Reza.

Por la mañana.

Baja las escaleras y encuentra el capuchino diario de Mary esperando en la cocina vacía. Coge la taza justo cuando el bebé empieza a llorar. Bébete el capuchino entero en tres tragos ardientes y vuelve arriba. Cambia el pañal al bebé. Da de mamar. Da de mamar. Da de mamar. Pregúntate por qué el bebé mama tan despacio. Repréndete por pensar mal de Su creación. Pasa por delante del marido, que aún ronca, con el bebé; deja al bebé en el suelo del baño y coge el cepillo de dientes. Cepíllate los dientes mientras el bebé pasa los dedos por un enchufe. Riñe al bebé. Levanta al bebé y baja las escaleras, saludando a los suegros en la cocina.

Coloca al bebé en el cochecito. Recorre el largo camino de entrada. Saluda a los trabajadores de la viña, ya sudorosos y dispersos por los campos. «¡Hola, hola, hola!». «¡Hola, hola, hola!». Detén el cochecito de vez en cuando para que el bebé pueda decir «hola» también. Agradece al Señor por un hermoso día. Pídele al Señor que por favor despierte al marido que ronca para cuando termine el paseo.

Reza.

Por la tarde.

Dedica el tiempo de la siesta a navegar por páginas web de búsqueda de empleo y destaca posibles ofertas para las cinco solicitudes de mañana. Mantén la cara inexpresiva cuando pasa el marido. Haz un comentario de apoyo cuando menciona que va a correr, o a presentar una solicitud para algún trabajo, o a mirar las ofertas que le has enviado, aunque sabes que no hará ninguna de esas cosas.

Reza.

Al anochecer.

Despierta al bebé. Cambia el pañal. Dale el pecho. Dale el pecho. Dale el pecho. Cierra los ojos y cuenta hasta diez sobre el sonido de los lamentos repentinos e inexplicables del bebé. Trágate el fuerte instinto de abofetear al bebé. Pregunta al bebé en un murmullo arrullador qué quiere. «¿Qué quieres?». Mece al bebé. Dale el pecho. Considera la posibilidad de sacudir al bebé. Resiste el impulso de sacudirlo. Coloca al bebé en el pecho. Ayuda a la suegra con la cena. Filete, pollo o chuletas de cerdo. Galletas, pan de masa madre o pan de maíz. Espárragos o brócoli. Daos la mano. Rezad. Pon papilla de melocotón en la boca del bebé a cucharadas mientras el suegro piensa en voz alta, por millonésima vez, en una candidatura presidencial. Muéstrate de acuerdo con la suegra cuando dice que él es el hombre adecuado para este momento. Muéstrate de acuerdo con el suegro cuando dice esa frase sobre la necesidad de volver a

los valores familiares tradicionales. Muéstrate de acuerdo con el marido cuando dice que el pollo está perfectamente cocinado. Dale todo el mérito a la suegra, aunque vaya de subidón de psicofármacos y haya estado a punto de meter el pollo en el horno cuando estaba completamente congelado. Sonríe. Sonríe. Sonríe. Sonríe. Sonríe.

Sonríe.

Reza.

Los días pasaban, pero apenas. Como una baraja de cartas trucadas: tan poca variación.

Una noche estaba de pie en la cocina, balanceándome de un lado a otro para mantener a Clementine dormida en el portabebés, viendo cómo Amelia ahogaba unos tallos de brócoli en aceite de oliva, cuando dejó la botella y dijo:

—Pareces cansada.

No supe qué decir. Estaba cansada, claro que lo estaba, pero Amelia y yo no compartíamos vulnerabilidades. Yo ni siquiera era consciente de que ella tuviera intimidades que proporcionarme. Era como una muñeca de porcelana esa mujer. Si había dos tipos de amas de casa cristianas, mi madre era del primer tipo —del tipo que se pasa toda la vida siguiendo una ética del trabajo tan valiente en su negativa a tener en cuenta necesidades básicas como el sueño que los simples mortales seculares solo podían sacudir la cabeza y murmurar alguna frase hecha sobre esas mujeres que sacaban horas del día que no existían— y Amelia era del segundo tipo, el tipo que flotaba a través del triste tapiz de la domesticidad mediante un cóctel constante de Chardonnay, analgésicos y ambivalencia bien entrenada. También era un trabajo duro, pero de otro tipo.

Nada perturbaba a Amelia. Ni su hijo inútil ni su marido hambriento de poder. Llevaba casi un año viviendo con ella y no había visto ni un estremecimiento de dolor o placer en su sonrisa pintada; por eso era tan desconcertante ser testigo de su primera

expresión genuina de preocupación y darme cuenta de que el motivo de esa preocupación era yo.

—De verdad, cariño: pareces un poco *gris.* ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

Intenté sonreír y me di cuenta de que no podía. El arco de mis labios estaba congelado.

—¿Qué pasa*?* ¿Acaso Clementine no duerme toda la noche? —Amelia cacareó con desaprobación—. Si no lo hace, cariño, debería. Ya no es una recién nacida.

Hice una pausa y miré la cabeza grande y esponjosa de Clementine. Era curioso, ni siquiera me había parado a pensarlo, pero era cierto: ya no era una recién nacida. Ahora tenía siete meses. Gateaba, hacía ruidos y, sí, dormía toda la noche. «Las cosas ya deberían ser más fáciles —pensé sorprendida—. Debería estar pensando en tener otro bebé pronto».

—¿Sabes? —dijo Amelia—. A veces, cuando me siento muy cansada, me pongo el pintalabios más brillante que tengo. —Su pintalabios de hoy era un rojo floral casi neón. Ahora que la miraba a la cara, parecía agotada—. ¿Quieres que cuide de Clementine mientras te duchas?

—Estoy bien.

«Ayer por la mañana —pensé vagamente—. Me duché entonces. O quizá anteayer».

—Cariño, insisto. —Volvió a hacer señas, con una sonrisa cada vez más amplia—. De hecho, no aceptaré un no por respuesta.

Dejé de mala gana a Clementine en la cocina con Amelia y subí al cuarto de baño, donde encontré una pequeña colección de regalos esperándome en la encimera del lavabo: un secador, un rizador de pelo y cuatro barras de pintalabios, además de una nota adhesiva con un mensaje garabateado pegada al espejo a la altura de los ojos: «¡Tómate tu tiempo, mami!».

Qué emboscada tan elegante. Amelia también podría haber garabateado el verdadero significado en mayúsculas sobre el espejo:

«Contrólate, pequeño monstruo egoísta:) ».

Entonces me fijé en la pastillita blanca que había junto a los pintalabios.

Sentí una súbita y estremecedora desesperación por oír la voz de mi madre. Saqué el móvil y llamé a casa. Contestó al segundo timbrazo.

—¿Cómo está mi niña?

—Mami —dije, y luego hice una pausa.

¿En qué estaba pensando? No podía contarle lo que había pasado. Se horrorizaría al saber que su hija había dejado que las cosas *fueran tan mal* delante de una familia tan importante. Si *supiera* que su hija estaba en la cocina de la casa de un senador en chándal y con el pelo grasiento le daría un infarto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Se oyó el chapoteo del agua. Podía verla perfectamente: de pie en nuestra cocina, con la oreja pegada al hombro para mantener el teléfono en su sitio mientras fregaba los platos.

—Pregúntame lo que quieras, cariño.

Me senté en el retrete, con la tapa bajada, y enterré la cabeza en la mano libre.

—¿Cómo es que siempre fuiste tan *buena* en todo?

Ella se rio.

—Cariño, no creo que nadie me haya acusado nunca de ser buena en todo.

—Me refiero a las pequeñas cosas. La casa siempre estaba limpia. Te vestías y te maquillabas cada mañana. Siempre teníamos nuestros conjuntos preparados. ¿Cómo hacías todo eso, además de tu trabajo y de tejer?

—Bueno. —El agua chapoteaba en el silencio—. No sé si alguna vez me lo he *planteado,* Nattie, pero ¿sabes qué truco tenía, una vez que tu padre, que en paz descanse, ya había fallecido?

Todavía me sorprendía con qué facilidad se refería a su muerte. Realmente se había convencido a sí misma de que estaba muerto.

—Siempre que estaba al borde de la desesperación, me detenía un momento y… ¿sabes lo que hacía? —Su voz bajó a un registro. Como si conspirara—. Imaginaba que me estaban *observando.*

Abrí los ojos y fruncí el ceño mirando las baldosas del suelo del baño.

—¿Observando?

—Es muy solitario, ya sabes. Esto de las tareas domésticas. Pero me sentía menos sola cuando fingía que tenía un público sentado en el sofá conmigo. Mirándome pasar la aspiradora o sacar la basura. Animándome.

No dije nada. De repente sentí náuseas. Así que ese era el secreto: todos los años que había pasado mirando a mi madre y a las demás mujeres de nuestra comunidad, maravillándome de la facilidad con que desempeñaban sus funciones de madre, ama de casa y esposa; todos los momentos en que había pensado en ellas en la universidad, invocando su alegría, tan sencilla, y sosteniéndola en mi mano como una pata de conejo de la suerte mientras las chicas de la residencia se quejaban de todo…, eran mentira, ¿no? Si no una mentira descarada, desde luego tampoco toda la verdad. En realidad, no eran felices. Solo fingían que lo eran.

—¿Y al Señor le parece bien esto? ¿Que necesites… fingir?

Mi madre ni se inmutó. Se había aferrado a su argumento y ahora estaba en racha.

—Oh, yo no lo llamaría fingir. Es más bien una forma de *recordar,* ¿no crees? Después de todo, ¿quién crees que me animó a tener esa idea? ¿Quién es nuestro Señor y Salvador, si no el espectador *original* de nuestras vidas?

—Ummmm —dije. No podía discutir eso.

Me despedí de mi madre, colgué el teléfono y me miré en el espejo. Intenté imaginarme a un pequeño grupo de mujeres de pie en un rincón del cuarto de baño, observándome, sosteniendo hojas de puntuación, con cara severa y rímel, como un jurado olímpico. Dudé, cogí la pastilla y la tiré al váter.

Ahí estaba, innegablemente: el repentino oleaje de aplausos.

En mitad de la noche.

Despierta. Dúchate. Lávate y acondiciónate el pelo. Exfóliate. Depílate. Sécate el pelo. Rízate el pelo. Aplícate cremas y pigmentos sobre la piel. Base de maquillaje, colorete, rizador de pestañas, máscara, perfilador de cejas. Como diría tu suegra: lo mínimo. Mientras sale el sol, mira fijamente tu reflejo en el espejo del baño en busca de defectos. Practica decir: «No es nada». Practica: «Me gusta empezar el día con un poco de tiempo para mí». Trágate la creciente sensación de miseria que tienes en la garganta. Trágate la furia. Trágate la ansiedad. Trágate el deseo de prender fuego a la casa y salir por la puerta
principal mientras el marido, el bebé y los suegros mueren abrasados. Respira. Respira. Respira. Mátate. No, conjura al público. Conjura a Jesús. Conjura a tu madre. Conjura a Reena. *Sí,* ese es el camino. Imagina a Reena en el este, pasando la noche en vela en un cubículo de la biblioteca del sótano de la Universidad, encorvada ante un haz de luz artificial. Come una barrita de proteínas insípida, tan llena de sustancias químicas que podría sobrevivir al holocausto nuclear. Obsérvala mientras hace una pausa. Piensa, con un cosquilleo en la nuca, que la están observando.

Levanta la vista y recorre la habitación. Su mirada se posa en ti.

Oh. El bebé está llorando.

Ve a buscar al bebé.

Reena desapareció del baño y me dejó sola con mi reflejo, que me devolvió una sonrisa afilada.

Después, los días pasaron más deprisa. Y una tarde Amelia me llevó al pasillo para elogiar mi «nuevo y fresco aspecto». Parecía una mujer nueva, dijo, con los ojos muy abiertos en señal de aprobación. Se acercó a mí lo suficiente para que pudiera oler el Chardonnay en su aliento y me dijo:

—Hacen magia, ¿verdad?

—¿El qué?

—Bueno, ya sabes.

Guiñó un ojo, o intentó guiñarlo; sus expresiones faciales parecían sufrir de un prolongado momento de desconexión de sus impulsos cerebrales. El resultado era que un párpado se cerraba muy lentamente y volvía a abrirse, dando el efecto de una figura animatrónica que funciona mal. Se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿Sabes cómo las llamaban en mis tiempos?

Me encogí de hombros con impotencia.

—El pequeño asistente de mami.

Me sentí incómoda al darme cuenta. Habían pasado semanas desde que me dio aquella píldora. ¿De verdad creía, en una especie de lógica de sueño bañado en Pinot Grigio, que una sola dosis me había mantenido en pie durante semanas?

—Te conseguiré una receta —balbuceó—. Tengo un amigo médico. Un médico que es amigo.

—Oh —dije rápidamente—, no quiero causarte ninguna molestia…

—Cariño. Las consigo al por mayor. Y, de todos modos, ¿para qué crees que está la familia?

Entonces, dio un paso adelante y me abrazó de una forma extraña. Allí, de pie, con sus brazos envolviéndome, me sentí como en el abrazo de un gran pájaro de alas rígidas, con las plumas agitadas por el viento… No, no eran plumas, no era viento, pero entonces, ¿qué era ese movimiento estremecedor?

Me puse rígida y los brazos me envolvieron con más fuerza todavía. Me di cuenta de que Amelia estaba sollozando. Sollozaba con fuerza contra mi cuello. Murmuraba algo que sonaba como…

*Ayuda.*

—Amelia —dije, conmocionada—. Tranquila, tranquila.

Con la misma rapidez dio un paso atrás y me tragué un suspiro. Tenía los ojos inyectados en sangre y llenos de rímel, y sonreía ferozmente, aunque había empezado a tener un poco de hipo por la fuerza de sus sollozos.

—No me hagas ni caso. —Hipo—. ¡Me alegro por ti, eso es todo!

—Amelia…

—*Llámame mami* —dijo en voz baja, sonriendo aún más.

Me hizo una última caricia en el hombro, soltó un sollozo con regocijo y dijo:

—Voy a refrescarme antes de cenar.

Se fue serpenteando por el pasillo, entró en el dormitorio principal, y cerró la puerta con un suave clic.

# 21

Estoy oficialmente en arresto domiciliario. La última pizca de dignidad, por no hablar de movilidad, que me quedaba en este mundo de horror. Justo por encima del vendaje, en un lazo infinito, me han atado los tobillos entre ellos, con cuerda de tela hecha con tres toallas andrajosas. Apenas puedo arrastrarme por la cocina a cámara lenta. Incluso arrastrándome, me cuesta mantener el equilibrio y aún más usar el bastón correctamente. Estoy todo el rato a punto de caerme y deshaciéndome de dolor por el roce de la venda con la tela mientras sigo las órdenes de Mary: «Tráeme la cesta de patatas, ve a por el cuchillo más afilado, pon esta olla en el fuego, barre las migas del suelo». No puedo evitar darme cuenta de que me obliga intencionadamente a hacer el mayor número posible de viajes de ida y vuelta a la cocina. No puedo evitar pensar que está ansiosa por verme tropezar y caer de bruces.

—¿Sabes? —le digo, en mi décima caminata hacia el fuego para recuperar una cuchara que mágicamente olvidó pedirme cuando fui antes a dejar la olla de estofado de venado—. *Tu* vida sería mucho más fácil si hicieras esto sin mí. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Pero lo ha dicho papá.

«Lo ha dicho papá». Pongo los ojos en blanco, cojo la cuchara y empiezo a peregrinar por la habitación. Sí, lo ha dicho papá. De hecho, papá ha dicho específicamente: Si vuelves a causar problemas, si intentas salir de este rancho o, peor aún, si intentas llevarte a un niño contigo, te ataré junto al caballo a ver si espabilas, desgracia de mujer.

Le doy la cuchara.

—Apenas puedo andar así, ¿sabes? ¿No crees que esto es un poco innecesario?

—Esta mañana habría estado de acuerdo contigo —dice con aire despreocupado—. Y entonces intentaste huir con una pierna.

Coge un tazón de leche tapado que lleva en la encimera junto a la ventana desde por la mañana. Le quita la tapa y empieza a sacarle la nata de la parte superior y la echa en otro cuenco. Mantequilla. Está haciendo mantequilla. Mientras coge el cuenco de nata y la vierte en una vieja batidora de madera, pienso en mi batidora eléctrica y siento una oleada de nostalgia. «¡Buenas tardes a todos! Hoy estamos haciendo mantequilla desde cero, bueno, excepto por el hecho de que estamos usando mi robot de cocina para hacer la parte de batir, de lo contrario estaríamos todo el día, ¡y nadie quiere eso! ¡Ja! ¡Ja, ja!».

Ja. Ja, ja, ja.

Mary empieza a batir, moviendo la nata con el cucharón de madera con esfuerzo, poniendo el hombro en movimiento. Mientras sigue con el traqueteo, dice:

—¿Por qué intentas huir tanto?

No me mira, quizá por eso soy capaz de decir la verdad. O tal vez estoy agotada hasta el punto de que no puedo pensar estratégicamente. O tal vez soy una loca atrapada en una pesadilla, y ya no hay nada que perder. O tal vez estoy soñando. O tal vez todo este mundo se está yendo a la mierda y yo soy una víctima de mi propia…

—Porque se supone que no debo estar aquí. Por eso.

Hace una pausa. Me mira.

—¿No deberías estar aquí?

—No. No debería.

—*¿No* deberías estar *aquí?*

—¡No!

—¿Dónde se supone que deberías estar, si no es aquí?

Hago un gesto de impotencia hacia la nada.

—Se supone que tengo que estar *aquí,* pero *aquí* debería ser *diferente.*

—Pero *esto* es lo que hay aquí. ¿Qué otra cosa podría haber *aquí,* si no *esto?* ¿Quién podría estar aquí si no *nosotros?*

Me siento atrapada en los versos de un refrán infantil. Estoy aquí, estoy allí, ¡ningún sitio es donde viví!

—Olvídalo —digo.

Mary me regaña con la mirada.

—De verdad, con lo que te dejas llevar por la ficción, no me extraña que estés siempre agotada. —Empieza a revolverse de nuevo—. De todos modos: ya sabes que no debes ir al bosque. Allí hay todo tipo de cosas terribles. Lobos, indios y otras almas que están empeñadas en…

—… en destruirnos espiritualmente —murmuro resoplando—. Sí, sí, lo sé.

Mary se pone tensa. La agitación aumenta de velocidad.

—¿Sabes? Hay gente en el mundo que no tiene ninguna familia. ¿Te gustaría? ¿Estar sola en el bosque, sin nadie que te salve cuando caes en una trampa?

Una ráfaga de ira me atraviesa, tan fuerte como para romperme el cuello.

—Tú. No. Eres. Mi. Familia.

Mary se queda paralizada. El silencio inunda la habitación.

—Ve a por más leña —dice en voz baja.

Y de repente me veo transportada de vuelta a mi casa de verdad, a mi vida *de verdad,* a cuando le digo a Clementine: «Ve a decirle a Louise que revise el pronóstico del tiempo». Una orden sin sentido pensada para recordarle a alguien quién está al mando. Pensada, también, para ganar un momento para recuperar el aliento tembloroso.

Mary no me habla en toda la noche. En la cena, sin embargo, me da un pedazo de pan untado en mantequilla fresca. Una ofrenda de paz. Me doy cuenta de que este mundo está lleno de ellas, o, mejor

dicho, la chica que sostiene el pan con mantequilla lo está. Me mira fijamente, con la palma extendida.

La mantequilla está deliciosa.

# 22

Un sábado por la mañana, Caleb irrumpió en nuestro dormitorio y dijo triunfante:

—¡He encontrado mi propósito!

Era invierno. Las vacaciones ya habían pasado. Los hermanos de Caleb y sus familias habían acudido a la finca por Navidad y Año Nuevo. Durante esos días, un rebaño de niños Mills arrastraba barro por los pasillos, los hermanos compartían chistes subidos de tono en el despacho de Doug, las mujeres nos sonreíamos gentilmente unas a otras mientras bebíamos copas de champán en la cocina. Luego todos se fueron y regresaron a sus vidas en San Francisco, Manhattan y Washington. Caleb y yo seguíamos aquí.

Ya era enero. Lo que significaba que Reena estaba de vuelta en Boston, en su apartamento fuera del campus. En ese mismo momento probablemente seguía en la cama, quizá acababa de despertarse, deshecha sobre el colchón, arrastrando los dedos por el suelo entre vasos de vino tinto ya vacíos, buscando una botella medio llena de Gatorade o un bote de paracetamol para calmar su fuerte dolor de cabeza. Yo, en cambio, estaba en el cambiador, limpiando por cuarta vez en la semana el escape de caca por toda la espalda de mi hija. Tenía las uñas oscuras de mierda. Lucía una expresión desquiciada en la cara, algo entre una sonrisa y una mueca. «Imagina que te están observando», me susurró mi madre, una tarea especialmente fácil en ese momento, ya que Clementine estaba tumbada boca arriba, mirándome fijamente mientras yo sacaba la quinta toallita.

—Espera —le dije melódicamente en voz baja—. Ya está, casi he terminado…

Volví la cara, y solo entonces procesé que era mi marido quien acaba de hablar y entraba en la habitación.

—¿Tu propósito?

Tiré la última toallita a un lado y empecé a ponerle un nuevo pañal a Clementine. Resistí el impulso de responderle con burla: «¿Por fin has buscado debajo de la cama?».

—¿Recuerdas cuando pasamos por delante de mi antigua escuela la otra semana?

—Ajá.

Clementine soltó un chillido de advertencia, y yo aceleré los movimientos para ponerle el pañal.

—Bueno, pasé por allí el otro día para saludar a todo el mundo —«Este es mi marido —pensé alegremente—, saludando a todo el mundo en una escuela privada en medio de la nada, sin la menor preocupación, mientras su mujer utiliza sus últimas cinco neuronas para lavarle la raja del culo a un bebé»—. Y necesitan un sustituto para el jardín de infancia esta primavera. La maestra actual está de baja maternal, y les encanta encontrar nuevos profesores que sean exalumnos. El momento perfecto, ¿no crees?

Acabé de poner el pañal y cogí a Clementine, luego me volví hacia él.

—¿Qué tiene eso de perfecto?

—Necesitan a alguien para cubrir el puesto. Necesito un trabajo.

Levantó las dos palmas en el aire, ponderándolas por igual, como si hubiera resuelto una ecuación matemática.

Me senté en la cama, dejando que Clementine se arrastrara hasta el chupete y se metiera en los brazos de Caleb.

—Dices que quieres sustituirla.

—¿No recuerdas nuestra conversación de hace unas semanas? ¿Cuándo dije que me gustaría tener un trabajo en el que tuviera que jugar con niños?

Maestro de jardín de infancia. Mi marido quería ser profesor de jardín de infancia. Mi primer pensamiento: nunca había conocido a una maestra de educación infantil que no fuera una mujer de sesenta años. Luego llegó el segundo pensamiento.

—¿Cuál es el sueldo?

—No pregunté.

No preguntó. Claro que no preguntó.

—No sabía que querías ser profesor.

—Yo tampoco, pero, ahora que lo pienso, creo que se me daría bien.

Se me hizo un nudo en el estómago. Se le daría bien. Sería increíble. Probablemente le encantaría pasar todo el día con niños, enseñándoles toda la información benigna sobre el mundo que cualquier adulto idiota podría dominar. El azul es un color primario. Los peces tienen branquias.

Si empezara ese trabajo, querría hacerlo el resto de su vida, y se acabaría el sueño de una vida respetable. Estaríamos condenados a vivir como una familia con un niño siempre en la guardería. De repente, me di cuenta de que la frase tenía algo de justicia poética. Éramos una pareja con un diagnóstico tan serio que rozaba lo médico: fracaso en el lanzamiento.

Observé cómo Caleb jugaba con los pies de Clementine. Ella soltó un gorjeo de risa, de esos que nunca emitía conmigo, y se me contrajo el pecho. Un pensamiento triste y silencioso: nada había salido como yo esperaba.

Miré a mi marido, que ahora le hacía carantoñas a nuestra hija.

—¿Sabes siquiera lo que enseñan a los niños en la escuela pública, Caleb?

—¿El qué?

—Les enseñan que ser cristiano es algo terrible. Que el género es una construcción y que el matrimonio es una fuerza destructiva. ¿Quieres eso para nuestros hijos?

—Claro que no —dijo Caleb.

Frunció el ceño.

—¿De verdad enseñan eso ahora?

Asentí con solemnidad.

—Enseñan a los niños blancos a sentirse culpables por el hecho de que en nuestro país hubo esclavos.

Mi escuela pública no lo enseñaba, pero había oído hablar de otras que sí. O, mejor dicho, mi madre había oído hablar de ello a otra mujer en una venta de pasteles de la iglesia, que a su vez lo había oído hablar de la mejor amiga de su hermana, que era directora de una escuela secundaria de California, Maryland o Canadá. Mi madre (o la mujer o su hermana) nunca recordaba dónde.

—¡Pero eso acabó hace siglos!

—Eso no importa. No les importan los hechos.

—Seguro que eso no lo enseñan en el jardín de infancia.

«Es un trabajo para una mujer», estuve a punto de estallar. En lugar de eso, respiré hondo, exhalando lentamente, reflexionando.

—Supongo que es verdad. A mí solo me preocupa que te estés subestimando en lugar de apostar por algo más… intelectualmente riguroso.

No contestó. Estaba contando los deditos de los pies de Clementine, y ella emitía gritos de felicidad.

—El otro día tuve una conversación interesante con mi madre —le dije—. Me contó que a veces, cuando tiene que hacer algo que no quiere, se imagina que lo hace para un público.

—Un público —resopló—. Qué gracioso. —Le hizo una mueca a Clementine—. ¿No es gracioso?

—Sí. Un público. Como, por ejemplo, si aceptaras un trabajo de analista financiero, tal vez te imaginarías a un montón de hombres inteligentes y admirables observándote. Casi como un juego.

Caleb frunció el ceño.

—¿Son personas reales ese público? ¿O son ángeles? Me imagino ángeles. Como de Dios.

Sentía que la sonrisa se me tensaba en la cara, las costuras amenazando con estallar.

—La *cuestión* es que a veces al principio tienes que fingir que algo te gusta y, si finges durante el tiempo suficiente, puede que acabe gustándote.

—¿Te refieres a fingir que me gusta uno de esos trabajos que me envías todos los días?

—¡Exacto! ¡Sí!

—Pero sé que *no* me gustarían. —Me dirigió una mirada profunda—. ¿Sabes lo que me gustaría? Ser profesor de educación infantil.

Levantó las cejas mirando a Clementine, como diciendo: «¡Jaque mate! ¡Papi ha ganado!».

¿En qué estaba pensando? La estrategia solo funcionaba si no le dejaba elegir. Pero Caleb siempre podía elegir. En cada segundo de su vida tenía la oportunidad de decir, simplemente, «No quiero hacerlo». Imagínate que yo dijera eso. Imagina que Clementine empezara a llorar y yo me diera la vuelta en la cama y dijera: «No quiero hacerlo». Dar de mamar: «No quiero hacerlo». Fregar las pequeñas motas de mierda calcificada de Caleb de la taza del váter del baño de invitados, aunque tuviéramos asistentas, porque mi madre siempre me había enseñado que lo que hace tu familia en el baño no es asunto de nadie más que tuyo. «No. No quiero hacerlo».

—¡Claro! —dije en voz alta—. ¡No debes hacer nada que no quieras!

Sentí como si mi cerebro se fuera a derretir en un charco de líquido y me saliera por la nariz.

—Exacto —dijo Caleb. Parecía aliviado y victorioso. Su mujer había empezado a decir cosas con sentido—. Llamaré a la escuela por la mañana y podremos…

—Espera. —Me llevé una mano a la frente, que sentía que se me estaba recalentando—. Espera un segundo.

Era la conversación más larga que habíamos tenido en meses. Mi mente, en pánico, se estiró y se contorsionó en miniintentos por encontrar un plan, una estrategia, cualquier cosa que le impidiera adoptar esa postura.

—Ser profesor en un jardín de infancia no puede ser lo único que te divierta hacer. Piensa, Caleb. *Piensa. ¿Qué* querías ser cuando eras más joven?

Arrugó la cara.

—Ni idea —dijo—. Creo que nunca lo he tenido muy claro. Cuando era pequeño, quería ser actor. O vaquero. Pero eso eran cosas de niños.

Un vaquero o un actor. «Señor, dame fuerzas». Las opciones eran tan absurdas que, para empezar, me dejaron sin alternativas claras. Pasarían años antes de que este momento tuviera sentido para mí. Concretamente, sería al cabo de poco menos de una década, en el acto de campaña en Iowa en el que Doug anunciaría su tercera candidatura presidencial, cuando el presentador describiría a mi suegro como «el último John Wayne vivo», y yo me giraría para mirar a mi marido y vería la luz en sus ojos, y el recuerdo de esta conversación encajaría en su sitio.

Caleb no quería ser actor ni vaquero. Quería ser su padre. Un icono. Un verdadero patriarca americano.

Los hombres y sus leyendas. Vergonzoso.

«Bueno —pensé—. Aquí estamos, al final del camino. Profesor de educación infantil, actor o vaquero. Elige tu veneno. Bébelo rápido».

Entonces miré a mi marido y recordé nuestra primera cita. Sus ojos empañados ante la idea de un rancho. «Lo que has dicho suena bien». En los últimos meses, Caleb había mencionado la idea de pasada varias veces, hablando con nostalgia sobre cultivar nuestras propias cosechas, cuidar de nuestro propio ganado. Yo ni siquiera lo había considerado remotamente como una posibilidad. Pero en ese momento sentí el peso de la idea caer sobre mi regazo. Puede que el Señor no me hubiera dado instinto maternal, como le había pedido en oración durante meses, pero me había dado algo *aún mejor:* un plan para hacer que el padre de mi hijo fuera un hombre.

Un trabajo de profesor sustituto de jardín de infancia era la versión profesional de un pene completamente flácido. La

humillación encarnada. ¿Pero un vaquero de verdad? Con eso sí podría hacer algo.

Caleb no tenía que ser bueno en agricultura. No necesitaba una gran ética de trabajo, ni siquiera saber cómo mantener vivos a los animales del rancho. Solo tenía que aprender a fingir.

Un coro de ángeles cantó *Aleluya* en mi mente.

# 23

¿Qué decía mi madre de esos tiempos de antaño?

«Los días de los pioneros no eran para los débiles de corazón. Piensa en lo valientes que tenían que ser tus tatarabuelos. Imagina enfrentarte a indios con flechas, defender tu ganado de los lobos…».

No, no esa parte. La otra parte. Esa en la que había bebido demasiado en la fiesta de Nochebuena y tenía las mejillas rosadas y los ojos llorosos, se quitaba las botas y se metía bajo las mantas con nosotras, con el aliento agridulce del vermú.

«Los inviernos eran largos, niñas. Muy largos. Largos, largos, largos. Las noches parecían eternas y las tormentas de nieve eran increíbles. Dependían de la comida que habían almacenado en las estaciones pasadas, y a veces los recursos escaseaban».

En ese momento, mi hermana solía intervenir.

—¿Qué hacían si no encontraban comida, mami?

—Se comían a sus perros —decía yo con autoridad—. Y si no tenían perros, se comían los unos a los otros.

—¡Natalie! —Mi madre lanzaba una mirada tranquilizadora a mi hermana—. Nunca se comían los unos a los otros.

Y, mientras mi hermana y yo nos sacábamos la lengua a sus espaldas, ella continuaba:

—No, siempre encontraban una solución antes de llegar a algo así. Eran tan valientes y valerosos, ¿y sabes qué los ayudaba a seguir vivos, por encima de todo? La confianza. Confianza en el otro y confianza en el Señor.

Y entonces apagaba la luz, y las tres nos dormíamos juntas en la cama, soñando con el Oeste.

—Ya puedes desatarme —le digo.

Es tarde. Los niños están reunidos alrededor del fuego. Abel está afilando un cuchillo y hablando en voz baja sobre tácticas de batalla con Noah, que hurga ociosamente con un palo en el fuego, escucha pensativo y asiente de vez en cuando, como un pequeño general de guerra curtido, con la llama reflejada en el blanco de sus ojos. «Si llegasen desde una zona elevada, nos colocaríamos en posiciones defensivas junto al granero…».

Maeve está sentada en el regazo de Mary, que le cepilla el pelo con un peine de púas finas. El antiguo Caleb está sentado en una silla, observándome con una mirada de total y absoluta desconfianza.

—Por favor —vuelvo a decir—, desátame.

Mary deja de peinar a Maeve y mira al antiguo Caleb, que sigue con los ojos clavados en mí. Me lanza una larga mirada escrutadora. Eructa.

—¿No vas a huir?

—No. No voy a huir.

En realidad, ni siquiera es una concesión. Tengo un pie que pende literalmente de un hilo. El resto de mi cuerpo está desgarrado y magullado y golpeado, y estoy tan cansada que he estado a punto, en varias ocasiones en las últimas horas, de quedarme dormida sentada.

Al mismo tiempo, me enfrento a otra noche de insomnio. Puedo sentirlo venir, mis ojos amenazan con girar en sus órbitas ante la promesa de otra larga y fría noche en este lugar infernal, sin nadie que me mantenga caliente, sin nada que me salve de mi mente salvaje y errante. Como mínimo, me gustaría librarme de estas cadenas de tela.

El antiguo Caleb me desata. Me estremezco al sentir sus dedos ásperos y callosos sobre mi piel. Si se da cuenta, no dice nada al respecto. Se limita a balbucear:

—¿Mary?

Cinco minutos más tarde estoy sentada más cerca del fuego, masajeándome el único pie que tengo en buen estado, cuando Mary se acerca a mí con una taza.

—Para ayudarte a dormir.

Huelo la taza. El líquido desprende un aroma frío y amargo. Completamente diferente de lo que me dio para la fiebre. Miro a Mary. Su expresión es tranquila.

—Hará que desaparezcan los malos sentimientos —dice—. Confía en mí.

«Confía en mí».

Otro gesto de paz.

Excepto que no confío en ella. Ni siquiera un poco. No confío en nadie de esta casa, y menos en mí misma.

—Venga —dice Mary suavemente—. Bébetelo.

Ahora me mira con lástima, como si fuera la persona más desdichada e indefensa del planeta.

Mi mirada pasa por delante de Mary, cruza la cocina —*esta es mi cocina; esta no es mi cocina* —, cruza los rostros somnolientos de los niños iluminados por el fuego —*estos son mis hijos; estos no son mis hijos* — y luego se posa en el rostro del antiguo Caleb. *Este es mi marido. Este no es mi marido.*

Me siento como si me hubieran dejado caer en el esbozo inacabado de un laberinto. No hay salida. Excepto, por supuesto, dormir. La más breve de las salidas.

Me llevo la taza a los labios y me la bebo entera, deprisa, con un poco de náuseas por el sabor. Luego dejo que Mary me guíe hasta el dormitorio, con su brazo sujetándome por la axila, soportando la mayor parte de mi peso. Me mete en la cama y se queda allí, en silencio, mientras me doy la vuelta.

—Ya pasó —dice Maeve desde la puerta—. Hora de dormir para mami.

Se me cierran los párpados.

# 24

Cuando tuve claro lo que había que hacer, llamé a mi madre, le conté el plan y ella llamó a todos los agentes inmobiliarios que conocía. No me sorprendió su entusiasmo: éramos clientes de ensueño. Una pareja joven y adinerada interesada en encontrar un terreno enorme —«realmente enorme», le dije a mi madre, y mi madre se lo repitió a ellos—.

Nos llovían las propuestas. La propiedad que acabaríamos comprando llegó a mi bandeja de entrada el primer día.

Era una antigua granja de ganado en mal estado. Unas doscientas hectáreas situadas en las colinas entre dos cadenas montañosas en la región suroeste de Idaho. Había bosques sin explotar y extensos pastos, un manzanar centenario, una serie de arroyos que atravesaban la finca y unos trescientos metros del margen del río más caudaloso del estado. El terreno estaba salpicado de antiguas vallas y senderos artificiales, e incluso de muros de piedra del siglo XIX en algunos tramos. Se encontraba al final de un largo camino de tierra de varios kilómetros, rodeado de terrenos de reservas indias.

Cuando encontré el anuncio, ya había varias ofertas por la propiedad. Animada por mi agente inmobiliaria, llamé al propietario para defender la mía. Era un anciano que se iba a vivir a una residencia. Su único hijo —un banquero que vivía en Sun Valley— había planeado hacerse cargo de la propiedad y, en consecuencia, había hecho algunas reformas importantes en la casa principal, pero había muerto varios meses antes. Cáncer de páncreas. Un shock total. Esta fue la información que me dio el hombre durante el

primer minuto de nuestra conversación, y ya estaba desesperada por colgar el teléfono. No había nada que me incomodara más que el acceso repentino a los sentimientos dolorosos de un desconocido.

—Es realmente salvaje —me dijo—. Por la noche es tan silencioso que tus oídos empiezan a inventar sonidos. Grillos y cosas así. Eso las noches en que los lobos no aúllan. —Hizo una pausa—. ¿Alguna vez has oído aullar a un lobo?

—*Personalmente,* no, pero… —Estaba escondida en la oscuridad del vestidor para abrigos del vestíbulo—. Somos almas tranquilas mi marido y yo. Pasamos algún tiempo en la ciudad, pero no es para nosotros.

Se oyó un murmullo al otro lado de la puerta y me quedé helada. El tarareo ebrio de Amelia se acercó, y entonces la oí abrir el vestidor por el lado opuesto del vestíbulo.

—¿Hola? —dijo el viejo bruscamente—. ¿Sigues ahí?

—Sí —susurré, tapándome la boca con la mano contra el auricular—. Un segundo…

Se oyó un crujido de perchas, un ruido metálico, un traqueteo, un «¡Uy!» y luego el susurro de un frasco de pastillas al ser recogido del suelo. («¿Hola? ¿Te he perdido? ¿Hola?»). Después el tarareo se fue por el pasillo hasta que se cerró una puerta y todo volvió a quedar en silencio. Bajé la voz y susurré.

—¡Sí! ¡Hola! Ya estoy aquí. Escuche, señor: queremos dar a nuestros hijos una verdadera infancia americana. Y mi marido es un granjero nato.

—Bueno —dijo el anciano—. Eso está bien. Mi hijo…, bueno. También tenía un talento natural.

El hombre se aclaró la garganta con un carraspeo húmedo, dando repentinamente sonido a su dolor. Se hizo un largo silencio. La ansiedad se apoderó de mí.

—Tenemos grandes planes, señor —dije rápidamente—. Vamos a llenar de nuevo su rancho de animales.

—Eso está bien —volvió a decir—. Pero ya sabe, la vida de rancho es dura.

—Totalmente. Totalmente.

—Los márgenes de beneficio nunca fueron grandes, y empeoran cada año.

Asentí enérgicamente a nadie.

—Es una pena.

—No quiero hacer suposiciones, señora, solo quiero decir… —Aquí hizo una pausa—. Sé que ahora está de moda que los jóvenes se crean granjeros. Y yo…, bueno, no quisiera que se llevaran a engaño. Ya sabe, quien mucho abarca poco aprieta.

«Está de moda». Casi me atraganto al oír la expresión.

—Muchas gracias por su preocupación, pero, con el debido respeto, señor: mi marido y yo no nos parecemos en nada a los jóvenes que usted conoce.

Poco después de terminar la llamada, mi agente inmobiliaria me envió un mensaje. Cogerá otra oferta:(:(:( ¡No te preocupes, encontraremos algo mejor!

Le devolví el mensaje y le dije que hiciera una última oferta final.

Supera la oferta en medio millón de dólares.

Me imaginé al viejo sentado en la cocina, leyendo el número en su teléfono. Esperaba que se sintiera feliz. También que se sintiera, solo un poquito, hundido.

Esa misma noche, mi agente inmobiliaria me envió un mensaje de texto con la feliz noticia. Me quedé mirando el mensaje durante varios minutos, luego dejé el móvil en la encimera y caminé por el largo pasillo hasta el despacho de Doug. Llamé a la puerta y Doug contestó de inmediato.

—Adelante.

Su despacho era un sueño delirante de la virilidad de los años cincuenta: las paredes estaban salpicadas de diplomas y fotos con personajes famosos, había dos sillones de cuero colocados frente a una chimenea con una caja de puros entre ellos, y él, en ese momento, estaba sentado detrás de un escritorio de caoba tan

grande y ornamentado que debieron de hacer falta tres o cuatro hombres para meterlo aquí.

—Siéntate —dijo, señalando la silla que había frente al escritorio. Mientras me acomodaba en el asiento, añadió—:
acabo de pagar cien mil dólares a una consultora para que me diga que soy viejo. —Soltó una carcajada—. ¡Tengo cincuenta y cinco años! Estoy en la flor de la vida. Pero, por lo visto, según ellos, lo soy, lo pone aquí —rebuscó entre una pila de papeles sueltos que tenía sobre la mesa y sacó el que necesitaba—: «Cayendo rápidamente en popularidad entre una serie de grupos demográficos clave».

No supe qué responder. Para empezar, solo conocía vagamente la política de Doug. «Dios, familia y cerveza. Un hombre de valores tradicionales». Pensé en Reena, que se había pasado el verano haciendo prácticas como asesora, y me pregunté si sería su empresa la que había hecho la auditoría sobre la elegibilidad de Doug. Seguro que le habría encantado ese trabajo.

—Quizá es por… tus políticas.

Los ojos de Doug me miraron y supe que me había excedido.

—Nunca se trata de las políticas —dijo bruscamente—. Un buen político no cambia sus políticas. Solo los mensajes.

—Claro —dije inmediatamente—. Por supuesto. Bueno, obviamente tú eres el experto. Yo solo soy una ama de casa.

Era la primera vez que decía esa palabra en voz alta refiriéndome a mí misma, y sentí una sensación nada desagradable de reorganización en mi cuerpo, casi como si estuviera boca abajo en la camilla de un quiropráctico, sintiendo cómo mi columna se resquebrajaba poco a poco en una alineación extraña y nueva, aunque técnicamente correcta. Un dolor que prometía dar paso al alivio.

—Bueno —dijo Doug. El comentario de la *ama de casa* claramente le había tranquilizado—. Hoy no hace falta resolver las cuestiones de mi carrera política. ¿En qué puedo ayudarte, Natalie?

Respiré hondo y dije exactamente lo que había ensayado.

—He encontrado una solución para Caleb. No solo a corto plazo, sino algo permanente. Algo que le cambiará la vida.

Doug no dijo nada, se limitó a enarcar las cejas.

—Caleb no es adecuado para el mundo empresarial. Los dos lo sabemos. Podrías conseguirle mil trabajos y los dejaría mil veces. Pero esto creo que le gustará…

Le entregué a Doug un trozo de papel manuscrito y lo miró con el ceño fruncido.

—Esto es una dirección —dijo.

—Búscala en internet.

Abrió el anunció en su ordenador y silbó despacio. Vi el mensaje en rojo (reservado ) y se me encogió el corazón, para luego subir hasta la garganta. Doug seguía mirando la primera foto, una toma aérea del granero y los pastos que lo rodeaban.

—Ni siquiera sé qué estoy mirando.

—Estás viendo un pedazo de tierra de primera en Idaho, que será pronto la granja de ganado de tu hijo.

Doug no dijo nada, solo navegó por las imágenes. Finalmente se reclinó en la silla y me miró.

—¿Crees que mi hijo es capaz de llevar una granja de ganado?

—Por supuesto que no. Contrataremos a gente.

—Contrataréis a gente.

—Sí. Empezaremos poco a poco y luego ampliaremos. Carne local, huevos frescos, leche cruda. ¿Sabes cuánto le gusta a la gente la leche cruda?

—En realidad, sí —dijo con indiferencia—. Uno de mis becarios escribió un informe al respecto. —Golpeaba distraídamente el escritorio con el dedo, al mismo ritmo que mi corazón. *Tap tap tap tap—.* La verdad es que… —dijo de repente— me tienta apoyaros solo para ver cómo se desmorona todo.

Por un momento me olvidé de respirar. Prácticamente podía ver su pequeño sueño de terror desarrollándose en el aire entre nosotros en tiempo real: «Arroja al hijo más tonto y a la zorra de su mujercita al corazón del país y ve cómo se arañan y rasguñan y

luchan por sobrevivir». Si hubiera palomitas en la mesa, habría cogido un puñado.

—No saldrá mal —dije—. Va a funcionar.

—Y quieres que lo pague yo.

—Sí, exacto.

—Y si no me falla la vista, ya has hecho una oferta que ha sido aceptada.

Se me heló la sangre. Intenté asentir. Apenas moví la barbilla.

—¿Cuánto necesitas?

—Cinco millones de dólares. Eso cubre el importe de la compra y los tres primeros años de funcionamiento.

Tenía el corazón como un grillo en la garganta. Decir esa cifra en voz alta me pareció una locura. Mi madre nunca me había dado más que un brillante billete de veinte dólares. Pero yo sabía que así funcionaban los hombres como Doug: no se podía pestañear. Y, de todos modos, eso *era* lo que costaría poner en marcha el rancho según las páginas web que había consultado ese mismo día.

—Muy bien —dijo Doug enérgicamente—. Te daré el dinero.

Me invadió un extraño cóctel líquido de euforia y decepción. Lo había logrado, había conseguido los fondos, pero también parecía que podía haber pedido más.

—Pero a cambio, Natalie, tienes que darme algo tú.

Hubo un silencio en la habitación. Mi suegro me sonreía de un modo extraño. Era una mirada transparente; el tipo de mirada que mi marido no me había dirigido desde el día de nuestra boda. La mirada que un hombre dirige a una mujer cuando imagina su cuerpo desnudo. Pensando en lo que hará con él. Su calor, su suavidad. Los dedos moldeando la piel como si fuera arcilla.

Una sensación de calor se acumuló en mi estómago y se extendió por mis piernas.

—¿Qué quieres de mí?

Lo que había sabido desde el primer momento en que lo conocí: Doug era un hombre de verdad. Masculino sin esfuerzo. No pedía poder, ni respeto, ni sumisión. Lo exigía. Era el tipo de hombre que

escalaría una montaña de cadáveres con tal de tocar el cielo. Lo odiaba, lo quería muerto, y también a veces imaginaba lo que sentiría un hombre así al conocerme. Bíblicamente, quiero decir. Que es otra forma de decir: si Doug me hubiera pedido lo que yo creía que me iba a pedir…, incluso se lo habría dado. Incluso me habría gustado. Incluso podría haberle pedido, cuando todo estuviera dicho y hecho, más.

—Quiero que tengas más bebés con mi hijo.

La sensación cálida y líquida de mi estómago se endureció y se congeló.

Doug seguía mirándome, pero su mirada había bajado de mi cara a mi estómago. Como si la fuerza de su propia imaginación pudiera ser suficiente para fecundarme por sí sola. Ya nada de esto me parecía erótico. Era frío y mecánico. Estéril a más no poder. La única forma en que este hombre quería penetrarme era a través de un procedimiento programado. Gélidas pinzas plateadas y una larga jeringa bovina.

—Amelia dice que todavía estás dando el pecho —dijo—. Es más difícil quedarse embarazada si das de mamar. Lo sabes, ¿verdad?

«Cierra los ojos, Natalie. Relájate. Vas a sentir un pequeño pinchazo en tres, dos, uno… Allá vamos. Fácil y rápido. Ahora quédate quieta…».

—Este es el trato. Pagaré por esta pequeña fantasía de rancho y, a cambio, le darás a mi hijo una gran familia americana.

Un pensamiento aterrador: ¿sabía Doug lo fría que estaba mi cama marital? ¿Sabía que su hijo prefería mirar con tensión a algún punto en la distancia por encima de mi cabeza cada vez que se encontraba en la decepcionante posición de tener que empujar sobre mí? ¿Sabía que incluso ese pobre intento de actuación se producía con tan poca frecuencia que parecía una revelación cuando por fin ocurría?

—Claro —dije, con tanto ímpetu como pude—. Este siempre ha sido el plan.

—Bueno —dijo Doug, y cogió su teléfono—. Solo quería asegurarme. Hoy mismo llamaré al contable.

Se quedó mirando un papel en su escritorio, intentando descifrar su propia letra.

—Gracias por venir, querida —dijo sin levantar la vista, y me despidió.

Salí del despacho y caminé aturdida por el largo pasillo hasta el vestíbulo. Eran poco más de las cinco, una hora del día que solía recordarme a mi madre. Odiaba esa extraña hora crepuscular en la que podías estar sentada leyendo un libro sin ninguna luz encendida, y luego mirar hacia arriba y darte cuenta de que estabas en la más absoluta oscuridad. No había nada que perturbara más a mi madre que encontrarse de repente sumida en las sombras. Pero a partir de ahora, lo sabía, este momento del día en que la luz abandonaba el mundo me recordaría exclusivamente a Doug.

Llegué al pie de la escalera. Al otro lado del pasillo, en la cocina, Amelia estaba junto a la encimera, tarareando suavemente el *Für Elise* para sí misma, con un gran lomo de cerdo descongelándose en una bandeja de horno detrás de ella. La observé mientras aplastaba una de sus pequeñas pastillas blancas con el dorso de una cuchara contra la encimera, luego se ponía el polvo en la palma de la mano y lo echaba en un envase de pudin desnatado. Dio una buena cucharada y cerró los ojos, extasiada.

En el piso de arriba, Clementine seguía en la cuna, durmiendo la siesta, y Caleb estaba en su escritorio viendo un vídeo de YouTube en el que un hombre con una perilla absurdamente engominada gesticulaba salvajemente, con el volumen bajo.

—Caleb, te he dicho que tienes que despertarla a las cuatro. —Crucé la habitación, me acerqué a la cuna y le di suaves palmaditas en el culito a Clementine—. Ahora se va a dormir tarde.

—Lo siento —dijo—. Culpa mía.

Lo miré por encima del hombro cuando Clementine empezó a despertarse.

—¿Me estás escuchando siquiera? ¿O es que estás acostumbrado a decir «lo siento»?

—Sí —dijo, sin prestarme atención—. Oye. ¿Sabías que hay profesores que vacunan a los niños en el colegio, sin decírselo a los padres?

Cogí a Clementine de la cuna y me volví hacia él.

—Nunca lo había oído, no.

—Increíble, ¿verdad? Y, por lo visto, hay un colegio en el sur de California que hace que los niños se arrastren todo el día sobre las manos y las rodillas para que se sientan como gusanitos insignificantes.

Suspiré. La conversación con Doug me había dejado agotada, casi dolorida físicamente. Sentía como si mi suegro me hubiera tratado con rudeza —exprimiéndome, haciéndome rodar sobre la palma de su mano— y ahora mi cerebro y mi útero se sentían igual de sensibles, como un par de frutas magulladas.

—No seas ridículo.

—¡Es verdad! Estuve investigando sobre lo que me dijiste el otro día, sobre lo que las escuelas hacen a los niños… Y tenías razón, Nattie, solo que es peor, aún peor.

Crucé la habitación y miré el vídeo pausado en la pantalla mientras Clementine me acariciaba la mejilla con sus deditos. El título rezaba, en mayúsculas, ¡¡¡¡LA VERDAD OCULTA DEL SISTEMA PÚBLICO DE ESTADOS UNIDOS!!!!

—Este tipo parece un chiflado —dije finalmente.

—Es médico, Natalie. Muéstrale un poco de respeto. Y, de todos modos: él fue quien me ayudó a darme cuenta de lo ridículo que era querer ser profesor de educación infantil. ¿Sabes, Natalie, por qué he estado luchando tanto últimamente? ¿Por qué parece que no puedo encontrar mi propósito? No es mi culpa, en realidad. Es la gente que está a cargo de este país la que está tratando de feminizar a los hombres.

—¿No es tu padre uno de los hombres a cargo de este país?

Caleb suspiró.

—Sí, pero solo de forma institucional.

—¿Y está intentando… feminizarte?

—No. —Parecía frustrado por que no lo entendiera—. *Todo el mundo* lo hace. Piénsalo: en los viejos tiempos yo habría sido soldado. O herrero.

—¿Desde cuándo quieres ser herrero?

—No quiero. Lo que quiero decir es que no estaba destinado a vivir así.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Si de algo estaba segura, era de que Caleb habría sido el peor soldado del planeta. Era irónico: estábamos a punto de alinearnos —no podía estar más de acuerdo en que mi marido se había comportado últimamente como una niña tonta— y, sin embargo, nunca me había sentido tan perdida en una conversación. Estaba claro que había sido un error enviarle al pozo sin fondo del currículo de la escuela pública. Tomé nota mentalmente de que volvería sobre ello pronto. Pero ahora no era el momento. Era *el momento* del espectáculo, la mayor actuación de mi vida.

—Escucha —dije—, hablando de tu propósito. Encontré algo que podría interesarte.

Le enseñé el anuncio. Clementine jugó con mi pelo mientras yo permanecía de pie junto a su silla, observando cómo pasaba las imágenes, cada una reflejada nítidamente en el blanco de sus ojos. Campos ondulados. *Clic.* Un granero rojo. *Clic.* Una casa rodeada de montañas lejanas. *Clic.* Cuando Caleb terminó de verlas, me miró con expresión boquiabierta, casi lujuriosa. «Jaque mate».

—¿Lo harías? —preguntó—. ¿Por mí?

—Lo haré por ti, con una condición. Tenemos que tener sexo más a menudo.

Caleb puso una expresión de aflicción.

—Natalie, yo…

—No hace falta que digas nada —dije—. Solo necesito que estés de acuerdo. Una vez a la semana, como mínimo, y al menos tres

veces en mi ventana fértil. —Hice una pausa y luego dije, con solemnidad—: Por Clementine.

Un principio básico de la vida cristiana: negar a tu hijo el don de tener hermanos era el acto más cruel de abuso infantil imaginable.

—Por Clementine —repitió—. Y podemos educarlos en casa en nuestro rancho. Mantenerlos alejados de los pedófilos de la escuela.

No había planeado educar a los niños en casa. Al principio, me entró un poco de pánico al pensar en otro papel en el que fracasar —madre, esposa, ama de casa, *profesora—,* pero luego me acordé del dinero y me relajé. Los profesores eran baratos. Ya encontraríamos sitio para uno en el presupuesto.

—Bien —dije—. Podemos contratar a un profesor. Seguro que hay algún pack con los contenidos educativos *online* que podamos comprar.

Se lo pensó.

—¿Puedo elegir los contenidos?

—Claro. Puedes.

Así era cómo se sentía esto del compromiso matrimonial en acción.

—Ah —añadió Caleb— y también: nada de ganado.

—Pero es una granja ganadera.

Sacudió la cabeza con firmeza.

—Cultivaremos verduras.

—¿Verduras?

—¿Sabes cómo se sienten las vacas cuando mueren, Nattie? Aterrorizadas. Entonces, ¿qué crees que estás comiendo cuando comes carne de vaca? —Pausa dramática—. Terror. Estás comiendo terror.

Me quedé mirando a mi marido. Ni siquiera se me ocurría una respuesta coherente y amable a aquella afirmación; ni siquiera estaba segura de que fuera necesaria. ¿No era
este el hombre que se había comido alegremente una hamburguesa tres días antes? ¿Cuántos vídeos había visto ese
día?

Caleb asintió con decisión.

—Por eso nos conocerán. Sustento nutritivo, orgánico y *sin terror.* Y, además, los buenos ranchos tienen algún nombre. Tendremos que pensar cómo llamaremos al nuestro.

—En realidad —dije con dulzura—, ya tengo un nombre en mente.

# 25

Es de nuevo por la mañana. Abro los ojos y me doy cuenta, con un alivio insondable, de que he pasado toda la noche sin despertarme ni una sola vez. Sin pesadillas. Sin insomnio. Solo durmiendo.

Un milagro: por primera vez en días, no estoy paralizada por el terror. Mis pensamientos siguen siendo espasmódicos y desordenados, mi mente zumba nerviosa, pero el pánico es ahora más suave, menos urgente. Después de tres días de exposición a la luz, mi miedo ha desarrollado una capa de pelusa aterciopelada. Ya no es tan pesado.

*Puedo con esto.*

Un momento después, como un reloj, Maeve está en la puerta.

—¿Mami?

Esta vez estoy lista. No tengo miedo.

—Hola, pequeña —le digo cariñosamente.

Se ilumina como respuesta, salta a la cama y acurruca su cabeza en mi cuello.

«Mamamamamamama, has vuelto».

Cuando Maeve y yo entramos en la cocina, Mary está sentada a la mesa, cosiendo una prenda.

—Buenos días —le digo con alegría.

Mary deja de coser y me mira, con expresión francamente crítica.

—Buenos días —me contesta—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

Echo un vistazo a la cocina y siento una repentina sensación de asombro. Esto es increíble. Una proeza de la ingeniería. Es como vivir en la época de los pioneros.

Me vuelvo hacia Mary.

—¿Puedo ducharme?

Mary me mira durante un largo momento. Luego deja la tela.

Juntas salimos hasta una de las tinas metálicas que hay junto a las escaleras del porche.

—Espera aquí que voy a por agua —dice Mary.

Es una fresca mañana de otoño. El cielo se ve de un azul infinito. Se siente la promesa del invierno en el aire, pero la luz del sol me calienta la piel. A lo lejos, los picos escarpados de las montañas son tan nítidos que parece como si pudiera estirar un dedo y pincharme con ellos. De repente me siento profundamente viva.

Permanezco de pie junto a la tina mientras Mary me quita el camisón por la cabeza y desenrolla la venda del tobillo. La piel que hay debajo está… bien. Por el rápido vistazo que consigo echar antes de volver a mirar al cielo con la misma rapidez, parece que me hubieran cosido de forma sanguinaria un par de labios.

—Apóyate en mí —me dice Mary, y eso hago.

Le pongo una mano en el hombro mientras ella coloca un taburete de madera para niños dentro de la tinaja y me ayuda a entrar con torpeza. Me siento en el taburete. Mi pie malo se estira con dificultad hacia delante. Miro fijamente más allá mientras Mary habla por encima de mí, y suelta una serie de pequeños comentarios que me reprenden en un tono suave, como que es poco práctico que me bañe en un horario distinto al de la familia, es mucho menos trabajo cuando están los niños para traer cubos de agua del pozo para que todos los usen de una sola vez, y Maeve no es tan fuerte como sus hermanos, así que tendremos que ser pacientes con ella porque traerá los cubos de agua medio llenos cada cinco minutos, de verdad, la niña siempre encuentra la manera de perder el tiempo…

Hermoso día, hermoso día. Hago una mueca de dolor cada vez que Mary me echa un cubo de agua helada en la cabeza, pero no me duele. Es como despertarse. Mary me frota la piel con una

pastilla deforme de jabón casero, la sube por mis brazos y baja por mis piernas, con cuidado alrededor del tobillo destrozado, y luego la sube otra vez, por el vientre y los pechos, por la espalda. Llega a todos los rincones y grietas de mi cuerpo, incluso a las partes más íntimas. En poco tiempo, la esponjosa espuma ha adquirido el color de la arcilla. Mientras tanto, Mary habla. Hay mucho trabajo que hacer hoy, así que debemos ser eficientes, podemos usar esta agua para lavar la ropa cuando hayamos terminado, y después de eso podemos usar el agua de nuevo para fregar el suelo, y luego tenemos que recoger los huevos de las señoritas, ya deberíamos haberlo hecho, así que técnicamente vamos retrasadas…

El ritmo de su voz es tan reconfortante que desearía poder desaparecer dentro de ella. En lugar de eso, empiezo a llorar. Mary no deja de lavarme, pero se vuelve más suave con sus friegas, murmurando *aquí, aquí* todo el rato.

—Esto te hará sentir mejor, mami —dice en un momento dado.

¿Es la primera vez que utiliza esa palabra? No lo recuerdo. En cualquier caso, me hace llorar más.

—No estés triste, mami —me consuela Maeve cuando me ve en la tina.

«Cariño —quiero decirle—. No lloro porque esté triste. Lloro por lo bien que me siento al estar limpia de nuevo».

En lugar de eso, sonrío y digo:

—¡Hola, señoritas!

Cuando estoy limpia, Mary se encarga de la colada mientras Maeve y yo vamos a por los huevos. Juntas preparamos el desayuno. Maeve vigila los huevos en el fuego y yo pruebo suerte con otra hogaza de pan para comer en el almuerzo. «Este será mejor», me digo, y cuando veo que mis manos se mueven por sí solas, casi me lo creo.

Cuando la hogaza está cociéndose sobre el fuego y Mary ha terminado de fregar el suelo, vamos al granero. Por lo general, el antiguo Caleb ordeña la vaca temprano cada mañana, y eso no es

cosa nuestra. Pero hoy, dice Mary, le ha dicho que tenía una infección en las ubres, así que tenemos que ir a verla.

Mientras Mary nos lleva por el granero hacia el establo más alejado, me detengo en una guadaña agrícola colgada en la pared. Junto a la guadaña, un hacha de hierro, de las que se usan para partir madera y, junto a ella, un afilado rastrillo de metal, que se parece un poco a una horca.

Me recorre una oleada de mareo y me la trago. «Atrezo —pienso para mis adentros, y hago que el buen humor vuelva a mis miembros—. No son más que eso. Herramientas para la imaginación».

Cuando llegamos, la vaca está totalmente quieta en el establo de atrás. Mary me enseña a extender el ungüento por las ubres, con especial cuidado en los lugares donde la piel se ha enrojecido e irritado.

—Buena chica —digo en voz baja mientras trabajo y Mary observa detrás de mí—. Hermosa chica.

Cuando termino, acaricio la nariz de la vaca, aunque sé lo estúpidas que son. No son como los perros o los caballos. Odiaba pasar tiempo cerca de Sassafras, porque ese monstruo de cuatro patas me pasaba la lengua por el pelo cada vez que me acercaba demasiado a su cabeza. «Es como un golden retriever —insistía Caleb, a lo que yo respondía—: Si el retriever tuviera daño cerebral, claro».

—Buena chica —le repito a la vaca.

Me mira fijamente con esos ojos de mármol negro, tan faltos de espíritu que bien podrían estar llenos de espuma.

Una vez terminada la tarea, Maeve pregunta si podemos ir a buscar flores silvestres para hacer una corona. Mary duda —«hay tanto que hacer»— y luego dice:

—Solo unos minutos.

Subimos la colina junto al granero. En la cima, Maeve camina agachada en busca de capullos de colores, pero no encuentra

ninguno. Entonces levanta la mirada hacia el cielo, que ha empezado a motearse de nubes.

—Veo un conejito —dice señalando un incoherente hilo blanco—. ¿Qué ves tú, Mary?

—Ummm —dice Mary pacientemente—. Veo… un caballo.

—¿Qué ves tú, mami?

*Veo, veo.* ¿Qué ves? El paisaje más solitario del planeta. Cercas en mal estado. El tejado del granero curvado peligrosamente. El caballo que no es mi caballo, tranquilo, en un rincón del prado, sin mover la cola, como un muñeco a pilas apagado. Parece y se siente como el fin del mundo. Como si el Día del Juicio Final hubiera llegado y se hubiera llevado a todo el mundo menos a nosotros. «Parece el Infierno», pienso feliz, y luego hago una pausa.

Infierno.

Feliz.

¿No debería aterrorizarme el infierno? Sí, creo que debería. Pero parece que no puedo invocar el miedo, o la ira o, ahora que lo pienso, incluso la tristeza. En este momento, esas emociones están lejos, encerradas detrás de una puerta protegida con candado en el más largo de los largos pasillos.

Todo lo que siento es… bienestar. Me siento bien.

Ladeo la cabeza al pensarlo. ¿Por qué me siento bien?

El brebaje.

El brebaje que Mary me dio. Eso debe de ser lo que me hace sentir así.

«Terrible —pienso sin estar muy segura—. Qué terrible por su parte drogarme».

Pero no me siento terrible. Me siento increíble. Despejada, fresca y tranquila, el mundo a mi alrededor dulcemente borroso, como si flotara boca abajo en un río, con los ojos abiertos dentro del agua, mirando el lodo y la suciedad, saludando y despidiéndome mientras paso flotando misericordiosamente.

«Gracias a Dios por fin alguien me ha drogado».

—Un conejito —consigo decir por fin.

—Eso ya lo he dicho —dice Maeve—. ¡Otra cosa, mami! Otra cosa.

Le sigo el juego y miro hacia arriba. ¿Qué veo?

Veo una nube que se parece al pedazo de mierda de mi marido pionero cuando está de pie junto a mí, mirándome gritar. ¡Ajúa! Veo una nube que se parece al tipo de pan que horneo estos días. *Grumoso grumoso grumoso.* Veo una nube que se parece mucho a…, ¿con qué se obsesionó Caleb cuando nos mudamos a la granja?

*Chemtrails.* Sí. Veo una nube que se parece a un *chemtrail* cruzando las esquinas lejanas del horizonte.

—Nada —dice Mary—. Mami no ve nada, y ahora deberíamos irnos a casa. —Me da un codazo—. ¿Verdad, mami?

—¿Verdad? —repito como el eco y sonrío a las niñas—. Nada.

Bajamos juntas la colina en dirección a la casa.

Seis horas después, saludo a mi familia. Grito de alegría:

—¡La cena está lista!

# 26

De los millones de Mujeres Enfadadas que con el tiempo llegarían a conocer y amar el Rancho Los Viejos Tiempos, muchas de ellas creerían —y discutirían, debatirían e insistirían— que habían estado allí desde el principio. Que yo creé la cuenta el día que firmamos los papeles del rancho, y que *ellas* —mis queridas discípulas, mis furiosas mujercitas— habían estado presentes en cada momento del viaje.

En un sentido muy simple, tenían razón. *Creé* la cuenta el día que firmamos la compra del rancho, y si una persona muy simple —y parece que muchas de mis seguidoras eran personas muy simples— ojeara las primeras fotos de mi cuenta, saltando de texto rebosante de felicidad a texto rebosante de felicidad, podría suponer que estaba presenciando los cimientos de un imperio. «La creación ladrillo a ladrillo de un verdadero sueño americano».

El único problema con esa suposición serían las fechas. Es decir: compartí solo seis fotos en el transcurso de los tres primeros años. Seis imágenes, seis *momentos* fueron capturados de los mil millones que tuvieron lugar. Lo que estaba hecho adrede, supongo. Nadie quiere aprender lecciones de vida o comprar masa para tartas de una mujer que está casi constantemente cubierta de mierda de otro animal.

Foto 1

Ahí estoy yo, con las mejillas sonrosadas y el mono de trabajo, delante del granero rojo con Clementine, que está a punto de cumplir un año.

Clementine tiene una expresión de sombría determinación en el rostro. Yo soy joven y guapa y sonrío de oreja a oreja.

Texto: ¡Sorpresa! Nos hemos comprado un rancho.

El día de la inspección, volamos a Sun Valley y condujimos tres horas hasta el rancho. Caleb insistió en alquilar una camioneta, «solo para acostumbramos a la vida en el campo». Puse los ojos en blanco, pero no dije nada, simplemente me quedé allí de pie con mi atuendo pensado para el día de la firma —vestido azul marino *cottagecore,* botas de tacón, un abrigo nuevo, todo comprado después de que el dinero de Doug llegara a nuestra cuenta corriente— y sonreí a los encargados de la oficina de alquiler de coches mientras Caleb señalaba la camioneta más grande e irracional que tenían.

—Pero si solo estamos a veinte minutos en coche —dije, todo lo alegre que pude, un argumento que no consiguió hacer desistir a mi marido de su propósito y que, por cierto, también resultó no ser cierto.

En la finca de los Mills había consultado la distancia desde casa de mi madre hasta la entrada del Rancho Los Viejos Tiempos y vi que eran treinta kilómetros. «Totalmente manejable», pensé, salvo que no había tenido en cuenta todos los pequeños y encantadores detalles de la vida rural que convertirían esos treinta kilómetros en un maratón de conducción: los pasos de ganado, las sinuosas carreteras de montaña, los tractores de tamaño industrial que circulaban a diez kilómetros por hora. El primer día tardamos más de una hora en llegar, pero esa hora nos pareció más larga que todo nuestro viaje de doce horas por carretera de Idaho a California, porque mi marido, antes reservado, ahora era totalmente incapaz de callarse. Hablaba sin parar de la acidez del suelo y de las opciones de los tractores, de las ventajas de cultivar ajo frente a comprarlo en la tienda, de por qué la leche cruda era mucho más segura que la pasteurizada. En un momento dado, miró por la ventanilla del conductor y dijo:

—¿Lo ves?

Miré hacia las montañas.

—¿El qué?

—Nada —dijo—. No hay *chemtrails.*

Mientras dejaba el refresco, eructaba y empezaba un largo monólogo sobre cómo debíamos solicitar de inmediato la protección del cielo oscuro, me recordé a mí misma que debía poner límites de pantalla a mi marido cuando llegáramos a casa. Últimamente pasaba demasiado tiempo en YouTube. Estaba empezando a sonar como un cateto.

Cuando por fin salimos de la carretera y tomamos el largo camino de tierra que se convertiría pronto en *nuestro* largo camino de tierra, mi estado de ánimo mejoró considerablemente. Durante otros cinco minutos, condujimos en silencio bajo los árboles. Luego giramos por el último recodo y subimos la colina, y…

Oh.

El camión se detuvo suavemente junto al granero. Caleb aparcó el coche y dijo:

—Joder.

Impresionante. Era impresionante. El granero, las montañas, la casa. Todo era mucho más hermoso en tres dimensiones de lo que podría haber imaginado cuando lo vi *online.* En el centro de este retablo se encontraba una de las amigas agentes inmobiliarias de mi madre, que estaba de pie junto a las escaleras del porche, casi saltando de emoción por conocernos. Sin duda, era la mayor comisión de su vida.

Un minuto después, Caleb nos hizo una infame primera foto a Clementine y a mí. Había cambiado nuestros sencillos teléfonos por otros inteligentes. Caleb se había descargado las aplicaciones de las redes sociales para los dos.

—Así es como se comparte la información ahora —me había dicho, insistiendo en que yo también me creara una cuenta, pero todo lo que vi en mi *feed* una vez que lo hice fueron bolsos, botellas de vino y dientes blancos y brillantes.

Ese primer día la foto recibiría cuatro «me gusta» en total, de las cuatro personas que me seguían: mi hermana, mi madre, mi suegra y Caleb. No me importó. De hecho, pasarían varios años antes de que me diera cuenta de que las leyes de las redes sociales eran iguales que las leyes de la física, invisibles y acumulativas en la misma proporción. Igual que los científicos que descubrieron el átomo: ¿cómo iban a saber que la identificación de algo tan pequeño, tan elemental, podría conducir un día a la bomba nuclear?

Foto 2

Un retrato paisajístico de las ondulantes colinas nevadas de antaño. Blanco cegador, inmaculado, bajo un cielo azul divino.

Texto: Hay una estación para todo.

Durante nuestra inspección nos enteramos de una infestación de moho negro que se había apoderado de uno de los cuartos de baño de la casa. Pensé en ese pobre anciano, que había estado respirando las esporas sin saberlo, y en su hijo con cáncer. Me sentí muy triste. Entonces me di cuenta de que ocuparse del moho significaba más tiempo en casa de Doug y Amelia, así que dije:

—¿No podemos arriesgamos?

Caleb me miró.

—Clementine podría desarrollar asma.

—¡Mucha gente tiene asma y vive una vida plena!

No coló, así que tuvimos que esperar mientras trataban químicamente la casa y seguían encontrando más moho.

—Hay tantas manchas negras que casi parece una maldición de cuento de hadas —dijo alegremente el contratista, y, antes de que nos diéramos cuenta, pasamos otras cuatro estaciones con mis suegros.

Durante ese tiempo, ocurrió lo más extraño: mi marido empezó a despertarse a la misma hora que yo. A las cinco de la mañana, mientras yo realizaba mi rutina de belleza, él ya estaba delante del ordenador, navegando por foros de granjas. Resultaba chocante ver

un inicio de ambición tan agudo en un hombre que antes se definía por la falta de ella. Cada mañana pensaba: «Es imposible que esto dure». Y cada nuevo día, ahí estaba de nuevo.

También ocurrieron otras cosas durante ese periodo. Terminé de destetar a Clementine y empezó a comer alimentos sólidos. Dio sus primeros pasos y dijo su primera palabra. «Mami». Luego volvió a repetirla, con más insistencia, y pronto dejó de ser una palabra para convertirse en un cántico, una demanda real que resonaba en mis oídos incluso cuando estaba lejos, profundamente dormida a la hora de la siesta. *Maaaaamiiiiiii…*

Parecía que Doug y Amelia también estaban experimentando sus propios cambios durante ese periodo. Una noche, durante la cena familiar, Doug dijo que estaba planeando pagar a un equipo de consultores para que hicieran una investigación confidencial sobre la relativa viabilidad de una tercera campaña presidencial. A mí no me pareció nada extraordinario —*siempre* estábamos hablando de la proverbial campaña—, pero Caleb y Amelia se pusieron tensos ante la noticia. Al parecer, eso significaba que estaba ocurriendo de verdad. Otra candidatura a la presidencia se vislumbraba en el horizonte familiar.

—Disculpadme —dijo Amelia en voz baja, y vi con sorpresa cómo abandonaba la mesa.

Más tarde, Caleb me contó que la última campaña presidencial (que tuvo lugar cuando él estaba en la escuela secundaria) había sido «dura para su matrimonio». «No le gustan las cámaras ni las preguntas», me dijo, lo que me hizo darme cuenta de que la atención, o demasiada atención, puede convertirse en otra forma de desorden. Después de eso, empecé a encontrar envases de pudin escondidos en la basura debajo de filtros de café y cáscaras de plátano. Comencé a sospechar que Amelia tenía su *tiempo para mí* más de una vez al día. En cuanto a Doug, se ausentaba con más frecuencia, y aparecía en las noticias tantas veces como las cadenas se lo permitían. Un día llegó a casa con cara de susto y, cuando le

pregunté si estaba bien, hizo una pausa, se inclinó hacia mí y me dijo confidencialmente:

—Es solo un poco de bótox. Los asesores dijeron que me mantendría joven. —Dudó y preguntó con brusquedad—: ¿Se nota?

Foto 3

Un carrusel de fotos: una caja de cartón con pollitos amarillos; un pollito que mira a través de las manos de Clementine; una vaca en blanco y negro sola en el prado junto al establo, mirando a la cámara con una expresión de confusión casi humana; Caleb, sonriente y cubierto de tierra, apoyando el brazo en una pala clavada en el suelo.

Texto: #vidadegranja #maridofeliz #pollitos #vacas #bendiciones

Desde la primera vez que Caleb lo sugirió, le dije que era una idea estúpida. No había motivo para tener animales de granja tan pronto. Pero lo hizo de todos modos: encargó un cargamento de pollitos, una vaca lechera y dos paquetes de semillas de verduras exóticas que llegarían un día después de mudarnos a la granja.

Clementine tenía casi tres años y seguía siendo hija única. Ya no era un bebé, sino una niña pequeña. Nunca había estado sola con una niña antes. Había una intensidad en nuestro tiempo juntas que me resultaba agotadora y desconcertante, incluso cuando todo iba bien. Estaba desesperada por tener más hijos, no solo por mi acuerdo con Doug, sino también porque estaba segura de que la llegada de otro niño tendría un efecto relajante en mi relación con Clementine. Creo que ambas estábamos agotadas de recibir tanta atención de la otra. El día que llegaron los pollitos, cogí uno y lo puse en sus manos. El polluelo empezó a chillar salvajemente, como una pequeña alarma, PIP PIP PIP PIP…

—Tiene miedo —dijo.

Parecía que hacía un momento había dicho *mami* por primera vez y ya hablaba casi exclusivamente con frases cortas, que siempre

parecían declaraciones del fracaso de su madre. «Tengo hambre». «Estás enfadada». «Tiene miedo».

—Espera —le ordené.

Se quedó inmóvil mientras yo hacía la foto, con la cara congelada en un gesto sombrío, y luego dejó el polluelo en el suelo. El animalito se puso a caminar hacia los demás polluelos. Clementine se levantó y extendió la mano, con una pequeña porción de excremento blanco amarillento en la palma. La miró durante un largo rato, luego dio un paso adelante y la limpió en el muslo de mis vaqueros.

Todos los pollitos murieron poco después de llegar. Lo que los mató hizo que sus cuerpos se hincharan como pelotas de tenis. Los tiramos. Después, las ubres de la vaca lechera se hincharon y se infectaron, y no tardó en golpearse la cabeza contra la pared del establo con un aterrador ritmo de estacato, *pum, pum, pum…,* de aburrimiento, pensó Caleb. Pero ¿cómo entretener a una vaca?

—Búscalo —le dije.

Para entonces, sin embargo, el foro *online* lleno de granjeros experimentados ya no estaba receptivo a las preguntas de Caleb. Aunque al principio habían sido de gran ayuda, respondiendo con entusiasmo a sus preguntas, últimamente se habían enfadado, diciéndole que no debería haber comprado una vaca lechera, que debería venderla inmediatamente y conseguir antes los permisos. ¿En qué estaba pensando? ¿Realmente creía que podría hacerlo todo de la noche a la mañana?

Así que se metió en otro foro, este titulado DIY Farmers.

Allí los hombres eran mucho más amables.

—¡Mastitis! —dijo Caleb triunfante, cinco días después del suceso de los golpes en la cabeza—. ¡Tiene todos los síntomas de mastitis!

—Genial —contesté—. ¿Qué es mastitis?

La vaca murió un mes después. Estábamos de pie alrededor de su cuerpo en el granero. Miré a Caleb.

—¿Qué hacen los granjeros con las vacas muertas?

Las queman. O las entierran con compost. O llaman a alguien para que recoja el cadáver y lo lleve a una instalación donde pueda ser procesado para convertirlo en abono, pero solo si no hay enfermedades transmisibles, e incluso en ese caso hay que tener cuidado, porque demasiadas llamadas por demasiadas vacas muertas pueden dar lugar a una investigación formal.

Caleb condujo una hora hasta el Home Depot de la ciudad y pagó a tres mexicanos para que subieran a su camioneta y lo ayudaran a arrastrar el cadáver hasta un campo. Observé desde la ventana de la cocina cómo las llamas lamían el cielo. La hoguera olía fatal.

Más tarde ese mismo día, cuando los hombres merodeaban junto al camión, fumando cigarrillos y esperando a que Caleb los llevara de vuelta a la ciudad, le dije:

—Creo que es hora de contratar a algún trabajador, ¿no crees?

Parecía reacio.

—Supongo que sí.

—Y… —añadí— creo que también es hora de otra cosa.

—¿De qué? ¿De cenar?

Levanté las cejas, con la intención de aparentar coqueteo, pero solo conseguí que se alarmara aún más.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás enferma o algo así?

Esa noche tuvimos tres minutos de sexo, de nuevo el misionero y sin besos. A la mañana siguiente una nueva vaca lechera llegó a la granja. Nunca llegaríamos a ver a los lobos, pero los oíamos aullar todo el tiempo.

Foto 4

La foto: Caleb, Clementine y yo, de pie junto a sus padres y sus hermanos y sus familias en la fiesta de la noche electoral en Salt Lake City, con confeti congelado en el aire alrededor de nuestras caras.

Texto: ¡Orgullosos de ser americanos!

La noche en que Doug ganó en su octava campaña de reelección al Senado, uno de los hermanos mayores de Caleb, David, encontró a Amelia desmayada en el camerino de Doug, con su traje pantalón rosa salpicado de vómito color chocolate.

—Dios —dijo George, otro de los hermanos, desde la puerta, mientras David le tomaba el pulso en la muñeca. Le entraron arcadas y luego preguntó—: ¿Es eso mierda?

—Es pudin —dije.

Justo cuando David decía que respiraba, George exclamó:

—¡Gracias a Dios!

Me quedé con Clementine en el pasillo entre el camerino y el escenario, viendo cómo los hermanos hacían firmar un acuerdo de confidencialidad a los paramédicos antes de que pudieran entrar.

Mientras se llevaban a Amelia en una camilla, su mirada se desvió bruscamente hacia Clementine y hacia mí. Nos murmuró algo por debajo de la máscara de oxígeno, pero no conseguí entenderlo.

—Despídete de la abuela —le ordené, y Clementine hizo un gesto de despedida, justo cuando la voz de Doug retumbaba por los pasillos del auditorio.

—En este mismo momento, mi hijo menor está trabajando día y noche para sacar adelante una granja de carne y leche en el sudoeste de Idaho. —(«Verduras —pensé—. Carne no. Caleb estaría tan decepcionado»)—. Mi hijo podía elegir ser cualquier cosa, pero decidió ensuciarse las manos como un auténtico americano, ¿y sabéis qué? No podría estar más orgulloso de él.

—¿Oyes eso? —le dije a Clementine, mientras se escuchan aplausos educados—. El abuelo intenta ser un buen candidato. ¿Puedes decir «candidato»?

—Candidato —repitió, en un tono que solo podría describir como aburrido, y ambas nos quedamos calladas.

Foto 5

La foto: Caleb y yo en el campo al atardecer, besándonos, mientras él me inclina hacia atrás.

Texto: Siempre quise un vaquero en mi vida.

—Tengamos sexo —le dije una noche.

Caleb miró mi vagina con escepticismo.

—¿Es seguro?

—Claro que sí. Es para lo que estamos diseñados.

—Pero ¿qué pasa con…?

—Por última vez: ¡eso no fue un aborto! Solo era una menstruación fuerte.

Eso es lo que mi madre me había animado a decirle a Caleb un mes antes, después de que él entrara en el baño y me encontrara sollozando desconsoladamente, con las manos y los muslos cubiertos de sangre. Llevábamos más de dos años intentando tener otro bebé. El pánico que sentía ante esa situación era indescriptible.

Hice todo lo posible por parecer sexi, pero Caleb parecía desanimado por la expresión de mi cara, así que dejé de fingir y dije, como siempre:

—Lo prometiste.

Masajeé su pene durante diez minutos, apretando y retorciendo lentamente la base del tronco con una mano y ordeñando la punta con la otra. Por lo general, eso funcionaba para ponerlo lo suficientemente erecto como para tener sexo. Esa noche, sin embargo, no conseguí nada. Cada vez que volvía a mirar la cara de Caleb, tenía los ojos cerrados o entornados, y la boca en una especie de mueca, de modo que no podía decir si se estaba esforzando por entrar en calor o si estaba esperando a que yo me rindiera.

Finalmente me senté, dejando que su pene se deslizara como un muelle de esos de juguete.

—¿Qué pasa?

—Nada. Estoy agotado.

Parecía agotado. *Estaba* trabajando mucho. Se levantaba al amanecer, se pasaba todo el día al aire libre, luego al ordenador toda la noche. ¿Pero no era esto, también, una parte esencial de ser un marido? ¿Un impulso implacable, casi mecánico, para fecundar repetidamente a su esposa?

—Pero estoy ovulando. Si no tenemos sexo ahora, tendremos que esperar otro mes.

—¿No deberíamos dejar esto en manos del Señor?

Ya lo había dicho una vez, varios meses antes, después de que alguien en uno de sus foros sugiriera que era una blasfemia que las mujeres monitorizaran su menstruación de esa manera. «Esas cosas hay que dejárselas al Señor, y punto». Lo corté antes de que fuera por ahí de nuevo.

—El Señor quiere que lo intentemos, Caleb. Quiere que nos preocupemos.

No respondió. Tenía los ojos cerrados. Un segundo después, emitía suaves ronquidos de sueño. Incluso su pene parecía estar muerto de sueño y roncando en la cama de su muslo. Exasperante. Pensé en lo que me dijo el día de nuestra boda: «Estoy deseando probarte», y luego pensé en las horribles imágenes que había visto en la pantalla de su ordenador —«Besos intensos desembocan en un orgasmo con squirting!»— y me tragué las ganas de romperle la lámpara de la mesilla de noche en la cabeza.

En lugar de eso, me levanté de la cama, fui a la cocina, volví al dormitorio con un tazón y lo dejé encima del estómago de Caleb, despertándolo de un sobresalto.

—¿Qué…? ¿Qué es esto?

—No me importa cómo lo hagas. Pero hazlo.

—Pero…

—Lo prometiste.

Caleb guardó silencio durante mucho tiempo. Luego se levantó de la cama.

Cinco minutos después, salió del baño y me entregó el tazón.

—Gracias —le dije—. Ahora vete a dormir.

En la cocina, dejé el cuenco sobre la encimera y saqué una pipeta para salsas del cajón.

Foto 6

La foto: Yo, embarazada de cinco meses, con Clementine en mi cadera.

Texto: Dios bendiga a esta familia en crecimiento.

# 27

En Los Viejos Tiempos, las estaciones pasan en una sucesión difusa de días buenos y malos.

Los días buenos, me despierto descansada. Decidida. Optimista. Confiada en que puedo conquistar el mundo. Y así paso las horas, como la mejor versión posible de mí misma, la esposa más obediente, la madre más cariñosa. Cuando Maeve aparece en mi puerta, ya estoy despierta y sonriente, con los brazos extendidos. «Buenos días, cariño». Juntas elegimos la ropa que me pondré ese día («¿el mismo vestido gris, manchado y catastrófico de ayer? ¡Fabuloso!») y salgo cojeando a recoger los putos huevos de las putas gallinas. En este punto, normalmente necesito hacer una pausa para soltar un rápido y fuerte sollozo, antes de limpiarme las lágrimas de la cara y decir:

—¡Hola, señoritas!

Entonces ayudo a hacer el desayuno. Rompo los huevos en la sartén y me siento junto al fuego, moviendo la sartén sobre las brasas para que se cocinen uniformemente. Cuando la llevo a la mesa y la dejo con orgullo, mostrando mis huevos perfectamente revueltos, nadie se impresiona. Ni siquiera me dan las gracias. Pero no me importa. Claro que no me importa. «A una buena esposa nunca le importa nada».

En lugar de eso, pienso, con la contundente fuerza cerebral de una nave espacial atravesando la atmósfera: «¡Qué afortunada soy! ¡Esta vida! Qué bendición».

Los días buenos me sorprendo de mi propia valentía. Asumo cada nueva tarea y encargo con la obediente valentía de una pionera

como la de esos libros con dibujos para niños. Planchar, coser, fregar, cuidar la leña, limpiar las ubres y pelar patatas, *tra-la-la, ¡qué vida!* Hago caso omiso del hecho de que nuestras comidas sean insípidas, de lo más soso, y por lo general consistan en dos o menos grupos alimentarios. Ignoro la mitad de los pensamientos que me vienen a la cabeza. En cambio, me concentro en ser una madre tierna y una esposa alegre. Nunca dejo que me vean llorar, sobre todo Maeve, a la que he apodado mi pequeña sombra, una metáfora que funciona en el plano visual, pero no en el auditivo. Las sombras son silenciosas. Las sombras te siguen y nunca te recuerdan que están ahí. Maeve, en cambio, nunca deja de hablar. Siempre tiene alguna nueva observación que compartir, alguna nueva razón para tirar de mi vestido y decir: «¿Mami? *Mami»,* con incansable insistencia.

«¿Ves esa nube, mami?».

«Te has dejado una mancha en la camisa, mami».

«¿Mami? ¿Tienes hambre, mami? ¿Quieres un bocadillo?».

En los días buenos, la dulce vocecita de Maeve es un consuelo. Una banda sonora para mi alegría. Juntas le decimos hola a todo: a las nubes y al cielo y a los campos y a los árboles, al antiguo Caleb y a los niños y a Mary, a la vaca y a las gallinas y al caballo y a la porquería y a la mugre y a la lluvia y al hollín y a la mierda.

En los días malos, cuando despierto, me quedo ahí tumbada, mirando al techo sin palabras, mientras la noche se desvanece en la mañana. En los días malos, «esperanza» es una palabra de cuatro sílabas que flota débilmente en mis pensamientos, y la vida en este rancho se parece menos a una vida y más a una pesadilla, una representación teatral artificiosa, una escena que nunca termina.

En los días malos, mis pensamientos giran en remolinos de pánico implacable:

«Tengo que irme».

«No puedo irme».

«Creo que podría matarme».

«Creo que podría matarlo».

«Sé que alguien me está observando».

«Sé que nadie me está observando».

«Me preocupa morir aquí».

«No puedo morir aquí».

«Creo que preferiría estar muerta».

Y entonces me levanto de todos modos. Me arrastro fuera de la cama y entro cojeando al horror de otro día con esos pensamientos arremolinados a cuestas y una dosis de autocompasión. Les dedico una sonrisa intensa a los niños, hago una profunda reverencia al antiguo Caleb y mi expresión se transforma en una mirada helada en cuanto pasan.

Un solo día malo es como nueve días buenos en uno. El tiempo pasa tan despacio que a menudo me preocupa que el reloj de este mundo se rompa y me deje congelada en un instante en tono sepia. En los días malos, me despierto presa del pánico —*no puedo quedarme aquí* — y, para calmarme, me digo a mí misma que hoy debe de ser el último día; hoy debe de ser el día en que algún famoso suba corriendo por el camino de entrada, me interrumpa en medio de una de mis terribles tareas, se ría histéricamente de mi angustia y un hombre con una enorme cámara de vídeo al hombro lo grabe todo. «Mañana volveré a una casa que huele a productos de limpieza con aroma a limón. Mañana me despertaré con una barriga redonda de embarazada y el sonido de las niñeras preparando el desayuno. Mañana no tendré que cagar en un viejo cobertizo desvencijado».

Y el día transcurre con la misma lúgubre rotación que el día anterior: gallinero; «hola, señoritas»; desayuno de hogaza de pan horneada de la peor manera posible; tareas; tareas; tareas; dobladillos; planchar; barrer; preparar la cena; cenar; mirar agotada al fuego hasta casi quedarme dormida en la silla, y entonces se acaba el día y vuelvo lentamente a mi dormitorio, aturdida por el cansancio, la ropa me pesa más por todo el sudor y la suciedad, y me meto en la cama antes de acordarme, por millonésima vez: «Hoy no ha pasado nada. Nada ha cambiado».

El lenguaje no es capaz de describir lo que siento. La depresión, el propio concepto de depresión, se queda corto ante esta experiencia. La mejor palabra que se me ocurre es «purgatorio», e incluso eso me parece demasiado suave.

En las noches buenas, Mary me trae brebaje para ayudarme a dormir. En las malas, apenas me mira, y la oscuridad de la noche, la oscuridad de *esta vida,* amenaza con tragarme entera.

Lo que me lleva a la colada.

Oh, la colada.

*La colada.*

Incluso en un buen día, la colada amenaza con ahogarme. Si alguien me hubiera dicho, antes de acabar aquí, que el simple acto de lavar la ropa podía llevarte horas, que podía hacer que tus dedos se agrietaran y sangraran por el frío, me habría reído y le habría dicho que debía de estar haciendo algo mal. Habría dicho que yo encontraría la manera de hacerlo en la mitad de tiempo, ¿y sabes qué? Me habría equivocado de cojones.

Cada pocos días, buenos o malos, llueva o haga sol o un puto frío glacial a primera hora de la tarde, Mary me coloca fuera, delante de tres grandes tinas con agua. Me da una escoba, una pastilla de jabón casero y una pila de ropa sucia tan grande que desafía los sentidos. El jabón está hecho con lejía; mis dedos empiezan a arderme a los pocos minutos de usarlo. Primero dejo caer la colada en la primera tina y luego friego, friego, friego —ardor, ardor, ardor— y después uso la escoba para levantar la enorme pila de ropa empapada y meterla en la siguiente tina para quitarle el jabón. Si antes no odiaba la ropa de aquí lo suficiente, ahora la odio el doble. Y así tengo que pasarme toda la tarde y fregar, fregar, fregar, hasta que los dedos me queman y se entumecen tanto que pierden la capacidad de agarrar con fuerza la tabla de lavar, o hasta que la ropa está limpia. Todavía no he parado nunca por esta última razón; hasta ahora, siempre ha sido por la primera. Estoy librando una batalla diaria contra la suciedad inherente a esta granja, y estoy

perdiendo. Lo peor (además de los dedos que me sangran y el agua helada y el dolor desgarrador en la parte baja de la espalda y la furia cegadora que siento a los quince minutos de empezar) es el lugar. Quiero decir que el lugar junto al porche donde hago la colada me permite ver perfectamente a Caleb y a los niños cuando trabajan en los campos cercanos, lo que significa que puedo ver a esos cabrones en tiempo real mientras se ensucian cada vez más a lo largo del día. Me siento allí y observo —con una indignación que burbujea y sube de una manera en la que mi masa madre se niega a hacerlo— cómo los chicos luchan entre sí hasta tirarse al suelo, revolcándose alegremente en el barro hasta que su padre los coge por el cuello de la camisa y los pone de nuevo de pie.

Los vestidos largos que llevo son pesados y gruesos. Están mal cosidos y llenos de manchas. Me hacen torpe; tropiezo y digo palabrotas cada vez que salgo al exterior. Me golpeo el dedo del pie malo y grito como si me hubieran disparado. Al mediodía, estoy llena de suciedad. La única parte remotamente agradable del día es la noche, cuando termina la cena y puedo sentarme junto al fuego con Mary y Maeve. Sigo teniendo que trabajar, para que quede claro, pero coser girones en la ropa es un paseo comparado con hundir los dedos en el frío glacial.

Mientras hablan, me concentro en la labor que tengo en el regazo. Los temas que tratan son dulcemente inanes. Maeve le pregunta a Mary por sus sueños, por ejemplo, y Mary se inventa el tipo de sueños que le gustan a un niño. «Me caí en un océano de tortitas y el sirope me mojaba como lluvia». Cuando alcanzan los límites de su propia imaginación, terriblemente limitada, hablan de trabajo, del tiempo y de animales de corral. Cada día me siento más estúpida.

A pesar de todo, permanezco en silencio. Me siento en la silla, me concentro en mis labores e intento consolarme con el calor del fuego. Pienso, pero no digo: «Esta vida es un ejercicio de locura».

Me están observando, me recuerdo, en los días buenos y en los malos, una y otra vez. Como un mantra: alguien, en algún lugar, *tiene* que estar observándome ahora mismo. Tiene que ser verdad. No hay otra opción que pueda aceptar. ¿Y quién me está observando? Quiero que vean lo desvalida que estoy. Lo hermosa que puedo ser, incluso en la situación más horrible posible. Siempre se secuestra a las desvalidas y hermosas, claro, pero también es a ellas a las que salvan.

# 28

—Nattie, hija —me dijo mi madre—. Sé que tienes mucho trabajo, con la granja y los niños, así que, *por favor,* dime si es mucho pedir, pero Abigail me dijo que le encantaría ir a visitar a los niños el fin de semana, y pensé: ¡qué idea tan bonita!

—Oh —dije—. Qué sorpresa.

Tenía a mi hijo de dos meses en brazos, Samuel. Estaba dándole el pecho en la oscuridad de una habitación apenas amueblada cuando llamó mi madre. Técnicamente era la habitación de Clementine. Su colchón estaba en un rincón, sus libros ordenados en una pequeña pila en la pared de enfrente. Siempre nos olvidábamos de pedir el resto de los muebles. El somier de princesa, la estantería rosa a juego. Estaban flotando en mi portátil, esperando pacientemente en un carrito de la compra *online.* Pero se me olvidaba comprarlos.

Era junio. Nuestro segundo verano en la granja. Al otro lado de esta gran nación, Reena vivía en Nueva York como recién licenciada. Lo sabía porque revisaba su cuenta de Instagram a diario. Veía cada selfi poco atractivo que compartía de sí misma, con ojos de mapache en el metro a las tres de la mañana, rodeada de hombres y mujeres jóvenes que siempre parecían estar en medio de una conversación e intentando ignorarla. Supe que no había conseguido el trabajo en McKinsey cuando anunció que estaba trabajando en una consultora de nivel medio sin nombre que le obligaría a viajar cada dos fines de semana. Estaba fracasando de forma estrepitosa y yo, en cambio, estaba prosperando.

Solo tenía que acordarme de pedir los muebles.

—¿Qué te parece? —dijo mi madre—. ¿Vamos este fin de semana? Ahora es un buen momento para que Abigail viaje.

Solo mi madre describiría una hora en coche como viajar. Abigail estaba embarazada de cinco meses de su quinto hijo. Me había superado con creces con tanta descendencia, y la odiaba por ello.

—¿Qué me parece? —repetí en voz baja—. ¿Qué me parece?

Samuel emitía ruiditos entre mis brazos, chasqueando los labios sonoramente. Me quedé mirando su carita en la oscuridad, apretada contra mi pecho. Era un niño dulce, sin las aristas agudas de su hermana mayor. Le quería sin esfuerzo y con cierta distancia. Cuando lo abrazaba, me parecía estar saludando a un pariente desde muy lejos. «¡Hola!». O tal vez: «¡Adiós!».

Esta vez había optado por la anestesia. Había estado a kilómetros de distancia de este niño incluso mientras hacía su lenta salida de mi cuerpo.

Esto es lo primero que pensé: «Si vienen el fin de semana, verán las verduras y los campos a medio labrar y a los trabajadores agarrándose las costillas y riéndose sin aliento de los malogrados intentos de Caleb de hablar español».

Esto es lo que pensé a continuación: «Si vienen el fin de semana, mi madre podrá encargarse del bebé».

Exhalé un largo suspiro. Estos días se me olvidaba respirar. Estaba tan cansada. Mi hijo era tan hermoso. Yo era tan feliz. De verdad, lo era. Feliz.

Dos días después, mi familia y yo estábamos en el camino de entrada mientras el monovolumen destartalado de Abigail subía la colina. El pequeño Samuel estaba en mis brazos y vestía una camisa azul de cuadros flamante. Clementine estaba de pie, rígida, a mi lado, con un vestido demasiado pequeño de la misma tela que el del bebé. Hacía meses que había comprado los conjuntos en una tienda infantil de la ciudad, segura de que podría controlar su ritmo de crecimiento. Caleb estaba a mi lado, con un sombrero de ala ancha.

—Vaya, sois la familia granjera perfecta —dijo mi hermana cuando salió del coche.

Sus hijos salieron de la furgoneta como termitas. Brady, Branden, Benjamin, Becky, cada uno de ellos con unos quince meses de diferencia. Corrieron disparados hacia el campo, gritando que querían jugar al pillapilla. Clementine vaciló, luego me soltó la mano y empezó a caminar despacio tras ellos.

Mi madre salió del asiento del copiloto.

—Dios mío —dijo—, mira qué montañas.

—¡Bienvenidos a todos! —rebuznó Caleb de repente, en una ridícula entonación que pretendía imitar a un vaquero de antaño.

Todas lo miramos. Él nos devolvió la mirada con una expresión de confusión aterrorizada, como si acabara de despertarse y se encontrara aquí, en medio de una conversación. Suspiré. Había sido un error decirle a mi marido que fingiera. Lo había interiorizado incorrectamente y ahora solo lo conseguía a rachas, lo que obviamente desvirtuaba todo el propósito de la actuación.

Esbocé una sonrisa alegre y jovial en mi rostro.

—¡Caleb se está convirtiendo en todo un vaquero estos días!

—¡Qué *maravilla!* —dijo mi madre rápidamente, y se apresuró a abrazar a mi marido antes de que pudiera humillarse aún más.

Mientras Caleb le hablaba a mi madre de su sombrero de ala ancha («Señor, dame fuerzas»), Abigail se acercó a mí.

—Es precioso —dijo en voz baja, mirando a Samuel.

Le tocó la calva con el dedo índice y él respondió con un chillido.

Señalé con la cabeza a sus hijos, que estaban enseñando a Clementine a jugar al pillapilla.

—Los niños parecen estar bien.

—Son los mejores. No sé qué haría sin ellos. Son como mis angelitos.

La observé mientras los miraba. Había envejecido. Casi no nos habíamos visto cuando yo vivía con los padres de Caleb. Al volver a Idaho, noté algo diferente en ella, algo extraño en su mirada, pero

no me había parado a considerarlo realmente hasta ahora. Había visto a mi hermana en todo tipo de estados de ánimo, feliz, triste, cansada, abrumada, pero esto, lo que veía ahora en su rostro, era algo totalmente distinto, totalmente nuevo.

Entonces me miró y su expresión cambió.

—¿Y cómo estás? —preguntó—. ¿Mejor?

—Oh, sí. Estoy perfectamente. —Luego llamé a mi madre—: ¿Quieres coger al bebé?

Mientras los hijos de Abigail se perseguían por las habitaciones, les enseñé la casa a mi madre y a mi hermana, señalándoles todo lo que iban a cambiar en la reforma: las lámparas, las encimeras de granito, los suelos de mármol de los baños. Les dije que nos habíamos reunido con arquitectos. Hacía solo una semana que habíamos encontrado al arquitecto con el que queríamos trabajar.

(«¿Sigue queriendo aseos en el interior, señora, o prefiere un retrete en un cobertizo?»).

—Estamos esperando a que nos haga un hueco en su agenda —les dije—, y entonces todo esto pasará a mejor vida.

—Pero si está todo nuevo —dijo mi madre.

Samuel estaba profundamente dormido en sus brazos.

—Simplemente no es de nuestro gusto —dije—. De verdad. —Señalé el salón—. Quiero decir que parece que esté todo sacado del outlet del outlet del imitador de Pottery Barn.

Mi hermana se quedó mirando un aplique que estaba cerca, como si intentara comprender qué podía haber hecho una lámpara para justificar una ejecución tan violenta.

—Bueno, no tires todo esto en perfecto estado. Al menos, dónalo. —Abigail hizo una delicada pausa—. Podría llevarme algunas cosas. Si te ayudara, quiero decir.

Era un eufemismo piadoso para decir: «Quiero tus sobras, por favor». Le seguí la corriente, fingiendo interés por la idea de la donación.

—Pues nos sería de gran ayuda.

Pero mi madre parecía preocupada.

—¿De verdad quieres deshacerte de todo esto en perfecto estado? Te costará una fortuna reponerlo.

Hice una mueca de disculpa.

—El dinero no es problema.

Pero lo era. Sí que lo era. Un pequeño secreto que no contaba a nadie, que apenas reconocía ni siquiera en la tranquilidad de mis propios pensamientos: el dinero estaba casi agotado. No habíamos apretado el botón de las reformas porque aún no tenía claro cómo íbamos a pagarlas. Estábamos a punto de cumplir tres años de la granja.

Habíamos erradicado el moho negro y restaurado toda la estructura del granero. Habíamos comprado flamantes tractores de gama alta, teníamos campos labrados y jornaleros y una vaca y algunas gallinas, pagábamos cada año en impuestos el equivalente financiero del PIB de un estado pequeño y, además, aún no habíamos obtenido ni un céntimo de beneficio. Solo unos días antes, Caleb había bromeado alegremente sobre cómo las ganancias en calabacines y huevos del último mercado agrícola casi habían cubierto el depósito de gasolina del camión. A lo que yo le respondí en tono de esposa feliz:

—¡No se puede poner precio al aprendizaje!

Lo que quería decir: «¿Quieres gastarte cinco millones de dólares tan rápido que te dé vueltas la cabeza? Cómprate una puta granja».

Después de la visita a la casa, llevé a mi hermana y a mi madre al campo. Nos paramos en lo alto de la colina y vimos a mi marido, a unos cien metros de distancia, persiguiendo a los niños en el pillapilla mientras los últimos hombres que nos habíamos traído de Home Depot trabajaban los campos, dos de ellos conduciendo tractores que arrastraban grandes rastrillos plateados por la tierra, y los otros tres caminando y sacando grandes piedras de la tierra.

Mi madre contemplaba la escena con una expresión de abyecta consternación, abandonando momentáneamente su cara de póquer.

—¿Qué estás cultivando?

—Remolachas, creo —dije—. ¿Y espárragos? No me acuerdo. Algo para complementar los calabacines. Este es el ámbito de Caleb. Trato de mantenerme al margen y dejar que él dirija el espectáculo.

—¡Ah! —Mi madre se rio débilmente, siempre tan colaboradora—. Divide y vencerás. Un buen enfoque.

—No recuerdo que quisieras vivir en una granja —dijo Abigail. Saludó a un tábano.

—En realidad, fue idea mía mudarnos aquí —contesté—. Fui yo quien se lo planteó a Caleb en nuestra primera cita, la idea de vivir en una granja.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué? Odias a los animales. Y la suciedad.

Miré a Abigail. Ahí estaba de nuevo: esa extraña expresión en su cara.

—Bueno —dijo mi madre suavemente, antes de que pudiera replicar—. Creo que no he visto una granja más bonita en mi vida.

—Bonita como un cuadro —dijo Abigail.

Entonces, blasfemia: sacó un paquete de cigarrillos de su bolso. Mi madre y yo suspiramos.

—¡Abigail! —dije yo.

—¡Abigail! —repitió mi madre con fiereza—. *Los niños.*

—¡Los niños, los niños! —dijo Abigail imitando a una soprano, con un cigarrillo entre los dientes. Puso los ojos en blanco y añadió con la mandíbula apretada—: Son motas en la distancia, madre.

Se puso a buscar un mechero en el bolso, sin prestar atención a nuestras expresiones de asombro.

—Dios —murmuró mientras se llevaba la llama a los labios. Dio una calada, exhaló con evidente alivio y volvió a decir—: *Dios,* que alguien se preocupe por mí tanto como por los niños.

Dio un paso atrás, movió el cigarrillo en un gran círculo, enmarcando la escena que teníamos ante nosotros: los campos, los trabajadores, los niños, mi marido.

—Pero tienes razón, madre: *es* bonito.

Ladeó la cabeza, entrecerró los ojos pensativa, dio otra calada. Volvió a mirarme.

—¿Pero alguna vez te cansas del olor, Nattie? ¿Nunca te cansas de respirar tanta mierda?

La miré atónita.

—*¿Qué* te pasa hoy?

—Abigail —dijo mi madre—, ¿por qué no vuelves a la casa y te echas una siesta?

Abigail no respondió, solo dio otra larga calada, frunciendo el ceño hacia algo en la distancia. El humo envolvía sus palabras.

—No estoy cansada.

—Pues a mí me pareces agotada.

Se volvió bruscamente hacia mí.

—¿Sabes una cosa? Estoy cansada. Madre, ¿puedes traerte a los niños para que duerman la siesta cuando vuelvas dentro?

Antes de que mi madre pudiera balbucear una respuesta, dejó caer el cigarrillo y lo apagó con el tacón de una bota vaquera en la hierba, se dio la vuelta y entró rápidamente a la casa.

En cuanto la vi fuera del alcance de mis oídos, le dije a mi madre:

—Por Dios, ¿qué le pasa?

Mi madre me miró de reojo.

—Seamos amables, ¿vale? La pobre lo ha pasado mal en casa últimamente. No ha dormido bien. No es ella misma.

Puse los ojos en blanco, me agaché y busqué en la hierba la colilla de Abigail.

Aquella noche llevamos a los niños a un rodeo a una hora de distancia, al interior de las montañas. Era una noche fresca, el tipo de velada que se asemeja a una postal del salvaje Oeste, con todos esos rojos, blancos y azules llenos de matices de la América ruda y

de carretera: cielo cerúleo, tierra de arcilla del color de un coche de bomberos y luces de rodeo brillantes. El camión de los helados vendía polos con la bandera. Los payasos del rodeo llevaban chalecos con borlas de tela de estrellas azules y blancas. Nos sentamos en las gradas y vimos cómo unos adolescentes se enfrentaban a toros del tamaño del monovolumen de Abigail, con expresiones llenas de mórbida determinación. Mientras corrían, se agachaban y evitaban las astas, enseñaban los dientes como animalitos, con sus aparatos metálicos brillantes bajo las luces del estadio. Las adolescentes se paseaban por las gradas en *leggings,* con táperes en los que recogían dinero para las tropas en el extranjero. Caleb hacía saltar al pequeño Samuel en su regazo, señalando a los montadores de toros y susurrando a nuestro babeante e incoherente hijo:

—Algún día este serás tú, colega.

Mi hermana no dejaba de mirar a los hombres de la multitud, fijándose en las calvas, las botas llenas de barro, los eructos silenciosos, hasta que por fin se dio cuenta de que la estaba mirando y se volvió para mirar al frente.

El público rugió al unísono al ver la sangre por primera vez. Caleb compró tortas fritas a todos los niños. Mi madre lloró al principio cuando un niño de seis años cantó el himno nacional. Clementine lloró al final cuando vio lo que les había pasado a los toros.

De camino a casa, cenamos en un famoso asador de estilo sureño al lado de la autopista. La camarera nos sirvió platos cargados de panecillos dulces y carne esponjosa con salsa. Abigail jugaba con las verduras empapadas de mantequilla en el plato, completamente impermeable a mi mirada. Al otro lado de la mesa, Caleb le hablaba a mi madre al oído sobre los foros. No, no una sala de chat, explicaba pacientemente, sino varias: los contaba con los dedos. Tenía sus amigos agricultores, sus amigos que escolarizaban a sus hijos en casa, sus amigos intelectuales, etcétera. Lo llamaba la «Manosfera», una palabra que ya había mencionado en mi presencia y que siempre me había sonado a parque de atracciones para

hombres adultos. «¡Bienvenido a la Manosfera: donde los hombres se divierten!».

—Ma-nos-fe-ra —repitió mi madre, del mismo modo que Doug lo hizo meses antes, cuando él y Amelia nos visitaron. Como si ambos estuvieran aprendiendo a hablar italiano.

Amelia no dijo nada en absoluto; solo se quedaron a pasar la noche de camino a dejarla en una clínica de rehabilitación en Wyoming y, en consecuencia, estuvo toda la cena mirando afligida su copa de Sauvignon Blanc, como si estuviera pasando una última velada con un amante antes de que empezara la guerra.

—Manosfera —había repetido Doug por segunda vez, frunciendo ligeramente el ceño ante la idea. Luego tocó el teléfono de Caleb y dijo—: Enséñamelo.

Mi madre, en cambio, se limitó a permanecer sentada en la silla, contemplativa.

Cuando llegamos a casa, Caleb nos dijo que nos relajáramos en el salón.

—Disfrutad de este rato juntas —dijo, cogiendo al bebé de mis brazos—. Yo bañaré a los niños.

Fruncí el ceño.

—¿A todos? ¿A la vez?

Parecía un poco antinatural —Brady, el mayor de Abigail, ya tenía siete años y era un poco rudo—, pero Caleb me quitó la preocupación de encima y empezó a acorralarlos por el pasillo.

—¡Pero al bebé no! —le grité—. No metas al bebé en la bañera.

—Claro —respondió.

Mientras tanto, Abigail ya estaba sacando de su bolso una botella de Chardonnay de color amarillo orina.

—¿Qué tal un vaso de vino? ¿Mami? ¿Natalie?

—Pero estás embarazada —le dije.

—Un culito no me hará daño —respondió, y luego llenó un vaso tamaño copa grande hasta el borde.

No dije nada, solo intercambié una mirada con mi madre mientras Abigail nos entregaba los vasos y nos guiaba hasta el sofá. No recordaba la última vez que había visto a mi madre tomar una copa de vino en una velada que no hubiera sido sancionada como celebración por la iglesia. Ahora se tomaba una sin hacer ningún comentario.

—A ver… —dijo Abigail finalmente, una vez que estuvimos sentadas—. Quiero contaros algo.

Me senté en el sofá, expectante. Por la forma en que mi hermana estaba sentada, con la mano apoyada en su barriga de embarazada, no pude evitar pensar: «Parece tan mayor». Solo tiene dos años más que yo, aún no ha cumplido los treinta, pero podría tener cuarenta y cinco. Su frente tenía tres profundos surcos que le daban un aspecto de desesperación constante y parentética, y demasiadas partes de su cuerpo habían empezado a oscilar al menor movimiento. Los brazos, los pechos, la papada. No estaba gorda, al menos todavía, pero sí desinflada. Eso es lo que hacen los niños y la pobreza: chuparte el colágeno.

—Voy a dejar a Bryce —dijo Abigail.

Mi madre se echó hacia atrás y se llevó la mano al pecho como si la hubieran disparado. Yo, en cambio, solté una pequeña carcajada, porque honestamente pensé que mi hermana estaba haciendo una broma de mal gusto para aligerar el ambiente de un día tan tenso. Pero como su expresión severa no se quebró, le dije:

—No puedes hablar en serio.

—Señor —gimió mi madre—. Señor, ayúdame.

—He llamado a un abogado matrimonialista —dijo Abigail—. Ya he pagado un anticipo de los honorarios.

Negué con la cabeza.

—Pero ¿cómo puedes permitirte un abogado?

Abigail frunció el ceño.

—¿Esa es tu primera pregunta?

—Bryce y tú no tenéis dinero. ¿Cómo puedes permitirte el divorcio?

—Pedí un préstamo, si de verdad quieres saberlo.

—Pero ¿cómo te dieron un préstamo?

—Te digo que me voy a divorciar y ¿lo único que te importa es el dinero? ¿Qué tal «Siento mucho oír esto, Abigail»? ¿Qué tal «Por qué te divorcias, Abigail»?

Puse los ojos en blanco.

—Ya sé por qué te divorcias.

—¿Por qué *razón* ibas a divorciarte? —intervino mi madre—. Quiero decir, de verdad, creo que tenemos que detenernos un momento y considerar las implicaciones de…

—¿Y por qué me voy a divorciar, Natalie, si sabes tanto?

—Porque tu marido es malo y tonto y bebe demasiado. Probablemente te insulta delante de los niños. Probablemente te pega a veces.

Hice una pausa, esperando que Abigail confirmara o negara esta hipótesis, pero permaneció en silencio, con una expresión tan petrificada, tan insondable en su profundidad, que parecía una gran masa de agua por la noche. Y así seguí, ignorando la aterradora quietud del rostro de mi hermana, ignorando también la expresión horrorizada de mi madre. «Dios nos salve».

—También es un vago. Nunca ha hecho nada con esa tienda. Ese hombre es y siempre ha sido un perdedor, pero cada vez se vuelve más difícil de soportar para ti, y por eso ahora a ti, mi pobre hermana, de alguna manera se te ha metido en la cabeza que estarás mejor sin él, y lo siento, Abigail, pero no será así.

Mi madre seguía con la mano apretada contra el corazón, como si intentara contener una hemorragia arterial.

—Los niños —repetía—. Los niños. Los niños.

Más que palabras parecían latidos.

—Los niños estarán bien —dijo Abigail con rabia—. *Y yo estaré…*

—Estarás… como una madre soltera de cinco hijos que vive de las ayudas sociales —espeté—. *Eso* es lo que serás. Ni siquiera tienes trabajo, Abigail. Por Dios. Tendrías suerte si te contrataran para embolsar junto a adolescentes en un supermercado.

Abigail estaba llorando. Mi madre también. Apenas se oía el débil silbido de mi marido por el pasillo mientras lavaba con champú cinco cabezas. Mi furia volvió a dar vueltas y sentí, de repente, como si me estuviera comiendo viva.

—¿Has pensado dónde vivirás? Puedes mudarte con mami por un tiempo, pero no para siempre. ¿Y después? Nunca has vivido sola, Abigail. ¿Sabes lo que se necesita para solicitar un apartamento? ¿Sabes siquiera lo que es la calificación crediticia?

—Basta —susurró Abigail—. Por favor, Natalie, basta.

No podría haber parado aunque quisiera, y no quería. Estaba más enfadada que nunca en mi vida. Me sentía enferma.

—¿Realmente crees que las reglas no se te aplican a ti? ¿Que puedes evadirte de todas tus responsabilidades, completamente indemne?

—Por supuesto que no, eso no es lo que estoy diciendo, eso no es lo que…

—¿Crees que Bryce no pedirá la custodia? Por supuesto que lo hará. Se volverá a casar dentro de un año, y entonces él y su nueva novia pelearán por los niños solo para fastidiarte. Dirá que eres una madre cruel, una borracha, y el juez le dará la razón, y en poco tiempo verás a tus hijos cada dos sábados. Ni siquiera te conocerán.

—¿Qué hago? —Abigail dijo de repente—. Dios mío, ¿qué hago?

Nos miró a mi madre y a mí con tal expresión de pánico que me pareció inhumana, como un animal que se hubiera metido en una autopista. «Basta —estuve a punto de gritar—, deja de mirarme así, tan patética», pero oficialmente me había quedado sin aliento. Mi madre se acercó a Abigail en el sofá.

—Ya pasó, Abigail, cariño, respira hondo…

Inspiré bruscamente y por un momento volví a la habitación del hospital, jadeando de pánico ante mi propio error irreparable. Mi corazón se contrajo dolorosamente y me puse de pie.

—Voy a ver cómo están los niños.

Mientras caminaba por el pasillo, surgió un recuerdo: unos papeles grapados que me entregaron unos días antes de mi boda.

—No puedo, mami —sollozaba Abigail detrás de mí—. No puedo soportar esto durante otros cuarenta años.

«Es un acuerdo prenupcial básico —dijo Doug—. Puedes revisarlo con tu abogado».

—Claro que puedes, cariño —dijo mi madre—. Claro que puedes.

Como si en mi vida hubiera hablado con un abogado.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo seguir así?

«Solo tienes que firmar aquí, aquí y aquí. Eso es todo, y entonces ya estará».

—Seguirás adelante porque tienes que hacerlo.

Y luego el mismo papeleo, la misma conversación, dos años más tarde: «un acuerdo financiero básico».

—Los niños terminarán de bañarse pronto. No pueden ver a su madre en este estado, ¿verdad?

«El nombre de Caleb, y solo el nombre de Caleb, estará en la escritura del rancho». Vi un brillo en los ojos de Doug mientras explicaba esa pequeña nota al pie de nuestro acuerdo original de caballeros.

—Creo que voy a ponerme mala…

«Por supuesto —dije con calma—. Yo misma iba a sugerir lo mismo». Aunque mi mano tembló incontrolablemente cuando firmé en el papel del final.

—Ya está, ya está, cariño. Ya está, ya está.

Llegué a la puerta del baño, la abrí y cerré rápidamente tras de mí. Los hijos de Abigail chillaban y reían, salpicándose unos a otros en la bañera, mientras Clementine estaba sentada desnuda junto a Caleb a un lado de la bañera, observando a sus primos con una sonrisa tranquila, con el pelo mojado ya lavado y acondicionado y peinado hacia atrás. El bebé estaba en una hamaca junto al inodoro, pasando los dedos por el interior del borde de porcelana. El suelo del baño estaba resbaladizo. Mi marido, a quien pertenecía en exclusiva cada céntimo de nuestra fortuna y cada centímetro cuadrado de este rancho, se volvió hacia mí.

—Vaya, vaya, vaya —dijo grandilocuentemente, con su acento de niño bueno del Oeste—. Eres un regalo para la vista, señorita.

Los niños chillaron de alegría.

Es imposible imaginar lo que pasaría si mi marido se parara a pensar en la ley que rige su propio universo estrellado: su mujer tenía los mismos derechos que un perro pastor. Hasta el hombre más dulce y estúpido puede volverse cruel y astuto cuando aprende algo así.

# 29

—Se acerca un frente frío esta tarde.

Levanto la vista sorprendida. El antiguo Caleb está de pie a unos metros de la tina de la colada.

—Será fuerte —dice—. Puede que incluso nieve.

Detrás de él, en el porche, a cinco metros de distancia, Mary está golpeando el mantel sobre la barandilla. Se detiene cuando lo ve delante de mí. Estoy segura de que está pensando lo mismo que yo: «Él nunca me habla si puede evitarlo».

—Tendremos que llevar a los animales dentro del granero —prosigue el antiguo Caleb—. Y deberíamos coger algo de leña extra. Puede que estemos rodeados de nieve durante un día o más.

No sé qué decir. No me ha hecho ninguna pregunta, así que vuelvo a centrarme en la colada. Sumerjo las manos en el agua helada y veo cómo trabajan. Están tan entumecidas que no las siento en absoluto, solo puedo verlas moverse con una especie de asombro. Tanto trabajo para limpiar esta ropa, ¿y para qué? Los chicos pisarán charcos de barro al día siguiente.

—Nattie —dice el antiguo Caleb.

Bajo el agua, mis dedos tiemblan y bailan. Me trago la bilis que me sube por la garganta. Estaba siendo un buen día y ahora empieza a parecerme un mal día. Saco las manos de la tina, me las seco en el delantal y lo miro. Por el rabillo del ojo veo que el porche está vacío. Mary ha vuelto a entrar.

—No me gusta pegarte —dice el antiguo Caleb—. Ya lo sabes.

Imagino una cámara enfocando mi cara. Inclino ligeramente la barbilla para que la luz del sol capte mi mohín.

—No quería hacerlo —dice—. Tú me obligaste. Estabas… histérica. Y la trampa…

Mi pobre pie vendado empieza a palpitar como si lo hubiera escuchado.

Este hombre. *Mi marido.* Me pregunto cuál de las herramientas del granero usaría si tuviera que matarlo. Creo que el hacha para cortar leña funcionaría bien. No, la guadaña. «Más personal», pienso, y sonrío.

—De todos modos —dice el antiguo Caleb—. He estado manteniendo las distancias. Durmiendo en la habitación de los chicos. Quería que descansaras. Pero ahora parece que estás mucho mejor.

«Pobre idiota —pienso—. Malinterpreta mi sonrisa».

—Entonces —dice, y lanza su mirada por encima de mi cabeza, hacia las montañas—, voy a compartir la cama contigo esta noche.

La sonrisa huye de mi cara.

—No admitiré ninguna queja al respecto —prosigue—. Eres mi mujer y yo soy tu marido, y estamos hechos para compartir lecho.

Me quedo mirándolo. Rezo contra toda racionalidad para poder oír, en la lejanía, a un director gritando «Corten». No hay nada más que el viento silbando por el valle, un cielo del color de la piel congelada.

Qué vergüenza. He bajado la guardia. Tantas semanas sola en la cama que había empezado a pensar que podría seguir igual. Pero, por supuesto, esto no funciona así.

Todo el mundo tiene un papel en esta granja. El antiguo Caleb se ocupa de los campos, y Noah del caballo, y Abel de su padre, y Mary de la cocina y de Maeve, y Maeve de las gallinas… ¿y yo?

Hace unos días, podría haber dicho que mi papel es ocuparme de la colada. Eso, por supuesto, no es correcto. La colada es un añadido, una nota a pie de página, una tarea de media tarde para una mujer con demasiado tiempo libre. Este, justo este, es mi verdadero papel. Abrirme de piernas cuando mi marido me lo pida. Tener tantos hijos como pueda hasta que las piernas me fallen, y no

sentir nada más que gratitud en la hora de mi muerte. Sonreír mientras el espíritu se me escapa.

Ja. Es realmente divertido pensar en cómo casi rogué a Caleb, en nuestros primeros años de matrimonio, que se convirtiera en el tipo de hombre que está ante mí ahora. Lo opuesto a un profesor de educación infantil. Un granjero. Un vaquero. Un patriarca. Un hombre sin un solo borde blando. Lo anhelaba, recé por ello, ¿y qué hizo el Señor? Me escuchó. Me dio lo que quería. Me dio un hombre.

«Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia; y él es el que da la salud al cuerpo».

El antiguo Caleb me mira expectante. Me siento como si estuviera sentada bajo un foco, como si el mundo entero estuviera esperando a que hablara. *¿Puede alguien decirme mi frase?*

«Sí, amo. Como desee, amo. ¿Debo levantarme las faldas e inclinarme aquí junto a las tinas, amo? ¿Quiere correrse en mi cara o en mis tetas, amo?».

Pero esa última broma no funciona, ¿verdad? Este hombre no quiere correrse en otro sitio que no sea muy dentro de mí, para que pueda tener —«Dios me salve de esta pesadilla»— un bebé. Aquí. En este mundo.

Me limpio las manos mojadas en la tela del regazo y lo miro.

—¿Quién eres de verdad?

El antiguo Caleb niega con la cabeza, mira al cielo y vuelve a mirarme.

—No creo que hoy me interese jugar a esto.

Una voz dentro de mí resuena suavemente: América odia a las Mujeres Enfadadas. «El Señor odia a las Mujeres Enfadadas. Tú odias a las Mujeres Enfadadas. No seas una Mujer Enfadada».

Excepto que estoy enfadada. Estoy muy muy enfadada. Tan enfadada que no puedo evitar decir:

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero que te comportes como una madre y una esposa —suelta el antiguo Caleb.

Y de repente me doy cuenta de que él también está enfadado. Tan enfadado como yo. Es un descubrimiento aterrador. Se podría encender una cerilla solo con el aire entre nosotros y ver cómo arde.

—Bueno —digo—, quizá ya no me interese.

El antiguo Caleb levanta una mano rápidamente hacia el cielo. Cierro los ojos. Estoy tan preparada para el estruendo del dolor que tardo un instante en darme cuenta de que el momento ya ha pasado. Abro los ojos y veo cómo, nervioso, se echa el pelo hacia atrás con la mano. No me ha vuelto a hacer daño, siempre puede volver a hacérmelo, acabará haciéndomelo. Se me escapa un sollozo. Estoy tan cansada de este lugar.

*—¿Por qué estoy aquí?*

—Estás *aquí* porque aquí *es donde quieres estar* —ruge.

—Pues ahora quiero irme —grito—. Ahora quiero irme a casa.

—Vete a casa, entonces, Natalie. Vete a casa, dondequiera que creas que está. A ver cómo te va. —Se inclina y escupe, luego se limpia la boca con el dorso de la mano. Mira fijamente a las montañas detrás de mí con la mandíbula apretada.

—Si intento irme otra vez, ¿me lo impedirás?

Sigue mirando a las montañas cuando dice:

—No seré yo quien te lo impida, no.

Me recorre un escalofrío. Miro a mi marido, a este desconocido, pero pienso en el bosque y en el mundo que hay más allá. No puedo imaginar lo que encierran.

En realidad, eso no es cierto.

La verdad, la auténtica verdad, es que a veces, aquí fuera, en este rancho, tengo la terrible sensación, como un cable eléctrico chisporroteando en mi pecho, de que, si pienso lo suficiente durante el tiempo suficiente, sabré exactamente lo que me espera al otro lado de esos bosques, y el horror de este conocimiento me comerá viva.

«Señor, Dios, sálvame, despiértame de este sueño…».

El viento se levanta y un látigo helado azota la casa. El antiguo Caleb se agarra el sombrero para evitar que salga volando. Apoyo la

mejilla en el hombro para protegerla del frío punzante. Tiene razón. Se acerca una tormenta.

Las nubes se mueven rápidamente por el valle. En un momento, estamos solos el antiguo Caleb y yo, fuera, con un cielo azul sobre nuestras cabezas, y al minuto siguiente el mundo se ha vuelto gris y el viento me revuelve el pelo de la trenza y los niños salen de casa como pequeñas veletas.

—La nieve llegará enseguida —me dice el antiguo Caleb, alzando la voz para que se le oiga por encima del viento—. Mete la ropa dentro.

Miro la tina, indignada.

—¡Pero si está empapada!

Pero él ya camina hacia el prado. Veo con asombro cómo la vaca y el caballo trotan a su encuentro en la entrada del pasto, ansiosos por ser guiados a la seguridad del establo. ¿Acaso todos los animales de esta propiedad tienen mejor sentido que yo de las corrientes cambiantes del mundo?

Entonces Maeve ya está a mi lado, tirando de mi brazo.

—La ropa, mami.

Vuelvo a meter las manos en el agua helada, saco el montón de tela empapada y la escurro lo mejor que puedo. Maeve extiende los brazos y dejo caer parte de la ropa sobre ellos. Algunas piezas caen al suelo, ensuciándose de inmediato, y suelto un grito de frustración. Las recojo y las vuelvo a meter en la pila. Juntas, metemos dos montones enormes de ropa en casa y los ponemos a secar junto al fuego. A nuestro alrededor, los otros niños se mueven con la misma rapidez, cogiendo leña y cerrando la puerta del granero y las ventanas de la cocina, asegurándolas con endebles pestillos de madera.

Ya he vivido tormentas en esta tierra. Sé lo poderosas que son. En los últimos años, incluso nos hemos quedado sin electricidad varias veces, pero el generador siempre ha funcionado. Ahora miro

fijamente el fuego y recuerdo que es la única fuente de calor que tenemos.

—Traed más leña —grito a los niños.

Es mi primera orden en quién sabe cuánto tiempo, y además totalmente inútil. Ya lo están haciendo.

Menos de una hora después, el granizo golpea el tejado como una ametralladora. Aún es de día, pero el cielo está tan oscuro que parece de noche. Mary está cortando trozos de pan y untándolos con mantequilla. Esa será nuestra cena esta noche. Estoy sentada junto al fuego, con Maeve descansando en mi regazo. Enfrente, los chicos, en el suelo, tienen las piernas extendidas para calentarse los pies. Abel simula sostener un rifle, apuntando con el gatillo imaginario hacia el tejado.

—Pum, pum, pum —susurra—. Para vosotros, salvajes.

Noah observa con embeleso. A través de su mirada, el rifle de Abel parece terriblemente real.

Mientras la tormenta azota nuestra pequeña cabaña, cierro los ojos y me lo imagino. Vaqueros e indios. Una gran batalla sangrienta por estas colinas ondulantes. Un curtido jefe guerrero le arranca la cabellera al antiguo Caleb. Los chicos asesinados. A las chicas y a mí nos llevan a un tipi lejano con humo saliendo por arriba.

Nos toman como rehenes. Así es como la gente describía a las mujeres en las historias del Oeste cuando éramos pequeñas: «Esas pobres, hermosas y dignas granjeras, tomadas como rehenes por los salvajes». Me provocaba escalofríos. Ahora me hace gracia que nadie reconozca que esas mujeres pioneras ya eran técnicamente rehenes desde el principio.

Horas después de la cena, los niños están en sus habitaciones y el granizo ha dado paso a una intensa y silenciosa nevada cuando el antiguo Caleb entra en el dormitorio, dejando la puerta abierta tras de sí.

Miro hacia la puerta abierta.

—¿No vas a…? ¿No quieres…?

Me mira.

—Si cerramos la puerta, la habitación estará helada en tres minutos.

Bueno. Supongo que los niños escucharán.

Me tumbo en mi —*nuestra* — cama, con la colcha subida hasta la barbilla, y veo cómo se quita el sombrero de vaquero y lo deja sobre la cómoda. Vacila. Luego sacude un poco la cabeza, como si se librara de un pensamiento terrible, y empieza a desvestirse.

Mi mente se mueve nerviosa a derecha e izquierda. Pienso en *reality shows,* en furgonetas de productores y conversaciones guionizadas, y mi espíritu se estrecha en el pecho. Qué fantasía más tonta. Aquel guijarro que encontré en el suelo y metí bajo el colchón: qué vergonzoso juego de la mente. Un acto desesperado de imaginación. Esta casa no es un plató de producción. No hay cámaras ocultas en la cocina, ni micrófonos escondidos en los cuellos de los niños. Nadie viene a salvarme y a llevarme a casa. Si necesitara más pruebas, las tengo aquí, ahora mismo, en esta habitación: puede que pronto un programa permita a un hombre golpear a una mujer, puede que incluso le permita caer directamente en las fauces de acero de una trampa, pero aún no hemos llegado al punto en el que pueda violarla.

Aunque, por supuesto, no puede ser violación lo que está pasando aquí. No existe tal cosa como un marido violando a su mujer.

Está sin camisa, ya. Los pantalones caen a sus pies y los patea a la esquina. Se quita la ropa interior. Este es el cuerpo de mi marido. Ahí está el lunar en su estómago; ahí está la inclinación hacia la izquierda de su escroto. Estoy bíblicamente familiarizada con este cuerpo extraño. Cierro los ojos y elevo una rápida oración.

«Quédate conmigo, Señor. No me abandones en mi hora de necesidad».

Se acerca a mi cuerpo bajo la manta. La mano en la cadera. Me da la vuelta. Sube a través de mí. Abriéndome.

«Has hecho esto innumerables veces antes, Natalie. No hay razón para tener miedo».

Excepto que la erección de este hombre está dura, más dura que dura. Totalmente levantada. No ayuda que esté completamente seca. Desde lo más profundo de mi cuerpo, dos palabras salen a la superficie, el mayor y más instintivo acto de supervivencia que puedo ofrecerme a mí misma:

—Te quiero —digo.

Mi marido sonríe encima de mí.

Me duele. No me pregunta qué quiero. No me pregunta si estoy bien. Es exactamente como imaginaba que era el sexo cuando era jovencita: un hombre que toma sin preguntar, que me llena por completo, que asume el control de mi cuerpo y me
mete el dedo desde dentro hacia fuera. Sí. Exactamente esto. Como el rifle imaginario de Abel: terriblemente real. Gruñe, sale de mí, voltea mi cuerpo y vuelve a entrar por detrás. Grito. Me siento como un animal de corral, un cerdo revolcándose en la paja, pero es un alivio dejar que el blanco de mis ojos recorra salvajemente la habitación, buscando algún tipo de consuelo visual. Las ventanas, la pared, esta colcha. El ritmo, el golpeteo constante…, los dientes me castañean en la mente. Me concentro en las costuras bajo mis dedos mientras las oraciones vuelan por los pasillos de mi mente.

«Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día… Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas».

Una pausa, un golpecito en mi muslo, una instrucción manual, como si yo fuera un fiel caballo de cuarto de milla. Bajo el muslo. Me empuja más adentro. Jadeo. En un instante, el dolor se convierte en resplandor, en calor celestial, un amor que nunca he conocido. El

instinto se apodera de mí. Y yo lo abrazo, arqueo el cuerpo en respuesta, levanto la cabeza en una plegaria extática

«¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre?
¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?
Mira, respóndeme, oh, Jehová Dios mío;
Alumbra mis ojos…».

Y entonces Él lo hace. Responde a mi oración, me habla. La habitación se llena de luz. Grito de asombro. El antiguo Caleb sigue empujando, llevando mi cuerpo cada vez más cerca de sus brazos celestiales. Siento como si la música del coro resonara en mis miembros, y digo: «Gracias —digo—. Oh, Dios, Dios mío —digo—. Sí, sí, sí, SÍ…».

Oh, Dios mío
Dios mío.
Digo sí.

Estamos acostados juntos, marido y mujer, en la oscuridad helada. El antiguo Caleb ronca. Yo estoy despierta, mirando en la oscuridad, contando mis respiraciones. Cuando llego a cien, me incorporo, echo las mantas hacia atrás y salgo de la cama. Me quedo un momento junto al colchón, escuchando su respiración constante para asegurarme de que mi movimiento no lo ha despertado. Suelta un largo ronquido nasal.

Me alejo de la cama de puntillas, atravieso la puerta, salgo al pasillo y cierro la puerta unos centímetros detrás de mí. Luego camino rápidamente por el pasillo hasta la cocina, donde el fuego sigue funcionando débilmente. Echo un leño. Los niños llevan horas durmiendo, espero. La casa está silenciosa como la muerte.

Ahora que estoy sola, me invade una calma extraña y escalofriante. He tenido una revelación…, no, no es una revelación. Eso implicaría que el descubrimiento es nuevo, y no lo parece. Es como una verdad que conozco de toda la vida, como un recuerdo de

la infancia que resurge después de tantos años perdido en los anales de mi mente.

Estoy bajo vigilancia en esta casa, sí, pero solo por Él.

Esto, todo esto, es una prueba.

Mi Creador quiere ver de lo que soy capaz.

Suspiro y me acerco sin decir palabra al fregadero de la cocina. Miro la nieve que cae sobre el tejado del granero. Se está acumulando rápidamente. Durante la noche caerán varios metros.

«Duda de tus dudas antes de dudar de tu fe, cariño».

A veces las verdades más obvias de nuestro mundo son las que se entierran más fácilmente. *Obviamente,* el Señor me ha puesto aquí, en esta granja, con esta familia, y como todas las cosas que Él hace, lo hizo con una intención, con un plan. Gran parte de mi vida la dediqué a transmitir una visión nostálgica, una versión mejor y más hermosa de América, una celebración de los días de antaño. Ahora el Señor quiere que sienta la verdad de mi propio mensaje. Quiere que aprenda, que escuche, que mejore, que me someta y…

Bueno, no estoy segura exactamente de cuál es el objetivo final, pero eso está bien. Él me lo dirá cuando esté listo.

En la oscuridad de la cocina, rezo febrilmente, susurrando mi gratitud, luego me santiguo y me pongo en cuclillas. Me subo el camisón y raspo todo lo que puedo del antiguo Caleb para sacarlo fuera de mi cuerpo.

Me hago dos promesas. Primero: no volveré a olvidar el mensaje del Señor. Y segundo: No me permitiré quedarme embarazada aquí.

«Haré lo que sea, Señor. Por favor. Cualquier cosa menos eso».

Mientras me meto el dedo, la voz de mi madre resuena en mi cabeza, una suave canción de amor: un hombre puede trabajar de sol a sol, pero el trabajo de una mujer nunca termina, nunca termina, nunca termina.

# 30

Cuando mi hermana y mi madre se disponían a partir, mi madre me pidió que diera un paseo con ella por el campo. Dejamos a Abigail tumbada en el sofá, viendo sin ganas dibujos animados con los niños, y apenas habíamos recorrido la mitad del camino de entrada cuando mi madre dijo:

—¿Cómo estás, Natalie?

Intenté igualar su muestra de calidez.

—Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

Suspiró y dejó de caminar. Yo también me detuve a regañadientes. Estábamos de pie junto al granero, frente a las montañas. Ella jugueteaba nerviosamente con la cruz de su collar.

—Señor, bendice a las madres con hijas —murmuró.

—Está claro que tienes algo que decir —le dije con tono alegre—. Así que escúpelo. Por favor.

—Bueno. Estoy preocupada por ti.

—Estás preocupada por mí. ¿Estás preocupada por mí? Cuando Abigail está ahí amenazando con… —bajé la voz a un susurro enérgico, a pesar de que estábamos solas— divorciarse.

Se encogió de hombros, impotente.

—Es culpa mía. La forma en que os crie sola, sin una figura paterna en casa. Pensé que hacía lo correcto… pero quizás no.

Cuando mi madre empezó con su monólogo, sentí que una combinación de humillación y furia me sacaba de mi cuerpo. Mi espíritu se elevó hasta quedar suspendido junto al tejado del granero.

«… preocupada por los niños…».

«… no sé por qué vas a remodelar una casa que ya está…».

«… la agricultura no es algo que deba tomarse así…».

«… un hombre muy agradable, pero me preocupa que pueda ser…».

Fue un monólogo profundamente doloroso de escuchar, y estoy segura de que también para mi madre de pronunciar. De repente me quedé estupefacta, casi anonadada, por lo patética que era la situación. La situación significaba mi vida. Mis hijos, mi marido, mi casa. El Rancho Los Viejos Tiempos. Nuestra estúpida granja.

¿Por qué había pensado que esto funcionaría?

Ella tenía razón, por supuesto. Lo había sabido todo el tiempo, en la parte más silenciosa de mí: estábamos fracasando en la fantasía. Mi marido no era un auténtico John Wayne. Yo no era un ama de casa nata. Podíamos engañar a nuestros seres queridos desde lejos, pero de cerca se olía. Algo podrido en el aire.

Mientras mi madre hablaba, yo miraba a través de los campos. A lo lejos, Caleb estaba cuidando sus plantas de calabacín. Verduras sin valor. También podríamos cultivar peniques. En ese momento, se levantó y saludó con alegría. Mi madre hizo una pausa en su discurso —algo sobre Clementine y su vestido, que no le quedaba bien, tan triste, ¿de verdad no tenía tiempo para encontrar algo de su talla?— y nosotras dos, educadas en la cortesía, le devolvimos el saludo alegremente.

Se me ocurrió un nuevo pensamiento, el más alarmante de todos: no sería fácil conseguir que mi marido renunciara a esto. Le encantaba la granja. No notaba el olor o, si lo notaba, no le molestaba. Nunca se iba a ir, lo que significaba…

Doug nunca iba a hacer que se marchara. Por supuesto que no. Durante meses, había estado temiendo que llegara nuestro tercer aniversario, me preguntaba qué pasaría cuando llegáramos allí, si Doug nos cortaría la financiación. Ahora me daba cuenta de que había sido un miedo mezquino. A él no le importaba si la granja se volvía rentable, de verdad que no. Él ya había conseguido lo que

quería: un rincón del mundo para barrer a su hijo. Una pequeña celda acolchada.

Y además llevaba un bono incluido, y es que la celda en cuestión sonaba bastante bien en un discurso. No, Doug nunca dejaría de darnos dinero. Simplemente nos daría menos, y menos, y menos. Lo que significaba que yo estaba atrapada aquí. Acorralada.

Sola en medio de la nada con —Dios me ayude— mi marido y mis hijos, a perpetuidad, arrastrándome lentamente hacia la pobreza.

El pánico se apoderó de mí. Miré al cielo con lágrimas en los ojos. «No había otras opciones, Señor, Tú me trajiste aquí. Dejaste caer cada miga de pan. Ahora no me dejarás sola, ¿verdad?».

—Estás ocupándote de demasiado, Natalie —dijo mi madre—. Solo creo que quizá estás intentando abarcar más de lo que realmente puedes. Tus amigas están preocupadas por ti, ¿sabes?

—¿Amigas?

Mi madre y yo sabíamos que no tenía amigas.

—Vanessa, la de atletismo. Vio a Caleb vendiendo verduras en el mercado local y tuvo la amabilidad de señalar que realmente no podéis hacer eso, cariño, si las verduras no son orgánicas.

—Pero *son* orgánicas.

—Dijo que vio un bote de pesticida en una esquina de una de tus fotos.

*—¡Está mintiendo!*

Mi cara ardía tanto que sentía que me sofocaba.

—Bueno, cariño. —Mi madre miró detrás de mí con toda la intención.

Me di la vuelta y vi un bote de pesticida junto al granero. Una llamarada de ira me recorrió, tan caliente y dolorosa que casi me ahogo. Malditos inmigrantes idiotas. Mexicanos idiotas. Nunca limpiaban lo que ensuciaban, no importaba cuántas veces se lo pidiera.

«No se lo digas a Caleb», estuve a punto de decirle a mi madre. Creía que nuestros productos eran ecológicos. Para él era importante que lo fueran, más importante, al parecer, que obtener beneficios.

Después de la tercera temporada de cosechas fallidas, tomé cartas en el asunto. Les pedí a los trabajadores que fumigaran los campos por la noche. Y les dejé claro que tenían que esconder el insecticida.

Doug tenía razón. ¡Qué problema fronterizo teníamos!

—Vanessa fue muy amable al mencionarlo —continuó mi madre—. Estaba preocupada por ti. Las multas por ese tipo de… confusión pueden hundir un negocio.

—¿Qué quieres que haga exactamente, madre?

Lo que quería era lo mismo que para mi hermana: barrer el desorden en un armario, cerrar la puerta y echar el cerrojo.

—Solo quiero que seas feliz —dijo.

Otra vez esa palabra sin sentido.

—Claro que soy feliz —dije enfadada—. ¿No parezco feliz?

Una hora más tarde, Caleb, los niños y yo estábamos en el camino de entrada despidiéndonos, con la única luz de freno que funcionaba en aquella mierda de furgoneta parpadeando rápidamente mientras avanzaba a trompicones colina abajo. Fue como recibir un mensaje en código Morse. «Pon-tu-vida-en-orden». Me aguanté las ganas de coger una piedra y reventar esa luz, silenciando el último esfuerzo de comunicación de mi madre.

—Bueno, ha sido divertido —dijo Caleb, justo cuando Samuel empezaba a gemir y retorcerse en mis brazos.

El pobre niño tenía hambre, probablemente, o estaba cansado o estreñido. Quién sabía. Desde luego, yo no.

—Mami —dijo Clementine. Me tiró de la falda—. Mami. Mami.

Samuel gimió más fuerte, un chillido desgarrador que golpeó mi sistema nervioso y reverberó por todo mi cuerpo como un golpe en el hueso de la risa.

—Mami. Mami. Mami.

Miré a Clementine.

*—¿Qué?*

Parecía sorprendida por mi atención. Dudó y luego dijo en voz baja:

—Quiero vivir en casa de la tía Abigail.

Podría haberla abofeteado en ese instante. De verdad.

—¿Qué hay para cenar? —dijo Caleb.

—Quiero vivir con mis primos —añadió Clementine—. Quiero jugar al pillapilla.

El mundo era tan pequeño en aquel momento, el cielo tan desprovisto de oxígeno, que parecía como si alguien me hubiera envuelto la cabeza en papel film y estuviera esperando pacientemente a que muriera asfixiada.

—Mami.

—¿Nattie?

—Mami. *¡Mami!*

«¿Qué haría Reena?».

El pensamiento se coló antes de que pudiera detenerlo.

¿Cómo respondería alguien como Reena a semejante humillación?

Probablemente se bebería un chupito de vodka, se perfilaría los labios y saldría corriendo detrás de un hombre que no la quisiera. No es exactamente un ejemplo útil. Pero ¿y las otras chicas, las más inteligentes de nuestra residencia, que cambiaban de novio cada temporada? ¿Las chicas que Reena intentó ser y fracasó?

La respuesta vino de lo alto: pondrían una *thirst trap.*

*Thirst trap:* f. Anglicismo. Expresión de argot. Publicación en las redes sociales, especialmente un selfi u otra foto, con la intención de atraer la atención sexual, la apreciación del propio atractivo u otros comentarios positivos. Por ejemplo, una foto de una mujer cristiana orgullosa, delgada y de aspecto juvenil de pie con su creciente camada delante de un granero de cinco millones de dólares. «¡Sonríe!».

—Quiero otro bebé —le dije a Caleb, por encima de los gritos furiosos de Samuel—. Y quiero tomarme una foto.

No sabía a qué petición se dirigía Caleb, y quizá él tampoco, cuando dijo confuso:

—¿Ahora mismo?

—Sí —espeté—. Ahora mismo.

Me quedé de pie con una Clementine malhumorada y un Samuel llorón delante del granero mientras Caleb hacía una serie de fotos horribles. Cada vez que me pasaba el teléfono, miraba la foto con estupefacto desaliento.

—Olvídalo —dije finalmente—. Olvídalo. La haré yo. Llévate al bebé.

Me planté en el camino de entrada y me saqué trescientos selfis, con mi bebé gritando, mi marido y mi hija de pie, nerviosos, al fondo, como rehenes a la espera de que les dispararan.

—¿Qué haces, mami? —decía Clementine una y otra vez—. ¿Qué haces?

Finalmente rugí, «CALLA».

Incluso Samuel se quedó en silencio. Después solo se oían el viento, el crujido de los árboles y el graznido de un águila a lo lejos, mientras yo pulsaba el silencioso botón de captura una y otra vez.

Finalmente, Clementine y Caleb empezaron a alejarse. El bebé estaba cogiendo frío, dijo. Fue entonces cuando por fin conseguí la foto perfecta: un primer plano de mi cara, con las mejillas sonrosadas, sonriendo al objetivo mientras mi familia se alejaba de mí en dirección al granero. Parecía…, sí, sorprendida por mi propia vida, como si fuera a echarme a reír al ver tantas bendiciones detrás de mí: los niños, el marido y el gran granero rojo. Parecía otra mujer; mi familia, otra familia; esta granja, otra granja.

Escribí: A veces no puedo creer que esta sea mi VIDA REAL, y pulsé el botón Enviar.

Fue el día más importante de mi vida. El día en que dejé de trabajar en mi marido, mi granja, mi familia, y volví a trabajar en un viejo y querido proyecto: yo misma.

Volví para preparar la cena para mi familia.

Después de cenar, me dejé embarazada de nuevo.

# 31

Hoy Maeve y yo nos hemos pasado el día cosiendo sombreritos para las gallinas, «nuestras señoritas». Es lo más divertido que he hecho en quién sabe cuánto tiempo. Un día realmente bueno.

La mañana comenzó de forma bastante simple: Maeve me hizo una pregunta a la espalda mientras elegía mi atuendo para el día.

«¿Crees que las señoritas tienen frío en invierno, mami?».

Desde la primera nevada, no ha dejado de hacerme esta pregunta. Se fijó en cómo la vaca y el caballo están protegidos en sus establos por la noche, aislados por el heno, y luego preguntó por qué las gallinas no duermen dentro de su gallinero. Le dije sin rodeos que las gallinas son tontas, que *deberían* quedarse calentitas dentro del gallinero y que, si se mueren, solo pueden culparse a sí mismas. Pero ella seguía preguntando y preocupándose por su bienestar, así que al final le dije:

—¿Por qué no les preguntamos a *ellas* qué quieren?

Así que caminamos por la nieve hasta el gallinero y preguntamos a los descerebrados animalitos qué pensaban. Maeve, experta traductora de la jerga gallinácea, me confirmó sobriamente que las señoritas *estaban* un poco frescas con el frío que hacía.

—Bueno —dije yo, con la misma seriedad—. Parece que tenemos una misión.

Media hora más tarde, durante el desayuno, Mary dijo que se iría unas horas a recoger azafrán al bosque, y yo le hablé de nuestros planes, tan importantes para las gallinas.

—Lo haréis después de terminar vuestras tareas, ¿verdad? —Nos miró con severidad—. No os eternicéis en esto, y *no* seáis

derrochadoras.

Y así Maeve y yo nos quedamos en el porche, con su manita cogida con fuerza de la mía, mientras veíamos a Mary bajar por la carretera y desaparecer por la curva, dejando tras de sí un rastro limpio de pisadas en la nieve. Por un momento sentí un doloroso nudo en la garganta. «¿Por qué puede irse tan fácilmente del rancho?». Y entonces recordé al Señor, y el derecho divino de su planificación, e incliné la cabeza en señal de disculpa.

Apreté la mano de Maeve y alcé las cejas.

—¿Qué te parece si adelantamos la diversión de hoy, Maevie?

La idea de un abrigo resultó demasiado difícil. Las gallinas odiaban que Maeve intentara extenderles las alas para medirles las sisas, así que optamos por sombreros, y aquí estamos ahora, sentadas a la mesa de la cocina a última hora de la tarde, dando los últimos retoques a estos gorros de invierno, que parecen una monótona combinación de sombrero y boina, cuando Mary vuelve a entrar por la puerta principal, quitándose la nieve de las botas, y dice:

—Oh, *por favor,* decidme que no habéis estado con esto todo el día.

—¡Vale! —le digo—. No hemos estado con esto todo el día.

Le guiño un ojo a Maeve, y ella ríe y ríe.

Mary suspira, parece a punto de decir algo cortante y luego: nada.

—Ya casi he terminado con este, mami —dice Maeve alegremente.

Levanta un revoltijo de tela destrozada.

Miro por encima del hombro a Mary, que permanece extrañada junto a la encimera. Mira por la ventana de la cocina hacia la nada. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera? Mucho más que unas horas. Prácticamente todo el día.

—¿Has estado recogiendo azafrán todo este tiempo, Mary?

Por un momento, parece que no me oye. Sigue mirando por la ventana, como si estuviera en trance.

—También encontré setas —dice finalmente.

Se da la vuelta para coger su bolsa y se detiene. Nota algo junto a su pie. Un trozo de tela. Lo coge.

—¿Es uno de tus jerséis, Maeve?

—Es uno de los míos —digo rápidamente—. Uno que nunca me pongo.

—*¡Nunca* se lo pone! —Maeve hace eco—. ¡De verdad, Mary, te lo juramos!

Mary asiente despacio con la cabeza y mete el retal en la pila doblada de trapos limpios en un rincón de la cocina. Sé lo que quiere decir: «Esto es un despilfarro, qué descuido por tu parte cortarlo en trozos para un animal de granja»; por eso resulta tan extraño cuando le dice a Maeve:

—No pasa nada, pollita. Voy a preparar la cena y tú puedes terminar tu trabajo con estos sombreros. Es muy importante.

Luego se aleja de nosotras para ocuparse de la cena. Desde donde estoy sentada, puedo ver la forma de sus manos. Le tiemblan. Las cierra en puños y las aprieta contra la encimera.

Algo va mal.

Me vuelvo hacia Maeve.

—Voy a ayudar a Mary con las setas unos minutos.

Dejo a Maeve en la mesa y me acerco a Mary.

—Bueno —le digo—. ¿Qué tal el paseo?

—Bien.

Está sacando setas de su bolsa, haciendo volar pequeños terrones de tierra.

—Tu cara, Mary —digo en voz baja—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Y *tú* has estado cosiendo sombreros para gallinas —me responde—. Parece que las dos hemos tenido un día extraño.

—Solo intento…

—Maeve —la llama por detrás del hombro—, ¿puedes ir a por un cubo de agua? Tenemos que limpiar estas setas.

Maeve salta de su silla y se aleja trotando a hacer su recado, y pronto Mary y yo nos quedamos solas. Se vuelve hacia mí. Respira con dificultad, incapaz de mirarme a la cara.

—Me encontré con un animal, ¿vale? En una trampa. Un visón, creo. Estaba luchando. Dolorido.

—¿Lo salvaste?

—Por supuesto que no —murmura—. Estaba prácticamente muerto. Si la trampa no lo mata, lo hará la temperatura. —Una lágrima rueda por su mejilla y se la seca bruscamente—. Fue triste. Eso es todo.

Parece la imagen de una adolescente agobiada y cansada. Siento el tenue destello de un impulso maternal. Debería abrazarla. Debería acercarle la cabeza a mi barbilla, acariciarle el pelo y decirle: «Tranquila, tranquila».

Entonces me acuerdo: Mary es la que me cosió la pierna. La chica tiene un estómago de hierro. Nervios de acero. ¿Y tengo que creer que se convertiría en un charco de lágrimas por una criatura del bosque destrozada?

Digo con cuidado, casi experimentalmente:

—No te creo. —La respiración de Mary se calma—. Me estás mintiendo. ¿Me mientes? —No dice nada—. *Mary,* ¿qué ha pasado en el bosque?

En ese momento, Maeve entra por la puerta con un cubo lleno de agua, derramando un poco en el suelo en el proceso.

—Gracias, Maevie —dice Mary.

Coge el cubo y lo deja sobre la encimera. Empieza a lavar las setas.

—Mary —vuelvo a intentar.

Ella se encoge de hombros y suelta:

—¿Puedes dejarme en paz, Natalie?

Retrocedo, y vuelvo a retroceder. Nunca me había llamado Natalie. Por un momento, nos miramos, un espejo de miedo.

Entonces los chicos entran por la puerta principal y se produce una conmoción —Noah gritando sobre batallas imaginarias, pum pum pum, Abel diciéndole que la empuñadura de su escopeta imaginaria no funciona, el antiguo Caleb colocando su sombrero en el colgador y preguntando qué hay para cenar— y Mary se escabulle en el caos de la cena. No me mira en toda la noche.

# 32

La profesora del curso de marketing para *social media* era una influencer llamada Tammy Lane. Era una madre de Salt Lake City con cincuenta mil seguidores en internet que prometía enseñarnos a ganar seis cifras al mes solo con Instagram. Se anunciaba como un curso intensivo de seis semanas (en letra más pequeña en la página de inscripción: una sesión de Zoom de una hora a la semana) y costaba mil quinientos dólares. A juzgar por el número de mujeres que participaron en la primera sesión, Tammy ya había alcanzado su cuota mensual.

El primer día esperaba ver una pantalla de ordenador llena de mujeres como aquellas con las que había ido a la universidad, inteligentes y sabias y violentamente progresistas. En lugar de eso, el Zoom se abrió para revelar una galería de mujeres que se parecían a mí. Fue la primera vez que me di cuenta de que el negocio de las influencers no era una vocación secular. Casi todas llevaban un collar con una pequeña cruz brillando en el pecho, excepto una mujer de pelo rizado de Nueva Jersey, Rachel Weissman, que en los primeros minutos parecía cada vez más angustiada hasta que finalmente apagó el vídeo.

Rezamos al principio y al final de cada encuentro. En el módulo, docenas de versiones de mí misma me devolvían la mirada, con nombres de usuario como JesusMomma y OKOrganic. No podía decir si las mujeres eran mayores o más jóvenes que yo, pero enseguida me di cuenta del tipo de comunidad de la que procedían. Lo vi en su presentación, en la forma en que reían, fruncían el ceño y lloraban al hablar justo cuando era conveniente. Lo vi en la forma en que

hablaban de sus familias en el espacio de sesenta segundos en el que debían ofrecer breves biografías introductorias sobre sí mismas. «Hola a todos, soy Natalie Heller Mills. Madre de tres hijos, ¡y un cuarto en camino! Mi marido, Caleb, dirige nuestra granja familiar, a la que llamamos cariñosamente Rancho Los Viejos Tiempos. Vendemos leche, quesos y verduras exóticas orgánicas. Pero ya basta de hablar de mí. ¿Qué me dices de ti?».

—Quiero que todas os sintáis *orgullosas de vosotras mismas* por haberos inscrito aquí —dijo Tammy al comienzo de la sesión—. Al presentaros hoy a esta sesión, habéis dado el mayor paso de vuestro viaje: el primero. Hizo una pausa para que comprendiéramos la trascendencia de la situación.

Tammy era el tipo de mujer que se veía a la legua que era una niña bien. Se conectaba desde su inmaculada cocina. Cada vez que hablaba, movía un poco el portátil para que se viera otra parte de la estancia. Los fogones de ocho fuegos, los dos lavavajillas de acero inoxidable. Las encimeras relucientes, las hileras de tarros de cristal con montoncitos de polvos de colores que iban del marrón terracota al blanco cocaína. A veces se inclinaba hacia la pantalla del portátil, tapando por completo el fondo, y su rostro sin poros nos iluminaba como un eclipse lunar.

—Lo más difícil que puede hacer una madre es anteponerse a sí misma. ¿Estoy en lo cierto? Levanten la mano, señoras, si no se han puesto en primer lugar en *años.*

Cien manos se alzaron en el aire. Pensé: «Esto es insoportablemente cursi, pero yo también debería levantar la mano, por seguir el juego». Entonces me di cuenta de que mi mano ya estaba levantada. Tammy era buena.

Según Tammy, la fuerza más poderosa del planeta era el poder de la Divina Feminidad Cristiana *(¡marca registrada en trámite!).* Éramos recursos ilimitados; los conejitos Energizer *originales.* Todo lo que teníamos que hacer para alcanzar nuestros sueños más salvajes era canalizar nuestra propia reserva infinita de energía.

—Si eres tu yo auténtico y verdadero, las ventas se producirán sin esfuerzo —dijo con seguridad mientras avanzaba por una presentación de PowerPoint claramente casera.

Las diapositivas avanzaban rápidamente y solo parecían estar vagamente relacionadas con lo que Tammy estaba diciendo. Una imagen de archivo de una mujer rubia girando en un campo de flores; una captura de pantalla de una cuenta bancaria con un saldo de ochenta mil dólares; una pirámide que representaba la jerarquía de necesidades de Maslow, con una mujer con el ceño fruncido en la base, todo en estilo caricaturesco.

—Nuestro mayor miedo no es ser inadecuadas —continuó Tammy, con los ojos brillando psicóticamente bajo la luz del ordenador—. Nuestro mayor miedo es ser poderosas sin medida. —Hizo una pausa—. Lo dijo Oprah.

Los temas de conversación de Tammy fluían con rapidez, desde la reafirmación a la condena y el júbilo. Prácticamente podía sentir el peso psíquico colectivo de un centenar de mujeres relativamente crédulas tratando de sostener tantas verdades contradictorias en su cerebro al mismo tiempo: todo lo que necesitaban para tener éxito ya estaba dentro de ellas, pero también necesitaban pagar a esta mujer para tener éxito, y un ciclo de ventas en redes sociales verdaderamente exitoso debería suceder sin esfuerzo, debería suceder mientras dormimos y, sin embargo, necesitábamos empezar a reclamar algo de nuestro propio tiempo de nuestras familias para poder comprometernos con el esfuerzo, y el propósito de este curso era recordar a las mujeres que se hundieran más en su propia Divina Feminidad Cristiana, y también era hora de desarrollar algunas habilidades masculinas duras, señoras, ¡era hora de aprender algo de matemáticas!

Miré la pantalla del ordenador. Solo llevábamos ocho minutos de sesión y ya algunas mujeres lloraban abiertamente. A medida que Tammy se adentraba en un monólogo de treinta minutos sobre cómo aprovechar el poder de la Divina Feminidad Cristiana para impulsar las ventas en internet, yo intentaba imitar las expresiones de las

demás mujeres en todos los momentos apropiados: incomodidad, asombro y deleite desenfrenado. Me costaba intuir orgánicamente la respuesta correcta para cada momento. Me resistí a escribir mis propias preguntas en el chat: «¿Cuándo vamos a aprender sobre hashtags?», «¿Puede alguien explicarme el panel de análisis de Instagram?», «¿Por qué algunas de mis fotos reciben cien "me gusta" y solo un comentario?», «¿Por qué me pican las mejillas cuando llevo una hora sin mirar el móvil?», «¿Por qué eres mejor que yo en esto, Tammy Lane? ¿Por qué estoy aquí?».

Habían pasado dos años desde la desastrosa visita de mi familia. En el tiempo transcurrido desde entonces, había dado a luz a Stetson, nuestro nuevo y querido bebé. El día del parto me incliné hacia delante en la cama del hospital y lo cogí yo misma, guiando la coronilla de su cabeza hacia el mundo exterior. Con Stetson no hubo posparto, ni unos tristes meses, porque volví a quedarme embarazada casi de inmediato. ¡Alabado sea el Altísimo!, escribí en el texto del *post* del anuncio del embarazo. Nuestro cuarto hijo, una niña, nacería dentro de unos meses.

En cuanto a mi familia: el divorcio de Abigail había finalizado pocos días después de dar a luz a su quinto hijo: una niña de bajo peso llamada Kaitlyn. Pensé que el significado metafórico de acabar con los B era vergonzosamente obvio; mi madre se sentía abiertamente aliviada por ello. Abigail, sus cuatro B y su única K vivían ahora con mi madre. Dos adultos, cuatro niños y un bebé hacinados en una casa de tres habitaciones. ¿Qué estaba haciendo mi hermana para conseguir dinero? Pues… yo tenía razón. No encontraba trabajo, así que se dedicaba a embolsar las compras, sí, con los adolescentes, *sí,* en el supermercado.

No nos hablábamos por el momento. Lo cual estaba bien. Podría decirse que era ideal. Aunque significaba que tenía que conducir quince minutos más hasta el supermercado de la otra punta de la ciudad para evitar verla, también significaba que me había librado de la obligación de presenciar cómo mi hermana destruía lentamente su

propia vida. Estaba demasiado ocupada para eso. Demasiado ocupada gestionando a Caleb y a los niños y mi floreciente cuenta en las redes sociales, que documentaba los acontecimientos diarios de nuestra pequeña y dulce granja. (Según el párrafo de análisis de mi perfil que me mandó Tammy Lane como uno de los obsequios por pagar el precio completo del curso, hacer referencia al Rancho Los Viejos Tiempos como *nuestra pequeña y dulce granja* fue una buena decisión. En concreto, era «¡Cercano, íntimo y creativo!»).

Ahora la cuenta de Instagram de mi *pequeña y dulce granja* tenía poco más de mil *pequeños y dulces seguidores.* Al parecer, solo la mitad de ellos eran humanos, y ninguno estaba interesado en decirme lo que pensaba de *mi pequeña y dulce granja.* Estos seguidores nunca comentaban mis fotos. Nunca me enviaban mensajes privados. Solo un pequeño número de ellos estaba dispuesto a dar el paso de pulsar «me gusta» en las fotos. A veces me sentía como si estuviera en el porche de mi casa, mirando a un ejército silencioso. «¿Qué queréis? —quería decir—. ¿Cómo lo hago para que os activéis?».

No tenía ni idea. En poco tiempo, la cuenta dejó de parecerme una tarea interesante para convertirse en una tarea necesaria, un picor constante que tenía que rascarme. Si el anuncio de Tammy en las redes sociales no me hubiera llegado nunca, quizá habría renunciado por completo al perfil. Desde luego, no me habría dado cuenta por mí misma de que mi Instagram podía llegar a ser rentable. Pero el anuncio me encontró. Y lo que es más importante, me encontró en el momento perfecto: apenas una hora después de haber tenido por fin la llamada telefónica con Doug que llevaba meses temiendo. Me dijo que iba a retirar fondos antes de presentarse a las elecciones presidenciales. Nuestro desembolso anual se reduciría a la mitad.

—Es lo que tiene presentarse a presidente —comentó amablemente—. ¡Si no vas con cuidado, acabas en bancarrota!

¿¿¿QUIERES OBTENER SEIS CIFRAS AL MES DE INGRESOS PASIVOS CON TU CUENTA DE REDES SOCIALES???

Sí. Sí quería. De hecho, lo necesitaba.

De ahí el curso. De ahí mi voluntad de dar a Tammy Lane mil quinientos dólares para un curso que podría haber sido diseñado por un alumno de secundaria. De ahí mi paciencia mientras Tammy se lanzaba a su quinto monólogo sobre la luz interior divina. Por muy chirriante o genérica que me pareciera esa mujer, tenía que admitirlo: había algo que estaba haciendo bien. Algo que ella había descubierto y que yo, por alguna razón, no. Después de todo, nadie habría pagado mil quinientos dólares para que yo le aconsejara sobre Instagram.

Tras el gran discurso de Tammy en Zoom (prometió que hablaríamos de *cifras concretas* en la sesión de la semana siguiente), nos dividimos en salas de Zoom de diez y doce personas, donde nos daríamos retroalimentación abierta sobre nuestras cuentas. En mi sala, diez de las doce mujeres eran de Idaho y todas vivían en una granja. Durante una hora, nuestra mentora asignada, una joven llamada Cassidy, que tenía veinte mil seguidores y que, según me enteraría muchos meses después, era sobrina de Tammy Lane, nos guio a través de una serie de ejercicios espirituales para desbloquear a la *leona* que llevábamos dentro.

Lo primero que hicimos fue compartir, por turnos, algunos detalles sobre nuestra presencia en las redes sociales. Robin fue la primera.

—Hola, soy Robiiiin —dijo en un sonsonete alegre—. Y tengo un rancho de ganado.

Un coro de mujeres replicó al unísono, como el coro griego de una obra sobre estafas piramidales.

—¡Hola, Robin!

Cassidy subió el Instagram de Robin a la pantalla compartida, y colectivamente revisamos sus fotos, diciéndole lo que nos gustaba y

lo que no. Me gustan*:* las fotos espontáneas de sus hijos. *Auténticas.* No me gustan: los pies de foto en los que hablaba (*¡en broma!*) de odiar a las futuras esposas de sus hijos de doce y trece años. ¡Qué *cringe*! Me gusta: la foto de una tormenta eléctrica barriendo las llanuras, combinada con un pasaje bíblico sobre el poder del Señor. *Muy apropiado.* No me gusta: la imagen de Robin sonriendo junto a su carnicero local con una gran sonrisa, ambos cubiertos de sangre. *¡Qué pesadilla!*

—Estás *totalmente* en el camino correcto —dijo Cassidy apasionadamente—. Solo tienes que *centrarte* en un mensaje concreto. ¿Me entiendes? La expresión de angustia en el rostro de Robin indicaba que *no,* que *no* entendía lo que Cassidy quería decir, pero ya estábamos avanzando hacia Ashley Ann, una mujer de —lo has adivinado— Idaho, que ayudaba a su marido a dirigir —lo has adivinado— una granja ganadera.

—Estoy luchando mucho por *diferenciarme.*

Cassidy, nuestra intrépida líder adolescente, asintió sabiamente.

—Es lo más difícil y lo más importante. Tienes que cavar *hondo, muy hondo,* y responder: ¿Qué *me* hace tan especial? ¿Qué puedo ofrecer que los demás no puedan?

—Cierto —dijo Ashley Ann, asintiendo con fervor.

—Quiero decir *ahora mismo* —dijo Cassidy amablemente—. Dinos ahora mismo qué te hace especial.

La sesión de Zoom quedó en silencio.

—Ummmm —rumió Ashley Ann.

Era evidente que todas se acababan de dar cuenta simultáneamente de que estaban ante sus competidoras directas. Todas tenían algún tipo de granja. Todas intentaban vender sus productos directamente a los consumidores a través de internet.

—Soy… ¿graciosa? —dijo Ashley Ann—. ¿Y amable?

—Perfecto —respondió Cassidy—. ¡Así que ahora solo tienes que mostrar esas cosas en tu cuenta!

—Pero…

—Tengo una pregunta, en realidad —dijo nerviosa otra mujer—. ¿Alguna vez os han llamado… conejas?

Cassidy parecía confusa.

—¿Como que crías conejos?

—No, como que estás todo el rato pariendo.

Hubo una oleada de incomodidad. Pensé en el único comentario que había recibido en la última semana, de un usuario anónimo sin foto: Vibras de secta, fyi.

—Hablaremos de los *trolls* al final de la sesión —dijo Cassidy con firmeza.

Recorrió con la mirada todos los recuadros con caritas, tratando claramente de restablecer la sensación de autoridad.

—¡Siguiente! Vamos allá… ¡Natalie!

—¡Hola a todas! —dije a quince rostros vacilantes—. Soy Natalie. Mi cuenta es RanchoLosviejostiempos. Tengo algo más de mil seguidores ahora mismo y…

No sé si son personas reales. No sé por qué me siguen. No sé si les gusto. No sé qué hacer con ellos. No sé por qué estoy aquí.

—… me gustaría aumentar la participación en mi página.

Todo el mundo asintió con entusiasmo, un público de cabezas de pollo.

Cassidy puso mi cuenta en la pantalla.

—Veamos qué tenemos aquí.

La sala se quedó en silencio mientras ella se desplazaba lentamente por mi *feed.* Ahí estaba yo, sonriendo delante del establo, y luego Caleb, ordeñando nuestra última vaca lechera, y luego Clementine, danzando por los campos en blanco y negro.

—Muy bien, amigas —dijo Cassidy—. ¿Qué pensamos?

—Tu identidad de marca es un poco… rígida —contestó Ashley Ann.

—¿Qué quieres decir? —solté con energía.

—Pareces muy cansada —comentó una mujer.

—No pareces muy simpática —añadió otra.

—Usemos mejor la palabra «cercana» —dijo Cassidy rápidamente—. No parece muy cercana.

Cassidy dejó de desplazarse y se detuvo en una foto mía con los niños: Clementine apoyada en mis piernas, Samuel en un brazo y Stetson en el otro. Leyó el texto en voz alta. «Un hombre puede trabajar de sol a sol, pero el trabajo de una mujer nunca termina».

—Me gusta el texto —dijo Robin—. Es solo que… no sé exactamente qué es, pero hay algo que no me gusta.

—Es la sonrisa —aclaró Ashley Ann.

—¡Eso es! —exclamó Robin—. Es la sonrisa. En realidad, no pareces feliz. Parece que haces muecas.

Quince cabezas asintieron al unísono.

—Pero es mi sonrisa. Así es como sonrío.

—Esta es la cuestión, Natalie. —Cassidy puso una expresión empalagosa—. Creo que lo que Ashley Ann quiere decir es que parece que estás fingiendo.

Volví a reír, aunque sonó más como una tos.

—Pero ¿no fingimos todas?

Ashley Ann puso los ojos en blanco.

—Bueno, sí, más o menos, pero no tiene que ser tan obvio. —Miró a Cassidy en busca de aprobación—. ¿Verdad?

Cassidy asintió con gravedad.

—Las emociones tienen que ser *auténticas.* ¿Por qué no practicas sonreír en un espejo? Parece una tontería, pero funciona. No tienes ni idea de cómo te ven los demás.

—¿Mami?

Me di la vuelta. Clementine estaba en la puerta. Seis añitos, agarrando su mantita fuertemente en un puño. Ojos oscuros y vigilantes. Boca pequeña y encarnada como un capullo de rosa.

—¿Qué haces?

La sesión de Zoom había terminado. Era tarde. Caleb estaba en su despacho del granero, sentado frente al ordenador, y yo…, bueno.

—Estoy practicando ser simpática.

Clementine se acercó al espejo y miró su propio reflejo.

—¿Qué es simpática?

La coloqué frente a mí de modo que nos miráramos en el espejo. Por millonésima vez, me sorprendí de lo parecidas que éramos, hasta en el más mínimo detalle. Me recorrió un poco de irritación. «No tienes ni idea de cómo te ven los demás».

—Ya eres mayorcita, Clementine. Tienes que aprender a sonreír.

—¿Por qué?

Resistí el fortísimo impulso de presionar con los dedos la arcilla de sus mejillas y arrastrar los extremos de sus labios hacia arriba.

—Porque hace que otras personas se sientan seguras, cómodas y queridas. ¿No quieres hacer que otras personas se sientan seguras, cómodas y queridas?

Ella dudó, luego asintió.

—Entonces inténtalo. Intenta sonreír.

Lo intentó. El resultado fue terrible.

—Casi. Pero tiene que llegar a los ojos. Así.

Entonces le enseñé lo que había aprendido.

# 33

Mary se ha estado comportando de forma extraña durante toda la semana y, como resultado, toda la granja se ha inclinado sobre su eje.

Una mañana el desayuno llega con una hora de retraso. El antiguo Caleb tamborilea impaciente con los dedos sobre la mesa, mientras Mary, que se ha quedado dormida, prepara despreocupadamente los huevos en camisón y con el pelo sin trenzar. Otra mañana se queda dormida hasta el desayuno.

—Estoy cansada —murmura, y me da un manotazo en la mano cuando intento sacarla de la cama.

El ambiente es incómodo. La mecha de la paciencia de Mary —normalmente kilométrica para todos menos para mí— se acorta enseguida. Se enfada con los chicos por arrastrar barro hasta la casa, aunque lo hacen todos los días. Se enfada con Maeve por tararear, aunque también lo hace todos los días. En cuanto a mí, me ignora por completo. Apenas me ha dirigido la palabra desde el día en que me llamó Natalie. Y siempre que el antiguo Caleb está dentro, su mirada flota entre Mary y yo. Observa su mal genio, sus cuchilladas furiosas mientras prepara las patatas para la cena, y luego su mirada cae sobre mí con un golpe seco como un yunque. Sé lo que está pensando. *Haz algo.* ¿Pero qué?

Sufrimos cinco noches así. Entonces, un día, después de cenar, mientras estoy sentada junto al fuego con Maeve, veo por el rabillo del ojo: Mary, envuelta en una manta, pasando silenciosamente por la cocina y saliendo por la puerta principal.

—¿Adónde vas? —dice Abel.

—Fuera —contesta ella.

Así: *fuera.* Como si fuera una adolescente a punto de subirse al asiento trasero del coche de alguien. Cierra la puerta tras de sí. A lo lejos, más allá de la madera y el cristal, oigo crujir el porche bajo sus pies.

—¡Buf! —dice Noah.

—*Mujeres* —añade Abel, y los dos chicos niegan con la cabeza.

—Ve a hablar con ella —me dice el antiguo Caleb.

Le dirijo una mirada molesta.

—¿Por qué no vas *tú?*

—Esto es cosa de mujeres. Ve.

Cuando salgo, encuentro a Mary sentada en la escalera, con el cuerpo envuelto en mantas, el rostro tan tranquilo y pálido como los campos nevados que parecen casi azules bajo la luz de la luna.

Me siento a su lado. He traído mi abrigo, pero está remendado y gastado, y el frío ya me cala los huesos. Esta noche no puede hacer más de diez grados.

—Dime —le digo.

—¿El qué?

Pequeñas bocanadas de aliento colorean el aire entre nosotras.

—Dime lo que estás pensando.

Se queda callada un momento. Luego dice en voz baja:

—¿Te han mentido alguna vez?

Considero la pregunta, que se siente estructuralmente como una fina capa de hielo sobre una profunda masa de agua. Cualquier movimiento podría hacernos caer a los dos.

Pienso en mi madre, sentada al borde de la cama del hospital cuando yo tenía veinte años. «Pronto volverás a sentirte tú misma». Joven. Yo era tan joven entonces. Tan joven como para pensar que mi madre me decía la verdad. Pero estaba fingiendo, ¿no? Siempre fingiendo. Aunque no la culpo por ello, o por esperar hasta el momento justo para contarme el secreto. Todo es un juego vital, ¿no? No, más que un juego. Es la larga y dorada cadena de

insinceridad que une a toda la raza humana: un acuerdo compartido entre mujeres para insistir una y otra vez en una conversación interminable en que esto para lo que nos pasamos la vida preparándonos —esto para lo que *hemos nacido* — se acerque todo lo posible a lo que pensamos que sería. ¿Y sabes la verdad que se esconde bajo ese secreto? ¿El agua bajo el hielo? Nunca se detiene. Nunca se sale de ella. Tu madre te miente, y luego tú mientes a tus hijas, y luego tus hijas mienten a sus hijas, y luego tú eres una anciana, y miras hacia atrás en tu propia vida, y te mientes a ti misma. Toda una vida ahogándote, y luego estás muerta.

—Todo el mundo miente —digo.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que mentir todo el mundo?

Estoy a punto de responder cuando noto el brillo en el aire. No es solo el aliento. El rostro de Mary brilla, prácticamente fluorescente con la luz de la luna, su pelo levita en el aire alrededor de la cara, y es entonces cuando me doy cuenta: Él está aquí.

Un escalofrío me recorre. «Hola. Padre».

Lo siento en este porche. Lo veo en ella, hablándome. Está sucediendo ahora mismo: la prueba.

Todo se une. El paseo por el bosque y el rostro de Mary, extrañamente inexpresivo, como si estuviera experimentando una visión extática —«como si una fuerza sagrada hubiera entrado en ella»— y ese momento, tan raro, en que me llamó Natalie y lo aterrorizada que parecía, como si no hubiera controlado lo que decía.

El Señor me ha visitado a través de Mary.

Pienso detenidamente. «¿Por qué es inevitable que la gente mienta?». Técnicamente, lo cristiano es decir que la gente nunca debe mentir, pero *eso* en sí mismo parece una mentira. Por ejemplo: si mi madre no me hubiera mentido sobre la maternidad, quizá nunca habría tenido hijos. ¿Y no habría sido *eso* un pecado mayor que el que ella cometió al mentirme?

El Señor me mira ahora con fiereza. Sus mejillas están rosadas por el frío, o tal vez por la intensidad de sus sentimientos.

Respóndeme, Hija, me dice.

Las palabras salen de mi boca como si alguien tirara de una cuerda.

—La gente miente por todo tipo de razones. Mienten para herir a la gente y para ayudar a la gente y a veces porque no pueden soportar la verdad.

El Señor me observa de cerca ahora. Siento el calor de Su amor en mi cara.

Sigue, Hija, me dice. Sigue hablando.

—Nunca está bien mentir, pero lo hacemos de todos modos. Esa es la naturaleza del pecado. Por eso nos confesamos, y el Señor nos perdona nuestros pecados. Fuimos hechos rotos, y solo a la luz de Su amorosa gracia podemos llegar a ser completos.

Y Tú, Niña, ¿tienes algo que confesar?

Un miedo frío y oscuro se apodera de mí. Asiento con la cabeza. Tiemblo mientras susurro: «Señor, ayúdame, tengo mucho que confesar».

Pues bien. Adelante. Confiesa.

Abro la boca y sale un pequeño sonido ahogado. Inténtalo de nuevo, Niña.

—Shannon —consigo articular—. Caleb. Mi suegro, menudo bastardo, y *Clementine…*

Las palabras salen de mí en un torrente nauseabundo, y de pronto me siento vacía, vacía y fría, y la luz resplandeciente que rodeaba a Mary desaparece. Su rostro parece apagado y muerto, su boca dibujada y triste. Parece menos una niña y más un molde de arcilla de una niña.

—Clementine —dice al cabo de un momento—. ¿Acabas de decir Clementine?

El Señor se ha ido. Vuelvo a estar sola, sentada en este porche frente a Mary, que me mira fijamente con una extraña expresión de urgencia en el rostro. Me imagino diciendo la verdad. En lugar de eso, digo:

—No.

—Sí, lo has dicho. Has dicho Clementine. —Se inclina hacia delante, con una expresión casi de dolor—. ¿Quién es Clementine?

—He dicho que nadie —respondo con brusquedad.

Mary se echa hacia atrás como si la hubieran abofeteado. Nos miramos fijamente. Parece como si estuviera decidiendo si seguir presionándome, si preguntarme de nuevo. Pero se echa a temblar y se levanta, contemplando la oscuridad del bosque durante un largo rato. Luego vuelve a entrar sin decir palabra.

Yo también me levanto y sigo a esta hija que no es mi hija, a esta adolescente que también es mi madre, mi captora, mi salvadora, en este mundo frío e implacable.

# 34

—Hola a todos —dice enérgica Reena—. Normalmente no soy muy dada a este tipo de cosas, pero quería compartir con mi comunidad que, por desgracia, me he visto afectada por la reciente tanda de despidos de consultores y ahora estoy buscando una nueva oportunidad.

Estaba sentada en la mesa de la cocina cuando su vídeo apareció en mi *feed.* Mientras hablaba del estado de la economía, me pregunté si se había puesto bótox. Parecía un estereotipo de mujer moderna: sin poros, con los labios delineados y voz estridente. Debía de haber puesto un filtro en el vídeo. Su piel era demasiado beis, sus dientes demasiado blancos. Su positividad era tan obviamente fraudulenta que sentí una pizca de empatía por ella. Pobre estúpida, Reena. Se había hecho más vieja, pero no más sabia. Solo podía culparse a sí misma.

—… Así que, si sabes de alguna cosa, por favor, ¡házmelo saber! Ahora estoy en Nueva York, pero me trasladaría a la Costa Oeste si me lo propusieran.

Qué vergüenza para ella. Qué desesperada. Haciendo alarde de sus fracasos *online* de esta manera. Fingiendo que estaba totalmente de acuerdo con cómo le iba la vida, cuando era tan obvio que quería entrar en el cuarto de baño, cerrar la puerta detrás de ella y gritar en un…

Hice una pausa.

Reena y yo no nos parecíamos.

No. Desde luego que no.

Lo que *ella* estaba haciendo, prácticamente rogando a la gente que le prestara atención y dinero, era totalmente degradante, una completa humillación, y lo que yo hacía era…

Dejé el teléfono sobre la encimera. Sonreí a mis hijos.

En retrospectiva, me parece una coordinación divina que el día en que Reena anunció que había perdido el único trabajo que siempre había querido fuera el día en que por fin me contrataron, por así decirlo, para el mío.

Reena y yo teníamos veintiséis años aquella mañana. Yo tenía tres mil seguidores y estaba embarazada de nueve meses del bebé número cuatro. Clementine estaba sentada tranquilamente en el otro extremo de la mesa de la cocina, dibujando. Sus hermanos jugaban sobre una manta extendida en el suelo de la cocina: Samuel sostenía dos bloques de plástico y de vez en cuando los hacía chocar entre sí; el pequeño Stetson estaba tumbado boca abajo y levantaba la cabeza de vez en cuando como un viejo lagarto arrugado.

Entonces Caleb abrió la puerta de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire primaveral.

—¡Ven rápido!

Suspiré.

—¿Qué ha pasado esta vez?

Estábamos en nuestra quinta y sexta vaca lechera. Caleb se había convencido hacía poco de que vivirían más en pareja.

—No es eso —resopló—. Es… y *nosotros…* y *tú…*

—Señor, Caleb. Respira hondo. Vas a aterrorizar a los niños.

—Tú *ven al granero.*

Me dirigí a Clementine.

—Cuida a tus hermanos hasta que vuelva.

—No, mami —dijo inmediatamente—. Quiero ir.

—La próxima vez —le aseguré mientras me ponía los zapatos.

Caleb bajó rápidamente por la ondulante colina, gritando de vez en cuando a sus espaldas:

—¡Date prisa!

—Voy lo más deprisa que puedo —espeté mientras lo seguía, a trompicones y sin aliento.

Nuestra pequeña, Jessa, nacería en cualquier momento.

Hacía más de una semana que no iba al establo y me alegró ver que el interior parecía limpio. En el otro extremo de donde yo estaba, un mexicano mayor barría el suelo. Otro cepillaba un enorme caballo marrón y blanco. Mientras Caleb avanzaba rápidamente por el pasillo hacia su oficina, que estaba en una antigua sala de suministros, le dije:

—Caleb, ¿de quién es ese caballo?

—Nuestro —respondió—. Lo compré el otro día.

*—¿Tienes un caballo?*

—¡No hay tiempo! *¡Date prisa!*

Me volví hacia la oficina de Caleb y me detuve en seco.

—Oh, Caleb. Dime que no lo has hecho.

La habitación tenía el tamaño de un armario de suministros —probablemente había sido un armario de suministros—, pero ahora estaba literalmente cubierta del tipo de tecnología que yo asociaba con los adolescentes. Había tres grandes monitores de ordenador apiñados en un pequeño escritorio encajado en una esquina; Caleb estaba sentado frente al escritorio, despejando apresuradamente la otra silla para hacerme sitio.

—Rápido —dijo—. Siéntate, antes de que acabe la sección.

Me senté, observando el entorno con un nudo en el estómago. Me vino una imagen a la cabeza: Caleb convocando a uno de los trabajadores a su despacho para una «conversación de negocios», intentando parecer serio entre todos estos cacharros modernos.

—Este tipo lleva diez minutos hablando de tu cuenta —dijo Caleb.

Seguí su mirada hacia el monitor del ordenador central, donde se estaba retransmitiendo en directo. En una mitad de la pantalla, un hombre corpulento con una gran barba estaba sentado frente a un micrófono de tamaño industrial. En la otra mitad de la pantalla estaba yo. Sonriendo. Superpuesta en su pantalla.

Caleb pulsó la barra espaciadora y el volumen sonó por los altavoces.

—… *este* es el tipo de mujer que va a volver a encarrilar nuestro país. Nada de esas mujeres urbanas ni esa mierda de la igualdad entre sexos. No. Esta es una esposa aria, sana y tradicional.

Iba haciendo clic en mis fotos de Instagram, lo que creaba un efecto de libro de animación con la imagen de mi sonrisa por toda esta granja. Yo delante del granero, yo delante de una batidora de pasteles, yo sentada en el porche delantero, acariciando mi tripa.

—Tío, si más familias en América actuaran como esta…, pensadlo. Celebrar la familia nuclear en lugar de denigrarla. Apreciar las funciones distintas e igualmente valiosas del hombre y la mujer en lugar de cuestionarlas constantemente. Alimentarnos de comida local, trabajando la tierra y difundiendo buenos valores cristianos. —El barbudo rio con ganas—. ¡Me ha convencido! Vamos a hablar más de esto después de un breve descanso para nuestros patrocinadores…

Desaparecí de la pantalla, sustituida por una imagen de archivo de tres botes de proteína en polvo. Cuando el hombre empezó a leer un guion —«CardioChocoBoom está clínicamente garantizado para aumentar tu masa muscular en un seiscientos por ciento»— me volví hacia Caleb.

—¿Qué está pasando?

—Este es uno de los programas de entrevistas diarias más populares *online,* Natalie. Es una *pasada,* y te encontró gracias a mí. ¿Sabes esos colegas de internet que tengo?

—Claro.

«Colegas de internet», había repetido mi madre con fe, como resumen de su desvarío de cuarenta minutos. Ma-nos-fe-ra. Aquella mujer tenía la paciencia de una santa de verdad.

—¡Pues *este tío* está en uno de ellos! No tenía ni idea, porque todos los nombres de usuario de los foros son anónimos, ¡pero estaba allí! Todo el tiempo. ¡Hablando conmigo y con los otros chicos como una persona normal! ¿Te lo puedes creer?

Volví a mirar al barbudo, que me parecía una persona normal.

—¿Y hablaste de mí en tu… foro?

Caleb asintió enérgicamente.

—Hablé de nuestro rancho y compartí una foto de tu cuenta. La del embarazo de ocho meses.

Asentí. Esa había funcionado relativamente bien para mi cuenta. Unos cientos de «me gusta», un puñado de comentarios alegres y genéricos de otras cuentas alegres y genéricas de granjeros. #mamiembarazada

Caleb parecía darse cuenta de que yo no estaba procesando esta información como a él le habría gustado, así que insistió.

—Natalie, esto es un gran negocio. Este tipo tiene *decenas de millones* de suscriptores. Seguro que estás ganando cientos de nuevos seguidores ahora mismo.

Saqué mi teléfono justo cuando el barbudo volvía de su pausa publicitaria.

—Bueno, como iba diciendo —empezó, pero el resto de la frase se me escapó, porque acababa de ver mi número de seguidores: diez mil—. Lo que todo hombre necesita para hacer su trabajo es una esposa que sepa hacer su trabajo. ¿Y ella, Natalie Heller Miller, quién es? Pues una esposa que hace su trabajo. Quiero decir, miradla. Horneando su propio pan, ordeñando sus vacas, manteniendo a sus hijos *sanos* y *salvos* y *bien alimentados…*

Volví a actualizar mi cuenta: quince mil seguidores.

—Mirad lo duro que trabaja esta mujer. Mirad lo exhausta y hermosa que se la ve. *Esto,* amigos míos, es el verdadero sueño americano. No esa pesadilla de rueda de hámster de las ciudades. No dejéis que los medios os engañen…

Encontré mi voz.

*—Caleb*.

Me miró y le di mi teléfono.

—Joder —susurró.

Veinte mil seguidores.

Mientras Caleb refrescaba —veintidós— y refrescaba de nuevo —veinticuatro— y refrescaba de nuevo —veintiocho—, yo empezaba a procesar lo que aquel hombre había dicho. *Exhausta y hermosa:* ¿se me veía exhausta? ¿Y por qué eso era bueno? ¿Y había dicho que hago todo el pan desde cero? Podía contar con una mano las veces que lo había hecho en mi vida. La foto que había compartido en mi cuenta de una hogaza de masa madre la había comprado. Ahora hablaba de mi cocina y decía que no utilizaba microondas porque eran radiactivos y provocaban cáncer. Pensé en el microondas de nuestra despensa, feo, oculto a la vista, y dije en voz baja:

—Creo que en eso puede haber habido un error.

En las siguientes veinticuatro horas ganaría más de trescientos mil seguidores. Estaba tan aturdida por la cifra que tardé bastante más en darme cuenta de cuántos de ellos estaban enfadados.

Esta mierda es tan falsa

Lol esta mujer se ve muy amargada

¡Alerta de culto religioso, ding ding ding!

¡Esto no es la vida real!

Al día siguiente, mientras tomábamos un café, Caleb y yo leímos los comentarios en silencio.

—Vaya —dijo finalmente—. Hay muchas Mujeres Enfadadas.

# 35

Hoy Abel cumple trece años. Es el día en que se hace hombre. Nos sentamos a la mesa y le cantamos. No recibe ningún regalo. Parece muy tímido ante tanta atención.

—Ya eres un hombre —dice el antiguo Caleb.

Pero en realidad no lo es. Todavía no se le ha quebrado la voz. Sigo siendo medio metro más alta que él.

Comemos juntos nuestros huevos y galletas, y los niños adivinan qué clase de hombre será Abel.

—¡Valiente! —dice Noah.

—Amable —corrige Mary.

*—¡ENORME!* —grita Maeve.

Todos nos reímos.

Cuando termina el desayuno, el antiguo Caleb mira a Abel.

—¿Estás listo? —dice.

Abel parece aterrorizado. Traga saliva y asiente.

Mary, Maeve, Noah y yo nos quedamos en el porche, observando en silencio cómo Abel y Caleb bajan lentamente la colina. Abel ya es mayor, ¿para qué? Solo el antiguo Caleb lo sabe. El resto de los niños se limita a repetir como loros lo que él les ha dicho. Se van al *bosque lejano.* Van *a todas partes.*

Lo que estoy pensando: «Es fácil ir a todas partes cuando eres tú el que pone las trampas».

—Buena suerte —le grita Noah a su hermano cuando casi se han perdido de vista.

Abel se gira a medio camino para gritarle algo de vuelta, pero entonces el antiguo Caleb pasa el brazo por los hombros de Abel,

guiándolo hacia adelante, y pronto los dos se alejan, se pierden de vista camino a un lugar al que solo pueden ir los hombres.

«Confía en el Señor», me recuerdo. Por fuera sonrío. Por dentro me siento como Noah en este momento: desesperadamente triste porque me han dejado atrás.

—Bueno —dice Mary—. Qué mañana tan emocionante. —Se vuelve hacia Noah y le dice suavemente—. Te tocará a ti antes de que te des cuenta.

—No —dice él—. Pasarán años y años.

—¿Cuándo me tocará a mí? —pregunta Maeve.

—Nunca —murmura Noah irritado, y ahora la cara de Maeve también ha decaído.

Me vuelvo hacia los niños.

—Oye, ¿por qué no hacemos algo divertido hoy? Podríamos ir a recoger flores, o jugar a indios y vaqueros, o…

Miro a mi alrededor en busca de inspiración. ¿Qué hacen los niños pioneros para divertirse? Mi mirada se posa en el caballo, parado en las sombras lejanas del muelle.

—¿Y el caballo? ¿Por qué no os turnáis para montarlo?

—Recoger flores es cosa de niñas, y los caballos no están hechos para ser montados —dice Noah, exasperado—. ¿Entiendes algo?

Me río confusa.

—¿Cómo que los caballos no están hechos para ser…?

Él brama a su vez.

¡No entiendes nada!

—Noah —dice Mary bruscamente antes de que yo pueda responder—. No le hables así a tu madre.

—Pero si es una inútil —grita. Tiene la cara roja. Parece desesperado—. ¡Es tan mala como madre!

—Noah. ¡Basta!

Mary está a punto de darle una bofetada.

Le toco el hombro.

—De verdad, no pasa nada. Estoy bien. —A Noah le digo suavemente—: ¿Quieres ayudarme a hacer pan?

—¡No! —grita—. Eso es cosa de mujeres.

Mary se acerca a Noah, ya sea para reprochárselo u ofrecerle consuelo, pero él se aleja. Ahora está aún más alterado. Las lágrimas le caen por la cara.

—¡Mujeres tontas! —grita, y luego baja corriendo las escaleras del porche y se dirige al granero.

—Dejémosle —dice Mary.

Horas más tarde, cuando la cena está lista, Mary baja al granero. Vuelve con Noah en brazos, acurrucado de modo que parece mucho más pequeño de lo que es en realidad. Está cubierto de heno y profundamente dormido. Me quedo de pie junto al fregadero, mirando por la ventana cómo lo sube lentamente a la casa.

El sol se está poniendo. Los hombres aún no han vuelto.

# 36

El soporte del iPhone que había comprado en Amazon era una porquería. Se suponía que debía mantenerse firme sobre cualquier superficie, un trípode plegable con un cuello de alambre como un brazo de pulpo, diseñado para girar y girar de modo que pudieras hacer una foto desde cualquier ángulo. Un accesorio ideal para todo influencer serio, decía la caja, pero las patas de plástico que lo mantenían estable eran demasiado blandas y el brazo de pulpo no tenía el agarre suficiente para sujetar el teléfono en su sitio, así que cada vez que por fin conseguía colocarlo en la posición perfecta el iPhone caía estrepitosamente al suelo cuando empezaba a cortar la primera zanahoria. Si quería que no se moviera, tenía que encajarlo en su sitio con dos libros de cocina a cada lado. Normalmente eso funcionaba.

Eran las cinco y media de la mañana. Ya llevaba dos horas levantada. Me había secado el pelo y lo había peinado en una trenza cuidadosamente desordenada y obscenamente voluminosa. Había pasado veinticinco minutos maquillándome; hacía poco que dominaba un tutorial de YouTube sobre cómo conseguir una tez *nude* espectacular. Mientras cortaba las verduras, mantenía una expresión inofensivamente agradable. Me recordaba a mí misma que no debía dirigir el cuerpo hacia la tabla de cortar y concentraba toda mi energía en respirar. Fueron lecciones que me costó mucho aprender. En mi primer intento de hacer un vídeo de cocina, semanas antes, había grabado unas siete horas de contenido sobre horneado de pan antes de darme cuenta de que mi cara parecía tensa y contraída. Prácticamente podía oír el quejido empalagoso de

Ashley Ann: «¡No pareces muy simpática, Natalie! Inténtalo de nuevo».

Habían pasado poco más de tres meses desde que aquel hombre barbudo exhibió mi cuenta en su programa. Ahora teníamos un millón de seguidores. *Yupi.* El cambio en el crecimiento había sido tan pronunciado que el aire en el Rancho Los Viejos Tiempos parecía más fino que antes. Como si físicamente nos eleváramos por todas esas miradas puestas en *nuestro pequeño rincón del universo.*

¿Por qué yo?

Esta era la pregunta que me rondaba por la cabeza cada mañana cuando me levantaba y me preparaba para enfrentarme a un público del tamaño de una pequeña nación; cuando me daba cuenta de que querían contenido de vídeo además de fotos; cuando me percataba de que mi contenido de vídeo no estaba ni de lejos a la altura; cuando acostaba a los niños y me quedaba despierta hasta las tres de la madrugada leyendo tutoriales sobre cómo hacerlo bien; cuando me pasaba horas navegando por internet en busca de una receta para plagiar; cuando me recordaba a mí misma una y otra vez que el fracaso no era una opción. «¿Por qué yo?».

Porque sí. Era como decía Doug: un buen político no cambia sus políticas, solo los mensajes.

Una buena influencer no se cambia a sí misma, solo el *packaging.* Y mientras Tammy Lane y Cassidy y Ashley Ann y Robin y todas esas otras mujeres idiotas no habían entendido la clave del *packaging* perfecto, el hombre barbudo sí. El día que hizo ese directo, me ofreció un curso intensivo de marketing que literalmente no tenía precio: me enseñó a comercializarme a mí misma y, por si fuera poco, enseñó al público a quererme.

Lo que me hizo pensar en algo que había leído hacía mucho tiempo, en la universidad, la noche después de mi cita con Caleb en el restaurante italiano. Los vasos de agua fría, esa pasta con trufa. El sabor más extraño que jamás había probado. Terrible, pero a la vez apetitoso.

—Confía en mí —me dijo Caleb, cuando le expresé mi confusión—. Le cogerás el gusto y te obsesionarás.

Aquella noche, de vuelta en mi dormitorio, entré en internet y me informé sobre los cerdos adiestrados para buscar aquellos manjares en la naturaleza. El olor les resultaba tan embriagador que casi los volvía locos.

Al parecer, las personas no son tan diferentes de los cerdos. Una vez que aprenden que una cosa podrida se puede comer, se la comen, y luego se convierten en adictos a ella. Dejarán que los vuelva locos.

¿Ese hombre barbudo? Fue la primera persona en oler la podredumbre de nuestra granja y etiquetarla como un manjar. ¿Esos granjeros del Rancho Los Viejos Tiempos, con la joven madre exhausta y el vaquero sonriente? Resultó que no estaban podridos en absoluto, sino que eran una visión perfectamente fermentada de América.

«Delicioso», anunció el barbudo, y todos los demás se abalanzaron hacia mí con sus tenedores.

Por qué habla así?

en serio, cuándo duerme esta mujerrrrrrr?

estoy obsesionado contigo

no puedo creer que tanta gente esté comprando la mierda que vende esta mujer

Ojalá mi vida fuera la mitad de perfecta que la suya!!!!!!

El objetivo de una influencer no es ser adorable ni insoportable. El objetivo es ser ambas cosas a la vez. En otras palabras: «adictiva».

Esa era solo la primera de las muchas lecciones que había aprendido desde el día en que me hice viral. ¿Otra lección? Las Mujeres

Enfadadas, como las había apodado Caleb, estaban sobrecargadas de trabajo y mal pagadas. Esto lo entendí tras muchas noches de insomne investigación demográfica, en las que hacía clic en cientos de cuentas que me seguían, observando dónde vivían, sobre qué publicaban, quiénes decían ser. Las conclusiones que saqué: casi todas esas mujeres tenían trabajos de mierda, hijos insoportables y maridos perdedores. O estaban solteras y eran unas quejicas deprimidas. En cualquiera de los dos casos, querían que el contenido que consumían fuera vacío y placentero, al contrario que sus vidas. Estas mujeres querían —no, necesitaban— que yo fuera perfecta. Al fin y al cabo, cuanto más apretadas estén las costuras, más relajante será deshacerlas.

Al mismo tiempo, la Mujer Enfadada decía querer *honestidad* o al menos una ilusión convincente. Lo que significaba, en la práctica: una mujer perfecta haciendo una comida perfecta y derramando de vez en cuando un poco de harina por el camino, *¡ups!*; una madre cariñosa que se acerca a una docena de niños sonriendo con feliz agotamiento mientras su hija arrastra un dedo por un cuenco de glaseado, *tan mona;* una esposa paciente que pone los ojos en blanco con adoración sin fondo por el hombre que deja huellas de suciedad en el suelo recién fregado, que la golpea o la castiga o habla por encima de ella hasta que se queda en silencio. *¡Mi maridito!*

> en serio, ¿sus hijos se quejan alguna vez?
>
> @RanchoLosviejostiempos de donde sacaste ese vestido????
>
> aun no sé si su marido es un psicópata o no lol
> ☠ ☠ ☠

Una tercera lección: cuanto menos hable una mujer, mejor. Esa admito que ya la sabía.

En el momento justo, miré a la cámara y dibujé una sonrisa cercana y cansada. Terminé de cortar las verduras, las eché en un gran cuenco de cerámica y dejé escapar un exagerado suspiro de satisfacción. Me detuve en esa posición durante tres largos segundos. *Unooo, doooos, treeees.* Esto facilitaba el empalme del vídeo. También permitía una breve relajación del rostro, un momento para que se borrara la expresión y los ojos se oscurecieran. Caminar entre sprints para soltar el ácido láctico.

Consulté la receta por duodécima vez y luego cerré los ojos, repasando una serie de rápidas ecuaciones matemáticas, la taza de harina multiplicada por el iPhone que me grababa dividido por el momento en que mis hijos iban a despertarse. Mi cerebro gemía de felicidad bajo la presión. Qué alivio volver a sentir el esfuerzo galopante de mi propia inteligencia. Me sentía como si hubiera vuelto al instituto; no, me sentía como si fuera una niña otra vez, un bebé, duplicando mi inventario de instintos casi a diario. Desarrollando un conocimiento similar al de un ordenador para cocinar, hornear y producir. Cada noche sin dormir me acercaba más al pleno dominio de… mí misma, supuse. De mi actuación. La de *ella.*

Después de las verduras, el codillo. Primero, el cordel. Abrí el cajón de los cubiertos, luego el de los utensilios de cocina. No había cordel. ¿Dónde demonios estaba? Cerré la puerta de golpe.

—Caleb. Despierta.

Caleb se puso de lado y me miró en la oscuridad.

—¿Qué hora es?

—Las seis —susurré.

Estaba sentada a un lado de la cama, poniéndome un jersey nuevo. Era de suave cachemira lila y había costado seiscientos dólares, lo máximo que me había gastado nunca en una sola prenda. La analista en colorimetría que me había analizado *online* casi un mes antes era una apasionada de esta marca; y me había dicho que su estilo era muy yo.

—Tengo que ir a por cordel para el codillo —dije, doblando los puños como ella me había enseñado.

—Me llevaré a Jessa, pero tienes que levantar a Clementine, Samuel y Stetson, vestirlos y darles de comer. Volveré en treinta minutos. Cuarenta, máximo.

—Cordel —repitió entre dientes—. Levantarlos. Cuarenta minutos. ¿Por qué?

Pero yo ya estaba en la puerta.

Dentro del coche, coloqué el soporte de la cámara en el salpicadero, me miré el pelo y pulsé grabar.

—¡Buenos días a todos! Otro día ajetreado en el rancho. Pensaba que ayer había comprado cordel, pero no lo encuentro por ninguna parte, así que ahora tengo que ir al supermercado a comprarlo, lo que significa que hoy va a ser otro día de *mucho* lío. Pero por suerte tengo a mi compañera de trabajo favorita conmigo para el viaje.

Desplacé el teléfono para capturar a Jessa, de seis meses y profundamente dormida en su sillita. Luego pulsé el botón de fin de grabación, encendí el coche y pisé el acelerador.

El teléfono sonó cuando entré en la autopista. Era Doug.

—¿Cómo está mi nuera más famosa?

—Estoy bien, Doug. ¿Cómo va la campaña electoral?

Doug estaba practicando algunas estrategias nuevas de campaña antes de la *gran* carrera. Un empujón presidencial en dieciocho meses.

—Oh, estoy bien —dijo Doug, repitiendo mis palabras—. Ocupado. Ya sabes.

Se aclaró la garganta y suspiré. Sabía lo que venía a continuación. Era la única razón por la que Doug alguna vez me llamaba, aunque le gustaba fingir que no.

—Así que escucha —comenzó casualmente—. Sé que ya hemos hablado de esto antes, pero estaba pensando que podrías tomarte un tiempo en las próximas semanas para…

—Sabes que no puedo hacer política en mi perfil, Doug.

—¡No estoy pidiendo nada loco! Solo, diablos, no sé. —Hizo una pausa teatral, como si estuviera pensando en ejemplos sobre la marcha, como si no estuviera mirando una lista escrita por un becario hacía un momento—. Tal vez podrías repostear un vídeo mío de esa audiencia en el Senado. O qué tal esto, tu última factura de la compra. Léela línea por línea. Y no puedes *creer* lo caras que se están poniendo las cosas, y te preocupa que tus hijos se mantengan a flote dentro de veinte años…

Doug estaba desesperado por llegar a los jóvenes.

—Ya te he dicho con qué me siento cómoda —dije con firmeza—. Y eso es aparecer en tus actos de campaña, compartir fotos mías y de los niños en tus mítines. Convertirlo en un asunto familiar. Ahí es donde empieza y ahí es donde acaba.

Doug rio con fuerza.

—Sabes que nos acercamos rápidamente a una encrucijada en este país, Natalie. Las próximas elecciones van a ser importantes.

—¿Por qué? ¿Porque van a ser las tuyas?

Doug se rio. Esto es lo que mi cuenta en las redes sociales me permitía: ahora podía desafiar a Doug, y cuando lo hacía, tenía que reírse.

—Solo te recuerdo lo importante que es todo esto. No es, o, mejor dicho, no es *solo…* —Se interrumpió, tan repentinamente frustrado por mi negativa a colaborar que parecía perplejo—. Escucha. Lo estamos complicando. Solo te pido que escribas un simple *post* diciendo que soy un gran líder. Y ya está. Esto no es complicado, Natalie. No tiene por qué ser tan complicado.

—No he dicho que fuera complicado —dije, mi tono ácido como un limón—. He dicho que no lo iba a hacer.

—¿Sabes, Natalie? No me gusta hablar de dinero.

Mentira. A Doug le encantaba hablar de dinero.

—Te dimos mucho dinero. Te ayudamos a construir ese rancho.

—Soy consciente. Estoy muy agradecida por vuestro apoyo, a mí y a vuestro hijo y a vuestros nietos.

—Bueno, ¿y si el mundo se enterara de cuánto dinero te di?

Hice una pausa. Doug nunca había recurrido a esta táctica.

—¿Me estás amenazando, Doug?

—¡Claro que no! Solo… —Exhaló lenta y ruidosamente al teléfono—. Escucha. Se avecina una guerra, Natalie. Una *gran guerra.* Y no seré *yo* quien tenga que vivir sus consecuencias.

—Eso me han dicho.

En esa época la guerra civil estaba de moda en los foros. Caleb había hablado de ello sin parar durante un tiempo, advirtiendo cada noche que un cisma nacional era inevitable, sobre la necesidad inminente de milicias locales y armas caseras. En una ocasión me volví hacia él y le dije: «Bueno, al menos ahora podrás ser soldado y herrero, ¡como siempre quisiste!». Eso hizo que se callara enseguida.

—Escucha, Doug —le dije—. Estoy entrando al parking de Whole Foods. Lo comentamos más tarde.

El continuó hablando más rápido ahora, como un participante en un concurso televisivo luchando contra el cronómetro.

—Guerra civil, Natalie, ¿me oyes? Lo reconozcas o no, se acerca. América se dividirá. *No será bonito.* Tenemos que actuar juntos como nación, y *rápido,* a menos que quieras una, una, *una guerra civil* para tus hijos, y los hijos de tus hijos…

—Mmm, lo sé. Guerra civil. Da mucho miedo. Escucha, estoy en el súper. ¿Podemos seguir en otro momento?

Colgué antes de que pudiera responder, luego revisé mis notificaciones rápidamente.

Me explota el cerebro, cómo puede hacer todo eso?

Hola a todos, aquí un agricultor local, solo quiero decir que sus prácticas agrícolas no son nada éticas

amigo, escucha, esta mujer es patética

La primera semana después de que me hiciera viral, comentarios como estos me habían desestabilizado hasta el punto de que apenas podía caminar en línea recta. Ahora prácticamente podía escribirlos yo misma.

Y entonces pasé por delante de un nombre que reconocí. Hice una pausa y pinché en la solicitud de mensaje.

> Hola, Natalie. Soy Reena Magliotti, de la universidad. Sé que es un poco *random,* pero ahora soy becaria en America News y me preguntaba si alguna vez harías una entrevista conmigo. Sé que aún no has dado ninguna entrevista, ¡pero podría ser un reencuentro divertido! Ya me dices.

Solté un pequeño resoplido de diversión. Pobrecita. Debía de haberse tragado su orgullo para escribir ese mensaje. Y ser becaria a los veintisiete años, ¡caray!

Dentro del supermercado me moví con rapidez, cogí dos ovillos de cordel y añadí algunas cosas más al carrito. Coles de Bruselas, zumo verde, levadura activa. Mientras pasaba por caja, la mujer que estaba detrás de mí me tocó el hombro.

—Disculpa, lo siento…, pero: ¿Eres Natalie Heller Mills?

Hice una pausa.

No pensaba que me fuera a pasar hoy. Lo cual era una tontería. Podía ocurrir en cualquier momento que saliera del rancho, pero aun así…

Cerré los ojos, respiré hondo y conté hasta tres.

Esto, justo esto, es lo más extraño de hacerse famoso en internet: puedes tener millones de seguidores y aun así no tener ni una sola interacción en persona con un fan durante meses.

—¡Hola! —dije—. Sí, soy yo. ¿Nos conocemos?

Esta es la respuesta que había decidido. Amistosa, pero cercana. «Estrellas: ¡son como nosotros!».

—¡Dios mío, soy una gran fan de tu cuenta!

Parecía fascinada con que las compras de mi carrito fueran tan *yo.* Tan orgánicas. «Venga, haz una foto», estuve a punto de decirle.

—Lo siento —dijo, y se rio—. No puedo creer lo guapa que eres en la vida real.

—¡Tú también eres muy guapa! —respondí inmediatamente.

La verdad es que la cosa iba bien. ¿De qué tenía tanto miedo? Era divertido.

—No, no, no. —Ahora estaba sonrojada—. He salido corriendo esta mañana a por huevos. Seguro que tengo el pelo hecho un desastre…

—Bueno —le dije cariñosamente—, seguro que la próxima vez lo harás mejor.

La mujer frunció el ceño. «Mal, Natalie. Torpe». Me tragué una oleada repentina de furia contra mí misma. La mujer me devolvió la mirada y su expresión se tiñó de incertidumbre.

—¿Así que vives en la zona?

—En realidad no. Técnicamente sí, pero no en la ciudad ni nada.

La tensión cortaba el aire entre nosotras. Mi respuesta había sido errónea, no solo por el contenido, sino también por el estilo: pesada cuando debería haber sido ligera, condescendiente cuando debería haberme mostrado agradecida. ¿Había insinuado erróneamente que vivir en la ciudad era de baja categoría? No sabría decirlo. Ahora un malestar familiar me llenaba el pecho, una conciencia corporal del extraño horror que llenaba la mente de esta mujer: yo no era la misma Natalie que ella tanto amaba. Como mucho, estaba cerca. Casi. Un clon, o un robot. La hermana gemela que nadie conocía. Natalie-adyacente. De tono más agudo. No tan alta como había imaginado.

En resumen: seguía siendo yo. Lo que significaba que no me parecía en nada a *ella:* la Natalie que vivía *online.*

A decir verdad, esa era la razón por la que aún no había aceptado ni una sola solicitud de entrevista, a pesar de haber recibido docenas: sencillamente, no estaba preparada.

—Bueno —dijo la mujer—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente —le dije, un poco demasiado cariñosa, mientras le entregaba la tarjeta a la cajera—. Muchas gracias por seguirme.

Atravesé rápidamente el aparcamiento, con el carro de la compra traqueteando sobre el pavimento y la mirada fija en las luces de freno de mi coche. Estaba metiendo la bolsa de la compra en el maletero cuando volví a oír a aquella mujer.

—¡Eh! ¡Natalie! Un momento.

Me recorrió un temblor. Pensé en fingir que no la oía, pero decidí no hacerlo. Cuando me di la vuelta, la mujer estaba de pie, sonriendo expectante.

—Acabo de darme cuenta de que nunca te he dado las gracias. —Soltó una carcajada nerviosa—. Por eso quería hablar contigo para darte las gracias. Hace poco di a luz y fue…

Hizo una pausa, miró rápidamente al cielo y parpadeó con rapidez. Dios: estaba intentando no llorar.

—Fue muy duro.

Me pregunté cómo sería mi expresión en ese momento. Si estaba transmitiendo la medida correcta de comprensión y preocupación.

—Han sido unos meses muy largos —continuó—. Muy oscuros. No he sido yo misma. Pero cuando me encontré con tu cuenta, me sentí muy inspirada. Pareces una madre increíble.

—Oh —dije—. Bueno, eso es muy amable de tu parte.

En ese momento, un chillido vino del asiento trasero, y a la mujer casi le salta el corazón.

—Oh —reaccioné—, ¡no te preocupes! Es mi niña, Jessa.

Miró al coche y luego a mí.

—¿Has dejado a tu bebé en el coche mientras ibas de compras?

Oh.

Oh no.

No, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no…

Mi cuerpo se inundó de cortisol. Mi visión se nubló. Apenas pude oír lo que dije a continuación. Algo sobre ser una compradora muy

rápida (respuesta equivocada). Algo sobre criar a nuestros hijos como en los viejos tiempos (peor respuesta). A través de la niebla de mi pánico, pude ver la expresión de la mujer.

Perturbada. Parecía perturbada.

De algún modo, la conversación terminó. De alguna manera estaba conduciendo de vuelta a casa. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Podía sentirlas, pero no estaba llorando. Estaba sonriendo. ¿No? ¿Sonreía?

Lo que deseaba haberle dicho a esa mujer: Yo también estaba *perturbada.* De hecho, «perturbador» era la única palabra para describir el enorme abismo de espacio entre lo que necesitaba ser y lo que era actualmente. Estoy trabajando en ello, quise decir. «Estoy trabajando día y noche en este asunto. El servicio de atención al cliente está al corriente de la avería. Estamos trabajando para que el servicio vuelva a funcionar en breve».

Mientras conducía por las sinuosas carreteras de montaña de vuelta al rancho, tarareando suavemente para mantener a raya el hambre de Jessa, traté de planificar visualmente el resto de mi día. Para cuando llegara a casa, los niños estarían todos despiertos, los dos niños golpeándose el uno al otro en el cráneo con bloques de madera. Caleb impartiría su lección diaria de treinta minutos de educación en casa con Clementine. «Dios creó a los dinosaurios. ¡Los rascacielos dan cáncer!». La camisa de Clementine probablemente estaría del revés; probablemente habría que cambiarle el pañal a Stetson. Caleb, por su parte, estaría deseando salir para el establo; la mayoría de sus retransmisiones en directo favoritas empezaban a media mañana. Así que me dejaría con los niños y yo le pediría a Clementine que cuidara de Samuel mientras yo me ocupaba de Stetson y Jessa, cambiándoles los pañales, poniéndoles cremas para el sarpullido, dando de mamar a Jessa y preparándole a Stetson un biberón de leche caliente. Para entonces, todos los niños estarían desesperados por salir a la calle, por pasar

*tiempo al aire libre,* y yo me quedaría en la hierba viéndolos revolcarse, jugar y reír. Ese sería un buen momento para poder pensar la receta. Y luego llegaría la hora de comer, y luego la de la siesta, y todos menos Clementine dormirían durante dos horas, momento en el que podría acomodarla con un libro en el sofá y decirle que es «la hora de tranquilidad para mami». Dos horas, tiempo de sobra para filmar. Y luego los niños se despertarían y habría que darles de comer y cambiarles el pañal y entretenerlos de nuevo, pero sí, mientras aprovechara la hora de la siesta y no cometiera ningún error con la receta, podría terminar de filmar a las cuatro, quizá a las cinco a más tardar…

—¿Natalie?

Me di la vuelta. Era de noche. Caleb estaba en la puerta, sosteniendo un cubo y un picahielos.

Dijimos a la vez:

—¿Qué haces?

Se hizo un largo silencio.

—Clementine vino al granero —dijo Caleb—. Dijo que no había comido.

Como si se diera por aludida, Clementine se adelantó por detrás de Caleb. «Zorra», pensé antes de poder contenerme, seguido inmediatamente por: «No, claro que no, solo es una niña, solo tu niña». Estaba tan cansada.

—Te has vuelto a olvidar de hacerles la cena, ¿verdad?

—No se me ha olvidado —señalé el asado que tenía delante—. Está aquí mismo. Está casi lista.

Caleb parecía realmente preocupado.

—Son las nueve de la noche.

Parpadeé. El suelo estaba inclinado. Apoyé una mano en la encimera para no caerme. Miré impotente alrededor de la habitación. Stetson y Samuel dormían en el parque infantil, tumbados boca abajo. Un vistazo al vigila bebés mostró a Jessa en

su cuna. «Gracias a Dios —pensé, antes de poder censurar mis propios pensamientos—. Gracias a Dios que la puse en la cuna».

—Debo de haber perdido la noción del tiempo.

Me miró incrédulo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Yo —dije—. Yo… yo…

—Natalie —dijo Caleb con fiereza.

Qué pocas veces decía mi nombre en voz alta.

Hice una pausa. Luego dije algo horrible, algo que llevaba semanas pensando:

—Creo que tal vez necesitemos… una niñera.

—Nuestros hijos no necesitan una niñera —respondió inmediatamente—. Necesitan una madre.

Jaque mate. No había réplica posible. Asentí con la cabeza, debidamente escarmentada. Tenía razón, por supuesto. ¿Qué clase de madre no podía cuidar de sus propios hijos?

—Nada de niñeras —repitió Caleb.

Entonces la expresión de mi marido se suavizó y apoyó una mano en la encimera igual que yo, como para estabilizarse, y me di cuenta de que él también estaba agotado. Se dio un momento para recuperarse de su propia actuación constante, no del papel que yo había pensado que asumiría («¡Hola, vaquero!»), sino de algo mucho más sutil y, por lo tanto, más exigente: el de un hombre cristiano curtido. Ya no jugaba con los niños, no de la misma manera que antes. A veces lo sorprendía mirándolos con nostalgia, especialmente al pequeño Stetson o a la pequeña Jessa, pero en realidad ya nunca actuaba en consecuencia. No podía. Los hombres de verdad no hacían esas cosas.

—Podemos tener una niñera a tiempo completo, creo —dijo cansado, frotándose un ojo—. Las niñeras están bien.

Clementine estaba de pie junto a la bandeja del horno, comiendo tranquilamente una zanahoria asada. Crucé la habitación hacia mi marido y lo abracé. Nuestro primer abrazo en años. Entonces empecé a llorar.

¿La mujer de los vídeos, con su libro animado de sonrisas? Esa era Natalie *online,* y estaba diseñada para ser buena en el arte de vivir. Nada era difícil para ella: ni la maternidad, ni el matrimonio, ni construir un negocio, ni servirle a Él. Todo esto era para ella una serie de tareas que había que realizar cada día, en el momento adecuado, en el orden cronológico correcto.

La Natalie *online* empezaba cada día dando gracias por todo lo que el Señor le había dado. Saludaba cariñosamente a sus hijos cada mañana. Se acostaba con su marido todas las noches. Estaba cansada todo el tiempo, pero eso nunca la hacía fea, enfadada o amargada. Solo la hacía más hermosa.

Y ella estaba allí, ¿no? De pie, sonriendo, haciendo señas. Cualquier día de estos le rodearía el cuello con los dedos y la acercaría hacia mí. La dejaría derrumbarse sobre mí.

# 37

Los últimos días han sido muy tranquilos en el rancho. El humor de Mary ha mejorado. Abel pareció disfrutar de su viaje con el antiguo Caleb, y ha salido con él varias veces desde entonces. El primer día volvió sonriendo y le dijo a Noah: «Ya te contaré cuando seas mayor». Ahora Noah anda todo el día con una mirada aturdida y ligeramente extasiada, como si supiera el día de su propia muerte.

¿Y yo? Creo que el Señor está contento conmigo. Puedo sentirlo a mi alrededor, más fuerte que nunca en mi vida. A veces, cuando estoy lavando la ropa o sacando huevos del gallinero, inclino el rostro para captar la fría luz del sol invernal, y juro que puedo sentir Su aliento en mi mejilla.

Cuando era niña, pensaba en el Señor como otras chicas de mi clase pensaban en sus *crushes.* Imaginaba las facciones de Su rostro cada noche cuando me dormía. Garabateaba Su nombre en mi cuaderno, rodeándolo de corazones dibujados en bolígrafo de gel con purpurina rosa. Me preguntaba si pensaba en mí con tanta frecuencia como yo pensaba en Él. Y a veces —creo que como recompensa por esos pensamientos tan puros—, Él entraba en mi cuerpo, llenándome de un placer insoportable, una sensación de comunión tan profunda, animal y saciante que me dejaba húmeda y jadeante cuando se marchaba.

Dejé de experimentar esos momentos el día que me casé. Pero ahora, milagro de los milagros: la sensación ha vuelto. Lo siento en todas partes. En el aire. En el suelo bajo mis pies. Lo siento, también, las noches en que el antiguo Caleb busca mis caderas bajo

la colcha. Un placer inimaginable. Como si estuviera en un constante estado de ascensión.

Por primera vez en mi vida un hombre me satisface como es debido.

No estoy sola. No estoy atrapada, ni perdida, ni olvidada, ni castigada. Estoy aquí, una elegida, con Él, y permaneceré *aquí,* dondequiera que esté, hasta que Él decida llevarme a otra parte.

A veces, cuando tengo un momento para mí, caigo de rodillas y dejo que la gratitud salga de mí en oleadas. Lloro histéricamente, sobrecogida por la magnitud de Su poder y Su gloria.

Imagina cómo te sentirías si el Señor creara un universo entero solo para ti. Una parábola personalizada; una nueva historia bíblica en ciernes. Quizá algún día, incluso, hablen de mí en la escuela dominical. Santa Natalie. Me gusta cómo suena.

Los días se me escapan. Un torbellino de agotamiento divino. Pasa otra semana, y luego otra. La temperatura baja todavía más. La cena llega antes. Nos apiñamos alrededor del fuego al anochecer. Mary coge los pares de calcetines más gastados del antiguo Caleb, los que se han vuelto tan finos en los dedos que no hay costura que los salve, y los convierte en un par de nuevas marionetas de calcetín para Maeve, con ojos de botones sueltos. Maeve ya tiene dos marionetas. Le suplica a Mary que le dé más. Mary le dice que tenga paciencia, y Maeve, que es una buena niña, suele conseguir callarse durante unos treinta minutos antes de volver a acercarse a la mesa, mirando la obra de Mary con un interés rayano en la desesperación; finalmente, Mary termina y le da a Maeve otro par de marionetas de calcetín, y Maeve está tan emocionada por el regalo que se abruma y llora enormes lágrimas de niña pequeña. Es una escena tan sorprendentemente adorable que empiezo a reír, y en medio de toda la alegría pienso: «Sí, puedo soportar esta vida. Incluso a veces puedo disfrutarla».

Y entonces, con la misma rapidez, pienso en mis otros hijos —los que están ahí fuera, en algún lugar, en esta vida, en otra vida— y la

risa se me apaga en el pecho. Las niñas notan el cambio en temperatura y retroceden inmediatamente. Los chicos me miran con recelo desde el otro lado de la habitación, y yo me paso el resto de la noche mirando malhumorada a la nada.

Una mañana me despierto y me doy cuenta de dos cosas a la vez: han pasado casi dos meses desde que el antiguo Caleb me abofeteó aquella fría y oscura mañana y no me ha venido la regla.

# 38

Louise Crenshaw llegó a la granja una mañana de primavera ventosa. Llevaba un chaquetón de lana y una maleta antigua en una mano. Me encantó lo bien que encajaba en la estética del papel que debía desempeñar. *Nuestra Mary Poppins particular.*

—Hola —le dijo a Clementine, y le tendió la mano.

Estábamos en un rincón del salón, donde los niños guardaban sus juguetes.

—Hola —contestó Clementine, y estrechó la mano de Louise. Señaló formalmente su juego de muñecas—. ¿Te gustaría tomar el té conmigo?

Nana Louise asintió.

—Por supuesto.

Se puso en cuclillas y dejó que los niños se reunieran a su alrededor como gente de pueblo que se encuentra con un extranjero.

—Así que… —dijo, mientras Samuel la observaba, nariz con nariz, con una mirada inquisitiva. «Parece mentira que mi hijo mayor tenga casi cuatro años»—. Mi agencia dice que eres una influencer.

Me reí jovialmente.

—Más o menos. No me *considero* como tal, pero supongo que técnicamente es cierto.

Le hizo cosquillas a Samuel en la barriguita y se puso a reír histérico. Stetson se acercó y le ofreció la suya. «Parece mentira que mi hijo mayor tenga casi…», espera, no, ya he usado esa frase. Bueno, Stetson tenía dos años. Le tocó la barriguita y los dos niños

gritaron con felicidad mezclada con terror. Por encima de sus risas, ella dijo:

—¿Qué vendéis?

—Bueno, hasta ahora solo publicidad pagada, pero estoy diseñando una línea de utensilios de cocina. Boles mezcladores, tablas de cortar, conservas. Ese tipo de cosas. Directo al consumidor. *Mucho* trabajo por delante.

Hice una mueca de modestia incómoda y mantuve la expresión, pacientemente, hasta que se dio la vuelta y me miró. Entonces mi cara volvió a transformarse en una carcajada, y ella también se rio amablemente.

Estaba funcionando. Mi primera interacción prolongada con un desconocido desde aquel horrible día con la mujer del aparcamiento, y esta vez lo estaba consiguiendo. Ser la Natalie *online* en la vida real. Nana Louise no parecía precisamente *encantada* conmigo, pero eso era irrelevante. No me importaba si le gustaba. Solo me importaba si creía que yo era real.

—Bueno —dije—. ¡Te dejaré que te pongas a ello, entonces! —Mejor retirarse cuando vas ganando—. Ah, ¿y cuál es tu cuenta de Instagram? Me encantaría seguirte.

—Oh. En realidad, no tengo Instagram.

—Ah —dije—. Bueno. No importa.

Esta era la extrañeza de hacerse famoso *online.* Tenía un millón de seguidores, podía acceder a más gente en un solo momento que cualquier rey europeo de los últimos mil años, y entonces alguien se cargaba todo mi reino sin esfuerzo con una sola frase: «No tengo Instagram».

—Y, si no te importa —añadió Nana Louise—, me encantaría mantenerme al margen de cualquier contenido que compartas *online.*

—Por supuesto. Entiendo perfectamente esos límites.

Me pregunté si habría visto el correo electrónico que envié a la agencia — las niñeras NUNCA serán visibles en la cuenta, y firmarán un contrato estipulándolo— o si era solo una coincidencia.

Clementine le estaba sirviendo a Louise una taza de té imaginaria. Louise la tomó, dio un sorbo cortésmente y luego dijo por detrás del hombro:

—¿Quién ha estado impartiendo las clases a los niños en casa hasta ahora?

—¡Ah! Mi marido.

—¿Y eres consciente del plan de estudios que ha elegido para los niños?

—Por supuesto.

Esto era vagamente correcto. Sería exagerado decir que lo que Caleb seguía con los niños era un plan de estudios, pero de vez en cuando lo veía en el sofá con Clementine y un portátil, con la pantalla abierta en algún sitio web con un formato HTML deficiente. Por lo que entendí, la tarea tenía algo que ver con el aprendizaje de las matemáticas a través del marco moral de los diez mandamientos. No dividirás por cero, etcétera.

—Está muy ideologizado —dijo Louise—. Solo quiero asegurarme de que eres consciente y estás cómoda con eso.

—Oh, sí. Perfectamente cómoda.

Sonreí a mi hija, que me devolvió la mirada con sobriedad.

—Bueno, Clementine, ¿qué te parece? ¿Te gustaría jugar un rato con Nana Louise…?

—En realidad —dijo Louise—, mejor Louise a secas.

—¿Cómo dices?

—Has dicho Nana Louise. Prefiero Louise a secas.

Bien. Eso no serviría. Tenía muchas ganas de llamarla Nana Louise. Sonaba más mágico, como si viviéramos en un libro de cuentos. «No importa —me dije—, nunca estará *online,* las Mujeres Enfadadas nunca la conocerán». Pero sí importaba. Me importaba a mí.

Estos momentos se repetían con frecuencia. Al pasar tanto tiempo *online,* a veces me sentía incómoda, casi asqueada, por la incomodidad de mi vida *offline.* Las pilas de platos en el fregadero. La silenciosa mirada de mi hija, sin música que suavizara nuestras

interacciones. Y ahora… «Prefiero Louise a secas». Terrible. Como frotar el terciopelo a contrapelo.

Me recompuse y dije con firmeza:

—Me gustaría mucho llamarte Nana Louise.

Hubo una leve pausa. Luego se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Y la más pequeña? ¿Dónde está?

—¡Jessa! —le dije—. Nuestro pequeño torbellino. Está durmiendo. Te la traeré a las tres.

Jessa apenas tenía un año, no era tanto un torbellino como una masa blanda de necesidad y exigencia. Pero necesitaba una forma de diferenciarla en internet, una forma de que las Mujeres Enfadadas la conocieran y la recordaran, y últimamente había estado muy inquieta, así que el apodo había quedado bien.

—Estupendo —dijo Louise, y su atención volvió a centrarse en los niños.

Me alejé del salón, atravesé la cocina y entré en la despensa. La tensión en mi pecho desapareció tan repentina y poderosamente que me dejé caer al suelo, y un intenso placer me recorrió el cuerpo.

Nunca volvería a estar sola con mis hijos.

Qué hermoso momento para vivir. Era primavera. El rancho rebosaba de vida. Los campos estaban llenos de florecillas azules. En un día tranquilo, sin viento, se podía aguzar el oído y oír el río, que corría con brío y espuma con el deshielo de las montañas. Pero era el tipo de belleza que resultaba imposible captar en persona. Plasmar este momento en la estructura amurallada de una pantalla de teléfono no era solo una opción, era esencial. La mejor manera de vivirlo.

Ojalá mi madre estuviera de acuerdo.

—Parece muy… ostentoso —había dicho cuando quedamos una semana antes para tomar un café—. ¿De verdad quieres que tanta gente vea a Jessa en pañales?

Me encogí levemente de hombros. Yo tenía la certeza de que mis hijos estaban mucho más seguros en internet —su mejor yo

conservado entre las cuatro paredes de mi teléfono como bichitos de ámbar— de lo que podrían estarlo jamás en el mundo real. Pensé en la mujer del supermercado, en su expresión perturbada. Ni siquiera el comentario más cruel que recibí en internet pudo con el recuerdo de su cara.

—Creo que no entiendes cómo funcionan las redes sociales.

—¿Pero y si alguien desarrolla una fascinación por ellos? ¿O por ti?

—¿Quieres decir como un secuestrador o algo así?

Asintió nerviosa.

—Madre. Dudo mucho que sea tan importante como para que alguien me secuestre. ¿Sabes cuántas cuentas *online* tienen *decenas* de millones de seguidores, por no hablar de *cientos de millones?*

Se quedó estupefacta.

—No lo sé —dijo, lanzándome una mirada vacilante y confundida—. Tal vez… ¿cinco?

Fue también en ese café cuando mi madre me dijo que Abigail estaba saliendo con alguien.

—Un pastor. La está ayudando a estudiar para sacarse el bachillerato.

—Un pastor —dije, y me reí—. ¿Qué clase de pastor saldría con una madre soltera?

—Bueno… —Dio un sorbo a su café—. La verdad es que hemos estado yendo a una iglesia nueva.

—¿Una iglesia nueva? —Mi madre había ido a la misma iglesia toda mi vida—. ¿Cómo que una iglesia nueva?

—Es muy… moderna. Este pastor, que se llama Ben, no cree que el divorcio sea pecado. Y piensa…, bueno… —Se inclinó hacia delante y dijo en voz baja—: Cree firmemente que los gays deben sentirse bienvenidos, como cualquier otra persona.

No dije nada. Solo la miré, esperando a que añadiera *su* propia opinión. Que seguramente era diferente a la del pastor Ben. Al fin y al cabo, era la mujer que me cogía de la mano y me arrastraba hasta la otra acera cada vez que pasábamos por delante de la

librería local, cuyo propietario, según sus palabras, «perdía un poco de aceite».

En cambio, se encogió de hombros y dijo inocentemente:

—Sus argumentos son convincentes.

Cada persona de mi círculo íntimo respondía a mi repentina fama de forma diferente. Doug estaba obsesionado con el nuevo acceso que yo tenía a las mentes de las mujeres estadounidenses. Mi madre estaba preocupada por los niños. Mi suegra aún no había dado su opinión; desde que se desintoxicó en Wyoming, sus esfuerzos conversacionales se habían reducido a la mitad. En las pocas veces que la había visto desde entonces, solo hablaba en breves y ásperas ráfagas y se relamía constantemente, como si se estuviera muriendo de sed.

¿Y mi hermana?

Durante el café con mi madre me di cuenta de que no sabía qué pensaba ella de mi viralidad. Apenas hablábamos más allá de pequeñas charlas ocasionales en el chat del grupo familiar. Entré en su cuenta de Instagram y solté un pequeño grito ahogado: Abigail ya no me seguía.

La llamé mientras volvía de la ciudad. Contestó al octavo timbrazo.

—Natalie —dijo—, qué sorpresa.

Estaba fuera; podía oír a los pájaros y a los niños gritando y el sonido lejano y puntuado del silbato de un árbitro.

—¿Qué pasa?

—¿Necesito un motivo concreto para llamar a mi hermana?

—Lo necesitas, *sí.*

Eran las tres palabras más cortantes que me había dicho nunca y, sin embargo, su voz era extrañamente alegre. Me pregunté si habría gente a su alrededor en ese momento, tal vez incluso el pastor Ben. Si era así, la voz de mi madre seguramente resonaba en su cabeza: ¡Nunca montes una escena!

—Bueno —dije—. Eso no parece justo.

—Bueno.

La oí encogerse de hombros a través del teléfono.

—Me equivoqué, entonces. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien.

Ahora estaba atrapada. No quería probar que su teoría era correcta, pero necesitaba saber, y las palabras salieron de mí antes de que pudiera detenerlas.

—¿Por qué no me sigues en Instagram?

Hubo una pausa en la línea.

—¿Por eso llamas?

—No es para tanto. Solo tengo curiosidad.

—Oh, ya sabes que no paso mucho tiempo en Instagram.

Era cierto. Su cuenta tenía cuatro imágenes, todas de fotos familiares posando. Tenía menos de cien seguidores.

—Estoy tan ocupada ahora, con los niños y la escuela de enfermería y Ben… No tengo tiempo para *todo eso.*

—Eso no es realmente una respuesta a mi pregunta, ¿verdad?

—Es que…

Suspiró. La oí decirle a alguien:

—Un minutito.

Luego se puso en marcha y el sonido de otras voces se fue alejando mientras decía en voz baja al auricular:

—Mira, no quiero discutir. Sé que hemos discutido a lo largo de los años, pero en realidad yo solo… estoy tratando de… simplificar mi vida. ¿Sabes?

—Claro que lo sé.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Pero es que es confuso, ¿vale? La forma en que actúas en esa cuenta me hace sentir como si estuviera teniendo un derrame cerebral. Como si alguien se hubiera llevado a mi única hermana.

—Eso es un poco dramático, Abigail.

—Vale. Tal vez. Pero es como me siento. He estado yendo a terapia, ya sabes, y…

—¿Terapia?

—Sí. Terapia. Le dije a mami que ella también debería ir y dijo que lo consideraría.

—¿Quién paga esta terapia? ¿Es ese hombre con el que sales? ¿Ben?

—Natalie…

—¿Estás confesando todos tus secretos a un hombre cualquiera, y crees que lo que *yo* hago es extraño?

—Es una mujer.

—¿Qué?

—La terapeuta a la que estoy confesando todos mis secretos —respondió rotundamente—. Es una mujer. Y dice que está bien que no te siga en Instagram. De todos modos, tengo que dejarte, Natalie. Abraza a los niños y a Caleb de mi parte, ¿vale?

Y luego colgó.

Exasperante. Me había esforzado por discutir, pero ella era como el agua. Se me escurría entre los dedos.

Y luego, por supuesto, estaba Caleb.

—Resulta que ganamos mucho dinero el mes pasado —dijo un día.

Estábamos en la cocina. Era por la tarde. Nana Louise llevaba una semana viviendo con nosotros. Yo estaba sentada a la mesa con mi cuaderno, trazando los planos para un tutorial de tarta de ruibarbo cuando él habló. Hice una pausa y lo miré.

—Ah, ¿sí?

—Sí, una especie de comprador llamado QuickCash nos pagó ochenta mil. ¿Te lo puedes creer? Pero tengo que llamar a los contables, porque no estoy seguro de que hayan *comprado* nuestras verduras. Debe de ser algún tipo de error de procesamiento.

Caleb me miraba atentamente. Me escrutaba. Era un tipo de mirada que no existía en su inventario de miradas cuando nos casamos. Pero, al igual que mi armario de sonrisas, Caleb había cultivado su propio jardín de expresiones: mil variaciones de la sospecha. Eso era lo que te enseñaban en los foros: a sospechar de

todo. Había visto cómo Caleb empezaba a sospechar de las escuelas, luego del cielo, después del mundo…, y ahora, me di cuenta con sorpresa, empezaba a sospechar de mí.

—¿Sabes lo que es QuickCash, Nattie?

Fingí incertidumbre.

—*Creo* que es el nombre del sistema de procesamiento de pagos de Instagram.

—¿Tanto dinero ganamos en Instagram? ¿Nosotros?

Ahí estaba: esa única palabra que había estado temiendo. «Nosotros».

—¡Supongo que este mes sí! —dije, con toda la estúpida energía de ama de casa que pude reunir—. ¡Vaya!

—¿Y el mes anterior?

—Oh.

Mi mirada se dirigió a la cocina, como si la respuesta correcta pudiera presentarse ante mí.

—No estoy segura. Tendría que mirarlo en internet.

—Bueno. Hablé con los contables y me dijeron que estaba previsto que el dinero, esos ochenta mil, fuera a parar a una cuenta bancaria a la que no tenían acceso, lo que debía de ser algún tipo de error. ¿Verdad?

Ahora me miraba fijamente. Como si no creyera que yo era real.

Qué estupidez. Qué idea tan estúpida. Tan imprudente e inmoral. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué clase de mujer intenta esconderle dinero a su marido?

Solo había dos respuestas posibles a esa pregunta, y ninguna era aceptable:

1. Una mujer que no confía en su marido.
2. Una mujer que no quiere compartir.

—Cierto —dije finalmente—. Tonta de mí. ¡Cerebro de embarazada!

*Cerebro de embarazada.* La última frase que había estado poniendo a prueba, y, si la furia que provocó en las Mujeres Enfadadas era un indicio, parecía estar perfectamente fermentada.

—Eso es lo que pensaba —dijo Caleb, y soltó una risita—. Cerebro de embarazada. De todos modos, les pedí que comprobaran si se había remitido algún otro pago a esa cuenta bancaria, y vaya si lo habían hecho. Todos los pagos de QuickCash de los últimos cuatro meses han ido a parar a esa cuenta. Doscientos veinte mil en total. —Se echó a reír—. ¡Eso es mucho cerebro de embarazada!

Ahora sentía mucho frío.

—En fin. Lo arreglaron, así que el dinero irá directamente a nuestra cuenta oficial de la empresa a partir de ahora.

—Muchas gracias por… aclararlo. ¿Sabes? Voy a ir al baño un momento…

No me di la vuelta, pero sentí su mirada fija en mí hasta que doblé la esquina.

Una vez dentro del baño, abrí el grifo y me miré en el espejo. Sentí unas náuseas increíbles y un poco de vértigo.

—Basta —dije en voz baja—. Deja de sentirte así.

Pero las náuseas no desaparecían y la presión en el pecho era insoportable. Me costaba respirar.

«Tal vez sea enfermizo lo perfecta que es mi vida».

Hice una pausa. La presión en el pecho se aligeró un poco. Los sensores de mi Natalie *online* parpadearon en verde y me impulsé vertiginosamente hacia delante.

«A veces me provoca náuseas lo satisfactoria, no, lo perfecta que es mi vida, y lo buena que soy en el arte de vivirla».

Eso serviría.

El problema era que a Caleb no se le podía confiar el dinero. De verdad, no se podía. Se lo gastaba en todo tipo de cosas estúpidas para la granja. Por eso llamé a soporte de Instagram esa noche, esperé cuarenta y cinco minutos para hablar con un humano y

preguntarle si podían dividir los pagos recibidos antes de que llegaran a mi cuenta.

*Sí,* les dije en un susurro. Así es: quería dividir los pagos entre la cuenta corriente y otra que acababa de abrir.

Por Caleb, por supuesto. Lo hacía por él.

# 39

¿Recuerdas cómo dije que no me quedaría embarazada?

¿Recuerdas cómo le rogué al Señor *cualquier cosa menos eso?*

Sí. Yo también.

¿Cuál es esa estúpida e insípida frase hecha que a las mujeres estúpidas e insípidas les encanta decirse cuando sus vidas dan un giro inesperado?

«¡Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes!».

¡Ja! ¡Jajajajaja! ¡¡¡Jajajajajajajajajaja!!!

Excepto que yo no me río. No estoy sonriendo. Me cuesta incluso encontrar la manera de formular una oración al Señor que tenga algún sentido coherente.

Intento mantener la calma. Camino cada día como una buena granjera y hago mis pequeñas tareas de granjera y horneo mi incomible pan de granjera, y me trago el pánico que amenaza con ahogarme con el primer aliento al amanecer.

«¿Me oyes, Señor? ¿Me ves aquí de pie, aterrorizada? ¿No te ríes? ¿Hola, Señor? ¿Podrías explicarme qué se supone que debo aprender, ahora mismo? ¡Hola, Señor! Solo te robaré un segundo. Verás, estoy teniendo algunos problemas con mi tarea…, y me preguntaba si podrías darme otra cosa para hacer en su lugar».

El Señor no responde.

Ya no hay días buenos. Solo malos. Cuando inclino la cara para que me dé la luz del sol, no siento Su aliento. No sien-
to nada en absoluto. Empiezo a sentirme como una mujer preñada por un hombre que ya no responde a sus llamadas.

*Es una prueba,* me recuerdo. Durante días, mi mente ha estado dándole vueltas a una sola pregunta: «¿Qué pasa si suspendo?». Excepto que ahora, cuando hago la pregunta, oigo el eco de otra: «¿Qué pasa si apruebo?».

# 40

Un día en junio quedé con la productora Shannon en una cafetería de la ciudad. Nuestra entrevista estaba prevista para primera hora de la tarde. Ya estaba allí cuando llegué, sentada en una mesa de la esquina con dos cafés. Llevaba el pelo teñido de rosa caramelo y recogido en dos trenzas desordenadas. En la nariz lucía un pendiente con el símbolo de la paz.

—Lo pedí solo —dijo, empujando mi café sobre la mesa—. Sé que solo usas nata si es de tus propias vacas.

—Ah —dije, sorprendida—. Gracias.

Era cierto, no usaba lácteos de granjas industriales, pero solo había mencionado esta preferencia una vez en mi cuenta de Instagram, y hacía más de un año.

No te das cuenta de cuánta gente no tiene acceso a esto????

Ecs. está bebiendo leche directamente de la ubre?

Buf entiendo que viven en una granja, pero han perdido contacto con la realidad

Omg ñam ojalá beber a través de la pantalla!

Así que Shannon había estado prestándome atención por un tiempo. Era joven esa chica, pero no era una niña.

¿Y yo? Tenía treinta años. «¡Ya era una señora!». Recién embarazada de nuestro quinto hijo. Junebug. La cuenta acababa de superar los dos millones de seguidores en Instagram. Y estaba planteándome ampliarla a otras plataformas. Semanas antes había lanzado una convocatoria para un puesto de productor a través de mi cuenta. Recibí cientos de solicitudes. Casi todas provenían de

mujeres que se parecían a mí. Y luego estaba Shannon. Cuando hice clic en su perfil de Instagram, estaba segura de que había habido algún tipo de error. Que había vinculado la cuenta equivocada en su solicitud o algo así. Pero no, allí estaba ella, con vaqueros rotos y gafas de sol a lo John Lennon, sonriendo maliciosamente a la cámara, con el puente de Brooklyn a sus espaldas. El último tipo de mujer que esperaría que quisiera trabajar con una mujer como yo.

—Entonces —dijo—, hablemos de tu cuenta.

Cogió la taza de café con ambas manos. Se inclinó hacia delante, con un brillo en sus ojos de *hipster*.

—Creo que hay algo realmente radical en lo que haces, Natalie.

Resistí el impulso, tan instintivo como un espasmo, de decirle que me llamara señora Heller Mills.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. Todas en mi escuela te adoran. Creen que eres un icono feminista.

Por un momento bajé la guardia. Me eché hacia atrás y resoplé.

*—¿En serio?*

Ella se rio.

—¡Claro que sí! Quiero decir, nadie que yo conozca quiere pasarse su única vida, libre y mágica, trabajando para un gilipollas multimillonario de la tecnología solo para tener acceso a una sanidad de mierda y ahorrar unos cinco dólares al mes para la jubilación.

—Solo para poder dar de mamar en un armario de escobas algún día —añadí rápidamente.

Este juego me resultaba familiar. Shannon me apuntó con un dedo al pecho, certero, como una pistola.

—Exacto. Lo que quieren es lo que tú tienes, Natalie.

—¿Y eso qué es?

Sonrió y dijo suavemente:

—Libertad, por supuesto.

Genial. Eso era información nueva. Todo este tiempo había tenido la impresión de que solo había dos tipos de mujeres que me seguían: las liberales que me odiaban y las buenas cristianas que me

amaban. Pero ahora vi con sorpresa cómo una tercera mujer abría la puerta de mi cerebro y entraba: joven, radical, educada.

—Así que soy… ¿qué? —dije—. ¿Una especie de catarsis para chicas de tu edad?

—No es catarsis —dijo Shannon—. Es más como una hoja de ruta. —Hablaba con esa mezcla de urgencia y solemnidad que solo tiene una veinteañera—. Lo que estás haciendo en tu granja, con la agricultura autosuficiente y de proximidad, y eso de mantener a tus hijos alejados de la tecnología. ¿Construir un negocio con tu marido, poseer todos los medios de producción y dirigirlo desde la comodidad de tu casa? Ese es el futuro, Natalie. Esa es la salida.

—¿La salida de qué?

—Oh —dijo, como si fuera obvio—. Del laberinto.

Así lo llamaban Shannon y sus amigas de la escuela. El laberinto. Cuando iban a una feria de empleo y pasaban por delante del puesto de consultoría, el de reclutamiento militar o el de la facultad de Derecho, se daban codazos y susurraban: «Vamos, acércate, billete de ida al corazón del laberinto». Cuando se enviaban artículos en sus chats de grupo, la última columna sobre la imposibilidad de mantener hijos siendo madre trabajadora: «Esta chica está atrapada en lo más profundo del laberinto».

¿Sabes lo que quieren las mujeres jóvenes hoy en día?

No ser madre ni trabajadora, al menos en el sentido tradicional. Ni mucho menos ser ambas cosas.

Lo que querían era hacer lo que yo parecía haber hecho: dar un paso atrás, y luego otro. Querían retroceder lentamente hasta volver a la entrada del laberinto, y luego dar media vuelta y marcharse. Decir: «No quiero participar en esto», y después desaparecer.

Lo que no le dije a Shannon: desaparecer es un truco de magia caro. ¿Tenían estas chicas los fondos para hacerlo?

Lo que dije en su lugar fue mucho más sencillo:

—Sigue.

Cuando llegué al rancho aquel día, apagué el coche y me quedé sentada en silencio, mirando mi propia casa, intentando verla a través de los ojos de Shannon. ¿Qué había dicho de los laberintos? El discurso había sido tan embriagador, tan imposible de creer, que ya me costaba repetírmelo a mí misma. Pensé en llamar a Shannon y pedirle que me lo repitiera, palabra por palabra, para poder recordarlo. En lugar de eso, le envié un mensaje.

Estás contratada.

Una semana después de la entrevista, Shannon se presentó en la granja con dos grandes maletas.

—No puedo creer que esté aquí —repetía después de que la abrazara en la entrada—. No puedo creer que este lugar sea *real.*

Abrí los brazos, giré sobre mí misma y luego hice una reverencia. Últimamente me esforzaba en ser un poco naif. Por lo que tenía entendido, eso requería decir cosas como *upsiii,* dar vueltas haciendo volar la falda de mis vestidos campestres y echar la cabeza hacia atrás y reírme histéricamente de cosas que en realidad no tenían tanta gracia.

—En nombre de las montañas, las gallinas, las vacas, la col rizada y los niños —dije grandilocuentemente—, bienvenida al Rancho Los Viejos Tiempos.

—Mierda —dijo Shannon, y se rio—. Literalmente me acabas de poner la piel de gallina.

Me encogí de hombros y le hice otra media reverencia.

—¿Te hago un tour?

Nana Louise aún estaba impartiendo la lección diaria a los niños, así que la casa estaba en silencio mientras guiaba a Shannon.

Uno de los primeros vídeos que quería hacer con Shannon era un tour oficial de la casa, y esto me parecía la práctica perfecta.

—No es tan lujosa —dije girando la cabeza mientras caminábamos por el pasillo y entrábamos en el salón—, pero es perfecta para nuestra familia en crecimiento.

Shannon no dijo nada. Su cabeza se movía de un lado al otro mientras asimilaba todos los ángulos que había visto a través de un teléfono ahora completamente dimensionales frente a ella. «Los objetos en el espejo están más cerca de lo que parece».

—Es mucho más pequeño en la vida real.

Hizo una pausa, pareció darse cuenta de lo que había dicho.

—No lo dije en plan mal, solo quise decir…

—¡Está bien! *Es* una casa pequeña.

En lo más profundo de mi ser, enterrada bajo capas y capas de la Natalie *online,* mi voz interior le gruñó. «¿Puedes permitirte algo tan "pequeño", Shannon?».

Shannon asintió con la cabeza, sin dejar de mirar.

—Deberíamos destacarlo más en tus contenidos. El consumismo es un gran problema, y este es un gran mensaje: no hace falta una mansión para tener una familia grande y feliz.

Asentí con la cabeza.

—Odio el derroche.

Hizo un ruido de asentimiento y mis monitores de Natalie *online* parpadearon en verde. Había pensado enseñarle el cuarto de los niños, pero no me pareció el momento adecuado para que Shannon viera las pilas de cajas de productos del Rancho Los Viejos Tiempos apiladas en las paredes, las sudaderas, las bolas de nieve y los kits para hacer pan, con las traidoras pegatinas doradas que decoraban cada una: MADE IN CHINA. Acabábamos de inaugurar la tienda *online* y ya se nos habían agotado todos los productos, por lo que cada día recibíamos mensajes de clientes enfadados.

Hola, pedí una bola de nieve hace diez días y dice que aún no se ha enviado.

Solo necesitaba que alguien —Shannon, tal vez— hiciera el embalaje y el envío. Pero más tarde. Sin duda, más tarde. Por ahora:

—Vamos a dejar tus maletas.

Le mostré a Shannon el apartamento encima del granero, donde viviría.

—La sala de la escuela en casa está a un lado del pasillo, y tu dormitorio al otro.

Llegamos al final de las escaleras y giramos hacia su habitación.

—¡Aquí estamos!

Abrí la puerta y Nana Aimee me miró desde la litera inferior.

—Nana Aimee —le dije—, ella es Shannon.

—Hola —dijo Aimee.

Hice una pausa. Una extraña niña estaba de pie junto a la cama, jugando con los zapatos de Aimee.

—Mami —dijo cuando me vio.

Sí, claro. Sí, claro. Era mi pequeña, Jessa. «¡Crecen tan rápido estos días!». Solo que no la reconocí por el lugar…, y su cabello, estaba peinado en trenzas de manera diferente… y, bueno… *de embarazada!*

Me agaché y abrí los brazos.

—¡Hola, querida niña!

Ella actuó a la perfección, cayendo en mis brazos en una explosión de risitas. Le di un fuerte abrazo y un beso, ignorando el olor —necesitaba un cambio de pañal, o tal vez un baño—, y luego la envié de vuelta con Nana Aimee. Entré en la habitación y señalé las literas vacías frente a las de las niñeras. Mi sonrisa se desdibujó un poco más; se suponía que las niñeras ya deberían haberse hecho la cama, pero aún había un montón de sábanas sobre el colchón.

—Lo siento —dijo Nana Aimee, leyéndome el pensamiento—. Iba a hacerlo justo ahora. Estaba ocupada con Jessa. Hizo una caca enorme, la cambié, ¡y volvió a hacer otra! ¿Verdad? ¿Jessy? ¿Tenemos que limpiarte de nuevo? ¡Sí!

Nana Aimee fue una rotunda decepción como trabajadora. Se había presentado en la casa meses antes, con una camiseta de tirantes y shorts vaqueros, masticando ruidosamente el chicle y con un desagradable carraspeo en la voz. Cuando llamé a la agencia para quejarme, me dijeron que se estaban quedando sin opciones. Nadie quería trabajar estos días.

—No sabía que tuvieras dos niñeras —dijo Shannon, soltando una carcajada nerviosa—. Ni siquiera sabía que tenías *una.*

Nana Aimee nos miraba con frialdad y sin pestañear, como un gato que parpadea perezosamente desde su atalaya iluminada por el sol.

—Hemos vaciado los tres cajones de abajo para ti —dijo, y señaló la cómoda.

Jessa la imitó, sonriendo y señalando. Ahora me daba cuenta de que tenía una mancha de caca seca en su regordete muslo.

Shannon no dijo nada. Miraba la litera con los ojos muy abiertos.

—¿Puedes limpiar a Jessa? —le dije a Nana Aimee—. Enseguida volvemos.

Luego cerré la puerta para que Shannon y yo estuviéramos solas en el pasillo.

—¿Está todo bien?

—Es que… —Señaló con un gesto de impotencia la puerta cerrada—. Es una habitación muy pequeña. Ni siquiera sé si cabrán mis maletas.

—Bueno —dije.

Una fina sonrisa se dibujó en mi rostro. No fue una elección sino un reflejo. El leve arqueamiento de la boca parecía partirme la cara en cuatro.

—Lo que pasa, Shannon, es que te estoy pagando un gran sueldo.

No era verdad, pero ¿qué sabe una chica de diecinueve años de salarios?

—Ni siquiera te estoy cobrando alojamiento y comida. Puedes ahorrar todo lo que ganas.

—Ya —dijo Shannon, después de un momento.

—De todos modos, te van a encantar las niñeras. Probablemente acabas de conocer a dos de tus futuras mejores amigas.

*Sigamos,* y la Natalie *online* rugió:

—¡Vamos a ver los campos!

Era mediodía, el sol ardía en lo alto, mientras Shannon y yo marchábamos hacia los campos lejanos, donde Caleb estaba trabajando.

—Tendrás que ponerte insecticida todo el tiempo —le dije a Shannon, con la voz casi ahogada por el zumbido de las cigarras—. Este lugar es la ciudad garrapata en verano. Tenemos botes en el granero que puedes usar.

—Pensaba que estabas en contra de los productos químicos.

—Caleb —llamé, cuando llegamos a la cima de la ladera.

Iba en nuestro tractor nuevo. Apagó el motor cuando nos vio. Cuando bajó y empezó a cruzar el campo hacia nosotras, me volví hacia Shannon, con una amplia sonrisa:

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Lo que se suponía que Shannon iba a decir a continuación era alguna versión de «No puedo creer cuánta tierra posees» o «No puedo creer lo hermoso que es este lugar». En lugar de eso, se quedó mirando con expresión distraída al otro extremo del campo, donde los trabajadores de Home Depot estaban de pie junto a un remolque John Deere, tomándose su descanso para comer.

Pasó demasiado tiempo. La sonrisa me colgaba de la cara como un padrastro.

—Vaya organización tenéis montada —dijo finalmente.

Entonces llegó Caleb, saludando con una gran sonrisa de vaquero.

—Encantado de conocerte, Brooklyn —pronunció con acento impostado.

Me tragué las ganas de darle un puñetazo en la boca.

—Oh —dijo ella—. En realidad, es Shannon.

La expresión de Caleb vaciló. Dejó de lado el acento.

—Lo sé, lo sé, yo solo… Es un apodo. Como ¿chica de la gran ciudad? Eres de Brooklyn, ¿no?

—Oh —dijo Shannon—. Ja. Sí. Ahora lo entiendo.

Pateó el polvo y miró al sol.

—Apuesto a que estás feliz de estar fuera de Nueva York, de todos modos —dijo Caleb—. Con todas esas ratas.

—¿Cómo dices?

—En Nueva York hay más ratas que personas. Por eso todo el mundo está enfermo todo el tiempo. Las ratas.

—No estoy segura de…

—Bueno, seguro que sabes que los neoyorquinos han tenido históricamente un flujo escaso de oxígeno a sus cerebros. Por eso la población es tan tonta. Durante años, los científicos no sabían *por qué,* hasta que finalmente se dieron cuenta de lo que era.

Caleb hizo una pausa dramática.

Shannon se aventuró débilmente:

—¿Las ratas?

—Exacto. Las ratas.

Shannon me miró con impotencia y yo le dediqué mi mejor sonrisa de *todos somos criaturas de Dios.*

—¡Caleb tiene un montón de pequeñas teorías fascinantes sobre el mundo! Estoy segura de que te las contará en otro momento. Ahora que ya os conocéis, deberíamos volver a…

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Oh. —Por supuesto que no—. ¡Por supuesto!

«Por favor, Señor, no dejes que pregunte sobre las ratas».

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

Caleb y yo nos miramos.

—Yo diría que somos unas veinte personas a tiempo parcial —dijo—, más o menos, pero eso cambia bastante por temporadas.

Buen hombre.

—Vaya —dijo Shannon—. Interesante.

He aquí otro momento que debería haber ido en una dirección: Shannon sonriendo alegremente: «Qué ganas de empezar», y en su lugar se desvió bruscamente en la dirección opuesta: sacó una cámara de su bolso y apuntó la lente a los trabajadores al otro lado del campo.

El sonido metálico que siguió fue ensordecedor: *clac-chinc*.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había cometido un error.

# 41

Estamos a mediados de diciembre, creo. Un día gélido y nublado, terrible. Estoy en el gallinero, reforzando el aislamiento para las señoritas. Entonces me doy la vuelta y me olvido de respirar.

El antiguo Caleb y Abel suben por el camino de entrada con otros dos hombres.

Los dos hombres tienen barba espesa, como el antiguo Caleb, y visten de forma parecida a él, pero son mucho más jóvenes. Ahí está: un parpadeo de reconocimiento, seguido de un clic en mi mente, un terrible calor que me inunda.

Vuelvo a mirar al tejado de paja, con el corazón palpitante. Mi cerebro parece un disco duro sobrecalentado. Un ordenador con el ventilador estropeado. Sigo poniendo heno en los huecos de las vigas, echando miradas furtivas cada vez que me agacho para coger otro puñado de la bala.

Un vistazo: están llegando a la cima de la colina.

Un vistazo: están de pie junto a la casa, el antiguo Caleb señalando los montones de leña recién cortada.

Un vistazo: caminan hacia mí.

Me doy la vuelta y no miro atrás. Siento, en lo más profundo de mis entrañas, el impulso de soltar un grito espeluznante. Quiero huir de ellos, y también lanzarme sobre ellos.

Me muerdo el labio hasta que la boca me sabe a penique.

Los hombres pasan por delante del gallinero sin dirigirme la palabra. Solo uno de ellos, el más alto, me mira. Sus ojos se detienen en mi cara, su expresión completamente en blanco. Siento como si mi cerebro se partiera en dos.

Si era una prueba del Señor, las pruebas son cada vez más difíciles de soportar.

Si no era una prueba, puede que haya perdido mi única oportunidad de libertad.

Me inclino y vomito el desayuno de la mañana.

# 42

La mañana después de la llegada de Shannon, me desperté y supe que tenía que despedirla. Apenas había dormido la noche anterior. No podía dejar de visualizar todas las expresiones que habían aparecido en su cara durante nuestra visita: la decepción cuando murmuró: «Es más pequeño de lo que parece en internet…». La confusión cuando dijo: «¿Cuánta gente trabaja aquí?».

Ese maldito doble clic de la cámara al fotografiar a los trabajadores. Como el sonido de la puerta de una prisión al cerrarse: *clac-chinc*.

Cuando llegué abajo, ya estaba repasando mentalmente el discurso de despido. «Desgraciadamente, no terminas de encajar. Por supuesto, te pagaremos el billete de vuelta a casa. Ah, ¿y puedes darme ese carrete antes de irte?».

Doblé la esquina hacia la cocina y me detuve en seco. Shannon estaba desayunando con los niños y las niñeras.

—Buenos días —dije.

El coro se hinchó perezosamente en respuesta: «Buenos días, mami».

Caminé alrededor de la mesa, pasando la mano por las cabezas de mis hijos. Por lo general me reconfortaba adentrarme en mi rutina matutina, acomodándome al modo de Natalie *online,* pero hoy el modo me parecía incorrecto, demasiado encorsetado, como un jersey puesto en el ciclo de lavado equivocado. Eché los hombros hacia atrás instintivamente, como si pudiera encogerlos y volver a encajar en mí misma, pero, aun así, me sentí como si hubiera metido el cuello por una manga.

—Shannon —le dije—, ¡no tienes que levantarte tan temprano! No empiezas a trabajar hasta las nueve.

Demasiado agudo. Demasiado alto. Baja la voz.

Shannon señaló el fregadero de la cocina, donde ya estaba montado el equipo de la cámara.

—Estaba pensando que deberíamos intentar filmar más temprano por las mañanas, si podemos. Mejor luz.

—Oh. Bueno, no creo que hoy esté lista a tiempo para eso.

—¡No te preocupes! Podemos hacer un ensayo. Muy informal.

Me sonrió. Yo le sonreí.

—¡Vale! —dije finalmente—. ¿Y tu alojamiento ha estado bien?

—¡Oh! En realidad, tenías toda la razón. Aimee y Louise son increíbles. Hemos estado toda la noche hablando de todo.

Intercambió una miradita cómplice con las niñeras, que de repente parecían estar tragándose la risa.

—De verdad —añadió Shannon, lanzándole a Nana Louise una mirada de gato panza arriba—, me siento como si llevara años viviendo aquí.

Me vestí y volví a bajar, y los niños ya se habían ido a su clase y Shannon estaba de pie en la cocina, sola.

—¿Por qué no probamos a hacer pan? —Cogí la masa madre.

—Gira la barbilla diez grados hacia mí.

Hice una pausa. No se me había ocurrido hasta ahora que contratar a una productora significaría recibir órdenes también de ella.

Giré la barbilla diez grados, como una marioneta, con la expresión congelada en un deleite concentrado.

—Muy bien —murmuró Shannon—. Ahora mira por la ventana cuando puedas, como si buscaras a los niños. Una miradita rápida… Sí, perfecto. Sonríe suavemente y luego frunce el ceño, porque lo que haces es *difícil,* requiere *esfuerzo…*

Miré por la ventana a la nada. Sonreí a los niños invisibles. Volví a mirar el bol y suspiré feliz.

—Sigue así —susurró Shannon—. Muy bien.

Shannon me enseñó un borrador de la grabación unas horas más tarde. El vídeo era exactamente igual que los otros que había hecho yo en los últimos meses, solo que un veinte por ciento mejor. De algún modo, la luz de la habitación parecía enrarecida, casi granulada; se veían motas de polvo flotando a través de una franja de rayos de sol, mis dedos moviéndose dentro y fuera de la luz.

Se parecía a como sonaba el piano: suave, natural, meticuloso.

—¿Qué te parece?

—Es muy bueno —admití.

—Imaginaba que te gustaría —dijo con frialdad.

Otra vez esa extraña sensación: la de estar sentada en un balancín infantil con esta chica. Arriba, abajo, arriba.

Obviamente, ese día no la despedí.

A la mañana siguiente volví a levantarme con la certeza de que tenía que irse y, de nuevo, cuando bajé, ya tenía una idea.

—¿Quieres grabar algo en el gallinero?

Fuimos al gallinero. Murmuré mi habitual saludo.

—Hola, señoritas.

Y ella me dijo:

—¿Por qué no lo dices delante de la cámara?

—¿Decir qué?

—Lo que acabas de decir. «Hola, señoritas».

—¿No te parece un poco… *kitsch?*

—Creo que funcionaría bien.

Y funcionó. Funcionó muy bien.

Al día siguiente, Shannon dijo que deberíamos incorporar a los niños a los contenidos más a menudo.

—Tus tutoriales de repostería son muy buenos, pero creo que podríamos añadir un elemento más orgánico y hogareño si los niños estuvieran realmente involucrados, en lugar de flotar en la periferia.

—No va a funcionar —dije—. Lo he intentado.

Le expliqué lo ingobernables que eran los niños cada vez que intentaba filmarlos, lo rápido que cambiaba el humor de Clementine de interesado a aburrido y a enfurecido, cómo una vez tiró un cuenco de cerámica repleto de harina por la cocina y se hizo añicos.

—Vamos a probarlo —dijo Shannon—. Dame el gusto. Solo por esta vez.

—De acuerdo —respondí—. Solo por esta vez.

Y así grabamos un tutorial madre-hija de tartas de arándanos recién hechas, y yo hice todo lo que pude para mantener una sonrisa en mi cara mientras Clementine y Jessa graznaban y cacareaban y chillaban a mi alrededor como un par de cuervos.

—¿Lo ves? —dije desesperadamente por encima del sonido de los súbitos lamentos de Jessa. (Quería ser ella quien rompiera el huevo, pero ya lo había hecho Clementine)—. Esto ha sido un desastre.

—En realidad, creo que estamos consiguiendo muy buen material —dijo Shannon—. Sigamos.

De nuevo, tenía razón: a la mañana siguiente llegó a mi bandeja de entrada un montaje de veinte segundos de pacífica maternidad. Era casi exasperante lo mucho mejores que eran los vídeos de Shannon. Pensaba que mi contenido fotográfico y de vídeo estaba bien hecho, pero ahora me daba cuenta de lo amateur que era. Un dilema importante, sin duda: quería que el mundo viera el Rancho Los Viejos Tiempos a través de mis ojos, pero todo se veía mejor a través de la mirada de Shannon.

Al final de la semana, sacamos a Clementine de su clase diaria de después de comer para poder usarla en un vídeo de pícnic en la falda de la colina, un momento perfecto madre-hija justo cuando la luz de la tarde se volvía dorada y líquida. Al principio, Shannon había dudado ante la idea de sacar a Clementine de clase.

—¿No necesita… aprender, o lo que sea?

Al cabo de tres meses, me revolvería ante un comentario así. Lucharía físicamente para resistir las ganas de reírme y decir a la ligera: «Le dijo la sartén al cazo, ¿no, señorita que abandona los estudios?».

Pero aquel día no me lo pensé dos veces.

—No pasa nada —dije con despreocupación—. De verdad, los niños reciben tanta atención individualizada que todos van años por delante. Si Clementine fuera alguna vez a la escuela pública, estaría varios cursos por encima de los niños de su edad.

Sería un error decir que Clementine era una niña desobediente. Era muy obediente, hacía sus tareas, ayudaba a sus hermanos pequeños y rara vez se quejaba, salvo por la única petición que se negaba a concederme jamás: una sonrisa. Pero aquella tarde, con Shannon, Clementine sonreía sin parar. Incluso se rio de algunas bromas de Shannon. Las imágenes de ese día se convertirían en uno de nuestros contenidos más perennes, reutilizados una y otra vez: de algún modo, Shannon nos filmó en un ángulo que hacía que pareciera que Clementine me sonreía y se reía conmigo.

Cuando terminamos de grabar, nos sentamos en la ladera y comimos queso y galletas, viendo cómo se ponía el sol. En un momento dado, Clementine se levantó para ir a recoger flores silvestres; quería hacerse una corona. Mientras arrancaba tallos cerca, me volví hacia Shannon y le dije:

—Creías que todo esto lo hacíamos solos, ¿verdad?

Ella se volvió para mirarme.

—Sí, eso pensaba.

Intenté mirarla de forma razonable. Con un *tú-no-puedes-entenderlo-porque-aún-no-eres-madre.*

—Nadie puede hacer todo esto solo.

—Pero… —dijo, y luego se detuvo.

—Adelante. Puedes decirlo.

—Pero intencionadamente haces que parezca que haces todo esto sola.

Había estado esperando este momento.

*Luces, cámara…*

—Nunca he dicho que no tengamos ayuda. Realmente, no creo que lo que hago en el rancho, que es mostrar las mejores partes de la vida aquí, sea diferente de lo que cualquier otra persona hace en las redes sociales. Es un *reel* de lo más destacado, Shannon. Nunca he dicho que fuera otra cosa.

De nuevo, se quedó callada. Mis sensores parpadearon en verde. Continué.

—Hay millones de mujeres ahí fuera que confían en mí ahora, y me tomo esa responsabilidad muy en serio.

—Pero les estás mintiendo.

—No es una mentira. Solo que tampoco es toda la verdad.

—¿Y por qué no les dices toda la verdad?

—Porque no la quieren. Y, de todas formas, les doy otras cosas que necesitan más.

—¿Qué exactamente?

—Un escape temporal.

¿Las chicas con las que Shannon iba a la escuela, las que me querían? Nunca serían capaces de hacer lo que yo hacía. Nunca podrían salir del laberinto. Yo lo sabía, y ahora Shannon también. Pero lo que yo, lo que *nosotras,* les ofrecíamos, era lo mejor a lo que podían aspirar: pequeños instantes en los que vivir otra vida. Breves ráfagas de imaginación. «Así sería tu vida si fueras tan rica, guapa y trabajadora como yo. Así es como nunca será tu vida». Sabía que esta era la verdadera entrega, en lo más profundo de mí, porque también era mi relación con la cuenta. Vicaria. Imaginada. Inalcanzable.

«Consíguelo», ronroneó la Natalie *online.*

Permanecimos en silencio durante varios minutos. Shannon no dijo nada más, pero era obvio que estaba pensando en lo que yo había dicho, decidiendo si estaba de acuerdo. Clementine volvió con un ramo de flores y se colocó entre nosotras, moviendo el culo hasta apoyarse en el pecho de Shannon.

—Voy a hacerte una corona de flores, Shannon.

—Eso suena fabuloso —respondió ella.

—¿Lo grabamos? —dije esperanzada, pero Shannon se limitó a encogerse de hombros.

—Tenemos material de sobra. Esto puede ser solo por diversión.

—¿Cuándo vas a tener hijos, Shannon? —preguntó Clementine.

—Mmmm. No sé si tendré, pero, si tengo, probablemente no será hasta dentro de mucho tiempo.

Clementine y yo fruncimos el ceño.

—Eso es una tontería —dijo Clementine—. Todas las mujeres se convierten en madres cuando crecen.

—En realidad, Clem, no.

¿Cuándo había empezado Shannon a llamar «Clem» a mi hija? ¿Y qué era eso de las mujeres sin hijos?

Si se dio cuenta de mi incomodidad, no reaccionó.

—Hay muchas cosas que quiero más que ser madre ahora mismo. Como viajar. Nunca he visto el océano Pacífico. Quiero visitar California y conducir la Highway One, quizá vivir en uno de los pueblos de la costa.

—Océano —dijo Clementine de repente, mirándonos a los dos—. ¿Qué es eso?

La conversación se silenció.

—Clem —dije con ligereza, probando el apodo de Shannon—, seguro que Nana Louise te ha hablado de los océanos. Son grandes masas de agua.

—No —corrigió Clementine—. Eso son ríos.

—Pero hay más de un tipo. Ya sabes de qué estamos hablando. Claro que lo sabes. Atlántico, Pacífico, Índico… —Me quedé a medias. No recordaba los nombres de los demás. Había otros, ¿no? ¿Siete? ¿O eran los continentes?

Mi hija de once años me lanzó una mirada de inexpresiva desconfianza. Luego volvió a mirar a Shannon.

—¿Qué es un océano, Shannon?

—Bueno… —empezó Shannon con incomodidad—, supongo que es donde acaba la tierra y empieza el agua…

A medida que avanzaba, mi mirada se dirigía hacia el cielo, hacia el sol que ardía enloquecido al ocultarse tras las montañas y, a lo lejos, hacia un par de águilas que volaban perezosamente sobre algo muerto.

Así fue durante un año. Arriba, abajo, arriba. En más mañanas de las que podría contar, me desperté y pensé inmediatamente, antes que cualquier otra cosa, que debía despedirla. Y otras tantas noches, tumbada en la oscuridad mientras mi marido roncaba a mi lado, pensaba: «¿Por qué no ha dimitido?».

La única conclusión a la que podía llegar era esta: que, a pesar de todas nuestras diferencias y pequeñas tensiones —a pesar de las mentiras piadosas que corrían por mi granja como cursos de agua que se cruzaban—, yo le gustaba de verdad. O quería gustarle.

¿Y por qué no la despedí?

Señor.

Yo también quería gustarle.

Nuestra quinta hija, Junebug, vino al mundo un fresco día de otoño. Fue mi primer parto en casa. Me sentí increíblemente tranquila. Estaba a cuatro patas en una piscina hinchable, con el agua caliente revoloteándome alrededor de las rodillas mientras me balanceaba y gemía, y los niños me observaban en silencio desde el otro lado de la habitación. Extendí una mano y tanto la comadrona como Caleb se abalanzaron sobre mí.

—No —gemí en voz baja, apartándolo de un manotazo—. Tú no. A Shannon. Necesito a Shannon.

Caleb corrió a buscar a Shannon al granero. Llegó con cara de terror.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Cómo puedo ayudar?

Otra contracción se apoderó de mí. ¿Qué decía la Biblia sobre el parto? Algo sobre que las mujeres necesitan sufrir. Algo sobre

ganarse el dolor.

—Trae la cámara —dije apretando los dientes—. Grábalo.

# 43

No es tan importante que haya más gente en Los Viejos Tiempos. Ya lo sé. Sé que no debería importarme; que debería concentrarme en mis propias tareas, en ser una madre y esposa obediente y sierva del Señor.

Pero el caso es que no puedo. Han venido en otras dos ocasiones desde que los vi por primera vez, ese par de chicos. Están ayudando al antiguo Caleb a reemplazar algunas áreas de la cerca podrida.

Deseo más que nada que se vayan. Me recuerdo a mí misma que fui enviada a este lugar por el Señor y que, por lo tanto, solo el Señor me liberará.

Sin embargo. No puedo evitar mirar.

# 44

El día después de haber presentado su candidatura a la presidencia, el ambiente del mitin se parecía menos a un acto político oficial que a un carnaval, o quizá a una de esas ferias isabelinas de disfraces. Había vendedores ambulantes que ofrecían a gritos palomitas, perritos calientes y granizados. Una larga hilera de tiendas *pop-up* atravesaba el aparcamiento y el recinto. Cada una ofrecía una versión coleccionable diferente de mi suegro: Doug adorno de Navidad, Doug camiseta, Doug plato de comida, Doug pegatina para el parachoques. Por lo visto, todas las tiendas tenían la misma foto oficial de Doug, en la que aparecía mucho más bronceado y joven que en la vida real. Un poco más allá de los puestos de recuerdos, una larga fila de hombres y mujeres esperaba para los baños portátiles. Una mujer llevaba gafas de sol de plástico con la forma de DOUG, con los ojos detrás de la O y la U; un hombre vestía una camiseta con un mensaje en grandes letras mayúsculas: «LA GUERRA CIVIL ESTÁ AQUÍ».

El hombre tenía los brazos cruzados. Charlaba jovialmente con la mujer de gafas de sol DOUG que le precedía en la cola. Ambos miraron algo al otro lado de la calle, y yo seguí su mirada para ver a un hombre de larga barba de pie sobre una caja de leche de plástico, desplegando un cartel con un mensaje escrito con mayúsculas a rotulador: «VOTAD A MILLS PARA SALVAR EL ALMA DE AMÉRICA».

—¡Arrepentíos! —gritaba a la gente que pasaba—.–Porque ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, y ese hombre, damas y caballeros, ¡es Doug Mills!

La mujer de las gafas de sol DOUG lanzó un grito de júbilo. Un grupo de hombres cercanos con chaquetas de motorista a juego vitorearon, y uno de ellos añadió:

—¡Claro que sí, hermano!

El hombre de la caja de leche empezó a gritar sobre la plaga que se avecinaba.

—Y oiréis de guerras y rumores de guerras; pero no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino… Y todo esto será principio de dolores.

Me tocaron el hombro. Me di la vuelta para ver a Shannon.

—Hola —me dijo—. La cola del baño es una *locura.* Los niños casi están.

Siguió mi mirada hacia el hombre del cartel, que ahora gritaba sobre la heroína en el agua potable.

—¿Los mítines de Doug suelen ser así?

—No —murmuré—. Esto es nuevo.

En ese momento, pasó una joven madre con su hija adolescente y capté la mitad de su conversación:

—Bueno, y si piensas en lo que significa vivir en una ciudad invadida por roedores infectados…

Oh.

Dirigí mi mirada a la multitud con renovada conciencia. Sentí como si atravesara cuidadosamente el pequeño portal de la pantalla del ordenador de Caleb y entrara en el extraño universo alternativo de sus foros Así que era esto de lo que hablaba mi marido cuando mencionaba a sus colegas de internet. Y estas eran las cosas de las que hablaban: langostas, ranas y ratas. Una gran plaga purificadora.

Parecía que Doug por fin había encontrado un mensaje que llegaba.

Shannon dijo:

—¿Has oído lo que esa mujer acaba de decir sobre las ratas?

Le di el pecho a Junebug en el baño VIP y luego se la pasé a Nana Louise. Las niñeras se fueron con los pequeños a merodear fuera, y Shannon y yo volvimos a la sala VIP, que estaba llena hasta los topes. Cada uno de los hijos de Doug estaba aquí, junto con sus familias. Doug me abría los brazos y yo me deslizaba en su abrazo. Me abrazó fuerte y me dio una palmada en la espalda que me hizo toser. Di un paso atrás y lo miré con curiosidad. Parecía que se había hecho un lifting, y sus dientes…, ¿se había puesto carillas?

—Me alegro de tenerte aquí —dijo extrañado—. A todos vosotros, en realidad. —Dio una vuelta sobre sí mismo—. Maravilloso, maravilloso, maravilloso.

Señaló a Amelia.

—¿Tienes hambre, cariño? ¿Necesitas agua?

Amelia estaba sentada en una silla plegable con un traje pantalón color mandarina que le quedaba dos tallas más grandes. Tenía el aspecto de una pieza de fruta arrugada. Encogida y hundiéndose hacia dentro.

—Estoy bien —gruñó.

Por un momento no vi una cara, sino una calavera, un montón de huesos bajo una piel desgastada. Parecía que se estaba muriendo de hambre; que llevaba semanas en huelga de hambre, pero su guardián aún no se había dado cuenta.

—Jonathan —llamó Doug a uno de los guardias de seguridad—. Tráele agua a Amelia.

Nunca había visto a Doug así. Tan nervioso. Tan expectante. No es que no lo entendiera. Después de años de preparación, Doug estaba a punto de meterse en la piel de otra persona, e iba a tener que mantener esa apariencia, no solo para el resto de la noche, sino para el próximo año. Los próximos cinco años, si ganaba. Los próximos nueve, si se incluía un segundo mandato. Se me ocurrió que tal vez yo fuera la única persona de la sala que comprendía esa sensación tanto como Doug. Me pregunté si sobreviviría a la prueba o moriría de agotamiento por el esfuerzo.

—Es un gran día, papá —dijo uno de los hermanos—. Un día emocionante.

—El comienzo de una gran aventura —añadió una de las esposas.

Doug asintió lentamente a sus hijos, con el rostro congelado en una sonrisa sin alegría.

—Un gran día —repitió—. Por supuesto. Y ya sabéis: lo hemos hecho todo, los test y las encuestas y los estudios, y sabemos que es el momento adecuado. —Sus labios se ensancharon—. Y si no lo es…

—No digas eso, papá —pidieron dos hermanos a la vez.

Pero Doug parecía no oírlos. Se sentó con un gemido. De repente hizo como si fuera a vomitar.

La habitación se quedó en silencio.

—Realmente —dijo Doug de repente— no importa si gano o pierdo. Las mismas organizaciones financian a todo el mundo. Asquerosos. Les dije: si queréis verme ganar, dadme todo el dinero, pero no es así como trabajan. Cubren sus apuestas. —Resopló—. Conseguiré lo que quiero, de cualquier manera. La única diferencia es que, si gano, me llevaré el mérito.

—Papá, vas a ganar —dijo Caleb.

Doug levantó la vista, a punto de decir algo, y entonces se quedó inmóvil.

Me estaba mirando.

No, estaba mirando a Shannon.

—¿Me estás filmando?

Ella estaba de pie con los brazos cruzados, con el teléfono pegado al pecho de una forma muy extraña. Su cara se puso blanca.

—Por supuesto que no.

—Sí —dijo Doug con incredulidad—. Me estás grabando.

En el instante siguiente, media docena de cuerpos se precipitaron en dirección a Shannon, también en mi dirección. En un arrebato de instinto, o tal vez de posesión, yo también di un paso adelante, de modo que quedé justo delante de Shannon, bloqueando el paso.

—Trabaja para mí —afirmé con agresividad—. Filma todo el tiempo. Las imágenes no van a ninguna parte.

En ese momento, un joven trajeado entró en la habitación.

—¿Señor? Le anuncian en cinco minutos.

Doug se levantó. Su rostro reflejaba a la vez terror y una sombría determinación.

—Muy bien —dijo en voz baja.

Parecía que se estaba preparando para la silla eléctrica.

Mientras le deseaban una última ronda de *buena suerte* a Doug, miré a Shannon. Ella articuló sin palabras: «No pasa nada».

Justo cuando Doug salía de la habitación, Amelia dijo desde el rincón:

—¡Mátalos, cariño!

Él levantó una mano en respuesta, y luego se fue. Todos nosotros nos quedamos allí de pie, como un almacén de marionetas, los ojos parpadeando de par en par mientras esperábamos a que cayera la oscuridad.

—¡AMÉRICA! —rugió Doug un minuto después, con su voz resonando en mil altavoces—. ¿Cuánto tiempo hemos esperado un nuevo amanecer?

Más tarde, esa misma noche, tertulianos televisivos y consejos editoriales estarían de acuerdo: fue el tipo de momento perfecto que revitaliza una campaña moribunda. Doug era un muy buen candidato. Exactamente el tipo de hombre para poner a este país de nuevo en marcha. Y su familia ¿no es encantadora?

> Natalie, acabo de verte en el mitin de campaña de tu padre y eres tan guapa en persona!
>
> OBSESIONADA CON LA FAMILIA MILLS OMG
>
> Tienes algo que decir sobre el discurso de tu suegro esta noche???
>
> es una nazi? lol

> Hoy en día te llaman nazi por cualquier cosa!!!! Ya nadie puede celebrar la feminidad tradicional sin que lo llamen nazi!!! No puedes decir la verdad sobre la invación de nuestras fronteras sin que una puta de mierda t diga que eres una…

Dos horas más tarde, caminábamos de vuelta al coche, avanzando lentamente junto a la multitud, gente con sillas plegables, termos de sopa y banderas confederadas enrolladas bajo los brazos.

—Ha sido aterrador —dijo Shannon en voz baja a mi lado.

Me reí a carcajadas.

—Pues imagínate estar legalmente atada a él.

—No. Natalie, ese *discurso* ha sido aterrador. Quiero decir, sé que tu suegro es… intenso, siempre he sabido que era intenso, pero eso ha sido… ¿no crees que ha sido diferente?

Miré detrás de mí. Caleb caminaba con sus hermanos, la emoción de la noche le había proporcionado un breve momento de camaradería compartida con ellos. Las niñeras estaban a unos veinte metros de nosotras con los niños. Aimee cargaba a caballito con Clementine. Louise llevaba a June colgada con el portabebés y le estaba diciendo algo a uno de los niños —no podía ver a través de la multitud— y, por su expresión, me di cuenta de que estaba llorando.

—Natalie.

Me volví para mirar a Shannon.

—¿Qué?

—Dime qué piensas. Sobre… —hizo un gesto salvaje— ¡todo esto!

Suspiré. Intenté recordar el discurso. Algo sobre las ciudades costeras. El mundo claramente perdiendo el rumbo. Las familias nucleares desintegrándose, y los niños —¡los niños, los niños!, se lamentaba mi madre— y las mujeres, y desde luego los hombres, pero Doug había hablado tan deprisa, y el sistema de altavoces, resonando y reverberando sobre sí mismo, había deformado todo tan rápidamente. «América», Doug seguía rugiendo en mi cabeza. «América, América…, ¿cuánto tiempo…? América…, ¿dónde estás?».

Era una combinación de mil conversaciones que había oído a lo largo de mi vida. La única diferencia, en mi mente, era que se había infantilizado, y tal vez afilado en la punta.

—Va a ganar, Natalie —dijo Shannon, cuando yo no dije nada—. Te das cuenta de eso, ¿verdad? ¿De que va a ganar?

Puse los ojos en blanco.

—Es una actuación, Shannon. Es teatro político. No es real.

—¿Cómo que unas elecciones no son reales?

—No me refiero a *eso,* sino a todo esto. —Señalé a la multitud que nos rodeaba—. El espectáculo. Las bravuconadas.

—¿De verdad crees que esta actuación no tiene consecuencias?

—Escucha. Desde el principio has sabido quién es mi suegro…

—Claro —espetó—, pero a quien no he reconocido es a ti.

Hice una pausa. La miré.

—Esta gente habla de las mismas gilipolleces de las que habla Caleb —dijo Shannon—. Toda esa mierda de las ratas. Y luego lo que dijo Doug en el escenario, sobre volver a «los viejos tiempos». Prácticamente estaba citando tus textos de Instagram palabra por palabra.

—No sé de qué estás hablando —dije inmediatamente, y no lo sabía.

Me había dado cuenta de cómo Doug cambiaba sus mensajes para adaptarse al ambiente de los foros de Caleb, claro que me había dado cuenta…, pero no me había dado cuenta, ni siquiera lo había considerado, de que alguna vez estuviera plagiándome *a mí.*

Era imposible.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —dijo Shannon. Ahora estaba frustrada y hablaba más alto. Algunas personas que estaban cerca empezaron a susurrar y a señalar en nuestra dirección mientras ella añadía—: Esto está *mal,* Natalie. Esto está *mal.*

«Cálmala —entonó la Natalie *online* —, desescalada», justo cuando una adolescente dijo detrás de mí:

—¡Dios mío, esa es la friki del Rancho Los Viejos Tiempos!

Se me revolvió el estómago. Estaba agotada. Esto ya había ocurrido unas veinte veces esta noche. Aun así, cambié de expresión y me di la vuelta para enfrentarme a otro fan, con los sensores parpadeando en rojo. *Batería baja.*

«¡Hola! Sí…, oh, eres muy amable…, muchas gracias por…, no, gracias, gracias por…».

Cuando me volví, Shannon se había ido. Estaba sola entre la multitud, y cada vez más gente me reconocía, decía mi nombre —«¡Es la del Rancho Los Viejos Tiempos!»— me pedía una foto, me tocaba las manos, los brazos y la cintura, se acercaba…

—Disculpen —dije alegremente, con la garganta cerrada por el miedo—, si pudiera… Necesito encontrar a mis hijos…

Una lección que me había costado mucho aprender: a veces el amor de los desconocidos es mucho más aterrador que el odio.

No me había dado cuenta de cuántos parkings había en la concentración, y me perdí durante quince minutos. Cuando vi la camioneta aparcada a medio camino del parking correcto, tenía los ojos llorosos de tanta atención, de tantas manos que me agarraban. Sentía el cuerpo dolorido al tacto. Estaba medio asustada y medio aliviada por la desaparición de Shannon. Tal vez fuera lo mejor, sugirió la mitad aliviada de mi cerebro. Llevaba queriendo despedirla desde que llegó y seguramente podríamos encontrar otra productora con su nivel. Pero mi mitad en pánico me replicó: para entonces, ella tenía el control absoluto de nuestros contenidos, no solo la contraseña de acceso a la cuenta en sí, sino a todo nuestro software de programación, el correo electrónico de la empresa, nuestros archivos de creación de fotos. Era capaz de bloquear mi cuenta. Podía publicar un mensaje o un vídeo. Podía arruinarme la vida en cinco segundos. En unos pocos clics.

*Nunca lo haría.*

Pero técnicamente hablando, podía.

Entonces vi a Shannon sentada en la fila del medio, ya con el cinturón puesto, con los brazos cruzados mientras las niñeras acomodaban a los niños a su alrededor.

—Shannon —dije en voz baja, apoyándome en la puerta abierta del coche—, ¿podemos hablar?

Se desabrochó el cinturón y pasó agachada a mi lado.

—Disculpa —murmuró—. Me siento mareada.

Se arrastró por el medio hasta el asiento del copiloto, donde yo solía sentarme. Caleb la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Muy bien —dijo Louise desde el asiento trasero—. Ya podemos irnos.

Dudé. ¿Debería decirle a Shannon que se levantara de mi asiento? No. Demasiada confrontación. Me arrastré hasta la primera fila de asientos, junto a las niñeras. Cuando Caleb arrancó el motor, Shannon se volvió para mirarlo, con el rostro silueteado por la luz amarilla y barata de las lámparas de aparcamiento que había encima.

—Caleb, ¿quieres contarme más cosas sobre los foros?

Su rostro se iluminó en la oscuridad. Era la primera vez en toda la noche que alguien le pedía algo.

—¿Qué quieres saber?

# 45

—Creo que deberíamos invitar a los vecinos a cenar —dice Mary—. Nunca les ofrecemos comida, ¿verdad? No es muy educado.

Es de noche. Estoy doblando ropa junto al fuego. Mary está cortando patatas para la cena. O, mejor dicho, se supone que está cortando patatas para la cena. Lo que en realidad está haciendo, cuando levanto la vista, es mirar por la ventana de la cocina cómo los hombres trabajan en la valla. Sus ojos siguen al más alto de los dos vecinos mientras martillea. Mantiene las manos inmóviles en la tabla de cortar, con el índice detenido en el fino filo del cuchillo. La expresión de su cara no es la de un ama de casa cansada y endurecida, como estoy acostumbrada a ver. Es la expresión, me doy cuenta lentamente, de una chica enamorada.

Un anhelo tan abierto en su rostro. Y de Mary, que dirige esta casa con la fría disciplina de una monja. Un hilo de vértigo me recorre. *¡Mary está enamorada!*

En otra vida me burlaría de ella. Mary y el señor barbudo campestre, sentados en un árbol, BE-SÁN-DO-SE. En otra vida ella se sonrojaría y reiría. Diría: «Me avergüenzas, mamá».

En esta vida, me oigo decir suavemente:

—Eres demasiado joven para casarte, Mary.

Y ella gira la cabeza y me mira ferozmente.

—¿He hablado de casarme o he hablado de cenar?

Sale por la puerta antes de que pueda responder. La observo a través de la ventana mientras camina hacia el campo, se detiene y los llama desde quince metros de distancia. Todos los hombres dudan. El antiguo Caleb le dice algo a Mary. Ella señala las lejanas

nubes oscuras junto a las montañas. Está argumentando que hace mal tiempo.

*Mary está enamorada.* Un calor gradual llena mi corazón. Mary sería una excelente madre y esposa.

Estoy disfrutando de esta rara ráfaga de felicidad orgánica, cuando un pensamiento positivo —Mary es una muy buena mujer— me lleva a otro peligroso: una buena mujer acaba casándose y formando su propia familia.

Lo que significa que Mary podría irse algún día.

No, Mary *se irá* algún día. Pronto. Las buenas mujeres cristianas tienden a casarse jóvenes.

Somos dos mujeres viviendo bajo el mismo techo y, sin embargo, nos encontramos en estructuras laberínticas completamente diferentes. Para complacer al Señor, Mary debe dejar este lugar y convertirse en esposa y madre de otro hogar. Maeve también. Y para complacer al Señor, yo debo quedarme aquí siempre.

Excepto que no puedo imaginar sobrevivir un solo día en este rancho sin las niñas.

La puerta se abre de golpe.

—Está decidido —dice Mary—. Los vecinos se quedarán a cenar.

Los hombres son jóvenes y callados, inquietantemente educados. Comen inclinados sobre sus cuencos, sorbiendo el estofado rápidamente, sin dejar caer ni una gota sobre la mesa. Mientras comen, los observo atentamente. La mayor parte de su rostro está cubierto por grandes y tupidas barbas, pero sus ojos me resultan familiares. Siento un zumbido en la cabeza, el chirrido de un motor que se recalienta.

Realmente me gustaría que esta cena terminara.

El problema es que a Mary, claramente, le gustaría que esta cena durara para siempre. La ha organizado de tal manera que estamos comiendo en varios platos —primero las galletas, luego la sopa, luego la tarta— y parece empeñada en aprender cada detalle de los entresijos de la carpintería. Es, en teoría, algo hermoso de

presenciar: una adolescente abriéndose como una flor, desesperada por sentir el calor de la atención de un hombre en su rostro. Pero esto no es teórico, así que me quedo mirando mi guiso con una sensación de descomposición en el estómago.

En un momento dado, levanto la vista y veo al antiguo Caleb observando a Mary con una expresión que refleja cómo me siento yo. Perturbado.

Un *crescendo* de miedo toma mi cuerpo.

Dejo el tenedor y miro al más alto.

—¿Cómo está la sopa?

Siento que Mary me mira. No la miro. Tampoco miro al antiguo Caleb, aunque puedo sentir que él también me mira. Es lo primero que digo en la cena en mucho tiempo, aparte de «por favor, gracias, no, gracias, sí».

—Está deliciosa —dice el vecino más alto—. Gracias, señora.

—Por cierto, ¿dónde está tu granja?

Los ojos del vecino más alto brillan con algo.

—Bajando la colina.

—¿Qué colina?

La mesa está en silencio. Maeve empuja con la cuchara un guisante en su cuenco. Los chicos miran sus platos vacíos. No puedo ver la expresión de Mary, pero siento su energía, una vibración furiosa.

—A una hora de camino —dice finalmente el mayor.

—¿Y qué hay después?

—El resto del mundo, supongo.

Suelta una carcajada nerviosa. El más bajo se une, y dirijo mi mirada hacia él.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Deja de reír.

—¿Señora?

—¿Quién eres en realidad?

La pregunta sale antes de que pueda detenerla. Y de repente está ahí, flotando sobre la mesa, para que todos la veamos. Eso es todo

lo que se necesita: cuatro palabras, una sola pregunta, para que una vida de fe se quiebre.

—Señora…

—Me retienen aquí contra mi voluntad. Este hombre no es mi verdadero marido. Estos niños no son mis verdaderos hijos. Fui secuestrada. Me sacaron de mi casa. *Me robaron.*

Silencio.

Miro con desesperación alrededor de la mesa, aunque nadie se encuentra con mi mirada.

—¿Vais a ayudarme? ¿O formáis parte del grupo que me retiene aquí?

Ahí está, el momento culminante de mi vida. Borrado en un instante.

Espero que el antiguo Caleb se levante y me arrastre, pataleando y gritando, hasta el dormitorio, y me golpee metódicamente hasta matarme. Cuando eso no ocurre, espero que golpee la mesa con los puños y diga: «Ya basta».

Pero no hace ni lo uno ni lo otro. No hace nada. Se queda mirándome con una expresión extraña en la cara.

El vecino mira al antiguo Caleb.

—Ese gallinero está quedando muy bien, ¿no crees?

—Así es —dice el antiguo Caleb—. Está quedando muy bien.

Suelta un largo y lento suspiro.

—Mary, ¿me pasas los guisantes?

# 46

Al principio me dije a mí misma que imaginaba cosas. Vi a Shannon susurrándole algo a Nana Aimee en el salón, las dos intercambiando una mirada de conspiración, y me dije: «No es nada». La vi dar largos paseos con Clementine por el campo y el bosque en su día libre semanal, y pensé: «¡Qué bien!». La vi almorzando a solas con Caleb en el porche delantero —primero de vez en cuando y pronto prácticamente a diario— y me dije: «No pienses en ello». Vi la forma en que Caleb la miraba cuando ella ponía los ojos en blanco y se reía de alguna tontería que él decía, y me fijé en cómo sus dedos a veces se tocaban cuando almorzaban, y entonces miré hacia otro lado.

Ignoraba todo esto y más porque lo necesitaba, porque estaba embarazada de cuatro meses de mi sexto hijo y ganaba treinta mil seguidores a la semana; porque Shannon más que una empleada era, para ser sincera, como mis propias manos; porque si quería, podía bloquearme la cuenta; por la regla más básica de las redes sociales, tan arraigada y esencial como las leyes de la gravedad: no puedes retroceder en términos de calidad.

Por todas esas razones y más, no me apetecía demasiado ahondar en el siguiente misterio: por qué de repente Shannon se esforzaba tanto por seducir a todo el mundo en el rancho menos a mí.

Así fue durante meses. Clementine empezó a hablar de océanos y ciudades. Quería ir a California. Quería ver el Pacífico. Como solución intermedia, empecé a llevarla a Target una vez al mes. Entonces las niñeras vinieron un día y me pidieron un aumento, y aunque quería

quitarles el *gloss* de los labios de un bofetón, les dije que sí inmediatamente. Solo tenían que pedirlo.

Y entonces, un día Caleb se me acercó y me dijo:

—¿Realmente necesitamos dos niñeras?

Y supe que otra mujer había tomado el control total del Rancho Los Viejos Tiempos.

Aun así —*misericordia* — no la dejé marchar. Y entonces Caleb entró en nuestro dormitorio una noche, tarde, después del último ordeño del día *(ja,* pensaría más tarde: «un ordeño de verdad»), y dijo:

—Tenemos que hablar.

# 47

—Tenemos que hablar —dice Mary.

Está de pie junto a mi cama. Gimo y me subo la colcha hasta los hombros. Cualquiera pensaría que la ventaja de estar atrapado en un rancho en medio de la nada sería un poco de paz y tranquilidad, pero no. Un hijo es un hijo. En todos los mundos, en todos los escenarios posibles, están programados para drenarte.

Por desgracia para Mary, hoy no estoy de humor para que me drenen. Ayer fue terrible, uno de los peores días que recuerdo: algo entró en el gallinero y mató a todas las gallinas menos a una. Abel cree que fue un zorro. Noah cree que fue un lobo. No importa: la señora Huevinda fue la única sobreviviente. Cuando Maeve y yo llegamos por la mañana para recoger los huevos, la triste gallinita cacareó y fue tambaleante a los bracitos de Maeve. Pobrecilla, estaba aterrorizada. Y Maeve —la forma en que miraba alrededor del sarnoso gallinero, el animalillo tembloroso en sus brazos, toda la sangre y las plumas y los trozos de vísceras y músculo reflejados en el blanco de sus ojos; y los retazos de tela de los sombreros a medida…—. No creo que olvide esa mirada durante el resto de mi vida. No se debería exigir a las niñas que fueran tan valientes.

Entre eso y la cena con los vecinos, y la certeza de que Mary está a punto de marcharse: he decidido que voy a la huelga. Formar un sindicato de una sola mujer conmigo misma. No salir de la cama hasta que las perspectivas mejoren. Creo que tengo una muy buena oportunidad de que se cumplan mis demandas —las demandas en cuestión son que me dejen en paz— y creo que puedo hacerlo sin

que me den una paliza, ya que el antiguo Caleb está muy ocupado reconstruyendo el gallinero ahora mismo.

—Maeve está enferma —dice ahora Mary.

—No está enferma —digo pacientemente—. Está de luto. Todas sus amigas han muerto, Mary. Ten un poco de respeto.

—¡Ha estado tosiendo sin parar!

—Dale uno de tus extraños brebajes, entonces.

—No le hacen nada. ¿Y si ha cogido una infección por lo de las gallinas? ¿Por toda esa… sangre?

—Eso no existe —digo, aunque no tengo ni idea de si existe o no.

Esta cama es fundamentalmente incompatible con la noción de comodidad, pero si me caliento lo suficiente y me quedo quieta, puedo imaginar que estoy en otro lugar. Enterrada bajo edredones de plumas en un resort de cinco estrellas. Sí, ahí es donde estoy. Dormitando en algún Ritz-Carlton en Montana, sin participar en una conversación sobre la relativa tasa de infección de la sangre de las aves de corral en una granja decrépita.

La voz de Mary adquiere un tono de sospecha.

—¿Qué te pasa? ¿Tú también estás enferma?

—Estoy bien —es todo lo que digo.

Lo que no voy a decirle a Mary: en unas semanas será invierno profundo y estaré atrapada aquí. Atrapada en este rancho mientras mi barriga crece, y crece, y crece, hasta que sea imposible esconderla más. Lo que significa que es hora de irse.

«Lo siento. Señor, hice lo que pude, pero no puedo más».

Sí. En lugar de que Mary se vaya y yo me quede, me adelantaré. Seré yo quien se vaya y ella quien se quede.

Si quieres saber la verdad, ese es el verdadero objetivo de mi pequeña huelga de cama: estoy reuniendo fuerzas. Pensando mi estrategia. Preparándome para una última gran y magnífica escapada. Mi tobillo es más fuerte ahora. La piel está casi curada. La cicatriz se ha convertido en una suave vena de color rosa.

—Maeve va a estar bien —le digo—. La cuidas muy bien. No necesitas mi ayuda. Lo harás muy bien sin mí.

Me tumbo de lado y cierro los ojos, esperando a que se vaya.

«Todos estaréis bien sin mí cuando me haya ido».

# 48

La noche que Caleb me contó lo que pasó con Shannon estaba embarazada de seis meses de nuestro sexto hijo y no pegué ojo en toda la noche. Me quedé tumbada en la oscuridad, mirando al techo mientras mi marido roncaba tranquilamente a mi lado. El sonido hacía que me saliera humo por los oídos. Pero, por supuesto, él dormía plácidamente. En cuanto Caleb me explicó lo sucedido, *lo que estaba ocurriendo delante de mis narices,* me traspasó el problema. Al fin y al cabo, así era como funcionaban los buenos matrimonios. Mi marido se movía instintivamente por el mundo, hacía las cosas que quería hacer y no hacía las que no quería hacer, y yo —*mujer feliz, vida feliz* — me paseaba beatíficamente por delante y por detrás de él, fregando el suelo para que él avanzara y, con la misma rapidez, fregando sus sucias pisadas.

Eso es lo que me habían dicho que hiciera, ¿verdad? Todas las mujeres que me precedieron. «Ser madre, esposa y mantener limpio el hogar».

Mentirosas. Todas las mujeres cristianas que conocí habían sido unas gordas bastardas mentirosas. Que el Señor se apiade de sus gordas y mentirosas almas bastardas.

A las cinco, Caleb se levantó y se fue a ordeñar las vacas. A las seis, salí de la cama y me dirigí a la cocina, ignorando a los niños y a las niñeras en la mesa. Preparé un *espresso,* salí al porche y me senté en una mecedora mientras el cielo oscuro se aclaraba lentamente. El café se enfrió mientras yo me mecía con una manta de lana sobre los hombros. Me preguntaba dónde estaría mi familia si no hubiéramos acabado aquí, en este rancho. Pero las opciones con las

que daba no me satisfacían, ni siquiera para soñar despierta, así que me fui un poco más lejos en el tiempo: ¿dónde habría acabado si no me hubiera ido con Caleb? Delante de mí se proyectaban una serie de películas mudas. Las vi con una vaga decepción. Si no me hubiera casado con Caleb, me habría casado con otra persona.

Caleb estaba enamorado de Shannon. Eso me había dicho la noche anterior. Estaba enamorado, *enamorado de verdad,* por primera vez en su vida. En ese momento de su pequeño monólogo, me estremecí, lo admito. Pero él no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado asestando el golpe de gracia.

—Me mudo a Nueva York —dijo en la oscuridad, prácticamente sin aliento por la emoción—. Voy a empezar una nueva vida. Ella realmente supone un desafío para mi intelecto, ¿sabes? Me reta a darle una vuelta a mis ideas. Nuestras conversaciones son increíbles. ¿Sabías, Natalie, que lo de las ratas no es verdad?

—Sí —dije en voz baja—. Sé que lo de las ratas no es verdad.

Hizo una pausa.

—¿Por qué no me dijiste nada, entonces?

No contesté.

—Lo siento —dijo Caleb—. Sé que esto será duro. Pero es lo mejor, Natalie. Realmente lo creo. Tú y yo nunca estuvimos destinados a estar juntos. Lo sabes, ¿verdad? Creo que siempre lo has sabido.

«Mudarse a Nueva York. Empezar una nueva vida. Con Shannon».

No me lo creía. De ninguna manera. Ni por asomo. Una chica como Shannon no aguantaría a Caleb más de cinco kilómetros de camino a Nueva York. Mi marido era como un animal de granja, o un sofá de ante muy caro. Trabajo constante. Rendimientos decrecientes. Se requerían un sacrificio y una disciplina implacables para entregar tu vida al cuidado y gestión de un hombre así. Shannon no era ese tipo de mujer.

Dije:

—¿Está embarazada?

Caleb guardó silencio. Estaba demasiado oscuro para ver su expresión, pero podía imaginármela perfectamente, su ceño fruncido en contemplación.

—No lo sé —dijo finalmente—. Pero, si lo está, me gustaría que lo tuviéramos.

¡Señoras y señores, este es mi marido! Qué príncipe.

A las siete en punto, llamé a la puerta del dormitorio de Shannon y oí un apagado «Adelante».

Abrí la puerta y me la encontré de pie junto a su armario, en camiseta y ropa interior, colgando un vestido en el espacio compartido.

—Ah —me dijo—. Lo siento, pensé que eras una de las niñeras.

Esperé, con la mirada perdida, mientras ella rebuscaba entre la ropa de su cesto, encontraba unos vaqueros y se los ponía rápidamente.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Entré y cerré la puerta. Sonreí ligeramente.

—Seguro que te imaginas por qué he subido aquí.

Y ahí se materializó: todo un mundo girando en su expresión. Pasó un largo rato y luego se sentó en la cama.

—Sí —dijo—. Supongo que sí.

—Me ha dicho que os mudáis juntos a Nueva York.

—*Dios* —murió Shannon—. Eso es… Vaya.

—Mi marido, sí —dije, e hice una pausa. Me tomé un momento para serenarme. Recolocar las arrugas de mi furia en su lugar—. Puede ser ingenuo. Así que, si en algún momento… —Hice otra pausa. Debía ir con cuidado. Tal vez estaba grabando la conversación. No era probable, pero tampoco imposible—. Soy consciente de que es inapropiado. Es tu jefe, así que, si hubo alguna presión por su parte, o si te prometió dinero…

—No me presionó.

Sus pantalones seguían desabrochados, una florecilla rosa en el encaje de su ropa interior me miraba como un mal de ojo.

—Mira. Es… —Exhaló lentamente. Lo intentó de nuevo—. Está bien. La cosa fue así. Estaba enfadada después de aquel día en el mitin. Me sentía tan indefensa. Así que hice una especie de apuesta conmigo misma para ver si podía cambiar algo en mi vida. Algo práctico. Algo pequeño. Y me di cuenta de que podía tratar de desacreditar algunas de las mierdas esas locas y estúpidas en las que Caleb cree. —Pausa—. Y entonces, no sé. Las cosas… —Pausa más larga—. Evolucionaron.

—Evolucionaron —repetí—. ¿Es así como lo describirías?

Me miró.

—Dijo que no te importaría.

Me sentí mal. Esperaba que no se notara.

—Y tú le creíste.

—Sí —dijo simplemente. Solo: *Sí.*

Había una distorsión en la escena que no tenía sentido para mí, un círculo negro en el centro de la lente. Desde cierto punto de vista objetivo, era obvio que yo estaba dirigiendo la conversación, pero no lo parecía, en absoluto.

—Lo siento —dije—. No puedo creer que esto esté sucediendo ahora. No puedo creer que esté hablando con una mujer que admite haber seducido a mi marido y que se niega a mostrar una gota de remordimiento por ello.

—Seducido. —Shannon parecía realmente sorprendida—. ¿Crees que lo seduje?

—¿Crees que no lo hiciste?

Shannon se llevó una mano a la cara. Se alisó las cejas hacia afuera. Parecía tener muchos problemas para serenarse. Cuando habló, le temblaba la voz.

—¿Sabes, Natalie? Observo cómo tratas a Caleb. Actúas como si fuera tonto. Como si fuera un niño pequeño al que hay que proteger o algo así. —Me miró—. No es tan tonto como crees. De hecho, creo que es bastante inteligente. Mira esto.

Hizo un gesto de impaciencia alrededor de la habitación, pero yo sabía que se refería a la finca en su totalidad: al granero, las

gallinas, las vacas, los ríos, los montes y las vallas.

—Él encontró la forma de que tú crearas el sueño masculino perfecto en el que él pudiera vivir, y encontró la forma de que tú lo hicieras porque pensabas que había sido idea tuya. Y ahora simplemente consigue… *existir* en esta pequeña bola de nieve psicótica que construiste solo para él. Y a pesar de todo eso, de alguna manera sigues pensando que fue idea tuya. Que tú tienes el control.

—*Fue* idea mía.

—¿Sabes por qué le gusto tanto a Caleb? Porque soy la única en esta granja que lo trata como a una persona, no como a un proyecto. Lo escucho cuando habla. Le hago preguntas. Lo confronto cuando dice estupideces. Hablo con él como si yo fuera una persona real. Como si *él* fuera una persona real, y, si él a partir de esa experiencia asume que estamos enamorados, entonces lo único que me demuestra es lo mal que entiende las relaciones.

Sentí la firme convicción de que estaba en el momento más asombroso de mi vida.

—No te sientes mal en absoluto. Eres una puta. Una rompehogares. Y ni siquiera te importa.

Shannon levantó las cejas. Era la única parte de su expresión que se movía.

—En realidad —dijo—, no lo soy. Esto es lo que intento decirte, Natalie. Para que yo fuera una rompehogares, tendrías que tener un hogar que yo pudiera destrozar, y no lo tienes. Ni siquiera tienes una familia. Lo que tienes es un negocio. Tus niñeras lo saben. Tus granjeros lo saben. Tu marido lo sabe. Y algún día tus hijos también lo sabrán. ¿Y sabes qué? Creo que te odiarán por ello. Creo que nunca te lo perdonarán.

«Señor, Dios, ayúdame».

—Zorra —susurré, casi con adoración.

Me sentía salvaje. No sabía qué hacer, cómo actuar, qué decir. *Online, offline.* Ninguna de mis dos versiones estaba preparada para ese momento. La cabeza me daba vueltas, fuera de control, como

una peonza. Me oí decir, como una terrible imitación de una mujer que no conocía:

—¿Fue divertido, Shannon? ¿Fue divertido que te follara un hombre que ni siquiera puede mantener una erección?

Se suponía que ella debería entonces parecer horrorizada, o tal vez avergonzada. En lugar de eso, parecía preocupada.

—Oh, Dios, Natalie, ¿no se le pone dura cuando tiene sexo contigo?

*Fiu.*

¿Qué puede hacer una mujer cuando el mundo se le viene abajo?

Respuesta fácil: cerrar los ojos. Imaginar un suelo donde no lo hay. Fingir que el tic en el ojo es por falta de sueño.

Preocuparse. Las mujeres se preocupan.

*En vela toda la noche preocupándose, supongo.*

Las buenas mujeres cristianas eran buenas preocupándose. Sin embargo, no eran buenas en la confrontación. ¿Pero los buenos hombres cristianos? Nacidos para ello.

Un buen marido y padre cristiano no tendría ningún problema en hacer callar a un mentiroso, a un tramposo, a una sucia putita. Un buen hombre cristiano se levantaría, cruzaría la habitación con un solo movimiento rápido y abofetearía a Shannon con la palma abierta. «Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados…». Pondría sus manos alrededor del cuello de esa perra egoísta y le sacaría manualmente el aire de su garganta de perra egoísta, y mientras tanto, en casa, su esposa estaría limpiando las encimeras. Pensando en su marido. Preocupada.

Realmente sentí que me caía. Miré fijamente mis manos, tratando de dar sentido a la presión que ejercían sobre el cuello de Shannon. Yo estaba a horcajadas sobre ella en la cama, y ella se retorcía desesperadamente debajo de mí. Pataleaba. Su piel estaba caliente

bajo mis palmas sudorosas. La ropa interior con la florecilla rosa quedaba ahora totalmente expuesta. Los vaqueros le llegaban a la mitad de los muslos. Por el movimiento, supuse. Emitía un horrible gemido, sus dedos revoloteaban frenéticamente alrededor de mis manos ejerciendo presión.

Mis manos ejerciendo presión.

«¿Mis manos ejerciendo presión?

No. Eso no puede ser».

Pero estaba sucediendo. Le estaba apretando la garganta con tanta fuerza que mis nudillos se habían puesto blancos. Fue el reconocimiento de este hecho lo que me hizo soltarla. Shannon jadeó. Me eché hacia atrás cuando sus manos se dirigieron a donde acababan de estar las mías, como si buscara los surcos que había dejado mi presión.

«¡Buenos días a todos! No os vais a creer la mañana que he tenido…».

Me levanté de la cama, me puse bien la blusa, doblando de nuevo el cuello y alisando las arrugas. Me faltaba un botón. Se me debió de saltar cuando yo…, o más bien cuando ella…

No importa. Era un botón mal puesto. Una blusa arrugada. Eran cosas sin importancia. El botón, la blusa. Todo podía reemplazarse.

—Estás disgustada —dije, por encima de los sollozos de pánico de Shannon—. Debería darte algo de espacio. Significas mucho para nosotros, Shannon. De verdad.

Ella decía algo, pero no podía entenderla del todo. «Este rancho está» algo.

—¿Qué pasa, Shannon? —dije pacientemente—. ¿Qué estás tratando de decir?

Este rancho, este rancho.

—¡Escúpelo! —dije en tono alegre—. No tengo todo el día.

Shannon me miró con una expresión aterrorizada y la cara llena de lágrimas.

—Este rancho —dijo, con voluntariosa lentitud— está maldito.

Me di un largo segundo para pensar: «Debería haberte estrangulado hasta matarte». Luego sonreí ampliamente, y el pensamiento se desvaneció, como un trozo de papel que revolotea por la ladera de un acantilado.

—Siento que te sientas así. ¿Por qué no te tomas medio día para ti? Relájate. Duerme una siesta. Nos vemos en la cocina a la una.

Ladeé la cabeza como una buena jefa, una jefa generosa. De nada.

Me di la vuelta para marcharme, y entonces recordé algo.

—Oh, quería preguntarte: ¿estás embarazada?

Si lo estaba, por supuesto que nos desharíamos del bebé. La llevaríamos a otro estado. A un médico de confianza. Doug sabría cómo encontrar uno. Era una pena. *¡Se me rompía el corazón solo de pensarlo!* Pero el Señor sin duda lo entendería.

—No —dijo Shannon, todavía frotándose el cuello—. No estoy embarazada.

Se limpió las lágrimas de la mejilla, mirándome como…

Como mi propia hija, me di cuenta, justo cuando añadió suavemente:

—Nunca sería tan estúpida como para tener un hijo con ese hombre.

Cuando salí a la luz del sol, estaba sonriendo con tanta fuerza que me dolían las mejillas. Una repentina náusea se apoderó de mí.

«A veces me pone enferma lo perfecta que es mi… y lo buena que soy…».

Retrocedí, y retrocedí de nuevo, hasta que me apoyé en la pared del granero.

—Mami, ¿qué pasa?

El mundo era tan brillante que parecía roto. Como una lámpara sin pantalla. Fruncí el ceño, intentando ver bien. Miré para abajo y vi a dos niños que me observaban. Miré hacia arriba y más allá de ellos para encontrar dos graneros, dos casas, dos conjuntos de dos

niñeras jugando con dos conjuntos de niños. Parpadeé rápidamente, eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando un par de soles con ojos de serpiente, que brillaban locamente desde un cielo de doble hélice.

—Mami.

«No es tan tonto como crees».

¿Mami?

«Nunca te lo perdonarán».

Maaaaaaamiiiiiii…

«Nunca sería tan estúpida como para tener un hijo con ese hombre».

Mi mirada dio la vuelta a través del paisaje, rodeando las montañas y los prados y los graneros y aterrizando de nuevo en mis hijos pequeños. No, solo un niño. Mi hijo. Samuel. El futuro hombre de la casa. Intenté sonreír y me tragué un grito.

—¿Mami?

«Un hombre puede trabajar de sol a sol…».

«Levántate, Natalie».

«En el nombre del Padre, del Hijo y de la zorra rompehogares…».

Doug contestó a mi llamada al séptimo timbrazo.

Estaba sentada en la despensa, a oscuras, con apenas una pizca de luz visible a través de la rendija de la puerta cerrada. Mi espalda estaba incómodamente apoyada contra los grandes recipientes de plástico que contenían nuestros materiales para hornear.

—Es hora de que Caleb se presente a las elecciones.

—¿Perdón?

—Tiene que presentarse. Inmediatamente.

Se me había ocurrido mientras caminaba hacia la casa. ¿Qué me había dicho Doug casi una década antes, aquella extraña noche en Mili Estate? «Podría ser perfecto para la política algún día…». Uno de los pocos puestos de poder en los que te beneficia no pensar demasiado.

—Anoche me amenazó con dejarme, Doug. Dijo que está enamorado de Shannon.

—Ya veo —dijo Doug, después de un largo instante—. ¿Y cuál es la situación de la chica en este momento?

Era fácil imaginar a Doug, inmóvil en medio de una oficina bulliciosa, un gran cartel de campaña detrás de él («LA GUERRA CIVIL SE ACERCA»), media docena de becarios apiñados a su alrededor en semicírculo, todos sosteniendo notas adhesivas para transmitir sus propios mensajes profundamente urgentes.

El mío, por supuesto, era el más urgente de todos, por lo que probablemente levantó la mano hacia ellos, con un dedo en señal de pausa.

—Me enfrenté a ella esta mañana —le dije—. No fue bien.

Se me escapó un sollozo.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Ella no quiere huir con él. Pero hubo… hubo un altercado.

—¡Ah! —dijo con entusiasmo—. Ahora entiendo lo que quieres decir. *Esto* es muy interesante. Déjame ir a un lugar más tranquilo…

Me quedé sentada en la oscuridad de la despensa, escuchando cómo Doug caminaba impaciente por la oficina, diciendo *ahora no* y *choca esos cinco* con los becarios sin rostro que seguían persiguiéndole. Y entonces se oyó el clic de una puerta al cerrarse, y el ruido blanco de la oficina de campaña desapareció, y la voz de Doug llegaba cercana y ahogada hasta mi oído, cada palabra golpeando mis tímpanos con el eco exagerado de gotas de agua en una cueva.

—Cuéntame qué pasó exactamente.

—Es difícil de describir.

*—Encuentra la forma de describirlo.*

A través de la oscuridad, pude ver las sombras de los tarros en la pared frente a mí, alineados en pequeñas filas. Como miembros de un jurado. Observando atentamente.

«Siempre me observan —pensé con calma—. Nunca podré escapar».

Y el Señor…, la presión de su atención era tan fuerte en la coronilla de mi cabeza que sentía como si la gravedad de la tierra hubiera doblado su peso.

—Yo como que… la golpeé —les dije a los tarros, y a Él, y a Doug—. O la amenacé. Físicamente. Pero no fue… —Hice una pausa, me aparté el teléfono de la cara y sollocé en silencio sobre la tela del jersey—. Intenté…, no era mi intención… ponerle las manos encima, Doug. Le puse las manos en el cuello.

El teléfono quedó en silencio.

El tarro de azúcar moreno se inclinó hacia la harina: «¿Te puedes creer el descaro de esta zorra?».

El Señor estaba en silencio.

Mi suegro también.

—Doug, ¿me estás escuchando? ¿Sigues ahí?

El tarro de harina se encogió de hombros: «Estas mujeres tienen tanto tiempo libre que pierden la cabeza».

—Solo estoy pensando —espetó Doug—. Déjame pensar.

«Nosotros, los miembros del jurado de tarros de la despensa, hemos llegado a un veredicto unánime…».

Me cubrí los ojos con una palma fría.

«Culpable. Culpable. Culpable».

Finalmente, Doug habló:

—¿Viene de buena familia?

Consideré lo que sabía.

—Claramente no es pobre.

—Está bien. Le daremos un ascenso y una bonificación. Un nuevo contrato.

—No creo que lo firme.

—Por supuesto que lo hará —dijo Doug con impaciencia—. Suelen pasar varias cosas de estas antes de que alguien decida dejar un trabajo.

Claro, Doug ya había lidiado con esto antes.

—Escucha —continuó—. Ahora mismo hay unas elecciones especiales en California. Un senador estatal murió de cáncer y su

esposa se presenta sin oposición para ocupar su escaño. Podemos derrotarla, fácil, pero tenemos que ser conscientes de las consecuencias del éxito. Lo que me lleva a una pregunta muy importante: ¿crees que Caleb está preparado para ganar?

Por supuesto que no. Por supuesto que no lo estaba. Pero preferiría darle a mi marido idiota autorización para apretar el botón nuclear de nuestra nación que encontrarme a mí misma soltera, sin hogar, madre divorciada de cinco hijos, con un sexto en camino. Mi reputación destruida. Apenas un dólar a mi nombre.

Bueno, tal vez unos pocos dólares. La última vez que había revisado esa cuenta privada, tenía setenta mil dólares. Crecía tan lentamente porque solo podía desviar un pequeño porcentaje cada mes, y había pensado…, bueno, por supuesto la cuenta era para Caleb, nunca había planeado usarla realmente, y…

En fin. No había suficiente.

—Sí —dije—. Caleb está listo para ganar.

—Vale. Si hacemos esto, tenemos que movernos rápido. Encárgate de Shannon. Dale algo de dinero y un contrato revisado. Cuanto más amables seamos con ella, más dolor de cabeza le parecerá una demanda. Mientras tanto tenemos que hacer que Caleb anuncie su candidatura en una semana o menos. Estamos en terreno delicado. Tenemos que ir con mucho cuidado. Y, sobre este tema, ¿tienes una empresa de relaciones públicas contratada? ¿O tenemos que buscar una?

—No necesito una empresa de relaciones públicas. Sé cómo representarme a mí misma.

Doug soltó una carcajada.

—Claro que necesitas una empresa de relaciones públicas. ¿Tienes idea de lo cercana que tienes que resultar para salir airosa de una situación así?

*¿Quién coño eres tú para decir que no soy lo bastante cercana? Hombre asqueroso, imbécil, gilipollas, isi no fuera por mí tu hijo estaría muerto en alguna cuneta!*

Hubo un largo silencio en el teléfono.

Tardé unos diez segundos en darme cuenta de lo que había pasado.

—Lo siento, Doug. No quería decir eso. Fue… —«Nunca fue mi intención decirlo en voz alta, no sé cómo se me cruzaron los cables»—. Lo siento. Estoy muy disgustada.

Otro silencio largo.

—Bueno —dijo—. Como te decía: definitivamente necesitas algo de ayuda en el tema de las relaciones públicas.

Me quedé mirando, aterrorizada, en la oscuridad. Nunca me había sucedido eso antes, pero ahora que había pasado, sentía una espantosa conciencia de la delgada membrana que separaba lo que pensaba de lo que decía. ¿Habría roto algún sello irremplazable?

—Hablamos pronto —dijo Doug.

—Lo siento —me apresuré a decir de nuevo, pero mi suegro ya había colgado.

# 49

Maeve está sentada sin fuerzas en mi regazo mientras Mary le pone el sirope de cereza en la boca, asegurándose de no derramar ni una gota sobre la ropa de la niña. Noto su temperatura tan alta en mis brazos que empiezo a sudar por el calor de su cuerpo. Está muy enferma. Tarda un rato en tragar el líquido y luego echa la cabeza hacia atrás, claramente agotada por el esfuerzo. En su sudoroso puño hay una sola pluma iridiscente. Es el único recuerdo que tiene de su gallina favorita, Señora Princesa del Jersey, cuyas tripas fueron esparcidas recientemente por el gallinero como confeti. Le he prometido que celebraremos un funeral en condiciones cuando se encuentre mejor.

«Que las señoritas, todas ellas, descansen en paz».

Mary se sienta frente a mí; observando atentamente, y el reflejo del fuego parpadea en su mirada.

—Mírale el pecho —dice en voz baja—. Mira cómo le cuesta respirar.

El antiguo Caleb y Abel entran en ese momento, el antiguo Caleb mira la cocina con el ceño fruncido.

—¿No está lista la cena?

—Maeve está enferma —dice Mary. Está al borde de las lágrimas—. Apenas puede respirar.

—Ven aquí, Maevie —dice el antiguo Caleb—. Déjame tocarte la frente.

«¿No puedes venir tú hasta ella?», casi estallo. Pero me muerdo la lengua, así que Maeve se desliza fuera de mi regazo y camina lentamente hacia el antiguo Caleb, que la coge en brazos y la coloca

sobre su regazo en la mesa. Ella apoya la cabeza contra su pecho, mirándome fijamente de una forma que deja claro que no me ve en absoluto. Siento náuseas en el pecho.

¿Es posible morir en este rancho?

No me imagino que pueda morir alguien de esta familia. ¿Harían un funeral? ¿Clavaría el antiguo Caleb un montón de listones de madera para hacer él mismo un pequeño ataúd? Entonces mi mirada se posa en mi propia mano, que descansa suavemente sobre mi estómago. La imagen me estremece. Si el nacimiento es posible en este mundo, entonces seguramente también lo sea la muerte.

¿Y si la muerte es la única salida?

El antiguo Caleb le presiona la frente con el dorso de la mano, como hice yo minutos antes.

—Tiene fiebre —dice, como si fuera información reveladora—. Ya se le pasará.

Le revuelve el pelo con cariño y la deja de nuevo en el suelo. Se queda sentada a sus pies, con la cara rosada y la mirada perdida, como una muñequita de trapo.

—Se sentirá mejor en unos días.

—*Ya* han pasado unos días —decimos Mary y yo simultáneamente.

Ella me mira sorprendida.

Esta es la cuestión: si alguien en esta familia debería poder abandonar este rancho, debería ser yo. No puedo aceptar ningún otro resultado. Mary no puede irse antes que yo, y Maeve tampoco.

Tengo que irme, y pronto. Pero no puedo dejar de pensar en Maeve, con su respiración agitada, y en Mary, con sus ojos aterrorizados. No puedo dejarlas solas ahora. No es justo.

Cuando el antiguo Caleb sale a por más leña, miro a Mary. Luego miro a los chicos, que ahora están sentados a la mesa, intentando consolar a Maeve con historias inventadas sobre los monstruos con los que han luchado hoy, gigantes e indios y espíritus malignos, ¡pam pam! Bajo la voz para que no me oigan.

—Si dijera que quiero ir a por un médico para Maeve, ¿sabrías dónde podría encontrar uno? —Es una pregunta, pero también es una prueba—. *Confía en mí.*

Ella duda. Mira hacia la puerta. Susurra:

—Sí.

# 50

El último día de la vida que había imaginado para mí, me desperté y rogué al Señor que no me quitara todo lo que me había dado.

El mugido lejano de Sassafras. *Ese hombre era bueno.* Coc-coc, coc-coc. Ruido blanco. Gracias por la propiedad. Una oleada de náuseas: un recordatorio para repasar las preguntas que la empresa de relaciones públicas de Doug había enviado. «¿Por qué nunca muestras toda la ayuda que tienes entre bastidores?». Zumo de naranja casero. Un coro de ángeles: «Buenos días, mami». Shannon en la esquina, de ojos oscuros y nerviosa. Soñando con monstruos. Cerebro de embarazada. «¿Qué significa *tradwife?*». Una sonrisa enorme, todo encías. Caleb, mitad hombre, mitad vaquero, mitad monstruo, besándome mientras los niños aplaudían. «No entiendes nada a las mujeres». Cena natural. Niñeras estúpidas. Visita a Target. Vanessa, esa hipócrita de gesto fruncido, cotilleando sobre los pesticidas de mi granero mientras compraba pesticidas para alimentar a sus putos hijos. «Puta». Otra disculpa al Señor. Otra Mujer Enfadada. Otra cortesía forzada, «me alegro de verte». Otro día preguntándome por qué era mucho más fácil ponerme una sonrisa en la cara que quitármela. Otro largo viaje de vuelta a casa, a través de las montañas, pasando por las granjas y bajando por el largo camino de tierra hacia la pesadilla —quiero decir, el sueño— que yo misma había creado, la vida que había moldeado con mis propias manos. Marido de plastilina, hijos de plastilina, vida de plastilina. «¡Sonríe!».

*—Última pregunta, Sra. Heller Mills: ¿Le gustaría comentar algo sobre esas horribles acusaciones de agresión en el Rancho Los*

*Viejos Tiempos?*

*Rompehogares.*

*«Para que quede constancia: No creo que seas una mala persona. Creo que solo estás confundida».*

Pequeña imbécil egoísta.

—Ha llegado el momento de anunciar la candidatura.

Mi marido, idiota de las cavernas con cerebro de melocotón agridulce, me miraba con orgullo descarado, pensando sinceramente que su padre creía en él.

—Vamos a rezar por ello.

Desesperada por que terminase el día. Desesperada por que desapareciera esa sensación en mi cabeza, ese suave quejido, el sonido de una casa podrida aguantada por pilotes sobre el oleaje. Junté las manos, incliné la cabeza y apreté los pulgares contra la frente. Intenté ignorar la rabia que burbujeaba y espumaba en mi estómago. Intenté tragarme el miedo que me subía por la garganta como gas mostaza. «Estamos en terreno delicado». Intento respirar. Respirar. Respirar.

La voz de Clementine en mi cabeza. Se repite, se repite: «¿Qué significa *tradwife?*».

Una hora más tarde, Caleb roncaba y yo miraba fijamente a la oscuridad, con los pensamientos desbocados. «Por favor, Señor, muéstrame el camino».

No podía quitarme la sensación de que había algo que se me escapaba.

# 51

Al día siguiente, Mary hace las maletas rápidamente. Veo cómo sus manos entran y salen volando del pequeño saco que llevaré conmigo en el viaje. Dos cantimploras de agua, un trozo de mi propio pan casero de mierda. Cuatro tiras de pescado salado. Una gran lata de melocotones en conserva.

—¿No son un poco pesados los melocotones?

—Te alegrarás de tener algo dulce —me dice, y aunque preferiría no cargar con ese peso, me doy cuenta de que le importa que me los lleve, y por eso no digo nada.

Mientras ella se mueve por la cocina, yo me siento a la mesa, intentando memorizar su cara.

Desde que empecé a hacer las maletas, me he dado cuenta de algo: Nunca volveré a pisar esta casa. Haré todo lo posible por ayudar a Maeve, intentaré encontrar al doctor —de verdad, lo haré—, pero me suicidaré antes de volver a este lugar. Lo que significa que me despido.

—Te quedarás en el bosque —dice Mary—. ¿Me oyes? Mantente fuera de la vista.

—Pero ¿qué pasa con las trampas?

No me mira cuando dice en voz baja:

—Hay…, bueno, solo hay esa.

Respiro rápidamente.

*—Mary.*

Me lanza una mirada angustiada.

—Si lo hubieras sabido, mami, te habrías escapado otra vez, estabas de un *humor…*, fueron *días malos* y yo solo… —suelta un gemido frustrado—, ¡solo intentaba mantenerte a salvo! ¿Realmente es tan terrible?

Podría haber escapado hace meses. Antes de que hiciera frío. Antes de estar embarazada. Todo este tiempo, mientras he estado mirando el bosque, imaginando docenas o tal vez cientos de trampas explosivas, no había nada. Solo hojas. Quiero abofetear a Mary, quiero *matarla,* pero también siento una ternura repentina hacia ella.

Mira qué blanda me he vuelto. Un montón de gelatina. Creo que es porque me voy, y porque nunca volveré a ver su cara, por lo que soy capaz de sentir tanto amor por ella. «Niña tonta y estúpida —pienso con cariño—. Me atrapaste aquí tan fácilmente, niña lista, zorra increíble».

Ahí está, en la punta de la lengua: el instinto de decir «te quiero». Y es verdad. La quiero. La quiero mucho, a esta extraña joven. A Maeve también, y a los chicos. Nunca se lo he dicho a ninguno de ellos. Me planteo decirlo ahora.

En lugar de eso, digo:

—Dime dónde ir.

Esto es lo que Mary me ha estado ocultando.

Hay senderos a nuestro alrededor. Bien trillados y marcados y mantenidos por el antiguo Caleb y los vecinos. Las marcas que debo buscar son triángulos, tallados en la corteza de los abedules. Me llevarán directamente a la casa de los vecinos. (Asombroso: en una única ráfaga de palabras, Mary ha convertido el laberinto de este mundo en un mapa pulcramente organizado). Tardaré varias horas, me advierte, quizá mucho más. La última vez que fue era más joven y parecía que tardaba una eternidad en llegar. No se fía de su propio concepto del tiempo y, de todos modos, sigo caminando muy despacio. Debería planear que estaré ausente durante el resto del día, al menos.

—Cerraré la puerta de la habitación y le diré a papá que tú también tienes fiebre. No querrá contagiarse, le aterroriza la enfermedad. Eso te dará al menos un día, tal vez más.

—¿Así que has estado allí antes? ¿En la casa del vecino?

—Una vez —dice ella—. O eso creo. —Hace una pausa, frunciendo el ceño—. Recuerdo una casa como esta, solo que diferente. Era más bonita. Debía de ser de ellos.

En el porche, Mary dice:

—Vas a volver, ¿verdad?

Me giro para mirarla. Tiene los ojos brillantes y húmedos. Así que sabe, o al menos sospecha, lo que estoy pensando. Me pregunto qué será de ella cuando me haya ido. Qué será de todos ellos. Qué será de la gallina, de la vaca y del caballo. Las marionetas de calcetines. Los cuchillos de cocina.

—Por supuesto —digo—. Por supuesto que volveré.

—Bien. —De repente está ocupada atando las correas de mi mochila—. Porque Maeve te echaría mucho de menos si te fueras.

Cierro los ojos. Una lágrima cae por mi mejilla. «Espero que estas chicas no sean alucinaciones». Y también, con la misma fuerza: «Espero que lo sean».

Un dedo me quita la lágrima de la mejilla.

—Vete —dice Mary.

Abro los ojos. Hago lo que me dice: me voy. Bajo los escalones, paso el gallinero, luego el granero y, de repente, todo el rancho queda a mi espalda. He pasado ya el lugar donde el antiguo Caleb me abofeteó, y luego he pasado la base de la colina donde Noah huyó de mí gritando, y luego estoy más lejos de lo que nunca he estado. No me doy la vuelta, pero siento que Mary me observa. Me hace avanzar con su mirada.

# 52

La mañana siguiente abrí los ojos y dije:

—Fue Shannon.

A mi lado, Caleb emitió un resoplido de cerdo. Rodó sobre su costado, muerto de sueño.

Era mucho antes del amanecer. La habitación estaba a oscuras.

—Fue Shannon quien le dijo a Clementine lo que es una *tradwife,* porque… necesitaba la ayuda de Clementine.

Ronquido.

—Ha estado reuniendo pruebas, Caleb. Todo este tiempo, eso es lo que ha estado haciendo. Por eso se quedó.

—Tres minutos más —murmuró Caleb.

—Le dio a nuestra hija *un puto teléfono.*

Nada. Siempre nada.

Me tumbé en la oscuridad y eché humo.

De la noche a la mañana, la última pieza del rompecabezas encajó. Estaba mirando fijamente en la oscuridad, con mi cerebro haciendo tic-tac, cuando lo recordé: Shannon pidiendo un teléfono nuevo. Decía que el suyo se había roto.

*Mentira.*

El teléfono no se cayó en un charco. ¿No eran los últimos teléfonos resistentes al agua? No: Shannon compró uno nuevo para poder darle el viejo a Clementine. «¿Quieres saber sobre océanos, Clemmie?». «¿Quieres saber por qué mami pasa tanto tiempo al teléfono?». «¿Quieres saber cómo llaman otros niños a sus madres? Mamá. ¿Quieres llamarla mamá?».

Pensé en todos los momentos en los que había permanecido allí como una idiota, sonriendo, mientras Shannon filmaba los horrores que se desarrollaban a mi alrededor. Los trabajadores en los campos: *clac-chinc.* Los botes de pesticida, escondidos bajo una manta de lana detrás del granero: *clac-chinc.* Los niños gritando y llorando: *clac-chinc.* Las pegatinas Made in China: *clac-chinc.*

Llevaba meses observando de cerca a Shannon. ¿Pero a mi hija? Ni siquiera la había mirado, y ella tenía acceso a todas las habitaciones. Me había estado vigilando de cerca, registrando cada uno de mis movimientos, durante doce años. No era Shannon, sino Clementine, quien sabía exactamente cómo capturarme.

Unos minutos después de las seis, llamé a la puerta de Clementine.

—Pasa —contestó.

Las luces estaban encendidas cuando entré. Sentada en su cama, Clementine iba ya vestida para el día, con la cama ya hecha debajo. Tenía un libro en el regazo, pero lo había dejado cuando entré y no pude ver el título.

Tenía trece años. «Una pequeña Natalie», le gustaba decir a Amelia. Pero ahora, por primera vez, encontré una expresión extrañamente inquisidora en la mirada de mi hija, y también vi a mi suegro en su rostro.

—¿Qué pasa? —dijo, en lugar de «Buenos días»—. ¿Qué necesitas?

Siempre había hablado como una adulta.

—Tengo que hablarte de algo importante. —Di un paso hacia dentro, me giré para cerrar la puerta y me detuve. Una oleada de náuseas me recorrió. Dejé la puerta ligeramente abierta—. Shannon me dijo que te había dado algo antes de irse.

Clementine parecía estar aburridísima, como buena adolescente.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sí que lo sabes. Te dio un teléfono. Y sabes que los teléfonos van contra las normas.

—¿Por qué me iba a dar un teléfono Shannon?

—Porque —dije, luego me detuve—, bueno, ¿cómo se supone que voy a saber por qué hace las cosas?

—Así que te dijo que me dio un teléfono, pero no dijo por qué. —Clementine me miró—. Qué raro.

Una ráfaga de desesperación me recorrió. Ella lo sabía. Sabía lo que estaba haciendo. Si quería encontrar el teléfono, tendría que montar una escena, y no había nada a lo que me resistiera más que a montar una escena, y Clementine lo sabía. Claro que lo sabía.

—Clementine —dije suavemente—. Venga. Dámelo.

—¿El *qué?*

—El teléfono.

—Estás empezando a asustarme, mamá.

—Basta ya. Soy tu madre. *Dame el teléfono.*

Me lanzó una mirada de confusión ensayada.

—¿Sabes lo que no entiendo? Te pasas el día mirando el teléfono. Entonces, ¿por qué te asusta tanto la idea de que yo tenga uno?

—Estás castigada —dije, porque no tenía ni idea de qué más decir.

Esperaba que se quejara, «¿Por qué?». Pero en lugar de eso, se inclinó hacia delante y soltó rápidamente, con una voz que se quebró como una goma elástica:

—¿Estar castigada significa que ya no tengo que salir en tus estúpidos vídeos? ¿O significa que tengo que salir el doble?

En ese momento, Caleb me llamó desde el pasillo.

—Un minuto —grité.

—No. ¡Ahora mismo!

Mi habitación estaba totalmente desordenada cuando volví a entrar. Todas las luces estaban encendidas, y la ropa de cama y las almohadas estaban por el suelo. Caleb estaba de pie a los pies de la cama, con la cara tan blanca como nuestras sábanas. Como si se hubiera despertado con una tarántula en la cama. Pero no había araña, sino su teléfono, que me puso rápidamente en las manos, y dio un paso atrás. La tarántula temblaba en mis manos. Apenas tuve

tiempo de leer la vista previa del primer correo electrónico: «Espero que estés bien… Te escribo de la revista *Pop Weekly…* para hablar de las acusaciones de agresión que recientemente...» cuando otro correo electrónico apareció en la pantalla de notificaciones: «solicitud de declaraciones» y luego otro «investigación de prensa».

—Natalie —dijo Caleb—, tienes que creerme. No le hice daño a Shannon. No le hice nada, *lo juro…*

—Cállate —gruñí.

No había tiempo para explicarle a Caleb lo que había pasado. «Mientras mami limpiaba tu desorden, cariño, ella misma hizo un pequeño desastre». Le tiré el teléfono. Le dio y soltó un chillido de miedo.

—Llama a tu padre —le ordené.

Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta de un portazo.

Al final de la semana, teníamos un equipo legal completo contratado. Concretamente, al equipo jurídico de Doug, lo que significaba que estábamos pagando miles de dólares por hora a cinco neoyorquinos de aspecto elegante que revoloteaban en la cocina con trajes negros de pinta cara. Sus miradas iban de los teléfonos a mí, aunque de reojo, como una jauría de galgos esperando a que sonara la campana.

Cuando Doug llegó al rancho, los abogados parecían aliviados de que su dueño estuviera aquí. Le daban zarpazos y lloriqueaban excitados mientras se quitaba el abrigo, y los cinco hablaban por encima de los demás para decirle lo preparados que estaban, cuánto trabajo habían estado haciendo mientras él no estaba. Resistí las ganas de tirarles un puñado de pienso a la cara.

Esa noche nos sentamos a la mesa, los abogados, Doug, Caleb y yo, e ideamos un plan de ataque.

—Va a ir a por todas —dijo el abogado principal. Un hombre calvo llamado Paul que tendía a hablar con las manos—. Las fuentes nos dicen que es más probable que sea televisado que un reportaje en una revista.

—Eso significa que tiene buena presencia —dijo Doug dirigiéndose a Caleb y a mí—. Creen que puede ganar en el tribunal de la opinión pública. Sin embargo, no todas las entrevistas de televisión son iguales: puede que solo consiga una pequeña escena de dos minutos entre las actualizaciones de la guerra y el tiempo.

Caleb lanzó a su padre una mirada culpable e inquieta.

—¿Te preocupa la campaña?

Paul estaba tecleando en su portátil.

—Eso no debería ser un problema.

—¿No?

—No. La base de Doug se unirá en torno a él. El americano medio es profundamente comprensivo con los padres exitosos que tienen hijos decepcionantes. En realidad, encaja perfectamente con el mensaje de Doug: los niños están mimados hoy en día, nadie sabe trabajar duro, el sueño americano ha muerto. Ese tipo de cosas. —Paul frunció el ceño mirando algo en el portátil y luego tecleó un poco más, ajeno o despreocupado por el repentino enrojecimiento de la cara de Caleb—. De hecho —prosiguió—, nos ayudaría mucho si saliera a la luz que alguno de vosotros tiene problemas con las drogas. —Miró esperanzado a Caleb y luego a mí—. ¿Alguno de vosotros? ¿Tenéis problemas con las drogas?

—No —murmuró Caleb.

—No —repetí apretando los dientes.

—Ah. —Paul se encogió de hombros—. Ningún problema.

—No debería pasar nada —añadió Doug—, siempre y cuando lo manejemos correctamente.

—Vale, ¿hemos averiguado algo relevante sobre Shannon? —pregunté a los abogados.

—Creo que sería exagerado pintarla como *muy poco* fiable, pero medianamente poco fiable, absolutamente. —Paul empezó a marcar con los dedos—. No se graduó en la universidad. Tiene una hermana lesbiana. Uno de sus padres fue detenido por conducir ebrio el verano.

—¿Eso es lo que tenéis? —Miré enfadada a los abogados—. Os pago dos mil dólares la hora, ¿y lo mejor que tenéis es que su hermana es lesbiana?

Dos días después de aquella reunión, se anunció la entrevista de Shannon en horario de máxima audiencia durante un segmento de noticias nocturnas del canal favorito de Doug.

—A continuación, una denuncia de agresión en la granja familiar favorita de Estados Unidos —dijo un presentador pelirrojo.

Miró expectante a su copresentadora, una mujer rubia con sombra de ojos hasta las cejas.

—Así es, Sean. Si eres uno de los millones de personas que siguen el Rancho Los Viejos Tiempos en internet, probablemente ya conoces y quieres a Natalie Heller Mills y a su numerosa familia por la hermosa vida que llevan en las montañas de Idaho. Si no sigues al Rancho Los Viejos Tiempos, puede que te suene el apellido de todos modos. Se trata de la misma familia Mills que el candidato a la presidencia y actual favorito Doug Mills. Natalie Heller Mills está casada con Caleb Mills, el hijo menor de la dinastía familiar, lo que, entre el gran granero rojo y la granja familiar, hace que su cuenta de Instagram sea de lo más americano que puede existir.

Me senté en el sofá, congelada, mientras se reproducían una serie de montajes de vídeo extraídos de mi cuenta. Yo ordeñando a Sassafras. Yo de pie en el gallinero con Jessa y June sonriendo a mis pies. Caleb y yo besándonos en el campo, iluminados por la puesta de sol.

—Heller Mills tiene millones de seguidores entregados con los que comparte fotos y vídeos de su vida cotidiana. Al mismo tiempo, también es extremadamente reservada, lo que no deja de ser irónico, y nunca ha concedido una entrevista. Ahora, una productora que vivió en el Rancho Los Viejos Tiempos durante algo más de dos años ha conmocionado a la comunidad de fans del rancho con una acusación de agresión, y la acusación no se ha dirigido contra el marido de Natalie, Caleb, sino contra la propia Natalie.

La presentadora hizo una pausa, dando paso a las exclamaciones de sorpresa en las salas de estar de todo el país. Caleb estaba sentado a mi lado en el sofá. Por lo que entendí, Doug le había contado los escuetos detalles de mi *altercado* con Shannon. Caleb aún no me había dicho nada al respecto.

—La semana que viene nuestra corresponsal cultural se sentará con esta productora para hablar de su estancia en el Rancho Los Viejos Tiempos. La conversación girará en torno a su historia de agresión, pero he oído que también va a presentar algunas increíbles imágenes entre bastidores de cómo se gestiona realmente el rancho, y, por lo que sé, las cosas no son del todo lo que parecen. Es una entrevista que no te puedes perder.

El presentador organizó sus papeles y dijo con voz amable, a punto de pasar a un tema más ligero:

—No sabía que tuvieran gente trabajando para ellos en esa granja, ¿verdad, Sarah?

—¡Claro que no! —respondió ella en tono alegre, y entonces la pantalla del televisor se quedó en negro.

Doug dejó el mando.

—Le han dado el horario de máxima audiencia —dijo, con una expresión de admiración a regañadientes en el rostro—. Es muy difícil de conseguir.

—¿Qué significa?

—Significa que es buena.

Natalie! estamos contigo

Joder, jajaa, te vas a la mierda

Tradwife y tradmarido comportándose mal? qué sorpresa

ESTO TODO POR PASTA, ESTA MIERDA DE PRODUCTORA ES AQUEROSA

Los días previos a la entrevista de Shannon fueron un torbellino de preparativos. Doug y los abogados se alojaban en un hotel de la

ciudad; cada mañana, a las nueve en punto, veía su gran Escalade negro subir lentamente la colina y me mentalizaba para otro día de tensa planificación. Parecía que nos estuviéramos preparando para un desastre físico: cada vez que entraba en la cocina, había otro paquete de Gatorade apilado en la despensa, y las cortinas de todas las habitaciones del piso de abajo estaban cerradas, lo que daba a la casa un aspecto de mansión abandonada. No sé por qué Doug insistió en que mantuviéramos las cortinas así. Tal vez tuviera miedo de los fotógrafos con potentes zooms que les permitían ver estrellas en el espacio exterior. Quizá él también actuaba movido por algún instinto animal de desaparecer. Yo entendía el sentimiento: cada vez que tenía un momento libre en el día, entraba en mi dormitorio y me metía bajo las sábanas hasta que alguien me llamaba por mi nombre.

*—¡Mami!*

Durante esos días, me tropecé constantemente con nuevos e inusuales pares de personas que se juntaban dando lugar a nuevas e inusuales situaciones. Esto también se parecía a una tormenta, del mismo modo que un flamenco de zoológico podría encontrarse flotando en una piscina después de un huracán. Por ejemplo: Amelia sentada en la cama de Clementine con ella, susurrando en voz baja. «La abuelita nunca pasa tiempo en las habitaciones de los niños con ellos». O: dos de los abogados más jóvenes jugando al palmas palmitas en el suelo con Jessa y June. «¿Nos van a facturar este tiempo?». Quizá lo más preocupante: Doug conversando en voz baja con Caleb junto a la despensa una noche, los dos de cara a la pared y hablando en murmullos de lado, como si estuvieran observando una pintura en un museo.

Solo capté unas pocas frases de su conversación susurrada: «Tienes que ocuparte de las cosas… Salirte un poco del molde».

Entonces Doug le dio una palmada en el hombro a Caleb y le dijo:

—Creo en ti, hijo.

—Todo el mundo está en mi contra, mami.

Estaba en la despensa a oscuras otra vez. Mi nueva oficina estos días. Era tarde. La casa estaba tranquila. A través del teléfono podía oír el constante clic, clic, clic de las agujas de coser de mi madre mientras tejía. Me sentí aliviada cuando contestó al teléfono, pero no sorprendida. Rara vez se iba a dormir antes de la una de la madrugada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es difícil de explicar. Pero han pasado algunas cosas. Cosas para las que tienes que prepararte.

Los tarros se rieron desde el estante de enfrente. «¡Qué eufemismo!».

Mi madre solo me escuchaba a medias. Había conmoción detrás de ella.

—Es Natalie —la oí decir—. Estoy hablando con Natalie.

Luego volvió conmigo, y dijo:

—Lo siento, querida: Branden buscaba la crema de cacahuete. ¡Estos preadolescentes con estos ataques de hambre! Ahora dime otra vez qué está pasando.

Me quedé mirando la pared.

—La gente me miente, mami. Miembros de la familia. Puedo sentirlo. Puedo verlo.

Se hizo el silencio.

—Bueno —dijo mi madre en voz baja—. Desde luego, no quería que te enteraras así.

Hice una pausa.

—¿Qué?

—No me sorprende que lo hayas percibido, Nattie. Estoy segura de que he estado actuando… diferente.

No había sido así en absoluto; o, si había estado actuando diferente, yo no me había dado cuenta.

Continuó:

—He estado viendo a una terapeuta y me animó a que os contara… —dejó escapar un suspiro nervioso y agitado—. Bueno…

Escucha. Solo se lo dije a Abigail primero porque ella estaba en casa, ¡nos vemos tanto!

—¡Dímelo! —dije demasiado alto.

Mi voz resonó en la despensa.

—Se trata de tu padre.

Mi ritmo cardíaco se aceleró. Susurré:

—¿Qué quieres decir con mi padre?

—Bueno, ya sabes que *no está muerto.* —Y aquí bajó la voz a un susurro que coincidía con el mío.

Me quedé mirando tensa a la nada.

—Sí, madre. Sé que no está muerto.

—La cosa es, Natalie —dijo, y volvió a hacer una pausa. Inspiró bruscamente a través del teléfono, luego habló a través de una exhalación apresurada—, que no se fue porque me engañara. Se fue porque lo engañé yo.

No entendía nada. Lo que decía no tenía sentido.

—¿Qué estás diciendo?

—Estaba aburrida, ¿de acuerdo? Esa es la pura verdad: me aburría. Ojalá tuviera una razón mejor, pero no la tengo. Uno de los abogados de la oficina… Se llamaba Dan, no lo conoces, lo trasladaron a la oficina de Boise después de todo… el lío. Sabía bailar salsa. ¡Salsa! Deberías haber visto cómo movía los pies y las manos…

Ahora respiraba agitadamente, ya fuera por el esfuerzo de la confesión o por el recuerdo de las manos salseras de Dan.

—Engañé a tu padre —volvió a decir— y, cuando se enteró, quiso quedarse para arreglarlo, y yo le dije que se fuera. Y, una vez que se fue, me di cuenta de que me gustaba más. Estar sola. Así que pensé que, si os decía que técnicamente seguía casada, no me presionaríais para que me volviera a casar.

Me quedé sin palabras.

—Me he sentido muy culpable por esto —continuó con firmeza—, y siento muchísimo haberos engañado. No estu-
vo bien. Pero —y aquí volvió a respirar hondo, como si se preparara

para lo que venía a continuación— tampoco
me arrepiento. No me arrepiento en absoluto. Y sé cómo te sientes probablemente. Pero hablé con Ben al respecto.

—¿Ben, el *novio* de Abigail? ¿Por qué?

—Bueno, cariño. Es pastor. Tiene el oído de Dios. ¿Y sabes lo que hizo cuando se lo conté?

—No. —Cada vez tenía más claro que odiaría al pastor Ben si lo conociera.

—Tomó mis manos firmemente entre las suyas y dijo que Dios me ama de cualquier manera. Y me dio las gracias por criar a Abigail para que fuera una mujer tan fuerte y cariñosa. Y pensé…, bueno, pensé que era muy amable por su parte.

Hizo una pausa para aclararse la garganta. Cuando volvió a hablar, su voz era más ligera, como más conversacional.

—Se van a Sun Valley el próximo fin de semana, los dos solos. Un fin de semana de esquí. Qué divertido. Ben lo ha planeado todo. Creo que es el hombre más simpático que he conocido. Deberías ver a Abigail cuando están juntos. Está enamorada.

Mis ojos no veían en la oscuridad. Como si mi vida pudiera empeorar en ese momento, ahora me quedaba meridianamente claro que un consorcio de mentirosos y estafadores había conspirado para lavarles el cerebro a mi hermana y a mi madre. Una mujer terapeuta, un pastor moderno. Vendedores de aceite de serpiente, ambos: fomentando el divorcio, haciéndoles creer que la infidelidad puede ser sana.

—Esta gente se está aprovechando de ti, madre —dije en voz baja—. Están explotando tus debilidades. Es evidente. Siempre has sido demasiado buena.

Hubo un largo silencio.

Esperaba que mi madre vacilara, que dijera: «Oh. Nattie, no es nada de eso». Pero entonces hizo algo totalmente distinto. Dijo lentamente y con evidente incomodidad:

—¿Sabes qué, Natalie? No creo que sea demasiado buena. De hecho, estoy muy orgullosa de lo buena que soy. Creo que es algo

positivo. Y, si te soy sincera, estoy muy decepcionada con lo *poco buena* que eres tú.

—¡Madre! No tienes ni idea de lo difíciles que son las cosas ahora mismo, y, *si me escucharas…*

Y aquí es donde se produjo el momento más extraño de toda mi vida: mi madre, esa buena mujer cristiana, estalló.

—¡No! —gritó, tan fuerte que me tuve que apartar el teléfono de la oreja—. Ahora me escuchas tú, jovencita. Este es tu problema. Siempre ha sido tu problema. Crees que la bondad es una virtud secundaria, frívola y tonta, ¡cuando la puta verdad es que lo es todo!

Nunca la había oído decir una palabrota en mi vida.

—Madre —volví a balbucear—, yo solo…

Ella rugió a su vez, su rabia vibrando a través del teléfono como un maleficio energético:

*—¿POR QUÉ TE CUESTA TANTO SER BUENA?*

# 53

Esta tierra no es como la recordaba. O, mejor dicho, no es como la imaginaba. ¿Cuántas veces caminé por estos bosques nevados, en los años y años que viví en esta granja?

Ninguna, esa es la verdad. Ni una sola vez.

*Pasa tan rápido.* Eso es lo que se supone que debes decir cuando alguien, o algo, te obliga a considerar todos los horribles errores de gestión del tiempo que cometiste como madre, todos los cumpleaños que olvidaste, todos los momentos hermosos a los que asististe, sí, *pero en los que no estuviste realmente.*

«¿Qué puedo decir? Todo pasa muy rápido. Parpadeas y ya son mayores, están fuera de casa, se han ido».

Y es verdad. Parpadeé y se habían ido.

Clementine, *la niña que me hizo madre,* y Samuel y Stetson, *mis hombrecitos.* Y Jessa, ¡nuestro pequeño torbellino! Y Junebug…, bueno, no había pasado suficiente tiempo con ella para encontrar los adjetivos exactos de su personalidad. Cada nuevo niño se alejaba un poco más de mí. Ahora, cuando intento evocar sus caras, solo veo perfectamente la de Clementine. Si pienso lo suficiente, consigo visualizar los contornos generales de los niños, pero ¿Jessa y June? No son recuerdos, sino ideas. Antiguos jeroglíficos pintados en las paredes de mi mente.

Mientras me muevo entre las hojas, sintiendo con los dedos el tacto apergaminado de las ramas de abedul y las arrugas calcificadas de troncos de arce, pienso en todos los esbozos a carboncillo de mi vida. Todas las cosas que quise hacer y no hice.

Quería conocer la personalidad de June. Quise caminar por estos bosques. Quería ir a pescar a nuestro río con los chicos, pescar salmones a puñados y tumbarme en las rocas calientes por el sol a escuchar el agua correr. Quería apagar el teléfono. Quería revivir el viejo manzanar que tanto me había entusiasmado cuando compramos la finca. Quería aprender a hacer crecer no solo un hijo o una cuenta de Instagram, sino una zanahoria, un ternero, un árbol joven. Quería tener un imperio mediático. Revistas, un programa de televisión y una gran oficina en alguna ciudad lejana. Quería tener extensos jardines, hectáreas de ellos, por todo el rancho. Quería saber el nombre de todas las flores silvestres nativas de Idaho. Quería aprender sobre hierbas medicinales, brebajes y extractos botánicos. Quería conocer a más gente en persona *—de verdad que sí, estaba casi lista —*, pero entonces parpadeé y me había ido.

Es decir: esta, ahora mismo, es la primera vez que camino por estos bosques. Nada me resulta reconocible, ni el pequeño trío de peñascos con forma de topo con el que tropiezo ni la amplia curva inclinada de este sendero. No tengo una sensación de *déjà vu* ni de confusión como cuando miro a los niños, al caballo o al granero.

Este bosque nunca ha sido mío.

Camino durante un tiempo que parece muy largo. La nieve empapa mis botas y, en poco tiempo, los dedos de los pies me arden de frío. Finalmente lo veo. Apenas visible a lo lejos entre los árboles: una pequeña cabaña de madera. Es extraño: el camino que sigo parece alejarme de ella. Tal vez dé la vuelta por el otro lado, pero de repente siento que el tiempo apremia, así que salgo del sendero y avanzo, medio caminando, medio trotando, directamente hacia allí. Tengo los pies completamente entumecidos y no dejo de tropezar con las raíces. Pronto estoy delante de la cabaña, en medio de un gran claro artificial, y entonces lo veo, apenas visible detrás de la cabaña: azul metálico, antinatural.

Me oigo susurrar —no, gemir— en voz alta, como si fuera una niña, como si acabara de nacer de nuevo:

—Camión.

Sale humo de la chimenea. Encima de la puerta principal hay una palabra grabada en el marco: «MANOSFERA».

Así que aquí es donde van los hombres.

# 54

Shannon se había aclarado el pelo y se había quitado el piercing de la nariz. Llevaba un vestido *cottagecore* de una de las marcas que a menudo me enviaban grandes cantidades de ropa. Se parecía menos a sí misma que a una chica de Brooklyn que había asaltado el armario de una compañera de piso una hora antes de asistir a una cena con los padres de su novio en el Medio Oeste.

La presentadora sentada frente a ella era la misma de la semana anterior. Erin algo. Llevaba menos sombra de ojos y su actitud general había cambiado de la compostura despreocupada de un resumen de noticias vespertino a algo más sombría e inquisitiva. *Una mujer en busca de la verdad.* Se inclinó hacia delante, apoyó una mano en la rodilla de Shannon y le dirigió una mirada de solidaridad encendida.

—Shannon, quiero empezar esta conversación haciéndote una pregunta personal: ¿cuántos años tienes?

Shannon se revolvió en la silla.

—Tengo veintiún años.

—¿Y qué edad tenías cuando empezaste a trabajar en el Rancho Los Viejos Tiempos?

—Diecinueve.

Erin lanzó una larga mirada de reojo a la cámara. Todos se movieron incómodos. Caleb, Doug, Amelia y yo estábamos apretujados en una zona del sofá, todo tensión. Los abogados, en sillas detrás de nosotros. Las niñeras estaban con los niños y habían recibido instrucciones firmes: *no entrar en el salón.* Llevaba todo el día esperando este momento, y aun así me sentía poco preparada y

un poco mareada. Mi teléfono no había dejado de sonar en días. Mi madre era una mentirosa. Mi hermana una zorra inútil. Y las Mujeres Enfadadas, oh…

—Eso es muy joven —dijo Erin.

—Sí. Parece que fue hace mucho tiempo.

Shannon hizo un delicado mohín con el labio inferior. Impresionante. Los abogados se habían enterado de que la chica era rica. Su padre se dedicaba a las finanzas. Su madre era abogada de derechos civiles. Shannon ya había viajado a más países que la mayoría de la gente en toda una vida. *Nunca he visto el océano Pacífico.* Oh, *por favor,* había visto prácticamente todos los demás, y ahora algún especialista en relaciones públicas la había vestido y abofeteado para que pareciera tan vulnerable como una niña de acogida de cinco años. También podrían haberle puesto un par de coletas.

—¿Y cuántos años tiene tu jefe Caleb?

—Yo soy su jefa —dije, justo cuando Shannon respondió con pesar.

—Tiene treinta y cinco.

La imagen se cortó para mostrar a Shannon caminando triste por el campus de una universidad. La voz en *off* de Erin entró con gravedad:

«Shannon era una joven y brillante estudiante con toda la vida por delante cuando vio una vacante de productora en la cuenta de Rancho Los Viejos Tiempos. Los profesores del programa de cine la describieron como una chica avispada y con ojo crítico, así que, cuando Shannon les dijo que dejaba los estudios para aprovechar lo que ella describía como una gran oportunidad, supusieron que se iba a Hollywood. No podían estar más equivocados».

¿Cómo? Ya había abandonado los estudios antes de venir a trabajar conmigo. Estaban interpretando mal la cronología.

—¿Dirías, Shannon, que renunciaste a mucho para trabajar para Natalie Heller Mills?

—Sí.

Erin volvió a mirar de reojo a la cámara. Sentía que el cerebro me ardía, literalmente; si me cayera una gota de agua en la frente, habría soltado vapor. Erin le preguntaba ahora a Shannon por Caleb: cómo se conocieron, cuándo las cosas pasaron de profesionales a «algo más».

—Caleb es un tipo estupendo —dijo Shannon—. Es inteligente y amable, un padre realmente bueno.

—Tal vez no tan buen marido —comentó Erin.

Shannon se sonrojó, lo que la hizo parecer culpable en la justa medida.

—Quizá no —admitió.

Empezó a llorar.

—Cambiemos de tema —dijo Erin con suavidad.

Shannon asintió con la cabeza y aceptó un pañuelo de papel que Erin había sacado de la nada.

—En tu demanda, Shannon, mencionas algunos otros…, digamos, desagradables aspectos de la vida en el Rancho Los Viejos Tiempos. Hay algunos casos de supuesto maltrato animal…

—¡Indignante! —gritó Caleb.

—… relacionados con el número de vacas lecheras que la familia ha tenido, por ejemplo. ¿Es cierto, Shannon, que en el rancho se ha producido la muerte no natural de, al menos, cuatro vacas lecheras, solo en los dos años que trabajaste allí?

Shannon asintió.

—No puedo decir si eso es normal —declaró—, pero me pareció espeluznante que las vacas se llamasen *siempre* Sassafras.

—¡Es un buen nombre! —protestó Caleb—. ¡Y es totalmente normal que mueran animales en una granja!

Vi por el rabillo del ojo que Doug puso una mano en el hombro de Caleb y este se calló. Entonces Doug se dio cuenta de que yo lo miraba, y su mano se deslizó fácilmente del hombro de Caleb hasta el respaldo del sofá.

—¿Y es cierto, Shannon, que los niños no quieren que los filmen?

Shannon asintió.

—Lo odian.

Zorra mentirosa.

—¿Tienes alguna grabación para enseñarnos, Shannon?

Shannon asintió.

Entonces mi cerebro dejó por completo de formar pensamientos coherentes, porque me quedé mirando la cara de Clementine, en la pantalla, pixelada y taciturna, mirándome fijamente. Las imágenes eran recientes, ya había pegado el estirón, pero, aun así, durante el último año no había dejado de pensar en lo mayor que estaba, en lo pronto que entraría en la edad adulta, y ahora la verdad me golpeaba en la cara: era tan niña. La pantalla mostró otra imagen: Jessa, llorando en el granero, gritando «mami, mami», con las manos y la camisa cubiertas de barro, ¿o era mierda de vaca? Y luego con la misma rapidez: Samuel y Stetson de pie junto a los prados, con sus pequeños sombreros de vaquero iluminados por un gran cielo azul. Se peleaban por el control de una pistola de clavos. Y luego de vuelta a Clementine, sacudiendo la cabeza hacia mí. Ahí estaba yo. De pie en la cocina, diciéndole algo cortante a mi hija. Señalándola, y luego a sus hermanas. June estaba en el suelo, alrededor de la pierna de Clementine. Le estaba diciendo a Clementine que las vigilara, probablemente. Y ella decía en voz baja, repetidamente: «No». Y yo decía, claramente: «Sí».

*¿De qué día eran esas imágenes?* No recordaba el momento. Mientras me veía en la pantalla, sentí que estaba viendo a otra mujer que conocía. Natalie *offline.* Fea y cortante y torpe y vieja. Como una bruja de cuento de hadas. ¿Qué hacía ella aquí? ¿Quién dejó a esta mujer estar *online?*

Y entonces me quedé mirando a… todo negro. Sombras. Sonidos de coches. Puertas abriéndose y cerrándose, hebillas haciendo clic. ¿Dónde estábamos?

De repente, una voz horriblemente aguda llenó la oscuridad. Al otro lado del sofá, Amelia se sobresaltó en cuanto empecé a gritar.

—Vanessa, esa zorra, seguro que iría corriendo a casa para escribir sobre mí en uno de esos estúpidos foros de internet —

¡Apuesto a que nunca habríais imaginado que alguien como Natalie comprara en Target!—. Y entonces tendría que aguantar una semana entera de ataques *online*. ¡Y Shannon! ¡Qué cara dura! ¡La absoluta e increíble cara dura de esa mimada, inculta, inmoral hija de la gran…!

No podía respirar. Mi mano estaba paralizada sobre mi vientre hinchado, pero el bebé no se movía. Me preguntaba si ella también estaría conteniendo la respiración.

—Sí. —Mi voz continuó sin piedad en la oscuridad—. Eso estaría bien. Podría compartir el momento yo misma y quitarle todo el poder a Vanessa… ¡Chicas! ¿Qué habéis comprado hoy en nuestra visita *especial* a Target?

«No», fue todo lo que pude pensar.

—Deja de filmarme —dijo Clementine.

—No sabía que no te gustaba que te grabaran, Clementine. Siempre te he dicho que me lo dijeras si te sentías así. ¿Verdad?

La grabación se interrumpió con un montaje de cientos de vídeos de Clementine, que empezaban cuando era muy pequeña y avanzaban lentamente hacia el presente. Otoño, invierno, primavera, verano. Bebés naciendo a su alrededor. Y su expresión, *Dios mío:* triste, triste, triste.

Entonces volvimos a la entrevista, y Erin le dio un pañuelo a Shannon, y Shannon sollozaba, diciendo lo mucho que quería a los niños, lo mucho que quería a las niñeras y a los trabajadores de la granja, lo mucho que me quería a mí, y lo *preocupada* que estaba por todos los implicados.

—Sé que es difícil de entender, dado todo lo que… pasó, pero lo digo en serio.

—Tengo que decir, Shannon —dijo Erin—, que me sorprende oírte expresar gratitud hacia Natalie después de lo que supuestamente te hizo.

Hizo una pausa, con una expresión perfecta de presentadora en su perfecta cara de presentadora.

—¿Podemos hablar, Shannon, sobre el incidente?

Shannon asintió. Me incliné hacia delante.

—Lo que tienes que entender —dijo Shannon en voz baja— es que Natalie no está bien.

—*Supuestamente* —añadió Erin nerviosa—. *Supuestamente* no está bien.

Shannon empezó a describir, con pasos entrecortados y vacilantes, un mundo diferente al nuestro. Una tierra al revés. Un camino directo al infierno.

—… me gritó todos esos insultos…, se sentó a horcajadas sobre mí, mis… mis vaqueros estaban bajados hasta los pies…, me gritaba…

Doug dijo de repente:

—¿Qué es esto?

—Me sentía tan aterrorizada, y ella no me dejaba…

—Natalie —dijo Doug—, ¿qué está diciendo?

—Me sentí ultrajada…

—*Natalie*.

—Le dije que me dejara, le *grité* que me dejara…

*No gritó.*

Caleb me miró. Amelia me miró. Doug y los abogados me miraron. No había querido decirlo en voz alta, pero era verdad, ¿no?

—No lo hizo —dije, repentinamente a la defensiva—, porque no había nada por lo que gritar. Está mintiendo. Obviamente miente. Quiero decir…

De fondo, Erin continuó:

—Ciertamente *suena* como un momento de… naturaleza erótica…

Sentí que enloquecía. Me reí, o intenté reírme.

—No puedo hablar de su sexualidad, pero puedo decir que a mí me pareció muy violento…

A mi lado, Caleb dijo en voz baja, casi para sí mismo:

—No lo entiendo.

Arriba, mi teléfono estaba vibrando. Lo sentía en las venas. Una ola constante de comentarios, inundando el chip del ordenador, amenazando con cortocircuitarlo. Millones de opiniones, elevándose en mis oídos, un grito coral mortal.

Cogí el mando a distancia y pulsé el botón de apagado.

Shannon y Erin desaparecieron.

—Eh —espetó Doug—. Tenemos que ver esto.

—Vamos —dije—, esto es ridículo. Está mintiendo.

Forcé una carcajada.

—¿De verdad alguien cree que soy lesbiana?

Una de las abogadas carraspeó incómoda.

—Bueno, imagino que algunas personas lo pensarán, sí.

—Esto es un problema —dijo Doug—. Es un problema muy muy grave. Y me gusta ser *plenamente consciente* de los problemas.

Alargó la mano a través del regazo de Caleb y me arrebató el mando a distancia, luego volvió a encender la televisión, justo cuando Erin estaba diciendo:

—¿Te gustaría decirle algo a Natalie, si pudieras?

Shannon miró directamente a la cámara, a mí, y esbozó una sonrisa perfecta —totalmente perfecta—. Suave, inteligente, femenina. La santísima trinidad.

—Te perdono, Natalie.

Una oleada de furia se apoderó de mí, tan repentina que sacudió mis pensamientos y los hizo saltar por los aires.

Mentirosa. Rompehogares. Pedazo de puta.

—Natalie —dijo Caleb—. Dios mío. Para.

Me quedé paralizada.

—Bueno —dijo Erin—, creo que podemos dejar la conversación aquí. Muchas gracias, Shannon, por venir esta noche y decir tu verdad…

Doug quitó el volumen y Erin se quedó muda. Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—No me contaste toda la verdad. Y ahora, señorita, estamos todos jodidos.

Se levantó y se dirigió furioso a la cocina, los abogados trotaron nerviosos tras él. Entonces Caleb se levantó. Parecía confuso.

—Necesito pensar —dijo.

Lo vi caminar lentamente hacia la puerta principal, abrirla y salir al porche. Por un momento se quedó allí, mirando nuestra propiedad. Luego cerró la puerta tras de sí y nos quedamos solas mi suegra y yo, que me miraba con expresión de escopeta lista para disparar.

—Y que Dios se apiade de tu alma —dijo en voz baja, casi como si estuviera terminando una oración en mi nombre.

Luego se inclinó hacia mí, tan cerca que pude ver las escamas de piel muerta que se desprendían de sus labios rosas como los de una Barbie, y susurró:

—Chica mala.

Ojalá Caleb hubiera violado a nuestra productora. Eso fue básicamente lo que Doug dijo aquella noche —lo que *bramó* — durante horas y horas, mientras un elenco rotativo de personajes secundarios (yo, luego Amelia, y finalmente solo los abogados) miraban aturdidos a la nada. Ojalá su estúpido hijo hubiera violado a nuestra estúpida productora. Si hubiera ocurrido esto, todo estaría olvidado en dos semanas. ¿Pero una mujer depredadora? Impensable. ¿Una buena madre y esposa cristiana que (¡supuestamente!) encontraba atractivas a otras mujeres? ¿Que tomaba lo que quería sin preguntar?

Maten a la bruja. Quémenla.

Arriba, me senté en el suelo del dormitorio y vi cómo se encendía mi teléfono en la mesilla de noche, una y otra vez, en pequeñas ráfagas de código Morse.

Vete al infierno

Puta asquerosa

Ojalá-servicios-sociales-t-quite-ls-niños

No paraba de vibrar. Finalmente, me arrastré hasta la mesa, cogí el teléfono y vacilé; mi mano se cernía sobre él mientras se movía. Parecía agonizar.

Podría apagarlo. Tirarlo al fuego. Borrar mi cuenta. Pero no desaparecía. Toda esa energía furiosa tenía que ir a alguna parte, y yo podía sentirla, incluso ahora, vibrando en el aire en ráfagas, elevándose como una niebla, absorbiéndose en mi piel. Llenando mi torrente sanguíneo de toxinas. Podía sentirlo, *sentir* físicamente el odio multiplicándose en mi interior como un cáncer. La Natalie *online* estaba optimizada para el resentimiento, la adoración, los celos, la obsesión, pero ¿para el odio? ¿La lástima? ¿El asco? Le resultaba insoportable. A ella. A mí. A nosotras.

No podía soportarlo más. Cogí el teléfono y empecé a leer las notificaciones. Mientras recorría las oleadas de furia, era incapaz de discernir entre las mujeres progresistas que me odiaban y las buenas mujeres cristianas que me odiaban. Por una vez, estaban alineadas en su furia. Y luego estaban los mensajes.

De mi madre:

Natalie llámame ahora mismo por favor.

De mi hermana, un torrente de rabia mal escrita:

Es hevi que huvieras sido taaaan borde conmigo pr divorciarme siendo tu una «pecadora» y mientras tanto…

De un número desconocido:

Voy a rajarte la garganta en medio de la noche, estúpida puta lesbiana.

Y luego de más números desconocidos, docenas de ellos, apilándose en mi teléfono como sobres deslizándose por una ranura de correo.

Rezaré a Dios por tus horribles pecados.

Arderás en el infierno por esto.

Puta bollera asquerosa.

Miré fijamente a mi alrededor. ¿Cómo había conseguido esa gente mi número de teléfono? ¿Qué otra información privada habían descubierto? ¿Iban a venir a la granja?

«Vete, Natalie. Corre».

¿Pero correr a dónde? Tenía seguidores fanáticos que vivían en Brasil, Nueva Zelanda, Mongolia. El mundo entero era un foco. Incluso *mi pequeña y dulce granja* estaba en mi contra, repleta de teléfonos, plagada de niños desagradecidos y trabajadores desleales. No había donde huir. Ningún lugar seguro donde esconderme. Sentí que me hundía sin remedio. Toda la seguridad que alguna vez sentiría en mi vida estaba ahora firmemente arraigada en el pasado.

# 55

Niñas, ¿sabéis cómo iba la gente de un sitio a otro en los viejos tiempos? Caminando. Sí, eso es. Caminaban kilómetros y kilómetros y kilómetros. Si tenían un poco de dinero, podían tener un caballo, tal vez incluso un carro cubierto para tirar de él. Y, si tenían suerte, ¡quizá un camión!

Espera, eso no puede ser.

No. ¡Desde luego que no puede ser!

Giro el pomo de la puerta principal de la cabaña y se abre silenciosamente. Cruzo en silencio el umbral y entro en una pequeña cocina de madera. De repente, me quedo mirando una foto enmarcada de mi propia familia, colgada en la pared de enfrente. Es de hace mucho tiempo: yo, Caleb, Clementine, Samuel y el bebé Stetson. No recuerdo el día en que la tomamos, pero sí recuerdo el texto que la acompañaba cuando la compartí en internet: Dios se complace cuando las familias trabajan juntas.

Mi corazón es una cosa muerta y húmeda en mi pecho. Mi mirada se desplaza lentamente por la habitación. Veo el suelo, de tierra, y una mesa. Sobre la mesa un plato caliente. Junto al plato caliente, tres paquetes de plástico de *ramen.* Debajo de la mesa: una mininevera con un cable conectado a una toma de corriente.

Luego: una radio en la otra habitación, parpadeando.

Lo siento, el aire frío que entra y sale de mí, pero no lo oigo… No oigo mi corazón, ni mi pulso, ni mi respiración. Solo oigo la radio, cada vez más alta, porque de algún modo atravieso la cocina, paso junto a las verduras, el *ramen* y mi foto, y luego atravieso otra habitación, vacía salvo por un televisor apagado, un sofá viejo y

raído y un montón de mantas en un rincón —tres sacos de dormir, tres almohadas—, y cruzo esa habitación y entro en otra, donde me detengo.

A través de la ventana del fondo de la habitación veo el guardabarros delantero del camión. Y justo delante de esa ventana otra mesa, que sostiene la radio, y delante de la radio, sentado en un asiento plegable de plástico, hay un hombre. A sus pies hay un montón de verduras que rebosan de una vieja caja de leche de plástico. Patatas, zanahorias, apio, remolacha. Del tipo que Mary trocea y corta en dados y luego echa en la sopa. Hay pegatinas de supermercado por todas partes.

«Doctor —pienso de forma mecánica—. Viniste aquí a por un doctor».

Es el vecino. El más bajito. Está de espaldas a mí, silbando suavemente. Una melodía que reconozco. «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo…».

Tardo un momento en procesar lo que está haciendo: sacar verduras de una caja, quitarles las pegatinas del supermercado y dejarlas caer en otra caja.

«Habla».

Una hazaña imposible, como intentar silbar haciendo paracaidismo.

—Ayuda —es lo que finalmente consigo articular.

El vecino se queda inmóvil.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

El vecino mira por detrás del hombro. Tiene los ojos muy abiertos.

—Mami —suelta.

Retrocedo un paso, luego otro.

—Doctor —susurro—.

—*Mami* —vuelve a decir.

Su rostro se contorsiona en éxtasis, o tal vez tortura.

Se levanta, la silla se inclina hacia atrás y grito. El instinto se apodera de mí: cuando se acerca a paso lento, me doy la vuelta y

corro. Cruzo la habitación de la televisión, luego la cocina, salgo por la puerta, atravieso el claro y me adentro en el bosque. Esta vez no me caigo.

# 56

«El pequeño asistente…
De mami.
Asístela.
Asistencia
Madre, por favor, asístela».

Bien, Dios sabe que intenté durante mucho tiempo ser el mismo tipo de mujer cristiana que mi madre. Trabajé hasta la extenuación, ¿y adónde me llevó eso? A la mierda. Sola en mi habitación, prácticamente borracha de leer tantos insultos, palabrotas y amenazas de muerte en tan rápida sucesión.

Tal vez había llegado el momento de probar el otro camino.

El bote de pastillas tenía ocho años. Lo había encontrado en mi escritorio de la finca de los Mills al día siguiente de que Amelia me pillara en el pasillo aquel día. «¡Para eso está la familia!». No había etiqueta en el frasco, ni nombre; solo un mensaje garabateado en rotulador negro sobre el plástico: «Tómate una cada doce horas».

Seguramente el medicamento había caducado. Eché tres pastillas blancas en la palma de la mano y las tragué en seco. Luego cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, atrás, atrás, hasta que golpeó suavemente contra la pared del baño. Mientras esperaba, pensé en Clementine y en cómo debía castigarla por lo que había hecho.

Podía castigarla, o abofetearla, o encerrarla en su habitación. O podía no hacer nada, absolutamente nada, podía perdonarla sin que se disculpara y ser tan amable con ella que empezaría a sentirse insoportablemente culpable por lo que había hecho. Sí. Esa opción sonaba bien.

Pasó el tiempo. En algún momento llamaron a la puerta del baño. Abrí los ojos y vi la cabeza de Caleb asomando por la esquina.

—¿Puedo pasar?

Asentí con la cabeza. En cuanto lo hice las sentí. Las pastillas. Observé, sin palabras, cómo Caleb flotaba hacia mí y se sentaba, lo bastante cerca como para que nuestras rodillas casi se tocaran.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí —dije, después de varios momentos de intentarlo.

Me resultaba difícil hablar, pero era bueno.

—¿Es… es por *eso* por lo que odias tanto el sexo? ¿Porque eres bollera o algo así?

Sonreí. Qué gracioso.

—Tú eres el que nunca quiere tener sexo.

Caleb me lanzó una mirada nada amistosa.

—Venga, Natalie. Sé sincera. Quieres tener sexo conmigo como si quisieras descargar el lavavajillas.

—Bueno. —Me reí entre dientes y apoyé la cabeza contra la pared, sin dejar de mirarlo—. Quizá, si se te pusiera dura como a una persona normal, disfrutaría un poco más.

La expresión amistosa desapareció de su rostro.

—Bueno —me espetó, imitándome—, si follar contigo no fuera exactamente igual que follar con un cadáver, quizá se me pondría dura más fácilmente.

Me invadió una especie de terror. Sentía como si todo mi cuerpo hubiera estado dando vueltas por el desagüe durante años y ahora por fin se deslizara hacia la fría oscuridad. Dije sin pensar:

—La muerte suena bien.

Caleb me miraba con el ceño fruncido.

—¿Por qué haces esto?

No respondí.

—Me has humillado. ¿Te das cuenta? Lo que hiciste con Shannon… es humillante.

—Mi querido esposo —dije lentamente—, tú has sido una gran humillación desde el día en que nos casamos.

Caleb se incorporó de golpe, encarándome mientras retrocedía, como si fuera a atacarlo. Parecía no darse cuenta de que no era capaz de mantenerme en pie.

—Siempre me has valorado tan poco —le temblaba la voz—. ¿Pero sabes qué? Shannon *no.* Ya la has oído hoy: cree que soy inteligente, y amable, y…

—¡Shannon! —dije, y me reí. Realmente era tan gracioso—. ¿Sabes lo que dijo Shannon cuando hablé con ella? Dijo que preferiría suicidarse antes que ir a ningún sitio contigo.

¿Era mentira? Ciertamente, el espíritu del mensaje era totalmente cierto, o bastante cierto. Caleb procesó esa información muy lentamente y luego dijo:

—No te creo.

Pero sí me creyó. Me di cuenta de que sí. Así que no dije nada, me limité a observar cómo la luz parpadeaba en sus ojos y luego se apagaba. Susurró:

—¿Son todas las mujeres tan terribles como tú?

Ahora me sentía realmente encantadora. Tres pastillas caducadas habían sido la dosis perfecta.

—Te diría que se lo preguntaras a tu madre, pero entonces podría acabar tomándose un solo segundo para considerar realmente su propia vida, ¿y sabes qué, Caleb? Creo que, si hiciera eso, probablemente acabaría suicidándose.

La bofetada salió de la nada. Debió de dar un paso adelante para alcanzarme, pero no lo vi, o más bien no recordaba haberlo visto ahora, mientras miraba fijamente la baldosa del suelo del baño, con la visión del ojo izquierdo repentinamente borrosa. Me llevé la mano a la mejilla. No sentía nada. Supuse que me escocía la piel. Que estaba rosada. Por primera vez desde la llamada con mi madre pensé en mi padre. No me había permitido pensar en él hasta ahora. ¿En qué lugar del mundo estaría? ¿Se habría casado? ¿Habría tenido más hijos?

«Todo habría ido bien si hubiera crecido con una figura paterna fuerte en mi vida», pensé con calma. Sin embargo, en cuanto me

cruzó la mente, tuve la certeza de que no era cierto.

—¿Sabes lo que piensan de ti en internet? —dijo Caleb, de pie junto a mí—. Piensan que eres una mujer que necesita ser disciplinada. Que estás fuera de control. Que tienes el ego demasiado grande y que debería haberte puesto en tu sitio hace años, y es verdad. Maldita perra del demonio. Mi padre tenía razón: debería haberme divorciado de ti cuando tuve la oportunidad.

Lo miré fijamente.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Que te divorcies?

Se alejó un paso de mí, respirando con dificultad.

—Eso es lo que *quería* que hiciera, sí. ¿Pero sabes lo que quiere hacer ahora?

Sentí el sabor a hierro. Me sangraba el labio.

—En absoluto.

—Quiere matarte.

Sacudí la cabeza lentamente.

—No seas ridículo.

—No lo soy. Dijo que un accidente de coche sería lo más fácil. Estas carreteras de montaña ventosas, una cuesta tan empinada… —Se encogió de hombros—. Nadie sospecharía nada.

Volví a sentarme lentamente. La información parecía demasiado grande para los receptores de mi cerebro, como si intentáramos hacer pasar un sofá por el marco de una puerta estrecha. Aun así, entró lentamente, llevándose consigo las bisagras del marco de la puerta. Matarme. Querían matarme. Qué absurdo. ¡Qué gracioso! Y también: qué práctico. Aunque en realidad nunca lo hicieran: qué manera tan inteligente de encadenarme a este rancho, de hacer que nunca quisiera marcharme. Ahora nunca volvería a salir de la propiedad sin preguntarme si *ese* iba a ser *el día.*

Después de todo: ¿No eran los buenos hombres cristianos expertos en hacer desaparecer del mundo a sus buenas mujeres cristianas?

Qué aburrido. Qué profunda y absolutamente injusto. Hice todo lo que se suponía que debía hacer. Tuve a los niños y me casé con el

hombre y creé un universo para que todos viviéramos en él, ¿y qué iba a conseguir por ello?

Ser asesinada, aparentemente. Aparecer en algún futuro documental sobre la última mujer embarazada que se rompió el cuello en una zanja. Caleb podría ir a la cárcel uno o dos años. Probablemente no. En cualquier caso, se volvería a casar en una década. Tendría una segunda ronda de niños.

—No quieres presentarte a las elecciones, Caleb.

Hizo una pausa.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Repetí:

—No quieres presentarte a las elecciones.

Ahora hablaba y pensaba con más facilidad. El shock del efecto de las pastillas había desaparecido, o quizá la descarga de adrenalina de la amenaza de muerte de mi marido había creado un nuevo cóctel químico en mi cuerpo. En cualquier caso, ahora avanzaba con más facilidad. Era como pasar de caminar a patinar sobre hielo: lo único que tenía que hacer era impulsarme con cada palabra pronunciada.

—Y que conste que no quieres mudarte a Nueva York. Odiarías Nueva York.

—No, no lo odiaría.

—Sí, lo odiarías.

No dijo nada. Estaba escuchando. ¿Y qué hacía yo? Patinaba libremente. Improvisaba por mi vida, lo que significaba que ahora tenía que deshacer lo que tanto me había costado tejer.

—Lo que quieres, querido esposo, lo que siempre has querido, es que te dejen en paz.

—Me lo has estropeado —me dijo—. Ahora nunca estaré solo. No, ahora que tú… Y con todo el mundo…

Se puso en cuclillas, con las manos sobre las orejas y la cara contorsionada.

—Dios mío —dijo desesperadamente—. Siento que me ahogo.

—Déjame arreglarlo —dije, por encima de sus respiraciones de pánico.

Cuando me miró, su expresión era la de un niño. Mi marido siempre había sido así.

—¿Cómo?

—Déjame hablar con tu padre.

—Te va a matar, Nattie. No estoy bromeando. Te quiere muerta.

—Él no me quiere muerta —dije suavemente—. Solo quiere que lo resuelva.

Una hora más tarde caminaba lentamente por el pasillo, con la mano tocando las paredes, los pies más ligeros y más pesados a partes iguales que de costumbre. No tenía claro si marchaba hacia mi propia salvación o hacia mi muerte inminente. «No mires atrás —me recordé a mí misma—. No mires atrás, no mires atrás».

Imaginé a Caleb y a mis hijos convertidos en sal. El rancho incendiado. Todo mi mundo ardiendo, el cielo lleno de ceniza.

Pero ¿qué pasa con las mujeres de la Biblia que miran hacia adelante? ¿Qué les ocurre?

Una pregunta mucho más fácil de responder para mí a los treinta y tres años que a los diecisiete.

# 57

Camino durante horas en la nieve. No me quedé en el camino cuando corrí, y ahora me duele la pierna y estoy perdida en el bosque. Durante un rato oigo el río a lo lejos, e intento caminar hacia el sonido, pero pronto parece que el río está a mi alrededor. Poco después, el sonido ha desaparecido y el bosque está en silencio, salvo por el crujido de los árboles.

Camino, camino y camino. En ocasiones paso junto a una roca lo bastante grande y seca como para sentarme, así que hago una pausa y descanso. Lo hago varias veces.

Camino, descanso, camino, descanso.

En algún momento de la tarde me hago a la idea de que estoy caminando en círculos, a no más de diez minutos de la cabaña. Es demasiado inocente pensar que he caminado en línea recta para alejarme de la cabaña y del rancho, que podría estar a unos minutos de la autopista, donde podría salir de entre los árboles y llegar al arcén de una carretera con mucho tráfico, agitando desesperadamente los brazos. «¡Socorro!».

Nunca llego a la autopista.

En lugar de eso, salgo a trompicones de un matorral y llego a la base de la colina donde Noah se me escapó aquel día, y suelto un gemido silencioso. He vuelto al punto de partida. Nunca podré escapar de este lugar.

Estoy cansada, hambrienta y no me siento los pies. Subo la colina y veo lentamente la casa y el granero. El antiguo Caleb está de pie junto a la entrada del granero. Me observa mientras me acerco a él, con las mejillas rosadas y sin aliento.

—Hola —le digo cuando estoy lo bastante cerca.

Entrecierra los ojos. No parece tan furioso como exasperado.

—¿Adónde demonios has ido?

—A dar un paseo —le digo.

Espero parecer tranquila.

Necesito un momento dentro, en la seguridad de mi habitación, para taparme la cabeza con las sábanas, respirar despacio y pensar.

—Bueno —dice el antiguo Caleb—. A Maeve le ha bajado la fiebre.

—Oh. —Por supuesto que sí—. Bien.

—Me preocupaba que te la hubieras llevado. —Entrecierra los ojos hacia el cielo, se inclina y escupe ruidosamente. Me mira de reojo—. Sabes que no está vacunada.

Estoy a punto de replicar, pero un sonido extraño me interrumpe. El sonido de un motor. Un coche se acerca a la entrada. No un camión azul, sino un Subaru rojo, subiendo la colina, rodando lentamente por los desniveles del camino de tierra lleno de baches, hasta que llega al granero y se detiene.

El motor se para.

Sale una mujer.

Es mi clon. Es idéntica a mí, pero lleva el pelo más corto. Todo lo demás es igual: la cara afilada, los ojos marrones oscuros. Incluso su forma de andar. Idéntica.

Me quedo mirando cómo esta mujer, esta extraña versión de mí misma, se acerca a mí. Cruza el camino de entrada, pasa por delante del gallinero y se para a tres metros de nosotros.

Se lleva una mano a la cara para protegerse los ojos del sol.

—Bueno —dice—. Me encanta lo que has hecho con este sitio.

Ha llegado el día del juicio final.

# Parte III
# El futuro

Este es el último día de la vida que imaginé para mí.

Este es un día que imaginé para mí.

Este es un día que imaginé.

Este es un día.

Imaginé.

Este es un día que yo…

—Clementine —digo.

Mi hija adulta no sonríe al oír su nombre.

Natalie *online,* Natalie *offline*.

Días buenos, días malos.

Suciedad, limpieza.

Pérdida, renacimiento.

«¡Hola, señoritas!».

Clementine no llevaba el pelo tan corto desde que tenía dos años. Es un bob corto y marcado. Tiene un tatuaje, una especie de símbolo, en la muñeca. Es de mi altura, de mi peso. Está de pie igual que yo: recta y quieta, como una brizna de hierba. Lleva un abrigo de plumas de aspecto caro, vaqueros azul oscuro y botas de agua. Al ver tanta ropa moderna, el corazón me da un vuelco. Entonces mis ojos se posan en el rostro de mi hija y se me corta la respiración.

Esta es mi hija, *la niña que me hizo madre.* Una mujer hecha y derecha. Sin anillo de casada en el dedo. Nunca ha dado a luz. No puedo explicar cómo lo sé. Simplemente lo sé. Una madre siempre lo sabe.

Me vuelvo hacia mi marido.

—Bueno —dice—. Qué maravillosa sorpresa.

Clementine ladea la cabeza, le pone a su padre una expresión divertida, una que me dice que no han estado confabulando a mis

espaldas. Él no le pidió que viniera. Está tan sorprendido de verla como yo. Bien.

—Cuando vives sin teléfono ni internet, todo tiene que ser una sorpresa —responde ella con calma.

Se oye un ruido junto al porche. Los tres nos volvemos hacia la casa. Mary nos mira a través de la ventana. Nos ve y desaparece rápidamente del encuadre.

Me vuelvo hacia Clementine, que ahora mira la casa con patente emoción. Su primer signo de angustia.

Corre, Natalie. Aprovecha tu oportunidad. Empújala al suelo, coge las llaves, entra en el coche y vete.

En lugar de eso, me comporto con cortesía.

—¿Quieres entrar?

«Es un placer conocerla, Sra. Heller Mills. Soy Lucy, una de las productoras encargadas de prepararla para la entrevista de mañana. Pero antes de que empecemos: ¿está cómoda? ¿Podemos ofrecerle algo? ¿Un café? ¿Agua? ¿Kombucha? Y ya que estamos —esto puede ser grosero, por favor dígame si es grosero, pero me gustaría saberlo—: ¿Es agradable, tener tanto donde elegir después de todos estos años de vivir con tan poco? ¿Se siente abrumada?».

—O sea que así es como vives —dice Clementine.

Está en el marco de la puerta. Se inclina hacia delante para echar un vistazo a la cocina, pero sus pies permanecen en el umbral. Como Shannon hace tantos años, que parecía tener miedo de dar un solo paso más hacia su dormitorio, no fuera a ser absorbida por el remolino de este rancho. Estas mujeres tienen buen instinto.

Estoy de pie junto a la encimera de la cocina, viendo el mundo a través de los ojos de mi hija. Esta pequeña pocilga destartalada. El fuego en la esquina; las marionetas de Maeve en la mesa. Las grietas del techo, pequeñas rendijas de cielo azul brillante. Me doy cuenta, aliviada, de que hoy no hace tanto frío; la casa parece más cálida de lo habitual. Espero que no tenga que hacer pis. No me gustaría tener que enseñarle el retrete.

Clementine se estremece. Se sube la cremallera hasta la barbilla. Mueve la cabeza con tristeza, o quizá con incredulidad. Luego me mira y su expresión se tuerce de rabia.

—Dios mío, madre, ¿en serio sigues sonriendo todo el tiempo? ¿Por qué? ¿Para quién?

Todo lo que puedo hacer es…, bueno. Ya sabéis.

Productora Shannon. Nana Louise. «Una buena esposa no le habla así a su marido». Escuela dominical semanal, agua tibia de piscina. Joven Caleb, Antiguo Caleb, Caleb Inteligente, Caleb Estúpido («¡un pez, dos peces, pez rojo, azul!»[5].) Un traje pantalón, encargado por internet, para una vista judicial a la que nunca asistiría. «¿Jura decir toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios?». Zapatillas azul bebé, una sonrisa de senador. «¿Qué es un océano?». Pintalabios con bandera americana. Sagradas luces de rodeo.

Shannon nos demandó, Shannon nos demanda, Shannon nos demandará.

Un millón de voces en respuesta colectiva: «Discúlpate».

«Creo que ya ha sido advertida sobre los temas de conversación de esta entrevista, así que voy a hacer un resumen rápido de lo que tenemos previsto para mañana. Lo que realmente nos interesa saber es qué pasó después de que su antigua productora la acusara de agresión. Su presencia social realmente cambió después de eso. Se volvió cada vez más… intensa, supongo que se podría decir, en términos de estilo de vida. Y luego, cuando decidió eliminar su cuenta tan abruptamente…, bueno, digamos que ¡sus seguidores tienen muchas preguntas! Hoy dedicaremos algo de tiempo a desgranar ese periodo de tiempo, y después podemos hablar de la fallida campaña presidencial de su suegro, y entonces…, bueno, usted puede dirigir esa parte de la conversación. ¿Qué le parece?».

—Clementine —dice Caleb—, ¿por qué estás aquí?

«Ah —pienso distante—. Sí. ¡Buena pregunta, idiota!».

—¿Por qué estás *tú* aquí, papá? —dice Clementine—. ¿Alguna vez te has preguntado eso? ¿Por qué sigues aquí, después de todo este tiempo?

—Tratábamos de ser buenos cristianos. De verdad. Lo intentábamos. Buenos cristianos.

Es aquí cuando me doy cuenta de que estoy hablando, así que continúo, tropezando y tartamudeando como un canal de radio que entra y sale de frecuencia. Algo sobre ser una buena esposa, una buena madre. Algo sobre Dios. Algo sobre el amor.

Clementine me mira con una expresión desinflada cuando me quedo en silencio, y luego se vuelve hacia su padre.

—¿Ahora siempre es así?

Él hace una pausa y luego dice, en el tipo de tono diplomático que realmente enorgullecería a su padre:

—Hay días buenos y días malos.

Días buenos, días malos, suciedad, limpieza…

«¡Bienvenidos todos!».

En los días buenos estoy tranquila. Creo que si hago un trabajo lo bastante bueno, si demuestro al mundo que realmente vivo aquí en la tierra como una mujer honesta, una buena cristiana, una esposa tradicional, entonces las Mujeres Enfadadas acabarán perdonándome, y el impulso volverá a inclinarse a mi favor, y el estado de Idaho retirará todos los cargos pendientes contra mí, los que los abogados advirtieron que vendrían antes de que Doug los borrara con dinero: agresión sexual, agresión con agravantes, condiciones de trabajo inadecuadas, fraude electrónico, maltrato animal, abuso de menores.

¿Lo veis? Si finalmente, real y verdaderamente, me convirtiera en lo que tanto tiempo afirmé ser, entonces ya nadie podría llamarme mentirosa nunca más. Nunca más. Nunca más. Nunc…

Y luego están los días malos. «No necesitas saber de esos. Clementine. No necesitas saber sobre los ataques de pánico y las

teorías de la conspiración, las pruebas del Señor, los productores en los árboles, los guijarros, los micrófonos, las mañanas que me despierto y me siento tan desorientada que creo que he sido secuestrada».

—¡Estamos tan contentos de que estés aquí! —suelto.

La cara de Clementine se tuerce y se me encoge el corazón. No he dicho lo correcto. «Mal, Natalie». Mis sensores de Natalie *online* echan chispas.

—A veces toma pastillas —dice Caleb—. Para calmarse.

—Pastillas —digo—. ¿Pastillas?

—Las machacamos en un zumo —le dice a Clementine—. Ayudan, pero siempre se nos acaban. Samuel las consigue cuando puede, pero, con todo el escrutinio extremo, tenemos que racionarlas.

—Así que está constantemente entrando y saliendo de un estado de empastillamiento —dice Clementine—. Genial. De verdad, genial.

—Clementine —dice Caleb de nuevo—. *¿Por qué estás aquí?*

—Stetson llamó —dice ella—. Dijo que mamá entró a trompicones en su casa, divagando sobre que necesitaba un médico, y luego salió corriendo igual de rápido. Estaba muy asustado.

—No, no, no —le digo—. No fue nada de eso. Fue…, bueno, obviamente fue… —Hago una pausa.— ¿Has dicho Stetson?

Hay un nombre que no me he permitido decir en voz alta en mucho mucho tiempo.

Pero Clementine ya no me mira. Me giro y veo a Mary, de pie junto a la puerta de su dormitorio, mirando a Clementine como si acabara de vislumbrar el más allá.

«Dígame si lo he entendido bien: su suegro resolvió la demanda de Shannon fuera de los tribunales y luego pagó a los medios para que dejaran de cubrir la noticia. Cualquier persona que hablara de usted en las redes sociales de cualquier forma especulativa recibía una advertencia de sus abogados. Obligó a las fuerzas de seguridad locales a abandonar el caso que estaban preparando contra usted, y entonces usted, Natalie, empezó de nuevo. Arrancó los suelos de

madera, renovó las paredes y el techo y eliminó todos los signos de modernidad del granero y de las zonas de cultivo. Decidió vivir como en los viejos tiempos, ¿para qué? ¿Para demostrar algo? ¿Para protegerse de sus problemas legales? Va a tener que ayudarnos a entender esto, Natalie. Va a tener que ayudarnos a comprenderlo».

El hecho de que Mary y Clementine estén ahora una al lado de la otra es demasiado para mí. Por primera vez en meses, quizá en mi vida, veo a Mary con ojos críticos: es bajita para su edad, desnutrida, su tez está sucia y cetrina. Tiene los dientes amarillos y torcidos. Incluso la expresión de terror de su rostro parece anticuada; parece una mujer victoriana que se ha topado con un fantasma. En cambio, Clementine es increíblemente moderna. Su expresión es tan brillante y penetrante, su ropa tan limpia y colorida, que de repente siento que estoy mirando al sol. Lo que pienso, lo que intento no pensar: «Se parecen mucho».

—Soy Clementine —le dice a Mary—. Soy tu hermana.

Miro a Mary, que mira a Clementine. Durante una fracción de segundo, dos compartimentos de mi mente se convierten en uno.

Mi dulce criaturita marina.

—Mary —digo.

Mi sexto hijo, la cuarta niña, me mira como siempre: como si fuera su madre. Como si estuviera decepcionada por ello.

Entonces su mirada se desvía hacia la ventana de la cocina. Susurra:

—¿Qué es eso?

—Es un coche. —Caleb se aclara la garganta y los tres nos giramos para mirarlo—. Ya lo habías visto antes —añade—. Eras pequeña.

Un recuerdo, revoloteando en el pasado: Caleb y yo, en los primeros días del experimento, explicándole el juego a la pequeña Mary. Así hablábamos entonces. Un juego, un experimento, «¡una pequeña prueba divertida!». Fue gradual. A veces deliberado y a veces instintivo. Como las damas. Como el ajedrez. Vaqueros e indios. La

casa de ensueño de Barbie, pero al revés. «Vamos a fingir que son los viejos tiempos, cariño». ¡Los días de los pioneros! «¡Solo a jugar!». Solo una actividad de verano. Solo una forma creativa para que la familia se asiente en los valores tradicionales mientras nos escondemos del mundo exterior y trazamos un plan. Solo, solo, solo. Teníamos un plan, lo juro. Pero en algún momento a lo largo de los años —realmente no puedo recordar cuándo— escondernos se convirtió en el plan. El principio y el fin.

Y la ropa. Oh, la ropa. ¿Fue el principio o el final? Fue el invierno en que di a luz a Mary. Mientras daba de mamar compraba montones y montones de trajes de recreación pionera desde el teléfono. Me los enviaron al rancho. Cien por cien algodón, decían las etiquetas. «¡Teñidos a mano para un uso duradero!».

Etiquetas. Hace años que no pienso en las etiquetas de la ropa. Hace tiempo que fueron arrancadas, y toda esa ropa ha sido cosida y remendada hasta la saciedad. Auténtico, ahora. Realmente parece auténtico.

Otro recuerdo, vivo y palpitando en mi mano:

—Es divertido —decía enfadada por la noche, fregando furiosamente alguna estúpida sartén de hierro mientras mis hijos lloriqueaban pidiendo una excursión a Target, un viaje de fin de semana a un rodeo, cualquier cosa con tal de salir de casa.

Caleb miraba salvajemente al fuego, con los ojos vivos y muertos al mismo tiempo. Aún no se daban cuenta de que aquellos días se habían acabado para siempre.

—Esto es divertido —les gritaba en la oscuridad—. ¿No os dais cuenta de lo divertido que es?

Los niños se marcharon cuando Clementine cumplió dieciséis años. Un mes antes, por fin habíamos vendido el coche, el último vestigio de modernidad al que nos aferrábamos. ¡Era hora de vivir de la tierra, chicos!

Clementine debía de saber lo que se avecinaba. Una mañana se llevó a los niños a dar un paseo y nunca volvieron. Conocía tan bien

esos bosques. Mejor que nadie. Le debió de resultar fácil encontrar la salida.

De repente, Caleb y yo nos convertimos en padres de una única hija, una niña pequeña.

Eso hasta que, por supuesto, tuvimos más.

Por si sirve de algo: no recomiendo dar a luz en la época de los pioneros.

—Las niñas —digo, pensando en Jessa y Junebug—. ¿Están bien las niñas?

—Más o menos —dice Clementine con ecuanimidad—. Las niñas no están bien. Pero están vivas. Y los chicos…, bueno. Los chicos están aquí.

No sé qué decir a eso. Hay universos enteros dentro de esa respuesta, pero todas las neuronas de mi cerebro silban y chisporrotean contra la idea de seguir indagando. Así que no digo nada, y Clementine, que ahora me observa atentamente, suelta un resoplido y esboza una sonrisa de enfado. Como si hubiera hecho una apuesta consigo misma segundos antes y se sintiera decepcionada al saber que ha ganado.

—¿Dónde vives? —pregunta Caleb a Clementine.

Ella se encoge de hombros y dice simplemente:

—Cerca. Todos vivimos cerca.

Y ahora pienso en algo que dijo mi madre en mis primeros días como madre, cuando Clementine era solo una cosita: «Observan cada movimiento que haces». Y es verdad. Desde hace décadas, mis hijos me observan. Son los únicos que nunca han dejado de hacerlo.

Clementine se vuelve para mirarme. Su atención es casi insoportable.

—Cuéntame —me dice—. ¿Qué le dijiste a Mary? ¿Adónde le dijiste que nos fuimos todos?

Mary me observa ahora, con el ceño fruncido. Como si estuviera recordando algo por primera vez en mucho tiempo. Recordando lo

que dijimos.

Muertos. Le dijimos que estaban muertos. Que se habían ido al cielo. Ella era tan joven. Una niña pequeña. Boca lechosa, cerebro moldeable. Fue fácil. Apenas entendía lo que decíamos, y pronto —«gracias, madre, por la inspiración»— no dijimos que habían muerto, sino simplemente que ya no estaban con nosotros.

Estaban muertos, y luego se habían ido, y luego no se hablaba de ellos en absoluto, y pronto pasamos cada día como si nunca hubieran estado aquí.

Los niños son criaturas asombrosamente flexibles. Pueden moverse a través de los siglos, adaptarse a nuevas condiciones de vida, transportarse a nuevas realidades con una facilidad sorprendente. Nuestra pequeña Mary era tan flexible, tan capaz de adaptarse a esta nueva vida, en la que no era la hermana menor, sino la mayor, no la hija de una mujer famosa, sino la hija de una familia campesina del siglo XIX. «Buena chica», le decía los días que no lloraba, ni gritaba, ni miraba a su alrededor, a la casa vacía, como si estuviera rodeada de fantasmas. Mira cómo has crecido.

Por cada detalle de su vida que le arrebatábamos, añadíamos uno nuevo para llenar el vacío. Le enseñé a hacer jabón, a hornear galletas, a reñir a los niños cuando no hacían su trabajo. Inventé recetas falsas de brebajes de mierda. Le di hermanos, y una hermana, y mucho trabajo que hacer. ¿Y Caleb? Les contaba a los chicos historias sobre batallas lejanas, vaqueros y salvajes, el bien y el mal. «Preparaos para la batalla —les decía—. La guerra civil está cerca».

Juntos, enseñamos a nuestros hijos a fingir.

¿Y sabéis qué? Si yo hubiera sido tan flexible como Mary, todo habría salido bien. Pero yo no era flexible, y durante todos esos años esos años esos años esos años esos años…

«Haga una pausa, Natalie. Respire hondo. Inténtelo de nuevo».

Durante esos años mi cerebro empezó a protestar y a echar humo por la presión, hasta que finalmente se partió por la mitad como una ramita.

Realmente no había otra opción.

Me crees, ¿verdad? ¿Que no había otra opción?

Doug estaba de acuerdo, pero luego cambió de idea. No podía creer que vendiéramos el coche. Vino de visita un día y vio a Caleb cavando un hoyo para un retrete. Dijo que nos habíamos vuelto locos. Pero para entonces era demasiado tarde. El agujero que habíamos cavado era… demasiado grande. Así que retrocedió lentamente colina abajo y no volvió a visitarnos.

Y mi madre… No nos hablábamos mucho para entonces. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, ella… y nosotros…

—Sucedió lentamente —digo—. La transición. La… creencia. Sucedió tan lentamente, y entonces…

¿Y entonces?

«¿Qué pasó después, Natalie?».

—Y entonces descubrí que estaba embarazada de nuevo, y todo cambió, y me di cuenta de que tenía que irme.

Hay un largo silencio en la habitación.

—No podía, no *puedo,* volver a dar a luz en este lugar —añado con firmeza, mirando a todos a mi alrededor—. La última vez…

Me quedo a medias, repentinamente enferma.

La última vez. La última vez con Maeve. Fue… terrible.

—Oh, mamá. —Clementine suspira.

—¿Estás diciendo…? —Caleb sacude la cabeza—. ¿Estás diciendo que crees que estás *embarazada,* Natalie?

—Estoy diciendo que *estoy* embarazada —digo—. Y necesito…, bueno, necesito deshacerme del bebé.

Hago una pausa, dejando que cale todo el peso de la conmoción que acabo de provocar. Deben de estar muy sorprendidos al oír a su madre hablar abiertamente de la necesidad de abortar. «Qué moderna soy. ¿Ves, cariño? ¡Mira esta vieja perra en qué se ha convertido!».

—Sé que es horrible. Pero necesito deshacerme de él. Y pronto. Ya debo de estar de doce semanas.

—Mamá —dice Clementine—, tienes cincuenta años. No estás embarazada.

Ahora me toca a mí callarme. *¿Otra vez?*

—Fue increíble que tuviéramos a Maeve —murmura Caleb en voz baja—. Y eso fue hace *diez años*.

Sí. Cierto. «¡Lo siento!». Tantos compartimentos en mi mente, tantos espejos de mí misma devolviéndome la sonrisa, que es difícil seguir la pista… No siempre encuentro mi…

Maeve, mi dulzura, tiene diez años. Sí. Sí, así es. Esa dulce niña, *mi pequeña sombra,* es —¿cómo lo diría una mujer moderna?—, «Mi hija tiene deficiencias de aprendizaje. Mi hija tiene problemas de desarrollo. Mi hija nació con la cara azul, sin respirar durante minutos, y mi marido no es comadrón, y yo no soy médico, así que perdimos un tiempo precioso gritándonos el uno al otro, con un niño muerto en el suelo entre nosotros, hasta que a Mary, de ocho años, se le ocurrió respirar en la boca de su hermanita».

—No volveré a dar a luz aquí —digo por segunda vez.

—No estás embarazada, madre —dice Clementine—. Estás atravesando la menopausia.

Hay otra larga pausa. Entonces Mary dice titubeando:

—¿Qué es la menopausia?

«Algún día no podrás tener hijos».

Eso fue lo que dijo mi madre de la menopausia cuando le pregunté por ella de joven. En aquel momento, la idea me aterrorizaba, me ponía enferma de miedo, y entonces ella me

tranquilizaba diciéndome que esa época de decadencia quedaba muy lejos para mí; que tenía mucho tiempo para tener muchos bebés. «Toda una vida por delante».

Pues aquí estoy, al otro lado de toda una vida. Cuando era niña y me obligaban a imaginar un mundo en el que una mujer adulta no podía tener hijos, sentía una terrible pesadez en el pecho, una tristeza aplastante. Pero ahora que estoy aquí me siento muy ligera. Como si ese peso que se posó sobre mis hombros de niña por fin, décadas después, hubiera desaparecido.

Bienvenida al más allá.

Me dejo caer en la mesa. Ningún bebé, ningún embarazo, nunca más daré a luz en este mundo. ¿Qué es esa sensación que me sube por la garganta?

La risa. Tengo muchas ganas de reír.

Pero sería inapropiado, porque Clementine le está preguntando a su padre por la comida.

—¿Realmente cultivas algo de tu propia comida? ¿O eres tan malo en agricultura como siempre?

Él la fulmina con la mirada.

—Te has vuelto odiosa —dice—. Una mujer rencorosa.

—Supongo que eso significa que no —dice ella con despreocupación—. Es interesante… Sabía que los chicos tenían una cabañita espeluznante aquí fuera, sabía que aún os veían a veces, pero no sabía que os mantenían *con vida.*

Mary habla antes de que Caleb pueda hacerlo. Levanta una mano. Su expresión tiene tal velocidad emocional que de repente parece un espejo de Clementine.

—¿Estás diciendo que los vecinos son mis hermanos?

«¿Cree que tiene una enfermedad mental, Natalie?

¿Y su marido?

¿Qué hay de su suegro, y de sus hijos, que os ayudaron a manejar esta fantasía durante más de una década?

¿Qué hay de sus seguidores, los que pensaron que su vida era así desde el principio?».

Los vecinos son nuestros hijos. Samuel, Stetson. Ellos son los que, desde hace años, nos suministran verduras y frutas y grandes trozos congelados de carne de carnicería cuando las trampas están vacías y los peces no pican.

Esta es la parte que nunca he sabido, ni siquiera en lo más recóndito de mi mente de luz parpadeante. Nunca lo supe. Es una delicia poder decir eso honestamente. «¿Puede oírme, señoría? ¡Realmente no lo sabía!». Supongo que una persona normal se habría preguntado cómo su incompetente marido se las arreglaba para proveer comida, año tras año, pero ¿sabe qué? No me lo pregunté ni una sola vez. Me he convertido —escúcheme bien cuando digo esto— en una mujer cristiana de puta madre. Ya no le hago preguntas a mi marido que él no quiera oír, y mi marido —oh, sí, un hombre cristiano muy bueno— no me cuenta cosas que no necesito saber.

Cada pocos días, durante la mayor parte de estos diez años, mi marido ha salido de casa y se ha ido al campo, y yo lo he visto irse. Me he dicho a mí misma: «Va a trabajar al campo», cuando en realidad lo que ha estado haciendo durante ese tiempo ha sido salir, adentrarse en el bosque hasta llegar a la pequeña cabaña que hay a un kilómetro y medio de distancia y entrar, quitarse el polvo de los zapatos y sentarse en el sofá a ver un partido de fútbol. Luego ha aceptado una caja de verduras de supermercado manchada de suciedad y nos la ha llevado a casa. «Todo en un día de duro trabajo».

No me extraña que Abel sonriera tanto cuando llegó a casa aquel primer día. Qué secreto tan delicioso para un niño pequeño.

Desde que llegó aquí, la cara de Clementine ha sido una máscara de desinterés cuidadosamente construida. Ahora me mira como si yo fuera lo más lamentable del mundo.

—¿De verdad nunca lo sospechaste?

Sé lo que está pensando: qué ciega y estúpida es su madre. Qué loca. Mi hija es tan moderna que probablemente esté intentando pensar en el diagnóstico correcto para mí. Eso es lo que hacen las mujeres liberales ante lo que no pueden entender. Bipolar, tal vez. Esquizofrenia. ¡Trastorno de personalidad múltiple!

«Zorra —pienso—. Mocosa malcriada».

—¡No sé cómo responder a eso! —digo alegremente.

Sonrío como la presentadora de un concurso. Ella mira a Caleb.

—¿Por qué aceptaste?

—No quería dejar a tu madre y a los niños solos aquí —dice apasionadamente—. No tenía elección, Clemmie. Tienes que creerme.

Pongo los ojos en blanco. Si hay algo que sé, es que es mentira.

«Tu padre aceptó porque para él era un buen trato. Mejor que bueno. Ideal. Porque le permitía escapar de la presión, la crítica y la decepción que le han perseguido toda su asquerosa vida. Porque se volvió loco, un loco de las teorías de la conspiración, y porque siempre soñó con un mundo en el que pudiera no hacer nada sin que nadie le dijera ni pío. Y yo, la amante esposa de siempre, se lo ofrecí en una bandeja de plata cada vez más grande hasta que finalmente llegamos al gran final. Porque resultó que Shannon tenía toda la razón: él tenía muy poco que perder y mucho que ganar. Y si lo pienso de verdad, siempre ha sido un puto gilipollas estúpido».

Caleb está a punto de continuar, parece dispuesto a dar un discurso de campaña, pero entonces Clementine levanta una mano.

—Quiero hablar con mamá —dice—. A solas.

Puede que esto sea, de todo lo que ha dicho, lo más sorprendente.

Mary se encierra con Maeve y los chicos en el dormitorio, y Caleb se escabulle fuera, echando un vistazo a las ventanas cada poco tiempo mientras preparo la comida. Clementine me observa desde la mesa. No parece tener prisa. Con manos temblorosas, corto la barra de pan y unto la mantequilla. Dejo el plato de pan sobre la mesa.

Clementine lo mira. Sé lo que está pensando: está muy lejos de las elaboradas comidas que solía hacer, que siempre estaban listas justo después de que ella se durmiera.

Le da un mordisco a mi pan con mantequilla. Lo mastica.

—Jesús—dice—. Esto es terrible.

«Algunos de sus hijos, ya adultos, se han convertido en apasionados activistas contra la explotación infantil en las redes sociales. ¿Cómo le hace sentir eso?».

—Madre —dice Clementine, cuando termina de comer—, ¿te acuerdas de Shannon?

Sonrío.

—Claro que me acuerdo.

«Maldita puta rompehogares».

—Ella y yo hemos… mantenido el contacto, digamos, a lo largo de los años. Cuando le dije que iba a intentar verte, ¿sabes lo que dijo? —No contesto. Ante la mención de Shannon, de repente me siento tan furiosa que creo que voy a desmayarme—. Me dijo que no fuera muy dura contigo. Dijo que sería difícil para ti verme. Ver cómo he avanzado.

Asiento con la cabeza, pero no estoy escuchando. Estoy concentrada en Shannon, que ya tiene treinta y muchos. Increíble. Por primera vez en casi veinte años me doy cuenta de algo extraño: el mundo no se detuvo cuando lo dejamos. Clementine no murió. Creció. Y Shannon…

Y el mundo…

Sacudo la cabeza. Clementine y Shannon y el mundo y Clementine y Shannon…

—¿Guerra civil?

Clementine no contesta. Solo me mira, como si estuviera decidiendo qué responder. Finalmente se inclina hacia delante sobre los codos y dice, seriamente, en un tono que no deja de ser amable:

—¿Sabes, madre, cuál fue la parte más dura de dejarte?

No digo nada.

—No fue caminar por el bosque con los niños, ni esperar a que parara un coche. No fue mudarnos con la abuela, los cinco en una sola habitación. Fue meses después de haber llegado al otro lado, cuando me di cuenta de que todo lo que me habías contado sobre el mundo era mentira. —Le tiemblan las manos. Se mira los dedos mientras dice—: Todo era mucho… *mejor* de lo que pensaba. La gente era más amable. Las ciudades estaban más limpias. Tenía razón: era mejor vivir con la abuela y Abigail que contigo. Y cuando nos llevaron a ver el océano... —Se detiene, con la respiración entrecortada. Inhala profundamente, luego exhala. Vuelve a hablar—. Simplemente no lo entendía. No entendía por qué mi familia nunca quiso formar parte de ello. —Sus ojos se cruzan con los míos—. ¿Por qué nunca quisiste formar parte?

«¿POR QUÉ TE CUESTA TANTO SER BUENA?».

—Avanzado —le digo—. ¿Avanzado?

Y así, su furia da paso a la tristeza.

—El tiempo solo se mueve en una dirección, mamá.

Entonces Caleb abre la puerta de golpe, sobresaltándonos a las dos.

—Ya basta de esta reunión de chicas —anuncia.

Está nervioso. Seguramente ha estado fuera echando humo, imaginándose lo que estábamos hablando dentro de casa, sin él. «Bienvenido a la Ladysphere: ¡Donde van las mujeres!».

Señala a Clementine con el dedo.

—Creo que es hora de que te vayas.

Clementine parece perfectamente tranquila.

—Estoy de acuerdo —dice. Se levanta—. ¿Dónde están los niños?

Caleb y yo hablamos a la vez.

—¿Los niños?

—Ah, sí. ¿Se me olvidó mencionarlo? Qué tonta soy. No he venido aquí a comer. He venido a por los niños. —Saca un papel doblado

del bolsillo de su chaqueta—. Tengo una orden, si queréis verla…

Se la da a Caleb. Él no lo lee, solo lo agita y dice:

—¿Qué es esto?

—Algo que he querido hacer desde hace mucho tiempo, pero no he podido hasta que Doug se quedó sin dinero y Stetson llamó a la policía y confirmó todo lo que he estado diciendo durante años. —Clementine me mira—. Así que gracias, madre, por recordarle a mi hermano lo loca que estás de verdad.

Abro la boca, pero no sale nada. «Piensa, Natalie, piensa». Los niños se van. Los niños… se van. Lo que significa…

De ninguna manera. No me quedaré en este rancho sola con mi marido.

—Bueno —digo suavemente—, una orden es una orden. No hay nada que objetar. Iré a empaquetar algunas de mis cosas y luego podemos…

—Oh, no, madre. No vendrás con nosotros.

Mi sonrisa vacila.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros. Tiene los ojos enrojecidos, pero no se le caen las lágrimas.

—Porque lo digo yo.

—No puedes dejarme aquí —digo rápidamente—. Clementine. *Clementine.* Escúchame. No puedes dejarme aquí, sola. No puedes dejarme aquí *con él.*

Ladea la cabeza y veo un ápice de compasión en su mirada.

—Tú eres quien construyó este lugar, mamá. No necesitas la ayuda de nadie para abandonarlo.

Sucede tan deprisa que siento que solo resbalo por la superficie de mi vida. Clementine, al final del pasillo, llamando a la puerta de un dormitorio, diciendo a los niños que salgan. Se presenta en voz baja a Maeve, Abel y Noah, y luego los guía hacia el coche. En unos minutos están dentro, abrochándose los cinturones, demasiado aturdidos y aterrorizados para luchar. Caleb y yo nos quedamos a un

lado, con el mismo aspecto de impotencia. Es como si la sola presencia de Clementine hubiera provocado un cortocircuito en toda la familia.

—Deberíais despediros de vuestros hijos ahora —nos dice Clementine a Caleb y a mí cuando están todos en el coche—. Probablemente no los volveréis a ver en mucho tiempo. Quizá nunca.

—No lo entiendo —dice Caleb, pero yo sí, así que me acerco al coche y abro la puerta trasera.

La pequeña Maeve me mira.

—¿Mami?

Al otro lado están los chicos, abatidos en sus asientos, pálidos de miedo. Han pasado toda su vida preparándose para la batalla, estos chicos han estado esperando y deseando y planeando que llegaran intrusos enemigos, y ahora, en un solo instante, la batalla se ha librado y no la han ganado. Los chicos han perdido antes de tener la oportunidad de coger sus espadas imaginarias. «Ahora son prisioneros del vencedor… O tal vez —pienso como anestesiada— son prisioneros liberados de repente». Sacudo la cabeza para alejarme de esos pensamientos, me aparto de los chicos y miro a Maeve. Me parece un truco cruel que la última hija que he tenido sea la primera a la que he amado con facilidad.

—Te quiero, Maeve —le digo.

Mis lágrimas caen por toda la cara de Maeve mientras le beso las mejillas, la frente y la nariz. Agarro a Noah, que está a su lado, pero él se aparta.

—Os quiero, os quiero, os quiero —les digo—. No es culpa mía. ¿Me oís? No os creáis lo que os digan. ¿Me oyes, Maevie? No les hagas caso.

Maeve no responde. No recordará esto. Yo lo sé. Hay demasiada novedad a su alrededor. Cuando retrocedo, ella está mirando el interior del coche con un gesto inexpresivo, como si toda su emoción se hubiera desvanecido. Por fin me mira y parece darse cuenta por primera vez de que no estoy con ella en el coche.

—Mami, ven —me dice.

Empieza a llorar.

—Te quiero, cariño. ¿Me oyes? Te quiero tanto…

De fondo, noto que Mary y Clementine me observan, silenciosas.

Cierro la puerta, diciendo adiós con la mano a Maeve. Ahora Clementine guía a Mary hasta el asiento del copiloto de su coche y la ayuda a subir. Mary tiene los ojos más abiertos que nunca. Clementine cierra la puerta. Veo cómo mi hija se inclina hacia delante sin decir palabra y recorre suavemente con los dedos los botones de la radio.

Pronto todos los niños del asiento trasero lloran. Los oigo a través del cristal: los niños llaman a su padre, Maeve grita por su madre. Mary está sentada en el asiento del copiloto, con la cara tan blanca como el cielo invernal.

De repente me siento mal. Me digo a mí misma que Mary va a hacer algo mejor; que algún día, no muy lejano, correrá por un centro comercial al aire libre, riendo y chillando con otras niñas de su edad. Será una chica normal, con problemas normales y una vida normal. Esto es mentira, por supuesto. Mary nunca será normal. Todos nuestros hijos sufrirán, pero creo que Mary será la que más sufra.

Y entonces se van.

Clementine me dice que el servicio de protección de animales vendrá pronto a recogerlos. Al minuto siguiente el coche va marcha atrás colina abajo. Clementine mira por encima del hombro para conducir. Mary tiene la mirada perdida y los tres niños más pequeños sollozan en el asiento trasero. Por fin, cuando el coche está a punto de perderse de vista, me doy cuenta de lo que debo hacer. Fijo mi expresión en una sonrisa y levanto la mano en el aire. Saludo a mis hijos. Grito cariñosamente:

—¡Adiós!

Y así nos quedamos solos.

Caleb está a mi lado con su estúpido traje de marido pionero.

Parece tan perdido como yo.

—Los niños se han ido —dice—. No puedo creer que los niños se hayan ido.

Me pregunto: ¿a cuántos actos de desaparición puede sobrevivir una sola familia? Miro a mi marido, que parece más apenado de lo que nunca lo he visto, y pienso: *gallina, huevo.* Señor, estoy harta de pensar en gallinas y huevos.

«Señor». Hago una pausa. «¿Dónde está el Señor?». Levanto el oído hacia el cielo y me esfuerzo por escuchar.

Nada. No oigo nada. Qué extraño. Ahora que lo pienso, ni siquiera recuerdo cómo suena Él.

—Creo que tenías razón, Caleb.

Todavía está mirando el desnivel de la colina donde el coche de Clementine ha desaparecido de la vista. El polvo aún flota en el aire.

—¿En qué?

—Creo —digo despacio— que deberíamos habernos divorciado hace mucho tiempo.

Se vuelve para mirarme.

—Creo que te odio —le digo.

—Creo —dice despacio, con voz aturdida— que yo también podría odiarte de verdad.

Me vuelvo para mirar la casa. Desde este ángulo parece un recorte de cartón. Como si pudiera dar un paso adelante y derribarla si quisiera.

—Creo que deberíamos irnos —digo de repente.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Lejos. —Sí. Así es. Asiento con decisión—. Necesito alejarme de este rancho antes de que…, bueno, antes de perder la cabeza otra vez.

Puedo sentir la fuerza de la llegada de Clementine, cómo ha imantado todos mis pensamientos en un orden momentáneo…, y puedo sentir con la misma fuerza cómo el orden momentáneo ya tiembla y se tensa por el esfuerzo de mantenerse.

Si me voy, habrá consecuencias. Pero ninguna tan grande como las que tendría si me quedo.

—¿Y bien? —digo con impaciencia—. ¿Quieres venir conmigo o no?

Pasa un largo segundo.

—Sí —dice—. Creo que sí.

Le cojo la mano y caminamos juntos.

---

[5] Referencia al cuento infantil *One Fish, Two Fish, Red Fish, Blue Fish,* del Dr. Seuss. *(N. de la T.).*

# EPÍLOGO
# CINCO AÑOS DESPUÉS

Esta no es mi casa. Es más pequeña. Mucho más pequeña, y la cocina está toda mal.

—¿Estás segura? —le digo—. ¿De qué estamos en el lugar correcto?

La productora me ha dicho su nombre hace unos minutos, pero ahora lo olvido. Algo inofensivo, creo, como Lucy.

—Estoy segura —dice, y me guía hasta la mesa de la cocina, que es parecida a la mía, pero definitivamente no es la mía.

Me acerca una silla y me ayuda a sentarme. Es difícil mantener el equilibrio con las esposas en los tobillos, sobre todo porque miro a mi alrededor y me distraigo con los detalles. Los miembros del equipo de producción pasan a toda prisa, colocando luces y pantallas. Me han dicho que vamos con retraso.

—Un jarrón de flores no tiene sentido aquí —digo—. Y estas magdalenas, ¿quién las ha elegido?

Un joven vestido de negro, de pie a unos metros de mí, me mira, y luego dirige los ojos a las magdalenas, de repente nervioso.

—He investigado mucho —dice a todos los presentes—. En la época de los pioneros hacían esta misma receta, así que pensé…

En voz baja, Lucy dice:

—Nunca tuvieron un hogar históricamente exacto, John. Te lo dije en el correo de la semana pasada.

Ahora parece realmente aterrorizado.

—¡Nadie me dijo que no hiciera magdalenas!

—Nunca hicimos magdalenas —digo en voz alta—. Hicimos *bizcochos.* Y esta no es la casa correcta, te lo digo, ¡esta distribución está mal!

Lucy despide al chico con una mirada reprobadora y luego se vuelve hacia mí.

—Natalie, ¿puedo hacerte una pregunta? Cuando íbamos en coche hacia la casa, ¿miraste por la ventanilla?

Dudo y digo:

—Sí.

—¿Así que viste cuando giramos por tu viejo camino de tierra?

Siempre he odiado los juegos, y esto parece un juego.

—Sí.

—¿Y viste las montañas y el gran granero rojo?

—Sí.

—Entonces ayúdame a entender: ¿cómo es posible que esta *no* sea tu casa?

Abro la boca y la cierro. De repente me siento desorientada.

—¿Entiendes que esté confundida, Natalie?

—Bueno, sí —digo—. Pero…

Entonces me salva una espectacular interrupción: Reena Magliotti entra por la puerta principal en un alboroto de tonos tierra y tacones, con un abrigo de cachemira que cae en brazos de una ayudante y deja al descubierto una blusa de seda que no tiene ni una sola arruga. La observo mientras habla con algunos miembros del equipo y su mirada se desplaza maravillosamente hasta que finalmente se posa en mí.

—Natalie —dice—. Dios mío.

Parece…, sí. Asombrada.

De repente, vuelvo a tener diecinueve años, estoy embarazada de mi primer hijo y Reena está de resaca ante mí con la misma expresión de asombro. Luego vuelvo a parpadear y tengo cincuenta y cinco años, llena de grilletes mundanos. Algunos literales también.

—Reena —digo.

Instintivamente, como la elevación de un foso para prepararse para la batalla, las comisuras de mis labios se levantan.

Ahora es presentadora de las noticias regionales, tras años de ascender lentamente en los medios de comunicación. Vive en Chicago. Está lejos de ser un nombre conocido.

—No puedo creer que seas tú —dice—. No puedo creer que esté aquí.

Vuelve a mirar a su alrededor, observando las magdalenas, las cámaras, las luces; los tallos de las flores esparcidos por la tabla de cortar, el tarro de masa madre colocado justo al lado de la ventana.

—Creo que este es quizá el día más extraño de mi vida —dice.

—Yo no —digo feliz—. He tenido días mucho más extraños. Pero, Reena, tenemos un problema.

Sus ojos vuelven a mirarme.

—¿Qué problema?

—Esta no es la casa correcta.

Ella frunce el ceño.

—Ah, ¿no?

—Y Lucy —hago un gesto vago hacia ella, que ahora está intentando desesperadamente llamar la atención de Reena— sigue empeñada en decirme que *es* mi casa. Pero me está mintiendo.

Reena mantiene el contacto visual conmigo, ignorando los brazos agitados de Lucy.

—Ah —dice—. Ya veo.

Acerca su silla a la mía y se sienta.

—Natalie —dice, mirándome a la cara—, ¿todavía quieres hacer esta entrevista?

—¿Por qué no iba a querer?

—Solo quiero asegurarme de que te sientes… cómoda. De que estás bien. —Se inclina hacia delante y dice en voz baja—: Y quiero asegurarme también de que no te han coaccionado ni nada parecido.

—En absoluto. Mis abogados me dicen que esta es la mejor manera de que Estados Unidos vea a la verdadera Natalie Heller Mills —recito fielmente—. Así es como voy a —levanto las manos para hacer comillas en el aire— «despertar simpatía». Y les dije a mis abogados que, si ese era el caso, solo había una persona apta para hablar conmigo: Reena. —Me inclino hacia delante—. Esa eres tú.

—De acuerdo —dice Reena. Ahora sonríe—. Y perdóname, Natalie, pero ¿sabes que esta entrevista la verá bastante gente?

—Oh, sí —dice una cámara cercana—. Está prácticamente garantizado que se convertirá en viral.

—La viralidad —le informo a la chica en tono suave— es una maldición. Pero sí. —Miro a Reena—. Soy consciente de cómo va a funcionar esto. No soy idiota, ¿sabes?

—Claro que no. Yo solo…

—Dios, Reena. Siempre fuiste *tan* molesta. —Observo su expresión desconcertada—. Siempre fui más guapa que tú, pero lo admito: estás muy bien para tu edad.

—Es muy amable de tu parte.

Esta entrevista conmigo es una gran victoria para su carrera. Me sorprende que aún no me haya dado las gracias.

—Cuéntame —le digo, mientras alguien le limpia la nariz con un papel secante—, ¿has tenido familia?

—Oh —dice, quedándose quieta—. No sé si tenemos tiempo para hablar de eso.

—Deberíamos ponernos en marcha —añade un productor—. O nos vamos a quedar sin luz.

Pongo los ojos en blanco.

—He pasado demasiado tiempo de mi vida persiguiendo la luz. —Luego le digo a Reena, que acaba de recibir una pila de tarjetas—: Pero ¿te casaste?, ¿tuviste hijos?

Ella vacila y luego dice:

—Tengo una familia, sí, pero probablemente sea diferente de lo que alguien como tú se imagina.

—¿Qué significa eso? —le pregunto.

Golpea la pila de tarjetas que tiene sobre el muslo.

—¿Qué te parece esto? Responderé a tus preguntas después de la entrevista. Te lo contaré todo.

Pronto estamos rodeadas de luces. Reena está sentada frente a mí. Suelta un largo y tembloroso suspiro mientras el productor inicia la

cuenta atrás.

—Estamos en directo en cinco, cuatro…

—No estés nerviosa —le digo en voz baja—. Lo vas a hacer genial.

Reena me mira como si no supiera si me burlo de ella o la animo. «Somos un equipo», intento indicarle con la mirada. Nos necesitamos mutuamente.

La luz roja se enciende.

Reena mira a la brillante luz blanca.

—Me llamo Reena Magliotti. Soy la presentadora de las noticias nocturnas del canal WUBZ de Chicago, y soy la antigua compañera de habitación de Natalie Heller Mills en la universidad. —Sonrisa impecable—. Hace unos meses, recibí una llamada de ABC News con una petición muy inusual: esperaban entrevistar a Natalie, que actualmente cumple una condena de treinta años por cuatro cargos de abuso de menores con agravantes, entre otros cargos menores. Me dijeron que Natalie estaba interesada en mantener una conversación solo si la conversación en cuestión era conmigo. Decir que me sorprendió esta petición sería quedarse corta. Esta noche quiero llegar al fondo de *por qué,* exactamente, Natalie me elegiría a mí de entre todas las personas para entrevistarla.

Estoy preparada para esta pregunta. He estado esperando toda mi vida para responder a esta pregunta. «Hola, Mujer Enfadada».

—Pero llegaremos a eso más adelante en la entrevista. Primero, quiero hablar sobre la noticia del libro que ha incendiado América esta última semana. —Frunzo el ceño—. Natalie, ¿sabes de qué libro estoy hablando?

—No, no lo sé.

¿Qué es esto, un club de lectura?

—Bueno. Antes de esta entrevista, tuve la suerte de recibir un ejemplar anticipado.

Alguien acaba de entregarle el libro a Reena. Se inclina hacia delante y me lo entrega.

Miro el libro en mi regazo, paso los dedos por las letras en relieve del título: *El libro de Mary.*

—Son las memorias de tu hija —dice Reena—. Saldrán a la venta esta semana. Solo por los pedidos anticipados, se espera que sea un *best seller.* ¿Lo sabías?

—No —digo en voz baja—. Bueno, sí. Mis abogados mencionaron algo, pero nunca pensé que fuera…, no pensé que pudiera…

De repente soy muy consciente de mi propio cuerpo: la capa de sudor en mis manos, el calor de la lámpara de producción en mi cara y cuello.

Esta casa no es mi casa.

—Ábrelo —dice Reena—. Mira lo que pone.

Abro la tapa y paso unas cuantas páginas en blanco. Finalmente, mis ojos se posan en las primeras palabras impresas:

*«Para mi madre»*.

Miro a Reena.

Esta cocina no es mi cocina. Estos niños no son mis niños. Esta vida no es mi…

—Me preguntaba si leerías el prólogo hoy.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Ahora mismo.

—Léelo tú —digo. Luego pienso en mis abogados, que siempre me dicen que sea educada, y en mi madre, que siempre me dice que sea amable, y entonces añado rápidamente—: ¡Por favor!

Érase una vez una niña que vivía en las montañas, en una pequeña cabaña en la ladera de una colina, rodeada de bosques. No había ningún pueblo cerca. No había otras familias. Pero la niña nunca se sintió sola, porque tenía a su mami y a su papi y a su hermana y hermanos, por no hablar de su querida vaca, su gallinero lleno de gallinas y su fiel caballo de cuarto de milla.

Era una vida tranquila y sencilla. A la niña nunca le faltaba de nada. Por las mañanas salía al gallinero y cogía huevos para desayunar. Durante el día hacía todas las tareas que una niña puede

hacer. Y por la noche se sentaba con su familia junto al fuego, escuchando historias sobre tierras lejanas. Solo comían lo que pescaban o cultivaban. Las únicas historias que oía la niña eran las que le contaban sus padres, sobre lobos, vaqueros e indios, sobre las grandes batallas del bien contra el mal que se libraban más allá de los bosques, muy lejos de allí. A veces la niña tenía sueños extraños, sueños que casi parecían recuerdos. Cuando se despertaba gritando, papi y mami le recordaban que ninguna de las pesadillas era real. Insistían en que estaba a salvo. A salvo, calentita y escondida en el mundo que habían construido para ella. Nunca dejarían entrar a los lobos.

Entonces la niña creció y se dio cuenta de que su madre estaba enferma. Cuando tuvo edad suficiente para entender, papi le dijo que su madre estaba llena de espíritus malignos. Le dijo que ahora era su trabajo cuidar de la casa y de sus hermanos. Le dijo que tenía que convertirse en madre de su propia madre. Y así lo hizo.

Pasaron los años. Pronto la niña dejó de ser una niña para convertirse en una joven. Y un buen día, caminaba por el bosque, buscando azafrán, cuando vio a un ángel entre los árboles.

Una mujer, inmóvil como una brizna de hierba, con ropas tan brillantes que parecía que resplandecía. Al principio la niña pensó que era su madre, restablecida. Entonces el ángel habló.

Le contó a la niña una historia aterradora, demasiado horrible para que ella la creyera. El ángel dijo que los padres de la niña no eran padres, sino lobos.

—*Si quieres una vida mejor* —dijo el ángel—, *tú y tus hermanos debéis venir conmigo.*

Pero la niña no quería una vida mejor. Ni siquiera sabía qué podía significar eso. Empezó a pensar que esta mujer no era…

Así que volvió corriendo a su casa y juró no volver nunca más al bosque.

Un día, poco después del primer encuentro, el ángel reapareció en la cocina de la casa de la niña. La petición era ahora una exigencia: *Es hora de que vengas conmigo.* Y así lo hizo.

La niña del bosque era yo. Mary Heller Mills.

Han pasado cinco años desde que dejé el Rancho Los Viejos Tiempos. Ahora vivo en Santa Mónica, en un pequeño apartamento con mi hermana mayor, Clementine, y mi hermana pequeña, Maeve, y mis hermanos, Noah y Abel. Fue idea de Clementine mudarnos aquí. Siempre había querido vivir junto al océano, pero se había negado a mudarse hasta que
encontró la forma de salvarnos de nuestros padres. El día
que dejamos Los Viejos Tiempos, rompió el contrato de alquiler de su apartamento. Era hora, dijo, de empezar de nuevo.

En los últimos cinco años, mi vida ha cambiado por completo. Uno de los policías que conocí el día que dejamos el rancho me dio un diario y me dijo que debía escribirlo todo, que iban a pasar tantas cosas, y tan deprisa, que me alegraría de tener un registro de este periodo de tiempo. Se sintió muy culpable cuando le dije que solo sabía escribir los nombres de los miembros de mi familia. Entonces me dio una grabadora de audio. Un día, me dijo, podrás escribirlo todo, pero por ahora, si no puedes escribir, puedes hablar.

Me alegro de que me lo dijera. Si no hubiera tenido esa grabadora de audio, quizá nunca habría podido escribir este libro.

La historia que estáis a punto de leer es muy triste en muchos sentidos, así que me gustaría adelantaros el final: estoy bien. He sobrevivido. Tengo a mi verdadera familia conmigo: mis hermanas y mis hermanos, una abuela que nunca supe que tenía, una tía que me llama cada semana. Asisto a clases de lectura y escritura en el centro comunitario local. La mayoría de mis compañeros son personas que quieren aprender a hablar inglés. Todos tienen mucha paciencia conmigo, aunque yo soy la que voy más retrasada de la clase.

Los sábados trabajo embolsando la compra en el supermercado Whole Foods que hay al final de la calle, y los domingos vamos todos a la iglesia de Ocean Park. Durante el servicio, nuestro pastor habla de un Dios que es muy diferente del Dios que mis padres me enseñaron a conocer. Empiezo a pensar que la iglesia puede ser otra

palabra para referirse a las personas. Después de misa, si hace sol, Clementine nos compra donuts y nos vamos andando a la playa. Llevamos años viviendo aquí y, aun así, no puede ver el Pacífico sin llorar.

Clementine dice que nuestra madre nunca leerá este libro, pero yo sé que algún día lo hará. Y por eso quiero dirigirme a ella directamente ahora, antes de contar mi historia, toda la historia, de lo que fue crecer en, y finalmente escapar de, el Rancho Los Viejos Tiempos:

Hola, mami. Te echo de menos.

¿No es gracioso? Incluso después de todo, todavía te echo de menos. Echo de menos tu temperamento y tus bromas y tus extraños estados de ánimo. Echo de menos lo que sentías en los raros momentos en que una verdadera sonrisa iluminaba tu cara. Quiero que sepas que siento que te hayas perdido tanto en el ayer. No estoy segura de que sea culpa tuya, pero no creo que eso importe tanto como dicen algunos. Sé que fue duro para ti de cualquier manera.

Hay muchas cosas de nuestra vida que me entristecen, pero ¿sabes cuál es la que más, mami? Toda la belleza que te has perdido. Porque es realmente hermoso: este futuro que rezaste por que nunca tuviéramos la oportunidad de ver. Creo que te gustaría si le dieras una oportunidad. Pero hay algo que he aprendido en los años que han pasado desde que dejé el rancho: no puedes cambiar a las personas que se niegan a cambiar. Solo puedes amarlas. Así que aquí está, todo el amor que tengo para dar, prensado en las páginas de este libro. Espero que algún día lo leas, hasta el final, porque resulta que el lugar donde acaba tu vida es exactamente donde empieza la mía: el momento en que vi el mundo y amé cada parte de él.

Y ese momento llegó cuando llegamos al final de nuestro largo camino de tierra. El coche se detuvo. Intenté comprender lo que tenía delante.

—Autopista —dijo Clementine—. Esto es lo que llamamos autopista.

Los niños lloraban en el asiento trasero. No lo entendían. Me quedé mirando la carretera lisa y gris, y grité cuando un camión pasó rugiendo, sacudiendo el chasis del coche. Pensé que iba a morir.

—El coche va a coger velocidad ahora —dijo Clementine—. Va a ir mucho más rápido de lo que estáis acostumbrados. Pero necesito que confiéis en mí cuando os digo que estáis a salvo.

Un trío de coches pasó a toda velocidad, uno tras otro. ¿Cómo no chocaban? ¿Qué clase de mundo era este? ¿Cómo íbamos a sobrevivir?

Y, sin embargo, el único futuro más aterrador para mí que aquel al que nos incorporábamos en la autopista era ese en el que dábamos la vuelta.

—Confío en ti —le dije, porque tenía que hacerlo.

Me cogió la mano temblorosa.

—Agárrate fuerte.

Asentí y cerré los ojos. Apreté sus dedos. Me preparé para el impacto. Pero no lo hubo. Solo un ruido sordo y rápido y una sensación que ascendía por mi estómago.

Un momento después, abrí los ojos. Estábamos volando, precipitándonos hacia el futuro, hacia un mundo que aún no podía imaginar.

Por primera vez en mi vida, sonreí.

# Agradecimientos

Este libro y su autora le deben muchísimo a Lisa Grubka, agente extraordinaria. Gracias por tenerlo claro desde el principio.

Gracias también a Emma Finn, Kristina Moore, Orly Greenberg, Melissa Chinchillo, Sophie Baker, Samori Cullum, Yona Levin y al resto del equipo de UTA/Curtis Brown por llevar *Yesteryear* por todo el mundo.

Gracias a Jenny Jackson y a Katie Bowden por ayudarnos a fijar este mundo en forma de novela, al tiempo que nos marcaban el ritmo para no dejar piedra sin remover y aflojar (sí, aflojar) cada tornillo. Agradecimiento adicional e infinito, sin ningún orden en particular, a Harry Sherer, Tiara Sharma, Nora Reichard, John Gall, Emily Murphy, Nicola Webb, Olivia Marsden, Laura Keefe, Matthew Sciarappa, Tricia Cave, Jane Alison, Stuart Nadler, Erika Veurink, Natalie Warther, Puloma Ghosh, Suleika Jaouad, JJ Elliott, Carinn Jade, Heather Lazare, Hannah Beresford y Katie Gatti Tassin. Gracias especialmente a Hollyn Huitt, por tus ojos al principio, y a Jayson Greene, por tus ojos al final.

Cuando esta novela no era más que un primer borrador, tuve el privilegio extremadamente extraño y totalmente inmerecido de trabajar en ella con algunos de los mejores artistas y pensadores vivos del mundo. Mis conversaciones con Anne Hathaway, en particular, fueron fundamentales para dar vida a Natalie. Gracias a Somewhere Pictures, Entertainment 360 y al equipo de Amazon Film por su pasión, curiosidad y defensa incansable de esta novela.

Ningún agradecimiento será suficiente para mis padres, mi hermana y la familia Strand/Pels.

Y gracias, por supuesto, a Riley.

Alguien me dijo una vez que la marca de una buena carrera se caracteriza por la capacidad de conseguir un empleo excepcional y que sea lo suficientemente significativo como para justificar el tiempo que pasas lejos de tus seres queridos. Qué privilegio haber conseguido finalmente ese trabajo, por así decirlo, pero el trabajo siempre será (el trabajo *debería* ser) insignificante en comparación con la vida que lo rodea. Gracias, Riley, por esta vida. Gracias por apoyarme durante más de cinco años mientras escribía. Gracias por creer tan tenazmente en que saldría algo, y gracias sobre todo, ahora que algo ha salido, por darme una vida a la que siempre estoy deseando volver cuando termino el trabajo. En este mismo momento, mientras escribo, tú estás silbando en la cocina, preparando el desayuno para los dos. Mantén el café caliente, por favor. Terminaré en un momento.

Ah, y si alguna vez tengo una hija: querida niña, escribí el final pensando en ti.

Título original: *Yesteryear*

Edición en formato digital: mayo de 2026

Ilustración de cubierta: Jesús Aguado
Diseño de cubierta: Paco Reyes

© 2026 by Caro Claire Burke
© De la traducción: Mar García Puig, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-42-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.